

RICARDO RAMOS RODRÍGUEZ

EL ECO
ENTRE LA
BRUMA



EL ECO ENTRE LA BRUMA

**Ricardo Ramos
Rodríguez**

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

*A Emilia, a Ricardo
y a Sara*

1

¿Sabes? En realidad, no fue para tanto. Fue sólo lo que tendría que haber hecho diecinueve años antes. A veces, da miedo pensar cómo el destino puede esconderse en algo tan pequeño, caber en un bolsillo o en la palma de una mano. Al menos, supongo que ahora mamá estará orgullosa de mí. Nunca es tarde, o eso espero.

El estruendo del disparo se había extinguido hacía ya unos minutos, el fuego se había apagado y de su memoria sólo quedaban una leve humareda y aquel penetrante olor a recién quemado. Entre las lápidas y mausoleos del viejo

Cementerio de Espada, en el confín de La Habana, el silencio se había impuesto como un manto insondable. Y, sin embargo, en medio de aquel fúnebre desierto de granito yo no podía sentirme más acompañado.

Las lágrimas de María Galván se derramaban sobre mi rostro como lava incandescente, aunque cada poco rato ella reunía las fuerzas necesarias para regalarme una sonrisa. En sus labios podía leerse su juventud, pero también lo mucho que, a pesar de ello, había vivido. Y entonces, en cierto momento, se llevó las manos a la nuca y, extrayendo de un tirón un par de plumas, dejó libres las ondas de su pelo rubio ceniza.

El sol de un verano impaciente por irrumpir en el calendario ardía entre las nubes, arrancando de sus ojos reflejos de ámbar, y la humedad originada por la lluvia reciente se dejaba sentir en forma de perlas sobre su piel nacarada.

No obstante, la historia que me propongo contarles comienza unos meses antes de todo aquello, hacia mediados de enero del turbulento año que en Cuba resultó 1869.

PRIMERA PARTE: EL SILENCIO

Por aquel entonces, y siempre exceptuando la pensión de Balbina, no existía en La Habana, o al menos yo aún no conocía, un lugar tan fantástico como la tienda de pinturas de la calle de la Amargura.

Me gustaba tanto porque en su interior el tiempo se densificaba y fluía más cauteloso que en cualquier otro espacio, y por su inalterable halo de santuario anacrónico. El local se ubicaba en los bajos de un viejo palacete de intramuros, lo suficientemente alejado —dos o tres calles— del bullicioso centro de la ciudad como para disuadir

una afluencia masiva de clientes. Contrariamente a lo habitual en aquellas construcciones, las ventanas eran pequeñas, pocas y arrinconadas, tal vez celosas de los tesoros que guardaban, propiciando una apacible sensación de aislamiento y una penumbra sólo rota por los tímidos mordiscos de un par de bujías. Una capa de polvo se extendía, venerable, sobre gran parte de la diáfana sala como testigo palmario de su aversión al cambio. Y, acodado tras el mostrador, el dueño, un hombre de pelo cano y sempiterno bigote recortado a la perfección, como con aires de otro siglo, que guardaba silencio y observaba el perezoso devenir de su vetusto negocio, conectado por una escalinata

con su propia residencia en el piso superior.

No obstante, una fugaz mirada a sus pobladas estanterías bastaba para constatar las maravillas que este era capaz de ofrecer a un ojo mínimamente entendido: lienzos de arpillera y muselina en rollo; tarros de trementina, aceite de lino y resina para preparar los óleos que impregnaban el ambiente con su intenso aroma; pinceles de pelo de ardilla, tejón o ballena; y, por encima de todo, en el estante de posición más privilegiada, una amalgama de los pigmentos más raros y valiosos de cada confín del mundo, capaz de cortar el aliento al más templado de los caballeros.

No era raro encontrarse en aquella especie de altar cromático con el azul de ultramar, confeccionado a base de lapislázuli; o con el cardenillo verdoso de la pátina del cobre; o, incluso, con el amarillo indio, para cuya obtención a partir de orina animal era necesario alimentar durante semanas a una pieza de ganado únicamente con hojas de mango frescas. Una vez alguien me dijo que en la elaboración de pigmentos se encuentra una de las mayores hazañas jamás logradas por el hombre, perfeccionada siglo tras siglo desde el principio de sus tiempos, algo casi místico en realidad, pues consistía en robar a la naturaleza sus colores, bautizarlos, conservarlos y ponerlos a su

servicio. Si hubiesen tenido la suerte de haber estado allí, sabrían que no mentía.

Por supuesto, el precio de todos aquellos portentos, aunque abierto al regateo, era elevado en extremo o, al menos, muy superior al habitual peso de mi bolsa de monedas. Nunca había cabido para mí más opción que resignarme, deleitarme con su belleza, su perfección y su exotismo y conformarme con alternativas más modestas. Pero aquel día era diferente.

Habían sido largos meses de exhaustivo ahorro gracias al dinero que, cuando podía, me iba entregando poco a poco Balbina; meses de precariedad y privaciones hasta reunir la suma necesaria, ya casi a punto de convertirse

en un sueño de polvo resplandeciente: el púrpura de Perkin. Se trataba del más raro y novedoso de entre todos los pigmentos disponibles en la tienda, un reciente adelanto técnico a base de anilina, de propiedades extraordinarias y todavía muy difícil de encontrar.

—Serán ochenta y cinco pesos —dijo el dueño sin apenas mover un músculo de su rostro de pergamino.

A continuación, extendió su callosa mano para recibir el importe que, una vez cobrado, se dispuso a guardar en su abultada caja de hierro forjado. Sin embargo, y pese a lo anhelado de aquel momento, un elemento extraño no me permitía disfrutarlo como tantas veces lo había imaginado. Y es que, mientras el

dueño de la tienda empaquetaba concienzudamente aquella brizna de felicidad tangible, un hombre, al que nunca creía haber visto antes, cargaba una mirada de acero sobre mi nuca.

Desde que había entrado, su actitud me había resultado ampliamente sospechosa: contemplaba los estantes distraído, manoseaba los productos con torpeza y pasaba indiferente ante toda suerte de prodigios, sin siquiera advertirlos. Trataba de disimular, pero estaba claro que nada de lo que pudiese encontrar allí le importaba lo más mínimo. Excepto una cosa.

Tampoco su aspecto era tranquilizador. Sus facciones eran duras y angulosas, con la piel tostada cubierta

por una espesa barba, todavía oscura pese a rondar la cincuentena. Su cabeza se elevaba a una altura casi gigantesca y sus espaldas poco tenían que envidiar a las de un mulo. Por la manga izquierda de su levita de anchas solapas asomaba una imponente cicatriz, que se extendía hasta los muñones que en su mano había dejado la pérdida de los dedos meñique y anular; y en la pierna contraria arrastraba una ostensible cojera. Por último, sus ojos negros, de obsidiana, no se habían despegado de mis talones ni un solo instante.

—Espere un momento —dijo al fin, dirigiéndose a mí, cuando juzgó el momento oportuno—. Antes de que se marche, ¿le importaría indicarme dónde

podría encontrar un poco de barniz? Llevo un rato buscándolo y...

La calle de la Amargura se extendió ante mí bañada por la luz cobriza del atardecer y el chocar de la puerta contra el marco estalló mucho antes de que aquella voz de aguardiente pudiera concluir su frase.

Antes de proseguir con este relato, hay una cosa que deben saber sobre mí, algo importante: siempre he sido un cobarde. Sin medias tintas ni ambigüedades. Un cobarde con todas las letras. No estaba orgulloso de ello, pero al menos lo reconocía sin excusarme y trataba de vivir en armonía con mis limitaciones. Albergaba temores de

todas las tonalidades, y desde luego, un desconocido de dudosa apariencia persiguiéndome con la mirada e importunándome con sus preguntas era bastante más de lo que podía tolerar.

Dicho esto, volvamos a la calle de la Amargura y a su alborotado curso de pisadas de caballo y ruido de volantas; campanas de iglesia y sirenas de barco; gritos de negros vendiendo naranjas y de chinos ofreciendo loza, guitarras y trompetas para las francachelas de los soldados recién llegados de España y gentes del campo recitando sus productos desde un tenderete. Así, mezclado entre toda aquella algarabía, era como el rumor del mar ascendía a rastras desde la plaza de San Francisco.

Sin embargo, poco después de abandonar la orilla, la calle de San Ignacio se cruzaba ostentosa en su camino y si entonces uno se desviaba y la tomaba hacia el sur de la ciudad, le conducía sin vacilación hasta la pensión de Balbina. A ambos lados, la calle estaba flanqueada por casuchas de mampostería junto a mansiones de rancio abolengo pintadas cada una de un color diferente, como en una infinita paleta de acuarelas o el caótico escaparate de una tienda de regalos. Los establecimientos de baratijas a floraban con los muros destartados junto a lujosas zapaterías de horma francesa. Y, a contracorriente, los carruajes de las más ilustres señoras se dirigían hacia

las calles comerciales rodeadas de porteadores y mensajeros, vendedores ambulantes de fruta y lotería, mulatas luciendo carnes y niños correteando semidesnudos con un pedazo de caña de azúcar entre los dientes.

No hacía tanto tiempo, la alegría se respiraba allí dosificada por la calma que el calor tropical, la humedad y el salitre imponían bajo su manto. Ahora, en cambio, las gentes estaban agitadas. La situación había empeorado en las últimas semanas, desde la llegada de Domingo Dulce como nuevo capitán general de Cuba, pero, en efecto, llevaba ya meses crispada, desde que en octubre del año anterior estallara la insurrección por la independencia en las

regiones más rurales y orientales de la isla. En un principio se había subestimado a los sublevados, poco más que dueños de pequeñísimos ingenios o trapiches azucareros, pero las tropas del Ejército español enviadas al efecto no habían logrado sofocarlos, desencadenándose una guerra que por entonces amenazaba con extenderse hacia occidente, atravesando Las Villas hasta tocar a las puertas de La Habana.

No obstante, aquel día la atmósfera de cristal que siempre velaba la ciudad se palpaba especialmente tensa, a punto de quebrarse; las voces se alzaban hostiles y las miradas hervían candentes como el bronce fundido. A la altura de Santa Clara estalló el tumulto. Dos grupos de

caballeros empezaron a intercambiar injurias e improperios, no tardaron en zarandearse cogidos por las pecheras y al poco rato se enzarzaban ya en una batalla campal jaleada por gritos y lamentaciones.

Pronto la calle Sol, pese a constituir un rodeo en mi ruta hacia la pensión, se erigió como una alternativa mucho más prudente, y la de San Ignacio desapareció como por arte de un sortilegio cuando los primeros regueros de sangre comenzaron a fluir turbios sobre el piso de tierra. A Sol le siguió Habana, y a Habana la quebró Acosta hasta acariciar la iglesia del Espíritu Santo. Aquella venerable construcción, con siglos de historia y recuerdos

descansando sobre sus cimientos, se envolvía siempre en un aire de misterio en torno a su solitaria y altiva torre, y la solidez de su piedra lisa hacía presagiar que, si llegara el día en que el océano se tragase la isla de un bocado, ella sería la última náufraga en sucumbir a su poder.

Fue entonces, junto a la faja rectangular de su portada, cuando aquel hombre vestido de blanco, apenas una sombra, cruzó caminando a grandes zancadas con la vista perdida flotando un par de palmos sobre el suelo. Maldita sea, pensé. Cómo lo odiaba. Lucía el mismo aspecto tétrico de siempre, con su gabán ajado abrochado hasta la nuez. Su rostro grotesco y parcialmente

desfigurado hacía imposible estimar su edad, y el humo del tabaco de la vega de Vuelta Abajo, el mismo que llevaba fumando tantos y tantos años sin interrupción, rodeaba su cuerpo enfermizo como una impenetrable nube de vapor tóxico.

Una creciente sensación de temor se instaló en mi pecho y mi corazón se transformó en un ariete que amenazaba con derribarlo en cualquier momento. El deseo de alcanzar la pensión de una vez por todas empezó a hacérseme insoportable. Por suerte ya sólo restaban unos pocos pasos.

¿Saben? La pensión de Balbina era uno de esos lugares únicos en los que uno puede olvidarlo todo y sentirse en

paz, dejar el mundo fuera y respirar a salvo tumbado sobre una hamaca en las frescas galerías del patio. Pero, por encima de todo, era mi hogar. Su sobria fachada de piedra, con grandes ventanas sin cristales, protegidas por rejas de hierro, se abría a un costado a través de un portón lo suficientemente ancho como para permitir sin problemas el paso de un quitrín o de una volante. Se dice que en otros tiempos la construcción había albergado un refugio de contrabandistas, y que tras sus muros se ocultaron durante años desde cueros o botellas de ron hasta armas e incluso esclavos. De todo aquello ya no quedaban más que algunos rincones curiosos, y lo demás había sido reemplazado por los buenos pucheros, el

olor a jazmín recién cortado y las cortinas de organdí.

Sin embargo, lo que en aquella ocasión me aguardaba en el salón de la entrada distaba mucho de lo que habría deseado encontrar de vuelta a mi paraíso particular. En aquel preciso instante, junto a la estrelladora de agua fresca, que junto a cuatro o cinco sillas constituía prácticamente el único mobiliario de la estancia, Balbina conversaba distendidamente con un caballero.

—¡Por supuesto, don...! Ha dicho Ignacio, ¿verdad? —le interrogó Balbina con su marcadísimo acento gallego, y continuó hablando tras recibir su asentimiento—. Aquí contamos con el

mejor ron de toda Cuba, si me permite el atrevimiento, y hasta hielo le podría conseguir si así lo deseara, que una tiene sus contactos. Esta es morada humilde, como usted podrá ver, pero mientras duerma bajo mi techo no le va a faltar de nada. Se lo digo yo.

—Se lo agradezco, señora —le respondió el hombre, que al parecer se llamaba Ignacio y que lucía una cicatriz y dos dedos de menos en la mano izquierda—. No me cabe duda.

Aquello era terrible, una auténtica pesadilla. ¿Qué demonios podría querer de mí aquel perfecto extraño? Estaba claro que había ido a la tienda de pinturas a buscarme, en algún sitio le habrían dado mis señas y en el camino

de regreso se me había adelantado. ¡Incluso parecía estar dispuesto a alojarse en la pensión con tal de tenerme cerca! O tal vez fuera todo fruto del azar, tal vez simplemente acabase de llegar a la ciudad, la fortuna hubiese cruzado nuestros caminos, y preguntándole al dueño de la tienda por un lugar en el que alojarse, este le hubiese recomendado aquel del que tan buen concepto tenía uno de sus mejores clientes.

En cualquier caso, era conveniente tomar precauciones. Todavía no me había visto llegar, y debía evitar por todos los medios que lo hiciera. Quedar fuera de su alcance antes de que le diera por girar hacia mí su cuello de toro.

Creía que ya casi lo había conseguido cuando, de repente, aquella voz aguardentosa, ahora teñida de falsa sorpresa, consiguió helarme la sangre por segunda vez.

—¿Quién es ese? El que gatea hacia el patio.

Balbina consiguió atraparme con la mirada por un instante antes de perderme de vista precipitadamente tras las persianas teñidas de las galerías. Después cruzó las pupilas con las de su nuevo cliente y resopló.

—Ese es el huésped más veterano de la pensión, para veinte años va ya desde que me lo encontré en la calle hecho unos zorros y me lo traje aquí. No era más que un *nenó* entonces, ni doce años

tendría. Al principio no había forma de que dijera palabra, sólo lloraba. Pero ya ve, con buenos cuidados y buenos potajes, se ha hecho todo un hombrecillo.

El sonido de sus voces llegaba nítido hasta el patio central, rebotando sobre los suelos de un mármol limpio y brillante como un espejo de plata.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Ignacio.

—¿Cómo dice?

—Hace veinte años, cuando lo encontré en la calle, ¿qué le había pasado? Debió de ser algo grave por lo que cuenta.

Las mejillas arrugadas de Balbina se derrumbaron, dejando tras de sí el rastro

de los muchos años que su acostumbrada jovialidad se encargaba de ocultar, y por un instante me pareció que entre sus despobladas pestañas comenzaba a asomar una lágrima de hielo azul.

—Eso no hay forma de saberlo —suspiró al fin—. Durante meses le pregunté, pero nunca respondía. Aun es más, cada vez que le sacaba el tema, se ponía peor y se quedaba una semana sin hablar. Hasta que dejé de preguntarle... Así que por favor le pido que tampoco usted le pregunte. ¿Me promete que no lo hará?

—Tiene mi palabra —afirmó Ignacio mientras hundía sus pesadas mandíbulas a modo de asentimiento.

—Se lo agradezco. Ahora está mucho

mejor que entonces, no se crea, pero sigue siendo muy especial... Introverso, asustadizo, como un *paxariño*. Yo intento que día a día vaya llegando más lejos, aunque hay que dejarlo a su ritmo... Pero tampoco se deje engañar por su aspecto: le aseguro que, aunque parezca raro, tiene el alma muy buena, yo le tengo mucho cariño y él a mí también. Así que el tiempo que esté aquí, trátemelo con cuidado, haga el favor.

—Descuide.

—Muchas gracias por su comprensión, don Ignacio —dijo Balbina sonriendo por primera vez—. Descanse ahora un poco y más tarde lo llamaré para cenar. Y en cuanto a lo

otro... Fíjese que yo creo que el pobre hasta lo ha olvidado.

3

Cuando al fin llegó la hora de la cena, en torno a la mesa se había organizado un auténtico polvorín. Los huéspedes allí reunidos discutían acaloradamente, tal y como se había convertido en costumbre durante los últimos meses. Así, disfrutar de una comida apacible, sólo acompañado por el murmullo de la brisa oceánica colándose entre las galerías, no era ya más que el neblinoso recuerdo de un pasado feliz.

Aunque, para honrar la verdad, es justo reconocer que aquellas disputas no eran, ni mucho menos, lo que más me preocupaba en aquel momento. Al

menos, gracias a Dios, él no se encontraba allí. Había pasado las últimas bocanadas de la tarde estremeciéndome ante la perspectiva de su horrible mirada clavándose sobre mi piel y de su lengua afilada pronunciando mi nombre con quién sabe qué secreta voluntad; pero no estaba. Sin embargo, el alivio que me produjo aquella bendita ausencia se esfumó de un plumazo cuando comprobé que Balbina había colocado en el comedor una silla más de lo habitual. Una amenazadora silla vacía que me gritaba para recordarme que aún no estaba todo dicho.

—¡Unos salvajes! Eso es lo que son... —exclamó Melquiades con profusa indignación, mientras su

hermana asentía y masticaba un trozo de plátano, todo a un tiempo—. Unos cerdos pocilgueros y unos salvajes.

—Merecido se lo tenían, por provocadores —contravino Sebastián.

—Hay cosas con las que es mejor no jugar —apostilló Ernesto con la voz fatigada.

Melquiades era un deslenguado muchacho oriundo de Cienfuegos, que había llegado hacía no mucho a La Habana a probar suerte como obrero en una fábrica de cigarros con destino a Inglaterra, y su melliza, Macarena, era la sombra que le seguía allá donde fuera para concederle su aprobación. Por su parte, Sebastián era un santanderino también de reciente presencia en la

ciudad, emigrado al reclamo de un puesto de funcionario en la Administración, y Ernesto, el segundo huésped por antigüedad, apenas había conocido su Cataluña natal y llevaba toda la vida regentando un pequeño comercio de alimentación en las inmediaciones del puerto.

Desde la despedida hacía unos meses de un calesero canario, ellos cuatro habían sido mis compañeros de pensión. No tenía la menor idea sobre lo que hablaban en aquel momento, y ciertamente tampoco me importaba en exceso. Aquellos conflictos quedaban fuera de mi mundo ordinario, en el que sólo las luces y el color tenían permiso para quebrantar el asueto. Por otro lado,

la esperable irrupción de Ignacio de un momento a otro hacía recomendable engullir el delicioso guiso de ave que Balbina había preparado a la menor brevedad posible, sin atender a otras distracciones. O eso me hubiese gustado.

—¿Es que no te has enterado? —acabó por abordarme Melquiades, incapaz de dejarme al margen de la conversación—. Otra vez los voluntarios, ayer, en el Villanueva.

Según me contó entonces el dicharachero joven, no hacía ni veinticuatro horas que se habían cruzado disparos en el Teatro Villanueva, lo cual explicaba en parte la crispación reinante en la calle aquella misma tarde. Al

parecer, sobre las tablas se había representado una obra sospechosamente afin a la independencia, y desde la platea se había llegado a escuchar algún que otro «¡Viva Céspedes!» o «¡Viva Cuba Libre!», a lo que los voluntarios del comercio habían respondido a punta de pistola.

Los voluntarios eran un grupo paramilitar, integrado teóricamente por tenderos y obreros y en la práctica, por no pocos delincuentes y mercenarios, reclutados por las élites peninsulares para servir a sus intereses en La Habana. Su principal cometido consistía en perseguir a los laborantes, esto es, criollos —desde ricos hacendados azucareros hasta jóvenes idealistas

universitarios— que de cara a la galería se hacían pasar por reformistas moderados, pero que clandestinamente conspiraban en favor de la independencia desde la capital.

—Al final una ya no sabe dónde está el enemigo —afirmó Balbina, tratando de sonar conciliadora. La mujer, aunque se declaraba afín a la causa peninsular, no acababa de comulgar con los expeditivos métodos de los voluntarios, y muchísimo menos con que la política pudiese arruinar la armonía otrora reinante en su pensión—. Come más despacio, o te vas a atragantar —añadió volviéndose hacia mí con una sonrisa de cariño.

Aquella noche Balbina vestía de un

blanco resplandeciente, como una buena habanera, a pesar de haber nacido en Pontevedra en un año imposible de averiguar allá por los comienzos del siglo. Si bien entrañables, sus rasgos no eran exactamente agraciados, con cierta sombra grisácea sobre el labio superior y bajo la punta de la barbilla que desaparecía misteriosamente con una frecuencia más o menos mensual. De corta estatura y vientre pronunciado, tenía la tez arrugada como si acabara de salir del agua, y de entre su cabello, corto, siempre lograba asomar algún mechón de canas por mucho que ella se esforzara en sepultarlas bajo ríos de tinte negro. Por otro lado, acostumbraba a llevar siempre a mano un rosario, un

misal y un abanico de marabú con el que incesantemente lanzaba aire sobre su prominente escote, pues los más de cuarenta años que llevaba en la isla no le habían bastado para acostumbrarse a su perseverante combinación de calor y humedad.

De origen humilde, había desembarcado en La Habana junto a un reciente marido, cargados ambos de grandes esperanzas, poco equipaje y escasos años a las espaldas; y, en el caso de él, tampoco de excesiva salud. La travesía fue dura —siempre lo era— y junto a la misma orilla, un brote de vómito negro les aguardaba como una maldición. No pasaron ni tres meses antes de que Balbina quedase viuda y

sola en aquella tierra tan extraña y tan diferente a su Galicia natal.

Empujada por una miseria que crecía al mismo ritmo en que se agotaban las pocas monedas que su familia había podido entregarle antes de partir, pasó algunos meses ganándose la vida de modos sobre los que nunca ha querido hablar demasiado. El caso es que, cuando consiguió reunir el capital suficiente, y de eso suele dar las gracias a la soldadesca, abrió una casa de huéspedes que poco a poco fue prosperando hasta convertirse en la pensión que yo conocí, con su patio siempre verde de macetas y su hogar de leña.

Nunca pudo tener hijos, lo que,

combinado con un instinto maternal fuera de lo común, hizo que tomase la determinación de adoptar como tal a todo aquel que durmiese bajo su techo y comiese de sus potajes, con especial atención a los que juzgaba más débiles o necesitados de sus cuidados.

Ahora, la buena mujer trataba de poner paz entre su prole, mientras la gresca seguía por sus testarudos derroteros, sin que a mí llegase a alterarme más que aquella solitaria silla barnizada en ocre con un nombre grabado en cada tablón. Aunque lo cierto es que, después de tanto tiempo, había empezado a incubar la frágil esperanza de que él no apareciese. Tal vez quisiera descansar de su viaje y

aquel día no bajase a cenar. O tal vez no volviese nunca.

—¡Basta ya todo el mundo! —regañó finalmente Balbina, atrapando toda la atención—. Un poco de compostura, por favor. Además, hoy celebramos una ocasión especial y debemos dar buena imagen.

Las viandas ya casi habían desaparecido de mi plato y mi asiento había comenzado a chirriar sobre el suelo a modo de precoz despedida, cuando aquellos irregulares pasos de plomo líquido comenzaron a resonar contra el suelo del patio como sobre la membrana de un timbal. Pronto, una oscura sombra de colosales dimensiones

se recortó difuminada en el interior del comedor. Tímidamente, como si temiese romper algo con su mera presencia, el hombre de la tienda de pinturas se asomó desde el otro lado de la puerta. Y al instante siguiente, una sensación de presión ácida se instaló para quedarse en mi garganta de cuero.

Mientras tanto, Balbina correteaba cantarina hacia una pequeña cómoda almagre dispuesta contra la pared, de la que sacó dos puros anchos como pulgares atados entre sí con un lazo de seda rosáceo. Luego se apresuró hasta alcanzar la figura del nuevo comensal, aclarándose la voz por el camino.

—Señores, les presento a don Ignacio Montano, periodista recién llegado de

España, que va a pasar una temporada con nosotros —anunció ceremonial, como orgullosa de la alcurnia de su nuevo huésped, para a continuación volverse hacia él y ofrecerle los tabacos—. Tome, don Ignacio, un obsequio de la casa.

—Muchas gracias —respondió el agasajado sin demasiada convicción—. No acostumbro a fumar, pero creo que podré hacer un par de excepciones.

Ignacio Montano tomó asiento y la cena siguió su curso. Todos habían terminado ya sus raciones, pero una mezcla entre la curiosidad ante aquella cara nueva y la insistencia de Balbina por hacer de aquella ocasión algo cercano a lo solemne mantuvo a cada

uno pegado a su asiento. El silencio se apoderó inesperadamente de la estancia, solo roto por el ruido de unos cubiertos que el periodista manejaba con desenvoltura a pesar de su mutilación. Si me había reconocido, había decidido ignorarme. O eso deseaba yo.

—Disculpa —dijo al cabo de unos instantes, extendiendo hacia mí la mano buena y rociándome con su mirada de metal en ebullición—. ¿Podrías pasarme el ajiaco?

Una vez más lo estaba haciendo. Primero fue el barniz, ahora el ajiaco. Sabía que Balbina se disgustaría mucho si aquella noche la cosa no iba sobre ruedas y no quería defraudarla, así que pronto Montano contó con la fuente a su

alcance. Mientras, yo quedé preguntándome por enésima vez qué podría querer de mí, por qué se esforzaba en llamar mi atención, y rogando para que tanta insistencia no fuese más que un macabro designio del azar.

—¿Cómo lo ha conocido? —preguntó Balbina con palpable curiosidad.

—¿Perdón?

—El ajiaco. En España no se conoce. Al menos, cuando yo la dejé.

—Ah —vaciló el periodista antes de responder—. Nos lo sirvieron en el barco. Supongo que para ir acostumbrándonos el estómago.

La dueña de la pensión asintió sonriente, dando la cuestión por

aclarada, y el incómodo silencio volvió a instalarse en el seno del comedor. No obstante, al cabo de un tiempo, deseosa de liberar la tensión imperante, la mujer insistió en dirigirse hacia Ignacio Montano con una sonrisa en los labios y el brazo apoyado con afecto sobre mi espalda.

—Bueno, don Ignacio, pues este caballero que le acaba de pasar el condumio es el extraordinario pintor del que le hablé hace un rato. Fíjese en los cuadros. Son todos suyos.

Su mirada se trasladó entonces hasta las paredes del comedor, de donde pendían, al óleo sobre lienzo, las estampas de algunos de los rincones más mágicos de La Habana: la Alameda de

Paula al anochecer, con las últimas luces reflejadas sobre la superficie del mar brillando desde más allá del horizonte; la plaza de Armas en día de fiesta, con las verdes hojas de las palmeras acariciando los abarrotados balcones del Palacio de los Capitanes Generales; el viejo Cementerio de Espada, con aquella estatua de un ángel de piedra sosteniendo una corneta metálica donde a veces yo iba a hablar con mamá.

—Vaya... —dijo Montano tras un breve lapso de contemplación—. Son realmente buenos.

—Normalmente *eu mesma* me encargo de venderlos —explicó Balbina— y el dinero que sacamos basta para ir pagando el alojamiento. Pero a veces

hay algunos que me gustan tanto que no me puedo desprender de ellos.

—Es curioso... Justo ahora andaba buscando yo un retratista.

—¿Ah sí? —exclamó, entre sorprendida e ilusionada, la dueña de la pensión.

—Es para un reportaje sobre el Café El Louvre, dicen que se ha puesto muy de moda en los últimos tiempos. Mis superiores quieren una crónica acompañada de imágenes tomadas al carboncillo, que reflejen el ambiente y a las gentes que allí se dan cita —explicó el periodista antes de volverse hacia mí —. ¿Qué te parece? ¿Crees que podrías hacerlo?

Al fin las cosas empezaban a cuadrar.

Un maldito reportaje periodístico, esa era la clave de toda aquella espiral. Debía de tratarse de algo importante para tomarse tantas molestias. Montano habría oído hablar de mi talento en la ciudad, tal vez hubiese entablado conversación con alguno de los compradores asiduos de Balbina, y había pensado que yo podría ser su hombre para aquel trabajo. Pero se equivocaba.

—Por supuesto, no sería gratis — insistió—. Me ha dicho un pajarito que te gustan mucho las pinturas exóticas, ¿no es así? Pues bien, resulta que yo tengo un amigo que las trae en barco desde Baltimore. Si quisieras, podría conseguirte unos cuantos frascos. ¿Qué

me dices?

En aquel momento sonreía con la altivez que sólo confiere la falsa certeza de haber dado en el clavo. Ciertamente era que había rondado cerca, pero desde luego no tenía la menor intención de desviarme de mi plácida existencia para involucrarme en un asunto tan poco claro como aquel, por muchas pinturas que estuviese dispuesto a ofrecerme. Menos aún cuando mis pretensiones cromáticas acababan de ser satisfechas de tan extraordinaria manera hacía apenas unas horas. El púrpura de Perkin, aún por estrenar, me aguardaba en mi habitación, susurrándome que volviera a su lado, y que por nada del mundo pusiese en riesgo nuestra prometedora

compañía.

—Eso estaría muy bien, la verdad — intervino Balbina luciendo una mueca melancólica, resaltada por una repentina sombra de pesar violáceo en torno a los ojos —. Ya sabes —se dirigió a mí— que la cosa no está muy boyante últimamente... No sé si podré pagarle este mes al bodeguero. Y con esas pinturas seguro que podríamos sacar unos pocos pesos más por los cuadros...

—No te supondrá demasiado esfuerzo, con una mañana allí bastará — añadió Montano mirándome, impregnando el aire con su aliento de aguardiente—. Te lo prometo.

¿Saben? Aquella pensión era muy importante para mí, y si algún día

desapareciera... Eso sería terrible, nunca me lo perdonaría. Yo sabía que Balbina arrastraba deudas con el bodeguero, un tipo huraño, desde hacía al menos tres meses, y que el fantasma del embargo había comenzado a planear sobre el negocio. Lo cierto era que tras el estallido de la guerra los cuadros habían bajado su cotización más o menos al mismo ritmo al que la habían subido las armas y... Además, no parecía un cometido demasiado difícil, nada apetecible y un tanto intranquilizador, si me entienden, pero bocetar unos cuantos rostros al carboncillo era pan comido, aunque tal vez lo mejor sería...

—Perfecto —asintió Ignacio Montano

—. Mañana mismo nos pondremos
manos a la obra.

El paseo del Prado se abría en La Habana como un enorme desfiladero horadado en la roca. A diferencia de lo que ocurría en el corazón de la ciudad, donde las angostas calles se cruzaban rectas como cicatrices quirúrgicas, pensadas para defenderse ante una eventual invasión, más allá del límite marcado por la antigua muralla — derribada seis años atrás—, los espacios se extendían diáfanos y despreocupados.

Aquella mañana el cielo se había despertado cubierto por una densa capa de nostálgicos tonos de gris, sin que una

sola ráfaga de viento aliviase la burbuja de humedad pegajosa que había quedado atrapada bajo su peso. Era domingo, y los numerosos paseantes —oficiales y soldados con su uniforme de lino y sombrero de paja con escarapela, jóvenes señoritas a bordo de quitrines y volantas, hombres a caballo y familias al completo— sudaban hasta empapar sus ropajes.

Junto a la ancha avenida afloraban construcciones de aire palaciego, con las ventanas rasgadas desde el suelo hasta el techo y grandes portones siempre abiertos, que ofrecían a la vista de los transeúntes la intimidad de los hogares. Junto a ellas sostenía la mirada orgullosa la Fuente de la Bella India,

homenaje a la naturaleza y a los pobladores originales de la isla, rodeada de criaturas marinas talladas en piedra. En mi recuerdo, aquel camino embriagado de jazmín del cabo, tierra mojada y fritura de pescado escapándose desde los numerosos restaurantes, estaba sin embargo asociado al sabor del sorbete de champola, sin duda una de las mejores especialidades del Café El Louvre, cuya inconfundible silueta empezaba ya a distinguirse al otro lado del Teatro Tacón.

Apenas unos minutos antes, Ignacio Montano me había dado sus instrucciones. Quería dibujos al carboncillo —cuantos más, mejor, no

hacía falta que fuesen perfectos— del ambiente del local y, especialmente, de los rostros de los presentes, para colocarlos en primer plano junto a la crónica que presentaría, para deleite de los curiosos lectores españoles, aquel icónico establecimiento, que con el paso de los años había acabado por convertirse en lugar inexcusable de reunión para la juventud cubana. Yo, por mi parte, confiaba en que la excursión terminase pronto y sin novedad, que bastara para lograr el alivio económico de la pensión de Balbina y, a poder ser, que hiciera desaparecer de mi vida a aquel molesto periodista.

Ya en la esquina entre el paseo del Prado y la calle San Rafael, una fachada

blanca, salpicada de balcones en la primera planta, cobijaba bajo su porche y entre sus columnas las primeras mesas del Café El Louvre, siempre colmadas con el bullicio de las chanzas y tertulias de numerosos caballeros, llegados al reclamo de sus incomparables helados y su ambiente distendido. En el interior, las butacas, los grupos de clientes y la vegetación de ornato se desvanecían tras una insondable nube de humo perfumado, nacida del deleite de decenas de puros y cigarros, que flotaba formando volutas en un ambiente cargado y ruidoso. Los vasos de ron y *brandy* temblaban al chocar, y los pocillos de loza se rellenaban una y otra vez de café o de chocolate.

Sin embargo, en aquella ocasión algo era distinto. Algo sutil pero imposible de ignorar había cambiado en aquel lugar y su presencia se alzaba como un grito sordo que hacía estallar los oídos. No se trataba de las piezas del mobiliario de maderas tropicales, ni del impoluto uniforme de los camareros ni del lustre centelleante de los peldaños de la escalera del fondo. Tardé un tiempo en comprender que la única diferencia se escondía tras los velados rostros de la gente.

Quién sabe si a causa de los recientes sucesos del Teatro Villanueva, o en general por aquella ola de nervios y susurros que llevaba semanas rompiendo contra la ciudad, las antaño

joviales y distraídas poses que allí reinaban entre los jóvenes se habían convertido en cristales de crispación clavados entre los labios constreñidos. Las miradas se proyectaban alrededor con desconfianza, y el rumor de una murmuración perpetua había suplido a las orquestas que en ocasiones tocaban desde un rincón de la sala.

Dadas la relativa hostilidad del medio y las características de mi misión allí, pronto una mesa apartada junto a una de las ventanas se destacó como el mejor de los emplazamientos. Desde allí la visión del establecimiento era casi completa, y la prudencial distancia hasta el resto de parroquianos posibilitaba acometer con discreción las labores de

dibujo. Cuando uno de los *maîtres* se dirigió con presteza hacia mí, pensé que vendría a tomar nota de mi pedido.

—Disculpe, caballero —dijo, la voz entre afectada y temblorosa—. Esa mesa la tenemos hoy reservada. Si es tan amable de acompañarme...

La cosa no empezaba bien. El mozo, paliducho y con las cejas pobladas en extremo, me condujo para mi disgusto hasta una de las mesas centrales del Café, allí donde mayores eran el alboroto y la tirantez. Justo al lado, un nutrido grupo de hombres, los más luciendo bigote mongol, discutía apasionadamente con la lengua encogida en un perpetuo mordisco. Sus agarrotadas poses me resultaron

hostiles, y la seriedad de sus gestos me hizo pensar que debían de estar tratando asuntos de gran calado. Al menos, pensaba, un buen sorbete de champola, con su guanábana, su azúcar y su leche fresca, dotaría a la situación de algo más de optimismo.

—Lo siento mucho, señor, pero eso no va a ser posible. No nos queda hielo. En fin, ya sabe cómo están las cosas — argumentó el camarero, algo avergonzado—. De acuerdo, un jugo de mango entonces.

Tardó casi cinco minutos en traerme la bebida. Para entonces, el extremo de mi carboncillo ya había comenzado a teñir de sombras un par de hojas de papel amarillento. Los primeros trazos

resultaron poco firmes, temerosos de ser descubiertos por alguna mirada acusadora. Sin embargo, sosegado por el pensamiento de que, en realidad, no era raro encontrar entre aquellas butacas a artistas en plena faena, y que por ende a nadie habría de sorprender, poco a poco fueron asentándose y perfilando los rostros de los caballeros de la mesa contigua.

Entre toda la clientela, pensé, ellos eran los que Montano hubiese elegido para acompañar su crónica; los más oscuros y carismáticos. Ajenos a su réplica en blanco y negro, sus bocas escupían palabras y tragaban humo con voracidad semejante, y sus manos se agitaban nerviosas acompañando a sus

bravatas, sólo interrumpidas para dar un trago o una calada. Pasaron largos minutos, decenas de discursos y varias páginas antes de que uno de ellos se incorporase con las retinas efervescentes.

—¡Eh, tú! —gritó mientras se acercaba a mí con la amenaza esculpida en cada pliegue de la frente—. El Goya de los cojones. ¿Por qué no te vas a pintar a la perra de tu madre?

No hizo falta más para disuadirme. El resonar de un par de monedas cayendo sobre la madera ribeteada sirvió de precipitada despedida, y pronto la efigie de aquel bravucón quedó sin remedio atrás. Los peldaños de la estilosa escalera de mármol al fondo del local

me sirvieron de vía de escape. Según recordaba, el ambiente de la planta superior era más liviano que el de la baja. Allí la multitud se distraía jugando al monte, al faro, al burro o tal vez al billar, concentrada la mayor parte del tiempo en no perder el dinero, la honra o la reputación, en la mejor disposición, pensaba, para ser retratada sin sobresalto.

Sin embargo, apenas el primer contacto con el nuevo nivel bastó para revelarme que aquel día nadie jugaba. Las mesas de billar estaban desiertas, las coloreadas bolas de marfil abandonadas a su suerte sobre el verde; las cómodas butacas junto al balcón, habituales de eternas charlas bajo la

brisa, enmudecían vacías; y las persianas de madera ocultaban la vista del paseo y del parque. Casi todas las luces estaban apagadas y ninguno de los caballeros presentes disfrutaba de consumición alguna. En su lugar, los rostros ensimismados se agolpaban inclinados en torno a lo que parecía un viejo mapa de la ciudad extendido sobre una mesita. Los susurros se cruzaban como balas de cañón y las miradas quemaban como brasas. Pasó un tiempo hasta que repararon en mi presencia. Entonces, dos o tres levantaron la vista del papel para recibirme con faces de vinagre.

—Es una fiesta privada —dijo uno, extrayendo de su entonación cualquier

rastro de amabilidad—. Será mejor que te marches, amigo.

Ciertamente, parecía un buen consejo. Plegados en el interior de mi bolsillo, para protegerlos de miradas indiscretas, se agolpaban ya suficientes bocetos y retratos como para colmar las más ambiciosas aspiraciones de Montano, y algo en aquel aire tizado de gris invitaba a dar la jornada por concluida sin más demora. La escalera, verdadera delicia arquitectónica, pasó sin pena ni gloria bajo mis pasos inquietos, cubriéndome la retirada. En la planta inferior, los talantes seguían resultando igual de poco acogedores que en un primer momento, y cumpliendo con el aviso del camarero, la mesa junto a la

ventana había sido ya ocupada por un solitario caballero.

Un grupo de una media docena de hombres de aspecto rudo y violento rozaron mis hombros al atravesar la puerta principal. En su rumbo al interior del local casi me empujaron para apartarme de su camino. Portaban consigo un aura con aroma a sudor y espírituosos imposible de ignorar, y en sus miradas hallé un desprecio y una rabia que me erizaron el vello de los brazos. Sin embargo, lo más extraño de todo fue que, lo hubiese jurado, uno de ellos se sonrió al verme. Tenía el pelo rubio y desaliñado, con el rostro cubierto por los cortes de un afeitado precipitado, y cuando su mirada torva se

cruzó en un instante con la mía, perfiló una mueca sardónica que dejó a la vista un diente de oro en la parte frontal de su boca.

El aire puro del exterior me supuso un alivio tanto respiratorio como espiritual. No hubiese soportado ni un instante más aquel ambiente cargado de humo y nervios a flor de piel. Por fin, ya sólo restaba el camino de regreso, la ruta de vuelta a la pensión bajo el cielo estanco y el murmullo de los paseantes. El Teatro Tacón aún distaba varios pasos cuando estalló el primer disparo.

La visión que se reveló a mi espalda consiguió paralizarme durante largos segundos, como si un par de manos invisibles, tal vez las mismas que me

habían empujado fuera del Café justo a tiempo, me sujetasen ahora por los tobillos. Los recién llegados habían desenfundado cada uno un revólver, y en aquel momento descargaban ya sus balas contra los clientes. Algunos de los presentes sacaron armas de debajo de sus ropas y trataron de enfrentarse a los asaltantes, pero los más se conformaron con lanzarse precipitadamente al suelo y tratar de protegerse tras algún parapeto.

A través de los huecos de las ventanas el panorama se dibujaba terrorífico. Los proyectiles silbaban mientras la sangre empezaba a correr entre puntas de tabaco a medio fumar. Las sillas volaron, las gargantas se desgañitaron y los cuerpos comenzaron a caer

desplomados contra el piso. Mis músculos se habían bloqueado, y mi respiración desbocada hizo que comenzara a invadirme una incipiente sensación de mareo.

Maldito Ignacio Montano, pensé con vaga lucidez. Maldita la hora en que me había dejado persuadir de aquella locura. Lo que más me asustaba en aquel momento era la inconsciencia del peligro, el haber sido ajeno a la amenaza que se cernía hasta que, por esta vez, el doblón cayese del lado correcto. Todavía no me había dado tiempo a plantearme si mi presencia en aquel desgraciado acontecimiento era casual, o si acaso formaba parte de un plan superior que ni de lejos podía

acercarme a comprender.

Para entonces, los heridos gritaban aquí y allá pidiendo ayuda, y las vigas del techo habían comenzado a reflejarse con dolorosa nitidez sobre un charco de turbia sangre que no dejaba de crecer. Una repentina arcada se apoderó de mi estómago y, mientras los disparos aún detonaban sin piedad, el Café El Louvre se evaporó tras mi espalda a la velocidad de una centella.

¿Conocen esa hora del día? Cuando ya se ha puesto el sol, pero todavía no ha llegado la noche. Junto al mar, es mágica. La superficie ondulada se tiñe de mil azules intensos como un bolero, satinados por el brillo de la luna; el relieve de la costa se recorta contra el horizonte entre guirnaldas de espuma; y en el caso de La Habana, la acaramelada luz del Faro de El Morro acaricia las aguas para sacarles brillo. Pues bien, para capturar con sinceridad esa estampa hechizada, sin corromper su esencia sobre el lienzo, sólo hay una manera posible: el púrpura de Perkin.

Al fin los muros desnudos de mi habitación me rodeaban con su extrañada ternura, y los detalles de aquella escena oceánica, siglos ha planificada y que ya los óleos habían empezado a componer, eran mis únicas preocupaciones inmediatas. El temblor del espanto latente que había acompañado a los primeros trazos se había ido diluyendo poco a poco como el pigmento en la trementina, desembocando en un alivio rayano en lo egoísta.

Mi regreso a la pensión se había producido en el seno de un trance febril que a duras penas me permitía recordar siquiera las calles que lo habían amparado, los encuentros que pudieran

haber acontecido o los pensamientos que lo acompañaron. Poco importaban, en realidad, una vez a salvo. Los rumores habían volado con asombrosa premura, superior incluso a la de mi propia huida, de modo que Balbina, Montano y el resto de huéspedes me habían recibido en el salón de la entrada con docenas de preguntas escapando sin concierto de sus gargantas. Una vez convenientemente enterados de lo sucedido, mis compañeros de pensión iniciaron una nueva de sus atolondradas disputas, mientras Balbina se apresuraba a consolarme entre sus brazos y a ofrecerme una infusión de manzanilla.

Montano, en cambio, guardó silencio. Se mesó la barba, reflexivo, arrastrando

en círculos su cojera. Y cuando al fin quebró su mutismo, fue para preguntarme por lo último que en aquellos momentos rondaba mi mente, pero que a fin de cuentas seguía plegado en el fondo de mi bolsillo.

—¿Has podido traerlos? — me interrogó con preocupación.

Después, se pasó toda una eternidad contemplando aquellos retratos o, al menos, así me lo hizo parecer un tiempo que goteaba como la cera de una vela, todavía ajeno a su curso habitual. Analizaba cada facción, cada detalle, en ocasiones acariciando los trazos con las yemas de los dedos, pasando las páginas con delicadeza entre sus hoscas manos. Cuando la última imagen desapareció de

su vista, su sonrisa se iluminó con un cerco de satisfacción y un colmillo voraz asomando por la comisura.

—Son extraordinarios —afirmó, palmeándome la espalda con vigor—. Has hecho un buen trabajo. Pronto tendrás tu recompensa. Te la has ganado.

Por mí podía quedársela para siempre y desaparecer en un agujero en la arena. Después de aquella infernal odisea, lo único que deseaba era el refugio de mi madriguera, permanecer alejado de todo peligro y olvidar a marchas forzadas los acontecimientos de la infausta jornada.

Mi habitación en la pensión de Balbina era un lugar verdaderamente confortable, apacible; nada

extraordinario, si me entienden, pero más que suficiente. Su única ventana se abría a la calle de San Ignacio, siempre animada con sus idas y venidas, meciéndose al ritmo de las risas de las señoritas y las voces de los negros con el torso desnudo y el calzón arremangado, vendiendo carne polvorienta o afilando navajas.

En el interior, un camastro algo raído se agolpaba contra la pared. Un pequeño escritorio de sabicú yacía cubierto de carboncillos a medio afilar, pinceles, hojas de papel, cerillas silentes y cachivaches varios junto a mi caballete. Cerca de la puerta, que comunicaba directamente con una de las galerías, mi colección personal de pigmentos

brillaba con luz propia sobre una estantería por lo demás repleta de libros y diarios viejos.

Había sido Balbina quien me había enseñado a leer y a escribir, además de las cuatro reglas. En aquellos tiempos todavía no me pedía nada por alojarme en su pensión. Luego, habiendo dado por imposible el llegar a cobrar algún día en dinero, pero decidida a no apartarme de su lado, me preguntó si había algo que supiese hacer para contribuir al negocio.

«Toma, a ver si *é certo* lo que dices y podemos sacar unos pesos en ilustraciones para la hoja parroquial», recuerdo que me susurró, tendiéndome un par de cuartillas que acababa de comprar. Tras la hoja parroquial

llegaron las estampitas de santos y vírgenes; después, la decoración de misales; y por último, el grabado de Biblias en edición especial. Una vez convencida de mi talento y disposición, y movida por un siempre vivo sentido del mercadeo, Balbina se decidió a arriesgar en la inversión y comprarme mis primeros lienzos y pinturas de color, todavía de una calidad nefasta pero suficiente para empezar y que acabaron por dar forma a mis primeros cuadros.

Balbina se los enseñó a un marchante amigo suyo que juzgó cierto talento en la composición, y que no tardó en colocarlos en manos de algunos coleccionistas menores. Con el tiempo, los materiales a mi disposición fueron

mejorando, mi técnica se consolidó y la demanda de mis obras en el mercado creció hasta un nivel bastante decente. La propia Balbina pasó a encargarse de venderlas, con creciente flujo de ingresos hasta el comienzo de la guerra. Con eso bastaba para pagar mi techo y mi manutención y, cuando sobraba, la buena mujer siempre me pagaba la diferencia para que pudiera comprarme pigmentos especiales, libros o algún que otro sorbete.

Nuestro afecto mutuo aumentaba día a día. Ella siempre me mostraba su cariño y yo agradecía sus cuidados con lealtad y dedicación. Una vez, a los meses de haberme acogido, me pidió que la acompañara al viejo Cementerio de

Espada. Aquel era un lugar un tanto inhóspito, oculto tras la sombra del hospital de leprosos de San Lázaro, siempre atrapado en la oscuridad y salpicado de espantosas figuras de piedra esparciendo su gélida mirada de cuencas vacías a su alrededor. Recuerdo que, con la inocencia de la infancia, al principio pensé que sería eso lo que arrancaba las lágrimas de los vidriosos ojos de Balbina. Pero entonces ella me explicó que, bajo aquella plancha de roca labrada a la que me había conducido, estaba su marido, y que de vez en cuando iba allí para hablar un rato con él.

Aquello me puso muy triste, pues de repente me di cuenta de que yo no sabía

dónde estaba mamá. De hecho, de ella no me quedaba más que un pequeño alfiler de plata para el pelo que había conseguido rescatar y que siempre me acompañaba. ¿Cómo entonces podría hablar algún día con ella? Balbina me dijo que en realidad no hacía falta; que, si lo deseaba de veras, podía hablar con ella en cualquier lugar. No es que no la creyera, pero, aun así, por si acaso, de entre todas las tumbas que allí había elegí la que me pareció la más bonita. Desde entonces, para mí, mamá siempre ha estado allí.

Mientras pensaba en todo aquello, una lágrima se deslizó hasta la punta de mi nariz, amenazando con caer sobre el cuadro, arrastrándose sobre la línea

dibujada de la costa, y arruinar todo el trabajo. Fue entonces cuando aquel inconfundible sonido de cascabeles se coló por mi ventana como el gorjeo de un ángel caído del cielo, logrando, en un sólo instante, sacarme de mi abstracción.

Allí estaba ella, su estilosa volanta surcando hacia el sur la calle de San Ignacio. Las ondas de su cabello, entre rubio y ceniza, se recogían en un moño sujeto por dos plumas y brillaban con los últimos rayos del sol, mientras la brisa agitaba su vestido de satén turquesa con los hombros al aire en torno a su fino talle. Entre las manos enguantadas mecía un abanico, al tiempo que sonreía y charlaba alegre con su

criada mulata, mas de su voz a mí sólo llegaban destellos de un timbre dulce y cantarín. No tendría más de veintidós años.

Cuántas gotas del sudor de mi frente habían descendido por las espirales de mis barrotes aguardando a verla pasar. Horas enteras penando por aquel rastro de agua de violetas, o por aquel otro destello pálido sobre sus pómulos de porcelana, sin atreverme a acogerla entre mis lienzos por miedo a que mis trazos le arrancasen la perfección. Al final siempre merecía la pena, pues, estaba convencido, servía para contemplar a la criatura más maravillosa que jamás hubiese poblado la Tierra.

Sin embargo, en aquella ocasión, algo

inesperado sucedió. Su delicado cuello, copado de aguamarinas, giró en un momento dado hacia la derecha y, por un instante, sus ojos de ámbar se cruzaron con los míos.

Justo después, la dureza de un suelo hecho de tablones colisionaba contra mi cuerpo derrumbado. No podía dejar que me viera, eso lo arruinaría todo. ¿Alguna vez han contemplado una pompa de jabón al sol? La luz se descompone en un arcoíris sobre la superficie, e incluso dibuja en sombras las siluetas del entorno. Créanme, es precioso. Pero si, tentado por su belleza, uno comete la torpeza de tocarla, o acaso de respirar demasiado cerca, la pompa estalla y el hechizo se desvanece

para siempre. Pues bien, aquello era algo parecido.

Poco a poco, el rumor de los cascabeles, junto con el traqueteo de engranajes y herraduras, se fue extinguendo en la lejanía. Desaparecida la excitación, me encontré repentinamente fatigado. Aquel, creía entonces, había sido el día más peligroso y raro de mi vida. Así que, pensé, el recuerdo de aquella última y afortunada imagen sería mi única vía para conciliar un sueño feliz y reparador. Después, mis pensamientos empezaron a fundirse suavemente con la penumbra.

6

La pétrea mano de Ignacio Montano me despertó tapándome la boca en mitad de la noche. Qué demonios sucedería ahora, pensé sobresaltado. En su rostro surcado de tinieblas podía leerse una preocupación que no tardó en contagiarme, y su fuerza titánica hacía imposible escapar de la presa. Fue entonces cuando empezaron a llegar, desde el salón de la entrada, los gritos de Ernesto y Macarena, mezclados con las despóticas voces de otros hombres y el sonido de la loza al quebrarse contra el suelo. La imagen de lo vivido en el Café El Louvre se apoderó de mi mente

en cuestión de un suspiro, y hasta la última articulación de mi cuerpo empezó a temblar con arrebato sísmico.

—Rápido, hay que intentar salir por el patio —susurró aceleradamente Montano, aflojando poco a poco la presión sobre mi rostro—. Ni se te ocurra gritar.

En aquel momento todavía no entendía lo que estaba pasando, y mis pensamientos habían entrado en una especie de nebulosa cíclica que amenazaba con cegar mi consciencia. Aun así, me quedaba lucidez suficiente como para saber que la ruta propuesta por el periodista sólo conducía al encuentro de aquellas voces de angustia. La pensión carecía de puerta trasera o

terrazza por la que escabullirse, de modo que la única alternativa consistía en dirigirse hacia el portón de la entrada principal. Si realmente, como empezaba a parecer, había que salvaguardarse de un peligro inminente, habría que optar por otra disyuntiva. Por suerte, como creo que ya les había comentado, aquella vetusta construcción había sido antes un refugio de contrabandistas.

—Eres una maldita caja de sorpresas —dijo Montano, admirado, cuando la trampilla se elevó sobre el suelo de tablones.

Bajo la misma, un hueco oscuro y húmedo, otrora probablemente destinado a ocultar mercancías de dudosa condición o procedencia, suficiente

como para albergar con estrecheces a un par de hombres tumbados, se abrió como las fauces de un escualo en el centro de la habitación. Mientras, los gritos seguían atronando y se habían extendido hasta las habitaciones contiguas, desde donde diversos improperios se filtraron a través de los muros.

—Rápido, vamos, adentro. Llegarán en cualquier momento. Más vale que esto funcione y no se les ocurra mirar aquí.

La trampilla se cerró con sigilo felino, sumiendo el interior en una oscuridad casi completa, sólo rota por unas pocas gotas de luz que resbalaban entre las rendijas de los tablones.

Montano respiraba como un caballo desbocado y su hercúleo cuerpo desprendía el calor de la agitación reciente. Estaba claro que me debía una explicación. O varias.

—Son los voluntarios del comercio —murmuró en un cuchicheo apenas perceptible—. Vienen a por mí. Aunque a ti es posible que te vieran en El Louvre, así que por si acaso será mejor que tampoco te encuentren aquí conmigo.

No sé por qué, pero la imagen de aquel individuo sonriéndome con su diente de oro a la salida de El Louvre me asaltó como la rompiente de una ola. Maldita sea, pensé, ¿en qué clase de asunto me había metido aquel hombre?

¿Cómo era posible que de un día para el siguiente me hubiese convertido en un fugitivo de los voluntarios? Creo que estaba a punto de explicármelo cuando un estruendo le interrumpió y la puerta de mi habitación salió volando como arrojada por una catapulta. Una vez más, Montano me cubrió la boca y, poco después, los pasos comenzaron a sonar sobre nuestras cabezas, cegando a ratos la escasa claridad que entraba del exterior, derramando polvo sobre nuestras ropas.

Quienquiera que estuviese arriba, parecía como si buscara algo, o a alguien, más probablemente. Los sonidos nos dibujaron su silueta abriendo cajones, arrastrando el

camastro o revolviendo en la estantería. Después, sus pisadas se dirigieron de nuevo hacia la entrada, como si se hubiera dado por vencido, y un tenue resoplido de alivio alborotó el turbio flequillo de Montano. Sin embargo, antes de que llegara a salir por lo que había quedado de la puerta, lo que supuse sería la frustración por no haber hallado lo que buscaba le hizo volver sobre sus pasos. El escritorio fue lo primero en volcarse contra el suelo, luego las tablas del camastro se quebraron, los libros volaron, y al fin, el sonido de los frascos rotos de mi colección de pigmentos retumbó como una condena. Lo estaba destrozando todo, años de fatigas e ilusiones

estallando a escasos centímetros de mi cabeza, con el riesgo añadido de que la trementina, disolvente extremadamente inflamable que guardaba entre las pinturas, pudiese acabar por prender sobre el suelo de madera.

Mis lágrimas, de rabia e impotencia, bañaron las falanges de Montano, y junto a mi oído pude sentir su aliento rogándome que me callara, que aguantara un poco más. En aquel momento me asaltó un temor irracional que me convenció de que el intruso acabaría por descubrir la trampilla antes o después y que nos encontraría allí, tendidos a merced de su furia. No sé cuánto duró aquello, pero a mí empezaba a parecerme ya una auténtica

eternidad. Hasta que, al fin, el hombre debió de cansarse de su propia destrucción y se marchó.

Pensaba que ya nada podría ser peor cuando aquella voz cargada de dolor me atravesó los tímpanos y se me coló en tromba hasta el alma. «No sé dónde está...», suplicaba Balbina en un llanto desesperado, de espanto, como si la estuvieran sometiendo al peor de los tormentos. «¡No sé dónde está!».

Aquello era demasiado, me dije, una aberración, mucho más de lo que podía permitir. Les juro que me había decidido, de veras, pero entonces los brazos de Montano me rodearon como los anillos de una serpiente, impidiéndome cualquier tentativa de

movimiento.

—¡Estás loco! —me reprendió en un grito a duras penas ahogado—. Sólo conseguirás que nos maten.

¿Sabes? En el fondo tenía razón. Mi verdadero sitio estaba allí, como un ratón entre las sombras, pasara lo que pasara. Los heroísmos eran para otra clase de hombres, tal vez como Ignacio Montano, hombres con la mirada dura y las espaldas anchas. A fin de cuentas, yo no era más que un cobarde, un pobre cagueta, si me permiten la expresión, aunque creo que de eso ya les había advertido.

Los gritos continuaron por unos minutos más. Lacerantes, aterrados, ardientes. Y después, llegó el silencio.

Entonces Montano abrió la trampilla con una delicadeza de la que jamás le hubiese creído capaz, sin arrancar el menor quejido de la madera. Al otro lado, la desolación se extendía en todas las direcciones, el suelo cubierto por un arcoíris de infamia en polvo. Curiosamente, el único pigmento que había sobrevivido a la devastación era el púrpura de Perkin, pronto a resguardo en el interior de mi bolsillo. Sin embargo, hacía rato que aquello había dejado de ser prioritario.

En el salón de la entrada el panorama era incluso peor. Todas las sillas estaban rotas, la estrelladora había reventado, encharcándolo todo a su alrededor, y los cuadros habían sido

rajados y arrancados de las paredes. Macarena lloraba su angustia sobre el pecho de su hermano Melquiades, Ernesto jadeaba encorvado en una mueca de dolor y Sebastián estaba tendido en el suelo, sangrando por el labio. El corazón me dio un vuelco al comprobar que no había rastro de Balbina.

—Hijos de puta —dijo Ernesto, recorriéndose la espalda dolorida con la palma de una mano y apuntando con la otra hacia la cómoda que guarnecía la entrada.

Allí, clavada sobre la madera con un cuchillo que habían tomado de la cocina, una hoja de papel garabateada se mecía impulsada por la brisa. Montano arrancó

de cuajo el cubierto para poder rescatar la nota sin rasgarla y después la extendió ante la vista de ambos.

Habiéndose recibido noticia de la presencia de traidores e infidentes en este domicilio, se ha procedido a su pertinente registro. Así, con la fundada sospecha de la existencia de prófugos entre sus huéspedes, se ha detenido, acusada de dar cobijo a gentes de tal condición y de no colaborar con las fuerzas del orden, a la dueña de la pensión, doña Balbina Figueroa, que será puesta de inmediato a la pertinente disposición de la justicia.

Atentamente, Néstor Serrano,
comandante del segundo batallón de

voluntarios del comercio.

Aquellas palabras, apenas unos regueros de tinta trazados apresuradamente sobre el papel, bastaron para hacerme saber que mi mundo, tal y como lo había conocido desde allá donde me alcanzaban los recuerdos, se había desvanecido. Los demás huéspedes —Melquiades, Macarena, Ernesto, Sebastián— las recibieron también con toda la consternación que su paupérrimo estado les permitía, y después, fueron desapareciendo como sombras en la noche, rumbo a sus habitaciones. Nunca más volvería a verlos.

—Tranquilo —me dijo entonces

Montano, sosteniéndome por los hombros, temiendo mi inminente caída —. No es momento de perder los nervios. Aunque ahora no lo creas, todo esto tiene solución. Hay ciertas cosas que todavía no te he contado. Así que será mejor que te calmes y me escuches.

¿Cómo alguien podría mantener la calma en un momento así? ¿De qué pasta estaba hecho aquel flemático gigante? Apenas hacía cinco minutos que aquellos matones se habían marchado y yo no podía dejar de pensar que regresarían en cualquier momento a cobrarse las deudas que habían quedado pendientes.

—No volverán esta noche, los conozco bien. Aun así, debemos darnos

prisa, es urgente que me marche. Después de esto tengo que hablar con ciertas personas, tocar ciertas teclas... Para hacer que las cosas vuelvan a su cauce.

A continuación, introdujo la mano en su levita y sacó una vieja petaca metálica cargada de ron a la que dio un breve trago. Fue entonces cuando la gran cuestión retornó a mi mente, y volví a preguntarme casi desesperadamente quién era aquel hombre, cuál era la verdadera identidad de don Ignacio Montano y qué le hacía capaz de poder afirmar algo así.

—Soy agente del Gobierno de Domingo Dulce —explicó—. Agente de incógnito. Suelo hacerme pasar por

periodista para poder hacer preguntas sin levantar demasiadas sospechas. A día de hoy, encabezó un grupo especial destinado a desactivar células conspiradoras independentistas infiltradas en La Habana.

Aquello no tenía ningún sentido. Ninguno. No es que yo supiera mucho de política, dicha sea la verdad, pero los voluntarios del comercio eran el antagonismo encarnado de los laborantes, un azote brutal y despiadado para los conspiradores por la independencia. De modo que, si Montano decía la verdad, él y los voluntarios jugaban en el mismo bando. Pero, entonces, ¿por qué demonios querrían acabar con él?

—Irónico, ¿verdad? —preguntó con amargura antes de pasar a explicarme todo aquel embrollo—. Pero las cosas nunca son tan sencillas como parecen. Existen ciertos poderes, ciertos intereses entre los hombres más influyentes del partido peninsular, véase financieros, grandes comerciantes, navieros, para quienes la guerra no es más que un enorme negocio, el mayor que nunca han tenido entre sus manos: venta de armas, traslado de tropas, una inflación disparada... Solemos llamarlos filibusteros.

» Son hombres sin honor. Para ellos la política no importa, no existen banderas ni colores, o al menos no son lo fundamental. Lo que realmente

quieren es que el conflicto nunca acabe. Por eso detestan a Dulce y llevan intentando hacerlo caer desde antes de que desembarcara. Dulce ha venido a restaurar la paz, y la paz siempre es menos rentable que la guerra. Por eso, siempre que pueden, utilizan a los voluntarios. Son el brazo armado que sirve a sus intereses y siembra la violencia.

» Por otro lado, hace tiempo que ha quedado claro que la paz no se logrará en el campo de batalla. En Oriente no hay más que guerrilla y miseria, de los dos lados. Para acabar con la insurgencia definitivamente hay que atacarla en el corazón. Y, aunque parezca que la guerra se ha quedado a

kilómetros de aquí, su corazón late en las profundidades de La Habana. Desde sus sociedades, los laborantes financian a los combatientes, les envían armas y refuerzos, derrochan en propaganda para captar nuevas fidelidades. A su pesar, son una mina para los filibusteros. El día que acabemos con los laborantes, la guerra se apagará como una llama dentro de un vaso y el cuerpo de voluntarios perderá su razón de ser. Para eso Dulce me ha traído con él, y por eso los filibusteros me quieren muerto.

Si algo saqué en claro de aquel galimatías, era que todo había sido, entonces, por su culpa. Él era el culpable de la detención de Balbina, de los destrozos de la pensión y mis

pertenencias y del colapso de todo mi cosmos. Era él quien me había arrastrado a aquel embrollo endiablado y había puesto en riesgo mi propia integridad, y todo por motivos que distaban varios mundos de mi apego.

—Escúchame, puedo arreglarlo. Sé que hasta ahora no te he dado motivos, pero debes confiar en mí. Puedo hacer que la liberen. Todo esto se puede reconstruir. Pero antes necesito tu ayuda —dijo, y después se detuvo durante unos instantes para sopesar sus siguientes palabras—. Ha surgido una oportunidad para infiltrarse junto a uno de los conspiradores más poderosos de La Habana en el seno de su sociedad secreta. Nunca ha sido pillado con las

manos en la masa, y capturarlo ahora sería un paso importantísimo para lograr la paz... Hoy no hay tiempo para más explicaciones, pero, aunque te extrañe, tú resultas indispensable para la misión. Lo de El Louvre no era más que una puesta a prueba, y la has superado con creces. De modo que lo que te propongo es una oferta. Ayúdame, y yo te ayudaré a ti.

Todo atisbo de cordura que hubiera podido discernir en aquel hombre se disipó en aquel mismo instante. ¿Yo, indispensable para una empresa de alto espionaje? Una de dos: o se había vuelto loco, o se había equivocado de persona. Poco importaba, en cualquier caso. Si albergaba la menor esperanza de

encontrar en mí algún tipo de colaboración, era un auténtico iluso.

—¡Por el amor de Dios, entra en razón! —exclamó Montano. Después se introdujo la mano en el bolsillo y, tras hurgar unos segundos, sacó un revoltijo de hojas de papel arrugadas, que al ir extendiéndose revelaron una serie de retratos en primer plano tomados al carboncillo—. Mira. No son tan buenos como los tuyos, pero son ellos. Se hacen llamar los Hijos de Siboney.

Los rostros de tres hombres fueron sucediéndose al tempo de difusas explicaciones, sin lograr captar mi atención ni paliar mi ira, según Montano pasaba las páginas. Pero cuando llegó a la cuarta, creí que el mismo cielo se

derrumbaría en pedazos sobre mi cabeza. Aquello no era posible, carecía de toda razón. Pese a lo basto de los trazos y lo mal conservado del papel, era imposible no reconocer aquellos pómulos con la firma de un orfebre. Su pelo se derramaba suelto sobre los hombros de cristal, y su aspecto no parecía tan cuidado como cuando cruzaba en volanta la calle de San Ignacio, pero era ella. La dama que había orquestado mis sueños durante tanto tiempo, de repente, convertida en una burda conspiradora, en una prófuga de la ley. Siempre la había imaginado como una refinada señorita de la alta sociedad, y pensarla de repente manchada de barro me ocasionó una

honda decepción.

Las calamidades de aquella jornada parecían no tener fin, así que no les costará comprender que, para cuando la quinta y última página se asomó para mostrar a un caballero de pelo rubio y mentón perfectamente rasurado, una extraña sensación, como un súbito bochorno trepándome por la espalda, se hubiese apoderado de mí.

—Y este de aquí es su líder, el más peligroso de todos —decía para entonces Montano, la mirada repentinamente afilada—. Su nombre es Leónidas Clavel, y ojalá nunca hubiese nacido. Ayúdame a atraparlo y te prometo que te devolveré todo lo que has perdido esta noche —Nada más

apagarse el rumor de su compromiso, un ruido estridente, como de metal contra metal, se coló por el portón abierto desde la oscuridad que gobernaba la calle—. Debo marcharme —sentenció volviendo el cuello precipitadamente—. Si aceptas el trato, acude mañana a las nueve en punto a la oficina de Luigi. Está aquí al lado, en Oficios con Santa Clara. Pregunta por el puerto —Después inclinó la cabeza a modo de cortés despedida y en un visto y no visto se encaminó hacia la salida—. Espero verte allí —añadió, justo antes de cruzar el portón y desaparecer entre las tinieblas.

Maldita sea, pensé, claro que quería salvar a Balbina. ¿Cómo podría

abandonarla a su suerte, después de todo lo que había hecho por mí? Además, sin ella, mi apacible existencia en la pensión desaparecía para siempre. Por otro lado, a pesar de todo, de algún modo parecía que aquel hombre sabía lo que se hacía. Había algo en sus ojos negros que transmitía confianza, seguridad en sí mismo. Pero tenía que haber otra manera, otra que no implicara entrometerse en asuntos de profunda intriga, otra más rápida para recuperar mi vida, sin arriesgarme a terminar de perderla.

Estaba a punto de desterrar aquella disparatada posibilidad cuando los ojos de aquel hombre vestido de blanco atravesaron la ventana como una

maldición. En aquel momento cortaba cautelosamente un cigarro con su guillotina. Después se llevó el tabaco a los labios y lo encendió con una cerilla, el extremo brillando como una brasa en la oscuridad de la noche. Tras la primera calada, honda, casi agónica, el humo comenzó a envolver como un manto su rostro deforme, siniestro. Hasta que al fin, tras un par de bocanadas más, se alejó del cristal envuelto en su sempiterno gabán.

Para entonces ya me había quedado claro que no había otra alternativa. Faltaban menos de seis horas para mi cita en la oficina de un hombre llamado Luigi.

Como sabía que el sueño ya no me alcanzaría, y además, pese a lo dicho por Ignacio Montano, la pensión de Balbina ya no me parecía un lugar seguro, dejé que las calles de La Habana engulleran mi insomnio bajo mis pasos. En la noche, la ciudad se convertía en un baile de sombras, escasamente iluminado por unos pocos faroles mal dispuestos y por el favor de los astros, al que solían asistir sin falta una serie de personajes fijos: brigadas de culíes y negros barriendo el piso, serenos haciendo sonar pesados manojos de llaves, prostitutas buscando clientela y

gatos sembrando de luceros los tejados con el brillo de los ojos.

El amanecer me sorprendió junto al puerto, y a pocos pasos de allí, la oficina comercial de Luigi se delató a sí misma sin necesidad de consulta merced a un lustroso rótulo de letras negras sobre fondo dorado. Así pues, cuando llegó la hora, dejé que el inmenso zaguán, en el que se cruzaban carretillas con carruajes y caballeros engalanados con esclavos portando toda suerte de mercancías, me envolviese con su frenético caos. No tenía la menor idea de cómo dar allí con el tal Luigi hasta que una joven de pelo cobrizo, con aspecto de secretaria, que debió de leer mis intenciones, me sacó de dudas.

—Luigi le está esperando en su despacho —me dijo, evitándome con la mirada—. Sígame, por favor.

Después, me condujo por un estrecho pasillo que se internaba como una garganta en el muro del fondo. Al final del mismo, una puerta entreabierta me aguardaba como una velada invitación. En el interior, los incontables papeles se mezclaban con algunos fardos tendidos sobre el suelo, de las paredes colgaban unas pocas láminas de temática marítima de muy escaso valor junto con un perchero con al menos media docena de sombreros de copa, y el aire que se respiraba era pesado y con intenso aroma a *brandy*. Tras la mesa, sentado en un sillón presidencial, un hombre de

pelo grisáceo y piel algo ajada, de aspecto imponente reforzado por una chaqueta negra con corbata a juego, tomaba notas con cautela sobre algo parecido a un albarán. El sonido de mis pasos debió de delatarme, pues no tardó en levantar la cabeza.

—Vaya, vaya... —dijo al verme, la voz honda y cavernosa—. O sea, que tú vas a ser el soplón de Montano. Ignacio no ha llegado todavía, así que mejor toma asiento. Tienes agallas, rapaz. Tenía ganas de conocerte.

Aturdido por el calado de aquellas inesperadas palabras de bienvenida, decidí que, llegados a aquel punto, lo mejor sería poner la mente en blanco y dejarse llevar. Aún confiaba en que la

sangre no llegara al río, en que aquella misteriosa misión que pretendían encomendarme no fuese para tanto, y en poder salir airoso de todo aquello en el menor tiempo posible.

Mi anfitrión no tardó en ejercer de maestro de ceremonias. Según él mismo me explicó, su verdadero nombre era don Luis Carrasco, y el apelativo de Luigi, por el que todo el mundo le conocía, lo había heredado de un abuelo piamontés. Natural de Burgos, llevaba ya largos años en La Habana, donde había empezado como un humilde comerciante de textiles, que a base de duro trabajo había progresado hasta convertirse en el flamante hombre de negocios y finanzas que se alzaba ante

mis ojos. Una vez finalizadas las presentaciones, la conversación en espera de Montano derivó hacia los acontecimientos de la última jornada.

—Ya estoy al tanto de lo que sucedió anoche en tu pensión. Una lástima. Parece que ayer los voluntarios tuvieron su gran día. Además de El Louvre, también asaltaron el Palacio de Aldama. Fue una suerte que fuera domingo y don Miguel se encontrara con la familia en su finca de Matanzas, de lo contrario podría haber sido una tragedia. Pero, en fin, vamos con las buenas noticias. Montano me despertó en mitad de la noche para que intentara hacer algunas averiguaciones, y estoy casi seguro de que los voluntarios no te buscaban a ti.

Aun así, yo me andaría con cuidado. Con esa gente nunca se sabe. Especialmente si te vas a hacer pasar por un conspirador.

No sé si la intención de Luigi con aquel discurso era tranquilizarme o simplemente informarme del estado de las cosas. Si lo era, huelga decir que no lo consiguió. Empezaba a preguntarme cuál sería su papel en toda aquella historia.

—Con quien sí debes andarte con pies de plomo es con Leónidas Clavel —dijo con una sonrisa a medio camino entre el desprecio y la admiración—. Ese hombre es capaz de venderles hielo a los esquimales y arena a los beduinos. Ya casi nadie lo recuerda, pero estuvo

metido en asuntos muy turbios hace años. Yo creía que después de aquello se había calmado, pero por lo que me ha contado Montano, debe de haber vuelto a las andadas. Así que más vale que tengas talento para la interpretación y no descubra quién eres —rio con palpable gusto—. Sí, señor, tienes agallas. Me gustan los tipos como tú.

Acto seguido, su carcajada se transformó en un repentino ataque de tos, que fue creciendo en intensidad hasta amaratarle la tez, obligándole a sacar un pañuelo que colocó sobre su boca. Trató de ocultarlo en un pliegue, pero al guardarlo de nuevo, un esputo sanguinolento se asomó sobre el blanco roto de la seda.

—Sobreviviré —afirmó Luigi, que debía de haber leído la preocupación en mi rostro—. Bueno, para cualquier cosa que necesitéis, siempre que sea en contra de esos bastardos laborantes, podéis contar conmigo.

Unos segundos después, tres duros golpes sonaron contra la puerta entornada, y, a continuación, sin esperar autorización, Montano entró en el despacho. Jadeaba, como si hubiese llegado corriendo, entre las ásperas manos portaba un cartapacio marrón y en sus ojeras moráceas podía leerse el testimonio de otra noche en vela.

—Siento el retraso —se excusó, cerrando tras de sí—. He estado un tanto ocupado.

—Es comprensible —dijo Luigi con cierto donaire—. No te preocupes. Así he tenido tiempo para conocer a tu amiguito e ir contándole algunas cosas.

Ambos caballeros cruzaron la mirada con complicidad, como para aclarar en qué punto se encontraba la conversación, haciéndome sentir como si algo se estuviera celebrando a mi costa.

—Bueno, no hay tiempo que perder —sentenció finalmente Montano, sentándose a mi lado—. Los acontecimientos se precipitan. Así que comencemos con el asunto que nos ocupa. Te ruego que intentes prestar toda tu atención y recuerdes bien lo que voy a decir.

» Como ya te adelanté anoche, la misión que nos proponemos consiste en infiltrarse junto a Leónidas Clavel. Se trata de un rico hacendado azucarero criollo, dueño de varios ingenios en Las Villas y Camagüey, de los de sonrisa de ángel y puño de hierro. Un tipo peligroso con el que deberás tener mucho cuidado, especialmente en no creer nada de lo que te diga. Intenta mostrarse en público como un reformista moderado, pero Dulce no se ha tragado el anzuelo, y tenemos sólidos indicios de sus actividades conspirativas en favor de la causa independentista al frente de una sociedad secreta bautizada como los Hijos de Siboney y nutrida principalmente desde el ámbito

universitario. Aun así, es un hombre extremadamente poderoso, con amigos detrás de cada esquina, así que será necesario pillarlo con algo gordo entre manos para poder actuar contra él. Y ahí es donde entras tú.

» Recientemente hemos sabido que su intención es aprovechar la libertad de prensa decretada por Dulce para introducirse en el mundo de la propaganda; ya sabes, panfletos, poemas, dibujos y cosas así... Todo de guante blanco, como él acostumbra. Pues bien. Si no estamos gravemente equivocados, su nuevo proyecto consiste en entrar en el terreno de la pintura: ilustraciones para periódicos subversivos, octavillas, e incluso

cuadros para colgar en los salones de aquellos que veladamente simpatizan con la causa. Para ello, está moviendo ficha en algunos círculos, en busca de un colaborador que reúna las necesarias condiciones de afinidad política, discreción y extraordinario talento pictórico.

» Hace unos días, lanzó la convocatoria de una prueba de pintura con el pretexto de estar buscando un retratista para su casa. No escasean en La Habana artistas con ganas de congraciarse con Leónidas, así que no faltarán candidatos. La idea es que participes en la prueba y que resultes seleccionado, para lo cual deberás demostrar una succulenta inspiración y un

desbordante fervor político, todo a un tiempo. Para ayudarte con lo segundo, aquí tienes un dossier con algunos temas apropiados. Estúdialo y luego deshazte de él.

Montano me tendió el cartapacio y me concedió unos segundos para que lo revisara. Contenía una media docena de láminas con motivos marcadamente independentistas: efigies sonrientes de indios aborígenes de la isla, estrellas que disimulaban poco su parecido con la solitaria de Narciso López o mujeres con el pelo rapado vistiendo los tres colores de su bandera. Antes de que pudiera llegar a la última, el bombardeo comenzó de nuevo. Su cadencia y calibre de palabras me habían sumido en

un estado de conmoción que a duras penas me permitía articular pensamiento alguno.

—Y en cuanto a lo primero, Luigi ha tenido la amabilidad de prepararte esto. Así que será mejor que le des las gracias, sin él no habría habido forma de conseguirlas. Recién traídas de Baltimore, tal y como te prometí.

El titular del despacho empujó entonces hacia mí un estuche de cuero que, a pesar de llevar todo el tiempo sobre la mesa, me había pasado inadvertido. En su interior, sin orden ni concierto, se agolpaba la congregación de pigmentos más impresionante que jamás hubiese visto, incluidos muchos cuyo nombre ni siquiera conocía, más

toda suerte de materiales para pintar al óleo. Aquello debía de haber costado una auténtica fortuna y, sin embargo, como podrán comprender, en aquel momento yo era completamente incapaz de apreciar su valor. Acaso pensar en ello como en una recompensa lo convertía inmediatamente en treinta monedas de plata para traicionarme a mí mismo.

—No tiene importancia —dijo Luigi, mirando de reojo al agente de Dulce con un gesto que parecía indicar que, en toda aquella suerte, él era el maestro y el otro el aprendiz—. Me han dicho que son extraordinarias.

—Si tenemos suerte y resultas elegido —retomó su soliloquio Montano— lo

más probable es que pases a formar parte del servicio externo de la casa. Acudirás allí prácticamente a diario, lo cual te brindará una oportunidad extraordinaria de entablar contacto con Leónidas. Mientras tanto, te alojarás en el Hotel Europa; ya me he encargado de reservarte una habitación, aunque será mejor que no la ocupes hasta después de la prueba. Sería lógico que al principio no te encargara más que paisajes y retratos familiares, hasta que se asegure de que eres de confianza. Después llegarán los trabajos de verdad. A partir de entonces, tu misión consistirá en transmitirme todo cuanto puedas averiguar sobre la campaña de propaganda en marcha: temas, medios,

compradores... En general cualquier dato que creas de interés.

» Sin embargo, por precaución, esta será la última vez que nos veamos en persona, excepto por motivo de extrema gravedad. Todo aquello que me quieras transmitir, escríbelo en una nota y entrégasela al dueño de la tienda de pinturas de la calle de la Amargura, donde nos vimos por primera vez. Él se ha prestado a colaborar, y dada la naturaleza de tu actividad a nadie le extrañará verte por allí a menudo.

Aquella era la primera vez que nombraba nuestro primer y presuntamente casual encuentro, aunque para entonces yo ya estuviera más que convencido de su intencionalidad. En

cuanto a la misión que planteaba, aquello excedía en varias dimensiones todo cuanto hubiese podido imaginar. Sinceramente, era pedir demasiado a alguien como yo.

—Pero eso no es todo —sentenció con rotundidad Montano—. Nuestras últimas averiguaciones apuntan a que, recientemente, Leónidas ha ido más allá y ha estado preparando un envío de recursos a zona enemiga, algo bastante grande y que sucederá dentro de no mucho, pero de lo que no hemos podido averiguar más detalles.

» El caso es que... Ese tipo de eventos suelen ser utilizados por las sociedades secretas como ritos de iniciación para sus nuevos miembros,

como pruebas de voluntad. En ese mundo los símbolos y las ceremonias son muy importantes. Además, tenemos conocimiento de que los Hijos de Siboney han sufrido bajas significativas en los últimos tiempos. Necesitan gente, sangre fresca que aporte fuerzas renovadas a la causa. De modo que, si te mostrases lo suficientemente leal a Leónidas, lo suficientemente entregado... Tal vez te propusiera entrar.

Ahora sí que había ido demasiado lejos, pensé. No podía decirlo en serio, no a mí. Aquello era una locura, un suicidio, saltar de cabeza en la boca del lobo. Y desde luego, toda posibilidad de acuerdo en esos términos estaba completamente descartada.

—Escúchame. He iniciado las gestiones que te prometí y soy bastante optimista. Podría conseguir que la liberaran, a costa de arriesgar mi credibilidad ante determinadas esferas. Pero te doy mi palabra de que, si tú me ayudas, si me entregas la cabeza de Leónidas, no sólo lograré que liberen a esa mujer, sino que me encargaré personalmente de que recuperéis todo lo que os pertenece y de que nunca nadie os vuelva a molestar.

Estaba a punto de olvidarlo, de ignorar aquellos traicioneros cantos de sirena. Pero entonces dos rostros se iluminaron en mi mente como una sentencia. Primero, la sonrisa afable y cariñosa de Balbina, con aquella luz de

eterna esperanza brillando sobre sus ojos. Luego, el semblante zafio y deforme de aquel hombre vestido de blanco atravesando la ventana. Al menos, confiaba, dispondría de un tiempo para prepararme e ir haciéndome a la idea.

—Tiene agallas —dijo Luigi—. ¡Este rapaz tiene agallas! Lo he visto claro desde que ha entrado.

—Perfecto —concluyó Montano, estrechándome la mano con la presión de un cepo—. La prueba tendrá lugar a las seis de esta tarde en casa de Leónidas. La dirección está apuntada en el dossier.

Las campanas de la catedral dando las cinco y media de la tarde me alcanzaron en la calle Cuba, casi a la altura de Empedrado, donde se encontraba la casa de Leónidas Clavel según lo anotado por Montano. Este último era quien me había prevenido de la importancia de la puntualidad en mi cita, para la que restaban todavía media hora y apenas una treintena de metros.

Antes de abandonar la oficina de Luigi, mi preceptor se había encargado de rememorar me paso a paso los objetivos de mi misión, a saber: ser admitido como pintor, recibir encargos

propagandísticos, transmitir los detalles, ganar la confianza de Leónidas, entrar en su sociedad secreta con aquel misterioso envío a zona enemiga como rito de iniciación y, por último y más importante, averiguar la fecha y lugar de dicho acto para que el propio Montano y sus hombres los sorprendieran en plena faena. Maldita sea, pensé. Como dar un paseo junto al mar.

Por otro lado, particularmente intranquilizadora me había resultado su insistencia en prevenirme sobre el hombre al que estaba destinado a empezar a servir. En su relato, Leónidas Clavel era algo así como la encarnación del mismo demonio. Cruel, ambicioso, hipócrita y manipulador, me había

prevenido especialmente de que no me dejara engatusar por su labia de oratorio. Como si yo fuese un dócil tarado o estuviese ebrio.

Así las cosas, comprenderán el temor que me inspiró la fachada de su casa alzándose imponente ante mis ojos, con su piso superior rebosante de lustrosos balcones formando un porche de anchas columnas de piedra en torno al inferior. El perímetro de la misma se encontraba flanqueado por una reja, cuyos barrotes de hierro lucían labrados con motivos florales y cabezas de dragón, sin duda obra de alguno de los extraordinarios artesanos que trabajaban junto al puerto. La cancela, abierta, daba paso a una pequeña superficie ajardinada antes de

llegar al portón principal.

La madera resonó al golpear de la aldaba, en forma de puño divino, con majestuosa musicalidad. Tras un par de minutos de expectativa, volvió a hacerlo sin lograr respuesta aparente. Al fin, tras la tercera tentativa, unos pasos apresurados se adivinaron al otro lado, y en cuestión de segundos, un criado culí me recibió con una amplia y triste sonrisa de protocolo.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

Sus ojos de perfil oriental apenas destacaban sobre una tez entre parda y amarillenta y sus huesos casi se transparentaban bajo una silueta extremadamente esbelta. Supuse que

sería uno de los mayordomos de la casa, el encargado en aquella ocasión de recibir a los candidatos y entretener a los tempraneros hasta el comienzo del certamen.

—Lo siento, pero creo que se equivoca, señor. La prueba de pintura comenzó hace media hora, a las cinco de la tarde.

Aquello no era posible, Montano me había indicado en varias ocasiones que empezaba a las seis. Un frío polar se adueñó de mis entrañas, como suele suceder ante un fracaso sorpresivo e inesperado. Sin embargo, pronto la decepción fue reemplazada por una oleada de alivio que, si bien amenazaba con tambalearse a largo plazo, en aquel

instante me supo a pura ambrosía. Por lo pronto, aquella equivocación me libraba de entrar en acción.

—Aun así, es posible que el señor Clavel todavía lo admita en el concurso —afirmó el culí con su voz cantarina—. La sesión no finaliza hasta las ocho. Venga, sígame, será mejor que nos demos prisa.

El mayordomo se lanzó entonces a correr hacia el interior de la residencia, atravesando a toda velocidad el zaguán, rebasando el salón principal y dejando a un lado la distinguida escalera y lo que se perfilaba como la salida al patio interior. Sus ágiles zancadas doblando esquinas hacían difícil seguirle, y a cada gemir del mármol bajo mis pasos, una

punzada me atravesaba el corazón al intuir la reacción de Leónidas, a quien imaginaba con la forma de un ogro de cuento, ante aquel irrespetuoso retraso.

Al fin su estela me condujo hasta una gran sala diáfana y bien iluminada merced a los amplios ventanales que se abrían hacia la calle Empedrado, con aspecto de salón de visitas. Allí se habían distribuido no menos de quince puestos formados por caballete, lienzo preparado sobre bastidor, mesita y taburete, la mayor parte ocupados por artistas de aspecto heterogéneo concentrados en sus tareas. Entre ellos, un caballero de pelo rubio caminaba distraído con las manos unidas tras la espalda.

—Don Leónidas —dijo el criado dirigiéndose a este último, jadeando aún por el esfuerzo reciente—. Un aspirante de última hora. Al parecer había confundido la hora de comienzo.

El susodicho, un caballero apuesto y galante embutido en un traje de dril de perfecta factura británica, con pantalón rayado y plastrón al cuello, pronto se alzó a escasos pasos de mí. Su piel era clara como la seda y sus facciones pulcras y delicadas, desprovistas de cualquier sombra de barba, disimulando sus más que probables cuarenta y cinco años. Era delgado y no muy alto, aunque tampoco menudo, y sus ojos azul turquí, hijos del mar en un día soleado, comenzaron pronto a recorrerme con

detenimiento.

Parecía como si me estuviera analizando, como si estuviera buscando algo familiar entre mis rasgos, lo que hizo que un repentino temor se apoderara de mi cuerpo, amenazando con delatarme desde el primer momento. De repente, me convencí de que aquel hombre me reconocería, de que, de algún modo, su instinto le prevendría de que era un chivato infiltrado, y como no podía ser de otro modo, me liquidaría. Los segundos de examen pasaron lentos y afilados hasta que mi anfitrión dejó caer la mirada hacia un reloj de bolsillo de oro macizo. Cuando la levantó, todo rastro de duda había desaparecido, reemplazado por una impecable sonrisa.

—Bueno, todavía quedan casi dos horas y media. Más que suficiente. Sígueme por favor —me pidió Leónidas, tratando de sonar amistoso—. Gracias, José, puedes retirarte.

Mientras me preguntaba cuál habría sido el nombre original del culí, mi anfitrión me condujo hasta uno de los pocos puestos que quedaban libres al fondo de la sala. Durante el trayecto, pude sentir con consistencia casi sólida la airada mirada de los otros participantes.

—Pareces acalorado —apuntó Leónidas—. ¿Tal vez pueda ofrecerte un refrigerio?

Pese a que sentía la garganta seca como la arena del desierto, una rápida

consideración de la perspectiva a mi alrededor me bastó para declinar la idea. Mis competidores iban ya muy avanzados en sus trabajos y cualquier demora pondría en riesgo mis ya de por sí escasas posibilidades de éxito.

—Como gustes. El tema es libre. Puedes pintar lo que quieras, según tu estilo. A la finalización de la prueba yo mismo valoraré los trabajos y elegiré un ganador. Buena suerte.

Después, Leónidas se retiró a proseguir con su paseo entre los trabajos, mientras a mí se me agolpaban en la mente las imágenes que había visto en el dossier de Montano, pugnando por ser elegidas como la mejor opción. Finalmente, inspirado por el supuesto

nombre de la sociedad secreta de mi anfitrión, ideé el retrato de una india siboney, como la de la Fuente de la Bella India cerca del Paseo del Prado, aderezada con una estrella de cinco puntas adornándole el pelo y un fondo de naturaleza idílica.

Rápidamente los contornos quedaron plasmados al carboncillo directamente sobre el lienzo y, a continuación, los extraordinarios pigmentos de Luigi fueron saliendo de mi estuche, sumándose al púrpura de Perkin que aún conservaba en mi bolsillo y mezclando sus colores sobre mi paleta hasta dar con los tonos que juzgué más apropiados para la composición. En una primera capa con buena base de trementina las

zonas principales de color fueron quedando definidas y luego, sobre ellas, con la pintura ya más cargada de aceite de lino y el pincel más fino, los detalles fueron adquiriendo sus formas definitivas. No había tiempo para barnices, secados o para difuminar las transiciones entre luz y sombra, y las etapas se sucedían a una velocidad mucho mayor a la acostumbrada para mí. Absorto en mi tarea, perdí la noción del tiempo, y para cuando Leónidas carraspeó para ganar la atención de los presentes, pensaba que al menos restaría media hora hasta el final.

—¡Caballeros! —anunció ceremoniosamente—. Les quedan diez minutos para terminar.

Las últimas pinceladas se sucedieron como por ensalmo. Apenas existía razón o voluntad que las rigiera, tan solo el raudo y doloroso fluir del tiempo y el deseo de terminar aquella precipitada obra antes de la última campanada. La técnica hacía tiempo que había quedado atrás, reemplazada por un ímpetu desbocado, rozando lo animal. Cuando aquella voz volvió a sonar tenía la sensación de que habían pasado semanas desde su anterior irrupción. Y, aun así, el cuadro no estaba completamente acabado.

—Cuatro, tres, dos, y... —decía Leónidas, con la vista fija en su reloj de bolsillo— se acabó. Por favor, suelten los pinceles y permanezcan cada uno

junto a su obra.

La mayor parte de los aspirantes obedeció de inmediato, mientras algunos aún disimulaban unos últimos trazos. Su visión hizo que el alma se me cayera a los pies. Excepto por un par de tristes excepciones, la mayor parte de los trabajos eran buenísimos, de una técnica y emoción extraordinarias. Fue entonces cuando comprendí que no tenía la menor posibilidad de alzarme con la victoria. El plan trazado por Montano fracasaría a las primeras de cambio, y con él la liberación de Balbina y la posibilidad de recuperar mi vieja vida se irían por el sumidero. Mientras, Leónidas recorría la sala, contemplando los lienzos con moderada admiración, hasta

que, tras una espera que se me hizo eterna, le tocó el turno al mío.

Tras un breve vistazo, Leónidas clavó sobre mí una mirada de ojos inescrutables y enigmática sonrisa que me hizo estremecer de miedo. Estaba convencido de que, de un momento a otro, comenzaría a gritar para humillarme y expulsarme de allí con cajas destempladas.

—Bueno... —dijo mientras asentía pausadamente—. Pues parece que ya tenemos un ganador. Enhorabuena. Menos mal que llegaste a tiempo, posees un talento extraordinario y muy bien enfocado. ¡Jacinta!

Los bufidos de enojo se apoderaron de la estancia y pronto pude sentir las

miradas de envidia y desprecio del resto de los aspirantes clavándose sobre mi piel. Todavía no entendía lo que había sucedido y aquel desenlace me resultaba increíble. Pese a que sabía que aquel paso me conducía directamente hacia las profundidades de la caverna, en aquel momento, una maravillosa sensación de desahogo alivió la tensión de mis músculos, dejando que el aire fluyera libre hasta mis pulmones. Al menos, pensé, el primer mal trago había pasado. Ahora podría retirarme tranquilo a la habitación de uno de los mejores hoteles de la ciudad a templar los nervios y descansar un poco.

—Jacinta, prepara inmediatamente un dormitorio para este caballero —dijo

Leónidas al tiempo que una sirvienta negra irrumpía en la sala—. Desde ahora mismo entrará a formar parte del servicio como mi retratista personal.

Los demás candidatos habían ido recogiendo sus pertenencias y dirigiéndose a la salida y Jacinta partió pronto a cumplir con su cometido. Mientras, un sudor frío comenzaba a amenazar con convertir mi espalda en un torrente de deshielo. Aquello no era lo que me habían dicho, dormir bajo aquel techo no formaba parte del plan... Para entonces, Leónidas Clavel había abierto los brazos con ademán acogedor.

—En fin... —dijo, encogiendo los hombros—. ¡Bienvenido a mi casa!

Estaba convencido de que aquella noche me aguardaría una nueva vigilia, de que la excitación acumulada me retendría lejos del mundo onírico, con el fantasma de ser descubierto en cualquier momento planeando sobre mi frustrado descanso. Sin embargo, la combinación de una noche casi en vela con el tacto suave y sedoso de aquellas exquisitas sábanas y la cama más mullida que jamás hubiese probado hicieron que el sueño me arrastrara a mundos más allá de mis pronósticos.

El cuarto que me había sido asignado era más nuevo y contaba con mejor

equipamiento que el de la pensión, eso era cierto, las maderas del mobiliario eran de mayor calidad y los bordados de los tejidos más esmerados. Pero carecía por completo del sutil encanto del anterior y había algo en su digna sobriedad, en su frialdad calculada, que evidenciaba que había sido concebido para un sirviente.

Al día siguiente, Jacinta, la criada negra que había dispuesto el dormitorio, que resultó ser el ama de llaves, me despertó temprano y me sirvió el desayuno en solitario. Mujer de buenas espaldas y ancha nariz, con el cabello peinado en trenzas, cubría la mitad de su cabeza con un pañuelo y se adornaba con unos pendientes y una pulsera de

viejas monedas. Cuando le pregunté por Leónidas me dijo que había salido a tomar un chocolate con su prometida y que tardaría en volver, pero que le había dejado algunos encargos para mí. En primer lugar, el señor mandaba que iniciara los preparativos de un cuadro que representara la fachada noble de la casa, por el que se me pagarían cuarenta pesos al contado, mucho más de lo que jamás había valido uno de mis cuadros en el mercado. Por otro lado, había ordenado que la propia ama de llaves se ocupara de enseñarme la casa.

La residencia se estructuraba en dos pisos y un entresuelo en torno a un patio principal y a una lustrosa escalera. En el entresuelo era donde se ubicaban mi

habitación y las de los demás miembros del personal de servicio: criadas, cocineros, camareros, jardineros y caleseros, cada uno de una tez y condición distintas, con Jacinta y José —el mayordomo culí— a la cabeza. Mientras tanto, la planta superior estaba dedicada a las dependencias del señor, incluido su despacho personal, situado al fondo del pasillo tras una puerta de hierro macizo y en el que nadie excepto él mismo podía entrar. Por último, la planta baja era la de perfil más social, albergando el salón principal, el comedor de gala, el zaguán o la sala de visitas, estancias que Jacinta me mostró con particular orgullo y para cuya apertura se valía de un pesado manajo

de llaves que a cada giro sonaba como a batir de campanas. Lo cierto es que todo en aquel piso destilaba un especial aroma a elegancia y cuidado, rayando sin tapujos en la ostentación, sólo quebrado por la presencia de una puerta de madera añeja que desentonaba en el conjunto y que tenía pinta de armario de escobones.

Llegada la hora de retirarse a la alcoba, el dueño de la casa todavía no había regresado, ni se encontraba presente tras el nuevo amanecer. De este modo, sin mejor alternativa, mis dos primeros días discurrieron en torno a aquel primer encargo de pintura. La fachada de la casa se ofrecía a la calle Cuba como una suerte de filigranas

barrocas en blanco sobre un fondo liso de tonos rosáceos. La separación entre pisos estaba perfilada por una franja de cenefas con motivos florales y geométricos, y en la parte superior se adivinaban las formas de una terraza que supuse idónea para disfrutar de un habano en las noches frescas. Ciertamente, la construcción en su conjunto irradiaba armonía y se prometía como un extraordinario modelo para un buen cuadro. Así, llegué incluso a pensar que todo aquello de la propaganda independentista no eran más que fantasías de Ignacio Montano, y que todo lo que había conseguido con aquel embrollo era convertirme en el retratista oficial de la casa de un rico hacendado.

No fue hasta poco antes del tercer anochecer cuando Leónidas regresó a su morada con aspecto fatigado, y casi a renglón seguido me hizo llamar al salón de visitas. Allí me esperaba, sentado en una butaca, con la vista perdida más allá del enrejado de la ventana y la obra que yo mismo había pintado durante la prueba en aquella estancia colocada sobre el regazo.

Cuando me vio me indicó que me acercara y me sentara junto a él. Después, sin mediar palabra, puso el lienzo entre mis manos y sacó de su bolsillo un par de cigarros. Me ofreció uno de los tabacos y colocó el otro en una boquilla en forma de tenaza de oro, con dos manecillas en un extremo para

asir el tabaco y una pequeña vitola por la que pasar el dedo, en el otro. Dispuestos ya entre los respectivos labios, se dispuso a prenderlos con un mechero de yesca, que hasta el tercer o cuarto intento no quiso ofrecer su llama.

—Hace años tenía un encendedor extraordinario, de los de capucha y paravientos, regalo de mi padre —dijo Leónidas—. Fue una lástima perderlo, no he vuelto a encontrar otro igual —El hacendado aspiró entonces dos hondas caladas y sacudió el cigarro en un cenicero de porcelana dispuesto sobre una mesita contigua—. Siento la ausencia —prosiguió—. Imprevistos en un ingenio de Las Villas. No me ha quedado más remedio que poner un *pied*

à terre. No creo que vuelva a repetirse, al menos en un tiempo. Espero que no hayas tenido ningún problema durante estos días.

Desprovista del jaleo de pintores y caballetes, la sala de visitas revelaba su verdadera identidad. Se trataba de un amplísimo recinto salpicado de lámparas y candelabros, jarrones orientales y elegantes tapices en el que no costaba nada imaginar la habitual celebración de importantes eventos para la alta sociedad habanera y en el que me figuraba que se habrían cerrado tantos o más negocios que en la mayor de las casas comerciales.

—Es extraordinario, el cuadro. Desprende un gran sentimiento de

cubanía. Necesario en los tiempos que corren, ¿no crees?

Estaba claro que el hacendado me estaba tanteando, cerciorándose de que pisaba sobre terreno firme antes de lanzarse al meollo del asunto.

—¿Sabes por qué, cuando las cosas se ponen feas, las balas siempre apuntan primero al pecho de los artistas? —preguntó retóricamente Leónidas, dejando que sus palabras flotaran entre el humo unos instantes para aumentar el interés del desenlace—. Porque los artistas transmiten ideas con emociones. No con la racionalidad de un discurso o un ensayo, sino con la verdad que sólo se encuentra en los sentimientos, en las pasiones. Y eso es algo mucho más

poderoso, y peligroso. ¿Me vas siguiendo?

Vaya que si lo seguía. Sus palabras me recordaron que, en mi nuevo papel, no era sólo de él de quien debía cuidarme, sino también de otros como los voluntarios del comercio. Concluido el discurso, el hacendado extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un papel perfectamente doblado y me lo tendió.

—Supongo que cuando te presentaste a la prueba ya sabías que este no era un trabajo de retratista convencional — dijo, señalando el cuadro que todavía reposaba sobre mi regazo—. La Fuente de la Bella India. Inmejorable elección, amén de una ejecución casi perfecta. Para muchos representa el verdadero

espíritu de esta isla, el alma que la hace diferente. En cuanto la vi supe que eras mi hombre.

»Ahí tienes una lista con tus primeros encargos, cada uno con su fecha de entrega. No te preocupes por los emolumentos, si los resultados son buenos, serán generosos. Siento no poder atenderte más tiempo hoy, pero el trabajo apremia —añadió mientras se incorporaba de la butaca—. En cualquier caso, volveremos a hablar pronto. Espero que te encuentres a gusto en mi casa.

Al día siguiente, con el manido pretexto de comprar algo de barniz, conseguí ser enviado por primera vez a

la tienda de pinturas de la calle de la Amargura. Convenientemente escondida en mi estuche, una extensa nota daba cuenta de todos los sucesos acontecidos y datos recopilados hasta entonces. Una vez en el local, el dueño, con su pelo albugíneo, su faz centenaria y su mirada inalterable, la recibió sin mediar palabra o gesto de complicidad, guardándola acto seguido bajo el mostrador.

La respuesta de Montano no se hizo esperar, de modo que menos de veinticuatro horas después, y siguiendo un protocolo similar, una nueva misiva llegó a mis manos. En ella, el agente de Dulce celebraba mi admisión como retratista y se alegraba especialmente de

que pernoctara en la casa, pues ello me brindaría muchas más oportunidades de entablar contacto con Leónidas Clavel y averiguar toda suerte de informaciones. Se disculpaba por el malentendido en la hora de la prueba, que achacaba a un error cometido por sus informantes, y me instaba a intensificar mis conversaciones con el hacendado de cara a ganar más rápidamente su confianza.

Además, según sus últimas informaciones, aquel supuesto envío de recursos a zona enemiga se produciría a lo menos tardar, por lo que debía tratar por todos los medios de ser involucrado en él. Aunque siempre, especificaba, extremando la prudencia, pues Leónidas

era un tipo suspicaz y una insistencia excesiva podría hacerle sospechar. Por último, me daba ánimos para mi cometido y me anunciaba que las gestiones para liberar a Balbina iban viento en popa, por lo que podía estar tranquilo en ese sentido.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Balbina y su pensión habían sido mi mundo entero, mi hogar, mi alfa y mi omega, y sentirlos ahora tan lejos y tan extraños me llenaba de desolación.

Los días fueron pasando uno detrás de otro, largos y uniformes, sin nuevas noticias. El grueso de mi actividad se desarrollaba en el seno de mi pequeña habitación, habilitada también como

estudio de pintura. Mi lista de encargos propagandísticos resultó ser de lo más extensa, incluyendo cuadros comprometidos, ilustraciones para poemas o dibujos para octavillas, junto con alguna obra más convencional para no levantar sospechas, y me robaba casi todo el tiempo no programado para las comidas o el sueño.

Mientras tanto, Leónidas atendía el trabajo derivado de sus ingenios orientales, recibía a las más variopintas visitas, fumaba cigarros, salía a montar a caballo y se veía con su amada prometida. Hombre culto y refinado, disfrutaba del arte, de la filosofía y de disertar sobre ambos. «La sensibilidad estética es la que distingue al hombre de

la bestia», me dijo una vez. «El día que dejemos de hacer sonatas, poemas o cuadros, faltará menos para que empecemos a comer alfalfa».

Así, nuestras conversaciones fueron aumentando en frecuencia y me atrevería a decir que también en complicidad, pero, a pesar de ello, en ningún momento salió a relucir el menor atisbo de la existencia de aquel misterioso envío, o acaso de la propia sociedad secreta. Hasta llegué a pensar que, sin duda, la misión ya habría tenido lugar sin que yo fuera involucrado en ella, lo cual, visto con perspectiva, me parecía absolutamente lógico. Montano se me aparecía entonces como un iluso al haber pensado que Leónidas haría

partícipe a un simple retratista, por mucho que se esforzara en mostrarse voluntarioso, de un asunto tan delicado. O, tal vez —pensaba en otras ocasiones—, el hacendado no fuese más que un reformista moderado haciendo pequeñas escaramuzas en el inocuo mundo de la propaganda. En cualquier caso, a cada hora que trascurría los altos techos de aquella mansión me iban pesando más sobre los hombros. No tenía la menor idea de cómo iba a salir de allí.

«Tal vez podría interesarte», había dicho, la tarde anterior, Leónidas Clavel.

A la hora señalada, José tomó prestado de Jacinta el pesado manojó de llaves que daba acceso a los distintos rincones de la casa y lo empleó para abrir aquella puerta de madera añeja que yo había tomado por armario de escobones. Para mi sorpresa, lo que apareció al otro lado fueron unas estrechas escaleras por las que el mayordomo culí me condujo con premura y que se adentraban en la tierra hasta el sótano de la casa de Leónidas,

el lugar fijado para la concurrencia.

«Nos reunimos de vez en cuando», me había explicado el hacendado. «Como un club, o un grupo de amigos. Debatimos de política y de la actualidad. Mañana tenemos una sesión y sería un placer poder contar contigo».

Pese a la aparente evidencia del asunto, algo en mi interior todavía no estaba convencido de que aquello fuera posible. Mientras los últimos y más abruptos escalones se introducían en la penumbra, aún no creía posible que los planes de Ignacio Montano se estuviesen cumpliendo con semejante pulcritud.

Finalizados los peldaños, un par de bujías iluminaron las tinieblas de dos corredores enfrentados. José tiró de mí

hacia el de la izquierda y tras unos pocos metros de travesía casi a oscuras, nos encontramos en una pequeña sala algo mejor iluminada que el resto del subterráneo. Allí las paredes estaban desnudas, el suelo era de tierra excepto por una pequeña tarima de tablones en una de las esquinas, en el muro posterior se abría un umbral por el que se intuía la continuación del corredor y desde los rincones brillaban algunos puntos que no tardé en identificar como ojos de roedores.

Para mi desconcierto, seis personas nos aguardaban sentadas sobre sendas sillas de madera, y ninguna de ellas era Leónidas. Ocupando las posiciones centrales, cuatro caballeros —tres,

llamativamente jóvenes; y un cuarto, de mayor edad— discutían acaloradamente entre acusaciones y lamentos. Sentado al fondo, en la zona más umbría, un hombre negro guardaba silencio con la mirada fija en el piso. Y a medio camino entre ambos, dibujando la pose distraída de la espera, estaba ella.

Su contemplación me produjo un doble efecto. Por un lado, extrañeza y rechazo ante su aspecto, más parecido al perfil agreste mostrado por el retrato que me había enseñado Montano que al de la dama que cruzaba en volanta frente a mi ventana. Por otro, ansiedad ante el inminente e inevitable contacto, que durante tanto tiempo me había esforzado en evitar; miedo ante su juicio y su

desprecio.

Cuando repararon en mi presencia, los que litigaban —excepto uno de los jóvenes, presentes en los retratos de Montano— rehuyeron mi mirada, o acaso la enfrentaron con cierta hostilidad. El varón negro directamente ignoró mi existencia. Por su parte, José, imborrable la sonrisa protocolaria, se había retirado ya de vuelta hacia el piso superior. Tan sólo una persona, la última que hubiese deseado que lo hiciera, se levantó de su silla y se acercó hacia mí.

—Hola —dijo ella, con aquella voz dulce y alegre que hasta entonces sólo había podido reconstruir con los fragmentos que el viento arrastraba hasta mi ventana—. Leónidas ya me ha

hablado de ti. No tengas miedo, hoy el ambiente está un poco tenso, pero en realidad son todos muy amables.

¿Alguna vez les ha sucedido? Cuando una escena que les ha atormentado en el pensamiento durante meses, o años, finalmente se materializa, y entonces el cuerpo se congela y la mente, todavía incrédula, lejos de toda reacción, sólo alcanza a afirmar con temor: «Está pasando». Pues aquello fue lo que me aconteció en aquel instante. En sus labios sonrientes sólo podía ver amenaza, y en el reflejo de sus ojos de cárabe, vergüenza. Y aunque les cueste creerlo, deseaba con todas mis fuerzas que Leónidas apareciera de una vez por todas para poner un poco de cordura

entre la demencia.

Mi pretensión no tardó en realizarse, y pronto el hacendado ingresó con aplomo en la sala, cerrando la puerta tras su espalda como si ya no quedara nadie más por llegar. Al verlo, la ilusión y el anhelo prendieron sobre el rostro de la joven, hecho al que él mismo respondió acercándose a nuestra ubicación para propinarle un tierno beso en la mejilla.

—Veo que ya os habéis empezado a conocer —dijo Leónidas, con buen ánimo y cierta sorna—. Te presento a mi prometida, María Galván.

Las manos de ambos se estrecharon por un instante en una caricia improvisada, certificando la terrible

evidencia: la mujer a la que durante tanto tiempo había admirado era la prometida de un monstruo como el descrito por Montano. Después, el recién llegado se aupó de un salto sobre la pequeña tarima, adoptando el papel de líder de la congregación, e hizo carraspear la garganta en un par de ocasiones. Para entonces María Galván ya me había indicado que tomara asiento en una silla bastante próxima a la suya.

—Buenas tardes, caballeros, y bienvenidos —dijo Leónidas, alzando la voz para acallar el murmullo imperante—. Como siempre, es un placer poder reunirme con vosotros, y agradezco que todos hayáis asistido en tan poco favorables circunstancias. Hoy quisiera

comenzar la sesión, con el pecho lleno de pesar y nostalgia, recordando a nuestro hermano Fernando, tristemente fallecido en los sucesos del Café El Louvre. El Señor lo tenga en su misericordia.

—Hijos de perra —dijo uno de los jóvenes.

—De haber estado nosotros allí, otro gallo hubiese cantado —añadió otro, hirviendo de rabia.

El primero que había hablado era rubio y apuesto, el segundo lucía las patillas rizadas y una considerable nariz, y el que había permanecido callado, probablemente porque las lágrimas le impedían hablar, tenía el rostro pálido y cubierto de pecas. Por otra parte,

aquellas palabras no pudieron sino sugerirme la escabrosa posibilidad de que el fallecido Fernando fuese uno de los rostros que rellenaron mis retratos aquel funesto día en el Café El Louvre.

—Calma, por favor. Calma —imploró con el gesto compungido Leónidas—. Lo sucedido con Fernando nos debe servir a todos de acicate para perpetuar nuestra lucha, esa misma por la que él dio tan valientemente la vida; pero también, como llamada a la prudencia. El celo de los voluntarios se recrudece semana a semana, y si no tenemos cuidado, el día menos pensado nuestra actividad podría llegar a los oídos equivocados. Con las terribles consecuencias que todos conocemos.

Aquella advertencia hizo que mi corazón diese un pequeño vuelco. Parecía claro que estaban sobre aviso, atentos a posibles topes que pudieran delatarlos, y no quise preguntarme lo que les harían en caso de descubrirlos.

—Dicho esto, y gracias al duro trabajo de todos y a las colectas realizadas por las sociedades de mujeres, me alegra poder anunciaros que ya casi todo está listo para el envío a Las Villas.

La comunicación logró arrancar los aplausos de los más jóvenes, e incluso una media sonrisa al hombre negro. Por mi parte, aquello significaba que había llegado a tiempo, que el plan trazado por Montano se mantenía sobre sus

raíles. Al menos por el momento.

—Lo cual me lleva inexcusablemente a otro de los asuntos principales de la jornada: hoy tenemos la suerte de recibir a un aspirante. Se trata del nuevo retratista de mi casa, un caballero de profundas convicciones y plena confianza al que me complace poder presentaros.

Las miradas de todos los presentes se volvieron entonces sobre mí con una mezcla de desconfianza y animadversión, cortando como puñales el rancio aire de la sala, a excepción de la de María, quien aprovechó la oportunidad para guiñarme un ojo con afán de complicidad.

—Mi propuesta —continuó Leónidas

— es que el envío a Las Villas constituya su iniciación, su prueba de voluntad para convertirse en nuestro nuevo hermano. Quitad esas caras de portera recelosa. Debemos ser conscientes de que sin nuevos brazos jamás alcanzaremos el triunfo.

Para aquel entonces, una pregunta se había instalado en mi interior. Había escuchado ya una infinidad de veces hablar sobre aquel «envío», pero nadie me había dicho qué era exactamente lo que se pretendía enviar. Pensé que probablemente a Montano le interesaría aquel dato.

—Todavía no es un hermano —dijo el hombre negro, despegando los labios por primera vez—. No debe saberlo.

Se trataba de un varón de anchísimos hombros y aspecto serio e intimidante, probablemente rondando los cincuenta años pese a su imponente musculatura, los ojos como de marfil y un particular aroma a cuero recién curtido escapándose de su piel. El poco pelo que le quedaba había emblanquecido, la frente la tenía arrugada y la tez cubierta de cicatrices. Su intervención en el asunto provocó inmediatamente un gesto desabrido en el caballero de mayor edad.

—Tranquilo, Kenfack. No pasa nada —templó Leónidas, volviéndose a continuación hacia mí—. Material sanitario, zapatos y carne en salazón. Tal vez te parezca poca cosa, pero en la

manigua pueden significar la diferencia entre la vida y la muerte. Y ahora, caballeros, votemos. Quien esté a favor del envío de recursos como iniciación para el aspirante, que alce el brazo bien visible.

Las manos de María y Leónidas se levantaron al segundo, y la de uno de los tres jóvenes, el de la cara pecosa, las siguió casi a continuación. Nadie más se movió durante unos instantes. Aquello suponía una derrota por cuatro votos a tres, y por un momento creí que mi suerte, y con ella la de mi extrañada Balbina, se echaría a perder por un mísero voto. Hasta que un oscuro y vigoroso brazo se alzó como un mástil desde el fondo de la sala, inclinándose

Kenfack el sentido de la votación a mi favor.

—Magnífico —dijo Leónidas con gesto de notable satisfacción—. Se aprueba entonces la moción. Ahora Nicomedes nos explicará a todos los últimos preparativos antes de que la misión entre en su fase final. Adelante, Nico.

Entonces, el único de los jóvenes que me había otorgado su confianza, y el que parecía más afectado de los tres, se puso en pie y, tras un breve titubeo, comenzó a hablar con una voz suave y temblorosa.

—La información con la fecha y el lugar al que los compañeros acudirán a recoger el material ha sido enviada

desde su campamento en Las Villas a la iglesia del Espíritu Santo, siguiendo el método habitual. Nuestro colaborador, un sacerdote de la parroquia, se encontrará confesando mañana durante la misa de las seis de la tarde. Uno de nosotros deberá acudir a recibirla con el santo y seña de «Padre, me acuso de felonía», y después llevársela a los abakuá para que puedan ir preparando el envío.

—Muchas gracias —dijo Leónidas, mostrando su aprobación con un leve asentimiento—. Propongo que el aspirante se encargue de eso. Le servirá como preparación y es el único de nosotros con garantía de no estar fichado. Votemos.

No pueden imaginar en qué grado se apoderaron los nervios de la boca de mi estómago. Aquella posibilidad era una bendición de cara a mi propósito en aquel lugar, pues suponía dejar en mis manos la información clave que había ido a buscar, pero, por otro lado, la perspectiva de la acción inminente hizo que me descompusiera por dentro. Un murmullo se extendió entre los caballeros mientras María Galván me miraba animosa, diría incluso que con cierto orgullo. En aquella ocasión, todas las manos se alzaron a una sola vez.

La silueta de la iglesia del Espíritu Santo se recortaba como un buque espectral navegando sobre La Habana, que se arrastraba en sombras bajo los últimos rayos del sol. El oscuro contorno de su única torre amenazaba ya con fundirse con el crepúsculo, y las cuatro campanas que la flanqueaban hacía algunos minutos que habían ensordecido su reclamo. El reloj marcaba las seis y diez, y no muy lejos de su circunferencia, una inscripción sobre la fachada anunciaba la iglesia como la única inmune de la ciudad.

En mi ruta hasta allí, la pensión de

Balbina se había cruzado en mi camino como una tenebrosa aparición. Su portón, todavía entornado desde la fatídica noche, había tirado de mí sin remordimientos, como una planta carnívora de un insecto incauto. Tras él, la desolación y la amargura se extendían centímetro a centímetro.

¿Saben? Yo creo que no es buena idea volver al lugar de los hechos, especialmente si uno ha sido feliz en él. En el momento crítico, el miedo y la agitación sirven de velo a la realidad, la excusan y la diluyen, pero con la frialdad de la distancia temporal el horror cala sin paliativos. Un fino manto de polvo había comenzado ya a cubrir los escombros, y sobre el piso se leía el

dolor olvidado en cada mancha de sangre seca. Y envolviéndolo todo, como una letanía, los gritos de Balbina me aplastaban el alma.

La trampa de mi habitación seguía abierta, y cuando la madera sonó para volver a su posición original, lo hizo casi con pudor, como una sábana al cubrir un cadáver. Pese a que ahora disponía de una mejor, nada podía reparar la melancolía multicolor de mi colección de pigmentos evaporándose sobre el suelo, dibujando estelas polvorientas a merced de las corrientes de aire. Y el esbozo de la calle de San Ignacio más allá de mi ventana me hizo recordar aquellos tiempos radiantes en los que María Galván no era más que un

aliento intangible de placer estético.

Sin embargo, a la consternación inicial que me infligieron todas aquellas visiones, pronto se sobrepuso una energía honda y sincera, como una espuela sobre el ánimo que recrudeció mi deseo y mi determinación por recuperar la pérdida, por reparar el daño y volver a mi hogar. Y cuando al fin aquella portada de ínfulas moriscas que daba entrada a la iglesia del Espíritu Santo se tendió sobre mi cabeza, ya no dudaba que la pesadilla acabaría pronto y que, a no mucho tardar, el olvido se encargaría de borrarla para siempre, como suele hacer con los malos tragos que felizmente acaban bien.

En el interior del templo, una tiniebla suave y acogedora, arrullada por el titilar de las velas y los candiles de aceite, se mezclaba con un leve aroma a incienso y cera derretida, y también con la profunda voz del cura y el murmullo de las réplicas de los numerosos fieles que ocupaban los bancos de madera. El altar estaba decorado con pinturas y los techos de alfarjes coronaban la construcción hasta la bóveda de la capilla mayor, sobrevolando el océano de mantillas negras que cubrían las cabezas de las señoras.

El primer percance, sin embargo, no tardó en hacerse notar. Supuestamente, mi cometido allí consistía en confesarme, reproduciendo el santo y

seña pactado para que un sacerdote cómplice me trasladara los detalles sobre el envío de recursos a Las Villas. Pero allí había cuatro confesonarios, uno en cada esquina de la nave principal, y en todos excepto en el de la parte posterior izquierda se estaba atendiendo simultáneamente a los feligreses.

La desafortunada sorpresa me paralizó durante unos instantes junto a la puerta, pues, en caso de error, la reiteración de tres confesiones consecutivas contravendría el único precepto que Leónidas Clavel me había inculcado para aquella ocasión: actuar con naturalidad y no llamar la atención. Pero tampoco la pasividad me sacaría

del atolladero.

Sin otro elemento de juicio mejor, mi primera opción fue el confesonario en servicio de los que se ubicaban más cerca de la entrada, pues era el que me sometía a una menor exhibición ante los asistentes a la eucaristía. Se trataba de una pieza de madera oscura y forma prismática, con escasos adornos y una fina rejilla de mimbre comunicando con el interior. Al otro lado, un sacerdote anciano y encorvado me esperaba con la mirada vacía, y supliqué porque fuera él a quien estaba buscando.

—Maligno pecado es ese —afirmó, con la voz pastosa, en respuesta a mi acusación—. Cuénteme, hijo. Cuénteme la naturaleza de sus actos.

El religioso negó en silencio frente a la exposición de mis improvisadas infracciones, a cuyo término estimó merecedoras de diez padrenuestros de penitencia. Mientras tanto, los feligreses habían iniciado un cántico lento y cadencioso, que en otras circunstancias más propicias hubiese encontrado adecuado para el sopor y la meditación.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis* — me despidió el confesor, sin brindarme otro rastro de comunicación o velada complicidad.

Estaba claro que me había equivocado, y lo que ahora me aguardaba era un expuesto paseíllo, a la vera de los repletos bancos, hasta los confesonarios más próximos al altar

desde el que se oficiaba la ceremonia. Al arrullo de la lánguida melodía, mis pasos resonaron merced a la reverberante acústica del templo, levantando las miradas inquisitivas de los fieles más próximos, algunos de los cuales, supuse, habrían advertido mi primera tentativa y ya habrían comenzado a sospechar de mi conducta. Ya sólo rogaba por encontrar el éxito a la segunda.

El nuevo cura era más joven y de aspecto más hosco y malcarado que el anterior. Recibió con una mueca la acusación inicial, con gesto reprobatorio los titubeos posteriores y su ira se desató cuando, tras los primeros compases, la confesión quedó

inconclusa y abandonada. Juraría que sus ahogados exabruptos llegaron hasta los oídos de las primeras filas, las mismas ante las cuales se dibujaba ahora el camino que me separaba del último confesonario.

Para entonces, la desesperación se había apoderado ya de mi pretérito arrojo. Estaba convencido de que tampoco el postrero intento sería fructuoso, de que había acontecido algún error insubsanable en la planificación del encuentro que me apartaría de mi objetivo. Aquellas funestas reflexiones me acompañaron junto al altar, entre susurros de enojo y mudas acusaciones de los feligreses más próximos. Fue en aquel momento cuando advertí que dos

hombres vigorosos a los que ya creía haber visto antes clavaban en mí una mirada inculpadora, y poco antes de que una angosta cuadrícula me revelara la efigie de mi tercer confesor, uno se tapó la boca para comentarle al otro algo al oído.

El tercer sacerdote era el más joven de todos. Portaba lentes con la montura algo deteriorada, sus cejas eran estrechas y rizadas y su rostro imberbe lucía agujereado por las cicatrices de una enfermedad reciente.

—Pensaba que ya no vendría nadie —suspiró con un alivio que me contagió, multiplicado por diez, nada más escuchar la premisa. Al fin, pensé. A pesar de todos los inconvenientes y de

los celos levantados, parecía que al fin recibiría la información y la iglesia del Espíritu Santo podría quedar atrás sin que la cosa pasara a mayores. Pronto, la voz susurrante del sacerdote volvió a sonar con la sosegada monotonía propia del sacramento—. Siéntate en un banco al fondo y espera a que la misa termine —dijo para mi desconcierto—. Cuando la gente se haya marchado, dirígete a la puerta que hay junto al altar, a mano izquierda. Conduce a la sacristía. Asegúrate de no ser visto, o te echarán a patadas. Yo estaré esperándote allí.

No entendía nada. ¿Por qué diantres no me lo decía allí mismo y terminaba con todo aquello? ¿Por qué prolongaba

tan gratuitamente la agonía? Sin embargo, algo en mi interior me dijo que sería mejor no contravenir su orden y dejar que las cosas fluyesen al ritmo que él marcará. Qué otro remedio quedaba.

Desde el fondo de la nave principal, los arcos que perfilaban el techo se me ofrecieron a la vista como el lomo sinuoso de una serpiente. La ceremonia se prolongó durante unos quince eternos minutos más, y después de que el cura pronunciara el «*Ite missa est*», aún tuvieron que transcurrir casi cinco más para que la nave se vaciara por completo.

En el silencio absoluto, el estruendo de mis propios pasos chocando contra las formas geométricas del suelo de

mármol me resultó casi ensordecedor. El camino entre las hileras de bancos hasta el acceso indicado por el joven sacerdote trascurrió bajo la fría mirada de efigies y figuras, en la vaga confianza de que nadie más me estuviera observando. Al fin, las bisagras de la frágil portezuela chirriaron con un quejido de años sin engrasar.

Al otro lado, un estrecho pasillo se internaba rectilíneo durante unos cuantos metros y, a continuación, giraba a la derecha para ocultarse tras el altar. La mancha de luz rectangular que brindaba el marco de la puerta apenas había quedado atrás cuando advertí que un par de voces, sospechosamente similares a las de mis dos primeros confesores, se

acercaban con premura a la vuelta de la esquina.

Ya no había tiempo para retroceder, y si me descubrían allí, dados mis precedentes, tendría suerte si sólo me expulsaban con cajas destempladas. Por fortuna, la lucidez de la angustia me sirvió para encontrar, justo antes de quedar a la vista, una precaria solución en un armario empotrado en un lateral del corredor. En un abrir y cerrar de ojos su interior me resguardaba ya lejos de miradas indiscretas.

La oscilación de un tejido basto, que juzgué de sotana antediluviana, me acariciaba en la oscuridad cerrada mientras las zancadas de aquellos hombres se aproximaban a mi posición.

Como era lógico, el ropero no podía cerrarse desde dentro, de modo que, si el infortunio hacía que uno de ellos lo abriera para tomar o dejar sus vestiduras, no habría forma humana de explicar el entuerto con un mínimo de cordura. Mi aliento se detuvo cuando las palabras de los religiosos cruzaron frente a mi escondite, y no se repuso hasta que su rumor dejó de ser perceptible.

Sin embargo, pese a que ya no había nadie más allí, el silencio no terminó de redondearse. Había algo que lo agitaba, un arrullo sutil que lo quebraba en la superficie. En aquel momento llegué a pensar que estaba delirando, pero hubiese jurado por mi alma que el eco

de los gritos de una mujer, o tal vez de decenas de mujeres y hombres a coro, ascendía desde las profundidades más allá del suelo del guardarropa.

No había tiempo para más, me dije. Aquello se estaba prolongando muy por encima de lo deseable. Nada más debía detenerme, ni siquiera aquel alarido de ultratumba que sonaba lleno de dolor y desesperanza, hasta que la sacristía se revelara ante mis ojos y mi confidente pusiera, de una vez por todas, punto final a mi andadura en su parroquia.

La primera de mis pretensiones no tardó en materializarse. La sacristía se ubicaba a escasos quince metros de la que había sido mi guarida, en la parte posterior del altar. La sala no era muy

grande, y su mobiliario estaba compuesto principalmente de cómodas y armarios, con una mesa de esquinas romas en el centro, sobre la que alguien había dejado el cáliz y la patena de la reciente eucaristía. En sus formas arquitectónicas se apreciaba la misma sencillez que en el resto de la construcción y el murmullo del viento meciendo la arboleda del patio llegaba desde algún lugar cercano.

Sin embargo, de mi colaborador no había ni rastro, y su ausencia pronto resucitó los fantasmas de que alguien me descubriera solo en aquel lugar y sin ninguna explicación válida para justificar mi presencia. Pasaron minutos —o tal vez fueran sólo segundos— de

agónica espera hasta que aquella figura menuda, envuelta en una sotana de un negro obsoleto, me obsequió con su anhelada irrupción.

—Lo siento, me han entretenido por el camino. Problemas pecuniarios, como siempre.

Sin más dilación, el recién llegado sacerdote introdujo su mano derecha por el cuello de la sotana y sacó a relucir dos cadenas de plata. De una pendía una cruz de madera barnizada del tamaño de una falange, y de la otra, una pequeña llavecilla dorada que desprendió de un suave tirón. Con ella abrió el inferior de los seis cajones de una cómoda centenaria, en cuyo interior se guardaban manteles de punto bordados y algunos

abalorios dispares. Sus afilados dedos hurgaron entre el barullo hasta dar con lo que perseguían: un modesto rosario de cuentas de madera enhebradas en un cordel adornado con una pequeña medalla.

—Bueno, aquí tienes lo que buscabas. Qué ganas tenía de quitármelo de encima —dijo, llevándose la mano al pecho mientras resoplaba—. No vivía pensando en que alguien se lo pudiera llevar. Estaba bien escondido, pero... En fin, qué te voy a decir a ti, supongo. En este tipo de cosas no se gana para sobresaltos. Es de madera humilde para que nadie tenga la tentación de robártelo.

Acto seguido, me tendió el rosario

con el pulso tembloroso, como de tensión disimulada. Mientras, yo apenas lograba comprender lo que sucedía, qué esperaba que encontrara de especial en aquel objeto y por qué no me brindaba ya la información por la que me había citado.

—¿La información? —preguntó extrañado el sacerdote—. Ni la sé, ni quiero saberla. Esos asuntos son turbios y yo no me meto. Yo sólo soy un pobre correo que ayuda en lo que puede, pero sin comprometerse demasiado. Ya sabes. Eso lo dejo para vosotros, los hombres de acción. Tenéis mérito. Pensaba que tú conocerías el código, aunque ya veo que eres nuevo. Aquel a quien se lo tengas que entregar lo sabrá,

no te preocupes. Consiste en contar las cuentas, multiplicarlas o algo así. Si te fijas de cerca, verás que no están distribuidas al uso.

Las consecuencias de aquella revelación se iluminaron agrestes en mi intelecto. Al parecer, como el religioso, yo no era más que un simple correo, un eslabón más en la cadena, y en ningún momento había estado planeado que yo conociera de antemano la fecha ni el lugar del envío a Las Villas. Sin ellos, no podría prevenir a Montano, y él no podría tender su trampa ni liberarme en el último momento de la hecatombe. Rápidamente fui consciente de que tenía que averiguarlo como fuese, y la secuencia de aquellas cuentas

ennegrecidas atravesó mis retinas, resistiéndose a revelar a las primeras de cambio su código secreto. No tuve tiempo de más, pues el cura se apresuró a cerrar mis dedos sobre el rosario para después guiarlos hacia mi bolsillo.

—Guárdalo bien —me aconsejó—. Y ahora será mejor que te vayas, antes de que alguien pregunte qué haces aquí. Ven, sígueme, te acompaño a la salida.

El joven sacerdote me condujo a paso vivo por el mismo camino que me había llevado hasta la sacristía. Un par de metros antes de alcanzar el portón principal, se detuvo, posó su mano sobre mi espalda, y me deseó suerte. Fuera, la noche había ganado ya la batalla al tiempo, y la luna en cuarto creciente se

dibujaba fina, como una cáscara de naranja sobre un cielo llovido de estrellas.

Fue entonces cuando los vi. Dando cuenta de un par de cigarros para entretener la espera, los mismos hombres que me habían fulminado con la mirada en el interior del templo aguardaban junto a la puerta. No tardé en reconocerlos. Se trataba de dos de los caballeros que habían irrumpido a tiros en el Café El Louvre, nada menos que de una pareja de voluntarios del comercio. Casi al unísono, dejaron caer al suelo las puntas de sus tabacos y las apagaron bajo el peso de sus anchas botas. Y después empezaron a seguirme.

Los pasos sonaban a cierta distancia tras mi espalda, golpeando firmes contra el suelo de tierra, manchando el aire de polvo en suspensión. Quise imaginar que sería casual, que simplemente habrían asistido a la ceremonia como dos fieles más, que habrían departido sobre los asuntos del día fumando un cigarro a la salida y que ahora nuestros caminos coincidían fruto del caprichoso azar. Pero tras cada esquina, al fondo de cada nueva bocacalle, aquel par de tenebrosas siluetas volvía a aparecer, una y otra vez.

De nada sirvió que las fachadas

pasaran cada vez más raudas a mi lado, pues ello se traducía inmediatamente en un aumento en la cadencia de las pisadas que me acechaban. Empecé a preguntarme entonces qué me harían si me cogían: tal vez sólo darme un aviso, o un par de golpes; tal vez me llevaran detenido, o tal vez no tuvieran tanta consideración. Tampoco sabía a ciencia cierta qué conocían sobre mí, pero lo que tenía claro era que, por calles tan anchas y rectas, pronto me alcanzarían.

Según me había explicado Leónidas, el cuartel general de los abakuá —a saber, una sociedad secreta de negros con la que los Hijos de Siboney mantenían una estrecha colaboración en los últimos tiempos—, a donde debía

llevar la información, se ubicaba en una casucha de mampostería de portón verde musgo ubicada en la calle Alcantarilla, haciendo esquina con la de Suárez, junto al arsenal y cerca del Hospital Militar. Aquello se encontraba en el seno del barrio de Jesús María, una zona marginal y peligrosa al suroeste de La Habana, hasta entonces, como buen hombre prudente, desconocida para mí.

En palabras de mi preceptor, la ruta más fácil y segura, especialmente de noche, para llegar hasta allí sin contratiempos, era seguir la calle Acosta o alguna de sus paralelas hasta toparse con el ferrocarril urbano de la calle Monserrate, y después dar un rodeo remontando los raíles hasta el Campo de

Marte. El objetivo final era poder seguir las vías de la línea que se internaba en la conflictiva barriada, sin apartarme de ellas hasta alcanzar mi meta. No obstante, dadas las actuales circunstancias, aquello sería como ofrecer un rastro de migas de pan a mis perseguidores. Y, fuera como fuese, debía evitar que lograran escoltarme hasta mi destino.

La decisión fue cuestión de un segundo, casi instintiva. En cuanto me vi rodeado de las primeras chozas de adobe, indicadoras del primer confin del barrio de Jesús María más allá de la calle de la Factoría, olvidé mi itinerario preestablecido y dejé que aquel arrabal me envolviera a toda velocidad en su

lóbrega tela de araña. Pronto, las callejuelas empezaron a quebrarse como las ramas de un árbol tropical, algunas más estrechas que la envergadura de un hombre. La zona apenas estaba iluminada por algún triste farol languideciendo cada muchos metros, por lo que el avance se producía casi a tientas, chocando a menudo contra los muros y tropezando con bultos de consistencia más blanda que se quejaban con voz propia. Todavía podía escuchar la atropellada carrera de los voluntarios tras de mí, pero su alboroto me llegaba cada vez más tenue, más dubitativo y más lejano. Hasta que, con el tiempo, poco a poco, acabaron por perderme — o en ello confiaba yo— entre aquel

laberinto de tinieblas.

El aire se arrastraba hacia mis pulmones silbante, sin apenas fuelle, rogando por un descanso para recuperar su caudal, y mi estómago amenazaba con expulsar su contenido de un momento a otro. No fue hasta que la primera fatiga desapareció y mis pupilas se acostumbraron a la penumbra cuando me di cuenta de mi grado de inconsciencia. A mi alrededor, una turba salpicada de hombres embozados bajo oscuros capotes, negros con navajas prendidas al cinto, marineros mutilados perseguidos por perros y gatos callejeros, ramera semidesnuda y mendigos aspirando los últimos vapores de escuálidas puntas de tabaco deambulaba amenazadora entre

la umbría. Desde el interior de algunas casuchas, probablemente más burdeles que tabernas, se escapaba el compás ternario de los fandangos, jaleados por voces ebrias de ron y *whisky* de maíz. Pronto pude sentir media docena de miradas, torvas y codiciosas, arañándome la piel, tratando de atravesarme la ropa para estimar lo poco que pudiera llevar encima, relamiéndose ante la irrupción de tan fácil presa. Una oleada de pánico me erizó hasta el último vello de mis brazos, y lo peor de todo era que no tenía la menor idea de dónde me encontraba.

Perdido en aquella maraña, en la que, por supuesto, las calles carecían de

cualquier rótulo o indicación, me preguntaba cómo demonios saldría de allí, pues retomar el rumbo hacia mi destino original hacía tiempo que había dejado de ser prioritario, desplazado por la propia supervivencia. Fue entonces cuando reparé en que, acurrucado en un rincón a pocos metros de mis pies —casi podría haberlo pisado— un pordiosero mulato y esquelético, de aspecto a todas luces más inofensivo que el resto de los moradores de mi alrededor, me miraba con lo que juzgué como cierta lástima en la expresión. Tal vez, pensé, él pudiera ayudarme.

—Si me tocas, te muerdo la oreja — dijo, sin apenas alterar el semblante,

ante la primera tentativa de acercamiento, haciendo patente mi error de apreciación.

Sin otra alternativa, dejé que los callejones se fueran sucediendo uno tras otro, sin orden ni concierto, manchándome con el fango originado por los torrentes de aguas fecales que surcaban el piso arenoso, recibiendo las carnales proposiciones de señoritas embutidas en claustrofóbicos corsés, confiando en que mi mezquino aspecto disuadiera a bandidos y bravucones de asaltarme. En realidad, nada de valor podrían haberme robado excepto aquel alfiler de plata que conservaba de mamá. Y entonces, sumido en aquel estado de falsa embriaguez, cuando ya

menos lo esperaba, el muro del arsenal a la izquierda y la carcomida silueta del Hospital Militar al frente me indicaron que debía de encontrarme muy cerca de la sede de los abakuá. No mucho después, aquel portón verde musgo del que Leónidas me había hablado se adivinó al costado de una fachada esquinera como un oasis de salvación.

Para entonces, ya casi había olvidado que aquel profano rosario de cuentas arbitrarias seguía en mi bolsillo. Extendido sobre la palma de mi mano, y pese a que mi estado mental no era el más apropiado, permanecí algún tiempo tratando de intuir el intrincado código que ocultaría su anhelado mensaje. Lo primero que advertí fue que contaba

únicamente con treinta y siete cuentas, en vez de las cincuenta y nueve reglamentarias. De estas, diecinueve correspondían a las más pequeñas, las destinadas a los glorias y a los avemarías; y dieciocho, a las de mayor tamaño, las encargadas de los padrenuestros, lo cual suponía una excesiva concentración de las segundas. Pero ¿qué demonios significaba aquello? Cuando al fin me convencí de la inutilidad de mi intentona, decidí que la alternativa más provechosa en aquel momento sería memorizar la distribución de las cuentas para gozar de una nueva oportunidad después de entregado el rosario.

Un tímido golpe hizo temblar sobre

sus goznes el endeble portón. Lo cierto es que aquel emplazamiento había sido bien elegido en términos de discreción, y parecía mucho más una caseta de aperos en el rincón más recóndito de la ciudad que la guarida de una peligrosa sociedad secreta. Nadie respondió a la primera llamada, y a la segunda, de mayor intensidad, sólo lo hizo un vagabundo que dormitaba a escasos metros de allí.

—¡Un poco de silencio, por el amor de Dios! —me abroncó el desfigurado personaje.

Quién hubiera podido pensar que, a la menor presión, las bisagras girarían con toda facilidad. La puerta estaba abierta. Al otro lado, un estrecho corredor se

adentraba en la oscuridad, al fondo del cual se intuía un resplandor titilante, como de luz de velas, que delataba la presencia humana. Conté mentalmente hasta tres y me decidí. El trayecto estaba sembrado de bultos y salientes que se cebaban con mis tobillos desprevenidos. De repente, tras escasos metros de recorrido, empecé a escuchar las primeras e incomprensibles voces; cada vez más cerca, cada vez más nítidas.

El primer golpe fue en la cabeza, y a punto estuvo de hacerme perder el sentido. A continuación, ya en el suelo, un puntapié se me clavó entre las costillas. Después, mientras las primeras gotas de sangre comenzaban a desfilas sobre mis labios, sentí cómo un

par de férreos brazos me inmovilizaban las manos tras la espalda a la par que una rodilla me aprisionaba el cuello. Alguien gritó algo en una lengua africana y las voces que antes me habían guiado comenzaron a acercarse a la carrera. La llama de una antorcha iluminó la estancia en la que me retenían, pequeña pero atestada de artefactos, y a su destello, las siluetas de varios hombres negros se perfilaron con palpable agitación. El caos y el alboroto duraron hasta que una voz familiar se alzó autoritaria por encima de todas las demás.

—*Kutolewa!* Soltadle, soltadle. Es bienvenido.

Aquellas órdenes, que mis captores,

dos jóvenes bravos y fornidos, obedecieron con desgana y recelo, provenían de Kenfack, el hombre negro que había asistido a la reunión en el sótano de Leónidas. Después, sus hercúleos brazos me alzaron del suelo y sus ojos de madera añeja me recorrieron las facciones. Pensé que se dispondría a consolarme por el mal trago, o tal vez a curarme la herida.

—¿Estás loco?! — me gritó con profundo reproche, agitándome a la altura del pecho—. ¿Cómo se te ocurre colarte aquí sin avisar? Lo más normal es que te hubiesen matado. Yo no les habría culpado por ello.

Dicho esto, Kenfack abrió la boca para respirar hondo, dejando que el aire

le llegara hasta el vientre, como tratando de serenarse. Aquel característico aroma a piel recién curtida que ya había advertido en nuestro primer encuentro no había perdido ni un ápice de su intensidad. Mientras tanto, un incómodo zumbido se había instalado en mi oído izquierdo, fruto de mi caluroso recibimiento.

—*Kupata nje!* —dijo al fin Kenfack a sus compañeros, que poco a poco se fueron retirando en actitud sumisa. Luego se volvió de nuevo hacia mí—: ¿Lo has traído?

La visión del ajado rosario hizo chiribitas en sus pupilas, y casi pude sentir como se relamía los labios con la punta de la lengua. Rápidamente, sus

anchos dedos recorrieron las cuentas una a una, contándolas, posicionándolas, leyendo en ellas lo que a mí se me negaba y tanto deseaba conocer.

—Todavía no eres un hermano —se reafirmó Kenfack, con la misma rotundidad de la que había hecho gala en la reunión—. No debes saberlo.

En las arrugas de su frente sudorosa se vislumbraba la suspicacia que todavía le ocasionaba mi presencia, y sus reparos me hicieron temer que albergara una sospecha demasiado próxima a la verdad. A continuación, mi salvador gritó nuevas y prolongadas palabras en idioma africano, a las que sus compañeros respondieron con un repentino estrépito de tambores,

arrancando de la piel de sus membranas furiosos ritmos a contrapunto. Parecía como si aquello que acababan de averiguar fuese tan importante como para merecer una fiesta.

—No es una celebración —repuso Kenfack—. Es una señal. Para los otros abakuá que también viven en Jesús María. Y ahora debes marcharte. ¡Faraji! ¡Jelani!

A su llamada, los dos centinelas que tan expeditivamente me habían cortado el paso, vistos con cautela apenas dos muchachos pero altos y fuertes como la torre de un penal, irrumpieron a nuestro lado. Sobre mi labio inferior, la sangre seca había empezado a formar una costra salada.

—Mis sobrinos te acompañarán hasta la frontera del barrio. A estas horas no es seguro para alguien como tú.

Aquello no era necesario. Por muy peligrosa que fuese la zona, me atemorizaba menos que aquellas dos moles, con sus labios perforados por un adorno anular dibujando una sonrisa sarcástica, y cuyo recuerdo todavía se retorció estridente entre mis costillas. Los raíles del ferrocarril urbano, pensaba, bastarían en esta ocasión para guiarme. Para mi pesar, los sobrinos de Kenfack no parecieron compartir mi tesis, pues a un gesto de cabeza de este me cogieron cada uno de un brazo y comenzaron a arrastrarme hacia la salida.

—Nos veremos pronto —me despidió el abakuá, retándome con la mirada antes de difuminarse entre la penumbra.

Sobre el papel, el reguero de cuentas del rosario de la discordia se difuminaba, más o menos, como su recuerdo en mi memoria. La reproducción pictórica del objeto había empezado a tomar forma justo después de recibir las primeras felicitaciones con las que Leónidas Clavel tuvo a bien recibirme tras mi desempeño. No obstante, tendrían que pasar largos minutos e incontables borrones para que el dibujo alcanzara su versión definitiva, y aun entonces no estuve seguro de que la reproducción de aquel enredado baile de bolitas y misterios fuera plenamente

correcta. Había confiado vagamente en que aquel ejercicio me ayudaría a comprender la verdad oculta ante mis narices, pero la realidad, como casi siempre, resultó ser más tozuda.

El dueño de la tienda de pinturas recibió el boceto a la mañana siguiente doblado en cuatro pliegues y acompañado de una detallada nota explicativa con destino a Montano. Ahora, el agente de Dulce y su capacidad para descifrar el código a tiempo constituirían mi única esperanza de salvación. Si aquello fallaba, estaba perdido.

Los días pasaron sin que en uno solo nuestro colaborador común se viese privado de mi visita, pero el asunto

invariablemente se saldaba con una negativa sorda y acaso una oferta comercial adaptada a mis nuevas posibilidades económicas. No había llegado respuesta alguna. Con aquella tensión palpitándome en las sienes era imposible concentrarse en los trabajos de pintura propagandística que Leónidas me seguía encargando a goteo, hasta que el hacendado llegó a preguntarme si me había pasado algo que pudiera justificar aquel descenso de rendimiento. Y así, con cada nuevo golpe del calendario, mis esperanzas se fueron evaporando como gotas de rocío.

Seis amaneceres después de mi odisea entre la iglesia del Espíritu Santo y el barrio de Jesús María, nada excepto

un viento impertinente parecía haber variado en el panorama. Una vez más, el olor a aceite de lino del establecimiento de la calle de la Amargura me recibió con su abrazo; y también, una vez más, el dueño negó en silencio, dándome a entender con su hierática pose que no había nota ni recado para mí. La decepción se mezcló con la ansiedad, y esta a su vez con la impotencia y la frustración. La cosa pintaba cada vez peor. Muy posiblemente Montano no hubiese sabido desentrañar el enigma del rosario, o el reclamo de asuntos más importantes le hubiese obligado a abandonarme a mi suerte temporalmente.

Fue entonces cuando sentí el peso de aquella gigantesca mano sobre mi

hombro, mi clavícula estremeciéndose bajo la presión de aquellos dedos simiescos, únicamente tres. La pétrea efigie del agente de Dulce apareció a mi espalda como una estatua monolítica, y créanme cuando les digo que, puede que por primera vez, me alegré inmensamente de su compañía.

—Vamos, rápido, a la trastienda. Nadie debe vernos juntos.

Sin siquiera despegar los labios, ni sumar o restar un surco a su rostro cuarteado, el dueño empujó una portezuela oculta tras el mostrador en la que nunca antes había reparado y nos indicó con un gesto mecánico que podíamos pasar. Los ímpetus de mi acompañante casi me arrastraron a

varios centímetros del suelo, y en cuestión de un suspiro me vi rodeado de toda suerte de mercancías, cachivaches y cajas sin abrir.

—Sólo me he atrevido a venir hasta aquí por la urgencia del asunto —expuso Ignacio Montano tras cerciorarse de que la puerta se había cerrado por completo, sin dar ocasión a más prolegómenos—. Fue un gran acierto por tu parte memorizar el código y hacérmelo llegar. La argucia del rosario ha estado a punto de desbaratar nuestro plan y tú has sabido capear el contratiempo con la mayor compostura. Te felicito.

Entonces, pensé, lo había descifrado. Había descubierto la información y podría rescatarme de mi aciago destino.

El nerviosismo se apoderó de mí, y una excitación temblorosa me hacía casi imposible soportar el sosegado ritmo con el que Montano acostumbraba a revelar las noticias.

—Al principio me costó un poco. La precipitación, supongo, pues una vez uno sabía que el rosario contenía un mensaje, el asunto no era tan complejo. Ten, mira.

Mi interlocutor había sacado de su levita una especie de papelillo arrugado y manchado de grasa, como los que se empleaban para envolver dulces y golosinas, garabateado con unos trazos de tinta que poco a poco se habían ido emborronando sobre la superficie aceitosa. «No tenía otra cosa para

apuntar cuando se me hizo la luz», se excusó antes de tenderme la nota que, pese a su desastroso estado, aún revelaba una serie de grafismos más o menos reconocibles:

COSTA N
4D2 MN

No tenía la menor idea de qué podría significar aquel galimatías con olor a buñuelos de yuca, pero por los ojos con los que lo admiraba Montano, supe que sería importante.

—Era código morse —me explicó, orgulloso, probablemente disfrutando hasta cierto punto de mi desconcierto—. Como el que se emplea en los

telégrafos. Las cuentas finas hacían de puntos y las gruesas de rayas. Un clásico en el mundo del espionaje, en realidad. Estos laborantes están perdiendo facultades, esperaba algo más ingenioso por su parte. Será el sol de la manigua, que les funde el cerebro... En fin. Lo que has leído en ese papel es la transcripción exacta del mensaje que ocultaba el rosario. Para mí, está claro: «Costa del Norte, cuatro del dos», o sea, de febrero, «a media noche».

Varios pensamientos pugnaron por ocupar mi mente tras aquella nueva revelación. En primer lugar, como una suerte de excusa para el autoconsuelo, se me hizo evidente que, pese a resultar tan sencillo para Montano, yo jamás

hubiese podido descifrar aquel acertijo, pues, aunque sabía de la existencia de un cable que unía La Habana con la Florida bajo el mar, mi experiencia en el mundo telegráfico y sus códigos era nula. Por otra parte, pensé también que la Costa del Norte era un emplazamiento muy lógico para una misión de aquellas características, pues se abría a mar abierto, y no me imaginaba cómo algo así podría gestarse en las sobreprotegidas aguas de la bahía. Sin embargo, ambas consideraciones se disolvieron como polvo en la lluvia al reparar en un detalle de repercusiones mucho más inmediatas: la fecha señalada para el envío a Las Villas era la de aquella misma noche.

—La Costa del Norte es amplia, pero el mejor lugar para algo así es junto al camino de la Chorera, tras las canteras de cal. Es un rincón oscuro y apartado, muy del gusto de los contrabandistas. En cualquier caso, por si las moscas, apostaré centinelas en todo el litoral, pero me jugaría el pellejo a que los pillamos donde yo digo —debió de leer la preocupación en mis ojos, pues pronto su tono rebajó la euforia y aumentó en calidez—. Puedes estar tranquilo, está todo preparado. Esta noche se acaba la pesadilla y Leónidas estrena *suite* entre rejas.

A nuestro alrededor, un manto de telas de araña cubría cada palmo de las paredes, formando una especie de

bóveda funesta muy propicia para mi estado de ánimo. La inminencia de la acción me había causado un enorme desasosiego. Lo que hasta entonces no habían sido más que elucubraciones en el aire se había convertido de repente en una realidad inaplazable, amenazante y sin escapatoria.

—Lo de tu amiga va también sobre raíles, puede que en unos pocos días la tengamos ya de vuelta entre nosotros. Dulce sabe que esa pobre mujer es inocente de cualquier cargo. Debe andarse con ojo, pues no son buenos tiempos para contrariar a los voluntarios del comercio, pero en cuanto el asunto se enfríe un poco, le concederá el indulto. Como ves, soy un hombre de

palabra. *Quid pro quo*: Tú me ayudas, yo te ayudo. O mucho se tuerce la cosa, o en menos de una semana estarás de nuevo en esa pensión que tanto te gusta. A Luigi le caíste bien, y se ha comprometido a costear las reparaciones que sean necesarias para volver a ponerla en funcionamiento.

Sin duda, había acertado con las palabras. Si lo que pretendía era tranquilizarme, no lo había logrado, pero, en cambio, sí había conseguido insuflarme un improbable hálito de optimismo. Dicen que, con un buen porqué, uno puede soportar casi cualquier cómo. Y yo ya tenía motivos para seguir adelante.

—Sin embargo, antes de todo eso, me

veo en la obligación de hacerte una última advertencia para esta noche: mantén la calma, actúa con naturalidad. Nadie debe sospechar que nada raro sucede hasta que sea demasiado tarde, no sólo por el éxito de la misión, sino por tu propia seguridad. En las sociedades secretas ese tipo de ritos, más allá de su finalidad práctica, son muy importantes a nivel simbólico. Hasta ahora eras un novato sin el menor crédito, tenías margen de error, pero desde hoy te considerarán como uno de ellos, y deberás actuar como tal. En ese mundo, como en casi todos, los traidores son poco populares, y si alguien, especialmente Leónidas o ese negro al que llamas Kenfack, descubriera el

verdadero motivo de tu presencia allí...
—Montano apretó los labios, dejando que las palabras se sostuvieran por su propio peso—. Confía en mí, te sacaremos a tiempo.

En realidad, no hacía falta que terminara la frase. Me había quedado más que claro qué pasaría si saltaba la liebre antes de hora. Desde la iglesia del Espíritu Santo tocaban a misa de doce. Doce toques más, pensé, y llegaría la media noche.

El día se me escapó de entre las manos como una ilusión de vapor, con el sigilo y la indiferencia que sólo logran las esperas en la antesala del abismo. Nada físico o tangible conseguía captar mi atención o despertar mi interés, pues todo quedaba oculto tras la cortina de humo que me velaba la mente. Los pensamientos se sucedían, absurdos, sin llegar a ninguna parte, como una locomotora avanzando a toda máquina por una vía circular.

La casa de Leónidas Clavel, en todo su lujo y gloria, se había convertido ante mis ojos en una ratonera cuya salida

luminosa se me acercaba poco a poco sin llegar nunca a alcanzarme. Al menos, el sufrimiento me recordaba que había esperanza, algo por lo que luchar. La comida me supo a ceniza, y no recuerdo que llegara a existir la cena. Lo que nunca, jamás, podré olvidar, es el momento en el que dos suaves toques mecieron la puerta de mi habitación, y al amparo de una oscuridad que ya calaba hasta los huesos, una silueta celestial cruzó el umbral sin esperar autorización.

—Ha llegado el gran día —dijo María Galván con la ilusión prendida en la voz y una mirada de falso rubor escrutándome de reojo—. Te espero abajo mientras te vistes. Tranquilo, te lo explicaré todo por el camino.

Aquello superaba en crueldad al más maquiavélico de los planes. No era justo que se mezclaran en un sólo evento mi única vía de escape con su compañía. Pero ya no había remedio. A toda prisa, las ropas encontraron su sitio en mi cuerpo, y en apenas un visto y no visto el aire de la noche se colaba ya en mis pulmones.

María aguardaba caminando en círculos por el pequeño jardín bajo el porche, debatiéndose como una fiera enjaulada. En aquella actitud, su belleza me resultaba más peligrosa, más disuasoria si cabe. Después, sin esperar siquiera a que me pusiera en situación, me tomó de la mano y me arrastró siguiendo la calle Cuba hacia el norte.

La noche se prometía luminosa y solitaria, sin una sola nube que osase emborronar el brillo de los astros y apenas un alma transitando por la ciudad. Quise entonces que cumpliera con su promesa y me aclarara de una vez aquella escena de la que, teóricamente, yo nada podía saber. Pero no hubo suerte.

—Todavía no —susurró la joven con sonrisa pícar—. Aquí pueden oírnos.

En cuestión de un suspiro nos encontramos en la explanada libre que se abría entre el fúnebre edificio de la Real Cárcel y la línea de la costa. Entonces me pregunté si sería allí donde Balbina estaría retenida, tras aquella tétrica fachada, tal vez mirando por la

ventana, contemplando la superficie del mar como un manto negro del que dos personas tirasen en direcciones opuestas o las luces de la fortaleza de La Cabaña al otro lado de la bahía. Allí, en la planicie, dos carrromatos se habían detenido entre las sombras.

Cuando la distancia me lo permitió, no tardé en reconocer las figuras de quienes aguardaban junto a ellos. En total había siete hombres negros: dos, vestidos de caleseros, y otros cinco, como los mozos que cargaban toneles en el puerto. Entre estos últimos se contaban Kenfack y sus dos fornidos sobrinos. Junto a ellos se encontraba también uno de los jóvenes que había asistido a la reunión en el sótano de

Leónidas, el de cabello rubio y el mejor vestido de los tres, quien, según me dijo entonces María, se llamaba Álvaro. Él fue el primero en levantarse para recibirnos.

—Nico y Garsón se han adelantado hace unos minutos —nos advirtió—. Darán tres silbidos si se encuentran con alguna patrulla.

Sobre la parte trasera de cada uno de los carromatos, un enorme contenedor reposaba con lo que parecían sacos de azúcar sobresaliendo por los bordes. La tensión era palpable entre los presentes, cuyas miradas de escaso afecto me aguijaron el ánimo, y sólo María parecía libre de aquella tirantez. Me llamó la atención la ausencia de

Leónidas, pero supuse que estaría ocupándose de otros aspectos más elevados de la misión y que se reuniría con nosotros más adelante.

—Nos vamos ya —ordenó Kenfack, quien, según me habían dicho, ostentaba el título de patriarca de los abakuá.

Él mismo, junto con sus sobrinos, Álvaro y uno de los caleseros se auparon al primer carromato, quedando el segundo para los otros tres abakuá, María y yo. Los látigos restallaron, los caballos relincharon y los coches comenzaron a agitarse sobre las irregularidades del suelo, primero con rumbo norte, y a los pocos metros, al amparo del castillo de La Punta, girando a la izquierda para embocar los Campos

Elíseos y empezar a recorrer el litoral de la Costa del Norte. Fue entonces cuando María tuvo a bien comenzar a relatarme los detalles del asunto:

—Si nos detiene una patrulla, ellos son esclavos de las plantaciones de Leónidas, y llevamos azúcar y mascabo de sus ingenios para la Real Casa de la Beneficencia y el sanatorio de leprosos de San Lázaro —me dijo, templando la voz junto a mi oído—. En realidad vamos un poco más allá, al camino de la Chorera. Se supone que habrá una barcaza esperándonos a unos metros de la playa. Pase lo que pase, actúa con naturalidad. No estamos haciendo nada malo.

Empezaba a hartarme de aquel

consejo, especialmente dada la doble farsa a la que me veía sometido. Para las autoridades pertinentes sería un colaborador de Leónidas Clavel en una obra benéfica, para mis acompañantes, un aspirante a Hijo de Siboney, y para mí mismo, un pobre hombre asustado que sólo quería ver un nuevo amanecer lejos de todo aquello. Al menos, aquellas palabras me confirmaban que Montano había acertado de pleno en sus pronósticos e interpretaciones, demostrando ser un auténtico sabueso, alguien en quien poder confiar. En menos de una hora, pensé, ya me habría rescatado de mi cautiverio.

El primer tramo del camino discurrió tranquilo y solitario, casi en silencio,

siempre junto al mar, sintiendo el roce de su bisbiseo y de su brisa salina, cruzando junto a los baños del Recreo y los de la Isleña. Sin embargo, justo cuando la silueta iluminada de la Batería empezaba a indicarnos que ya había quedado atrás más de la mitad de nuestro trayecto, una voz se alzó autoritaria al margen de la calzada, emergiendo desde un titilante punto de luz.

—¡Alto! —ordenó su poseedor—. ¿Quiénes son, qué llevan y a dónde van a estas horas?

Los caleseros tiraron bruscamente de las riendas y los carromatos se detuvieron entre quejidos de los animales, levantando una nube de polvo

al deslizar sus pezuñas sobre la tierra.

—Tranquilo —me susurró con dulzura María, apenas en un rumor imperceptible—. Como si no pasara nada.

—Llevamos azúcar y mascabo para las hermanas de la Beneficencia y los leprosos de San Lázaro —respondió Álvaro con vehemencia—. Ofrenda de nuestro patrón por san Gilberto.

Poco a poco, dos siluetas se acercaron al primer carruaje, recortadas sobre la mancha ígnea de la antorcha que llevaba el que había hablado, entrando en la zona de campo visual. Entonces, un destello brotó desde el rostro del portador de la tea como un fulgor de oro entre sus dientes. Era el

mismo hombre que me había sonreído a la salida de El Louvre, justo antes de arremeter a tiros contra la clientela. Además, para más inri, el que lo acompañaba era uno de los que me habían seguido tras mi lance en la iglesia del Espíritu Santo. Nos había detenido una patrulla de voluntarios del comercio, que por fuerza debía de haber pasado desapercibida para nuestra avanzadilla.

Creo que María no llegó a comprender más que un par de palabras entre aquel barullo de agónicos siseos, pero le bastaron para darse cuenta de que me encontraba en peligro y que de ningún modo podía permitir que aquellos hombres me vieran.

Aprovechando que nuestro carromato se encontraba todavía oculto entre las sombras, levantó la tapa del contenedor y, con una fuerza que poco tenía que ver con su aspecto, me empujó dentro. Los sacos de azúcar acolcharon mi caída menos de lo esperado, clavándoseme toda suerte de cantos y salientes al impactar. Poco después, las voces de los voluntarios llegaron de nuevo desde el exterior.

—¡Alabados sean los ojos, Álvaro!
—exclamó el del diente de oro, que parecía el jefe de la pareja—. ¿Todavía le sigues lamiendo el culo a Leónidas? Siempre te lo he dicho. Eres un capullito de raza, podrías llegar lejos si quisieras, pero tienes que aprender a elegir mejor

las compañías y olvidarte de esta escoria, o muy pronto te arrepentirás de no haberme escuchado.

No obtuvo respuesta, al menos en el espectro audible.

—Y ¿teníais que hacerlo a las doce menos diez de la noche?

—Nunca es tarde para una buena obra —contestó en esta ocasión Álvaro mientras el resto de la comitiva guardaba pulcro silencio.

—Las bromas te las guardas para tu puta madre —espetó el voluntario, endureciendo repentinamente el tono—. De todos los niñatos de tu quinta eres el que mejor me cae, no me gustaría nada tener que partirte esa cara tan guapa. Abrid el contenedor. Teodoro, mira a

ver si este amable caballero dice la verdad; y busca bien, que nunca se sabe.

Estábamos perdidos. En cuanto aquellos hombres descubrieran el verdadero contenido de nuestro cargamento comenzaría nuestro camino a prisión, si es que no preferían acabar rápido con el asunto y pegarnos un tiro en la cuneta. El sonido de la tapa chocando contra el suelo me llegó como un grito sordo, y después le siguieron el rasgar de la tela de los sacos al ser revueltos por manos poco cuidadosas y el fluir del azúcar derramándose en cascadas cristalinas.

—Aquí no hay más que azúcar pegado y mascabo rancio, señor —afirmó Teodoro al cabo de un rato con una voz

que recordaba en algo al crujir de engranajes de un ferrocarril—. Todo hecho un asco, por cierto.

¿Cómo era aquello posible? A mí las aristas afiladas de las cajas llevaban torturándome la espalda desde el primer momento, algunas ocultas bajo una capa de no más de una fila de sacos, y aquel hombre había pasado como mínimo medio minuto buscando. En cualquier caso, pensé, bendito fuese el milagro. No obstante, el optimismo duró poco, arrancado de raíz por la nueva orden del jefe de los voluntarios.

—Vaya un filántropo está hecho el amigo. En fin. Registremos el otro carromato.

Poco a poco, las pisadas se fueron

acercando a nuestra posición. Aquello era el final. Si me descubrían allí, ya no habría explicación que valiera. Pese a mis esfuerzos y mi desesperación, poco pudieron hacer los sacos por ocultarme bajo su manto. Sin embargo, la brusquedad del movimiento sí hizo que la tapa de una de las cajas se desprendiera y su contenido, duro y frío, pasara a clavarse directamente en mis riñones. Por unos segundos llegué a creer que podría tratarse de zapatos, pero no lo eran. Leónidas me había mentado; lo que se estaba enviando a Las Villas eran armas.

—Por favor, señor, sólo estamos haciendo una obra de caridad —dijo entonces María—. Le suplico que no nos

estropee más la carga, o no servirá para nada. Además, eso contrariaría mucho a Leónidas.

La sentencia había comenzado con un tono dulce y casi infantil, capaz de conmover al más endurecido, pero que en sus últimos compases había virado para teñirse de velada amenaza.

—¡Mira a quién tenemos aquí! La futura señora de Clavel —dijo el del diente de oro con impostado alborozo—. A sus pies, señorita Galván. Y ¿Leónidas? ¿Ha dejado a la pollita suelta esta noche?

—Leónidas es un hombre notable. A diferencia de otros, tiene cosas más importantes que hacer que arrastrarse por las calles a estas horas.

—Cuando te pones así de arisca me dan unas ganas de morderte los muslos que algún día me van a estallar en la boca. Nunca lo descartes del todo.

—¿Podemos continuar? —preguntó con absoluta frialdad María, sin considerar ni responder a los comentarios del otro.

—Yo ya estoy harto de revolver basura —apuntó amargamente el subalterno.

El silencio se prolongó durante unos segundos, probablemente amparando la reflexión del superior.

—Está bien, está bien. Pueden continuar —concluyó al fin el voluntario con sarcástica gentileza—. Pero les aconsejo que se anden con cuidado. No

son horas para andar por estos lares, menos tal y como están las cosas. Y menos, con una mujer.

—Muchas gracias, y que pasen una buena noche —le despidió María.

—Recuerdos a Leónidas.

Después los carromatos reanudaron su marcha y el aire volvió a entrar poco a poco en mis pulmones.

Todavía no alcanzaba a creer por qué poco me había librado cuando María levantó la tapa de mi escondite y me indicó que ya podía salir. Aunque trataba de disimularlo con una sonrisa, también a ella le había afectado al ánimo la incidencia.

—Seguimos adelante —dijo con

parquedad—. Estaremos atentos por si nos siguen, aunque dudo que lo hagan.

Pronto la Batería se perdió en la distancia y aparecieron las Reales Casas de Beneficencia, tras las que se adivinaba discreta la circunferencia de la plaza de toros. Allí los coches se detuvieron un momento para que los portadores del primero dejaran su contenedor frente a la caritativa institución. Una mirada cómplice de María bastó para paliar mi desconcierto y confirmar mi sospecha. Aquello formaba parte de la argucia. El primer vehículo no transportaba en realidad más que azúcar, sirviendo como escudo en caso de registro y como coartada por si más tarde alguien se acercaba a

preguntar a las religiosas sobre una presunta ofrenda recibida. La verdadera carga, comprendí entonces, se limitaba al contenido —cuya naturaleza ahora conocía— del contenedor que me había salvado.

Reanudada la marcha, quedaron atrás el Torreón de Vytas, el sanatorio de San Lázaro y, casi oculto tras su silueta, el viejo Cementerio de Espada. Me preguntaba cuánto más lejos proseguiría nuestra travesía, ya sobre la senda del camino de la Chorera, cuando el carromato se detuvo por postrera vez.

—Es aquí —me indicó María.

A nuestro lado, las canteras y hornos de cal se extendían hacia tierra adentro tras la pequeña estación de ferrocarril

en la que se cargaba su producción. Justo como había pronosticado Montano, aquel solitario y tétrico lugar era el elegido para la entrega. Allí, también, esperaban los otros dos jóvenes de la reunión, preocupados por nuestra tardanza y sorprendidos ante la noticia de la patrulla de voluntarios. Entonces el pecoso se me presentó precipitadamente como Nico, y el de la nariz grande con un nombre que jamás volví a recordar, pues, según él mismo me dijo, todo el mundo lo llamaba Garsón.

Abandonando los carromatos sobre la calzada, los abakuá tomaron el contenedor y se dirigieron hacia la costa. La arena de la playa estaba fría e

impregnada de una humedad sórdida y agresiva, que trepaba por los tobillos hasta calar en los huesos. Desde algún punto más allá de la vista, sumergidas en la oscuridad reinante tras el tenue baño de luz astral, las lechuzas ululaban y oteaban sus presas. Lo que nadie pareció advertir fue cómo, desde el terraplén colindante a las canteras, una mancha oscura y heterogénea, salpicada de extremidades y copas de sombrero, se cernía acechante a un centenar de metros de la costa.

—Todavía no han llegado —dijo Kenfack con palpable enfado—. Bastardos orientales. Siempre hay que esperarlos. ¡Vamos! Iremos descargando la mercancía para ganar tiempo.

Llámenme loco, pero, mientras las cajas iban abandonando el contenedor y los sacos de azúcar cayendo sobre la arena, creí distinguir, al frente de aquella turba distante, la silueta de anchos hombros de Montano. No había duda de que eran ellos, pensé. Estarían esperando a que llegase la barcaza para pillarlos en plena faena, al más puro estilo del agente de Dulce.

—¡Ya están ahí! —exclamó repentinamente Garsón.

Para entonces, una pequeña embarcación había emergido entre las tinieblas del océano, portando una tea encendida para revelar su posición. A bordo se distinguían las siluetas de unos pocos marinos, que procedieron a

fondear la barcaza a escasos metros de la orilla. A una señal de uno de los tripulantes, se formó una cadena humana enlazando la pila de mercancías que se había acumulado en primera línea de playa con la borda de la nave.

La mancha de observadores seguía allí, imperceptible para todos, sin moverse todavía. Calculé que subir todo aquel material a bordo costaría al menos cinco minutos. «Actúa con naturalidad», había dicho Montano. «Sin levantar sospechas hasta el último momento, por el éxito de la misión y por tu propia seguridad».

Pronto, Álvaro comenzó a pasarme cajas desde tierra firme, y Garsón las recibía de mis manos ya algo sumergido

en aguas del Atlántico. María ocupaba una de las últimas posiciones de la cadena, con el vestido arremangado hasta las rodillas y el cuerpo meciéndose ante el empuje de las olas. Era una pena, pensé por primera vez, que en apenas un par de minutos fuese a estar presa y más pronto que tarde condenada, con pocas esperanzas en cuanto a la sentencia. Aquel era un sacrificio triste, me decía, pero al fin y al cabo necesario.

Una ráfaga de viento estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio y caer sobre la pila de material. Ya sólo quedaban tres cajas. Angustiado, quise creer que los hombres de Montano estarían ahora algo más cerca que antes,

pero tomando la fachada de los hornos de cal como referencia, no se habían movido ni un metro desde el principio. Dos cajas. Una caja.

—¡Vamos! —gritó Kenfack, pletórico de optimismo—. ¡Marchémonos de aquí como si nos persiguiera un demonio! ¡A los coches!

Desde la barcaza llegaron entonces el sonido de los remos y la visión de manos alzadas a modo de despedida, perdiéndose poco a poco, rumbo al horizonte.

Maldita sea, pensé. ¿Por qué no se movían? ¿A qué estaban esperando? Sin duda algo había fallado, alguna contingencia habría impedido a Montano actuar en el último momento. Tal vez

incluso aquellas figuras entre las sombras no fuesen más que imaginaciones mías. En cualquier caso, para mí ya no había escapatoria.

Recuerdo aquella retirada como una estampida sin control, como un caos de congratulaciones y gritos contenidos, de cascos de caballo desbocado, de palmadas en la espalda y emociones a flor de piel. No sé si la consciencia llegó o no a abandonarme por completo, o si acaso quedé unido a la realidad por un hilo de fogonazos de calles al trasluz. Poco importa. El caso es que, para cuando quise darme cuenta, me rodeaba ya el interior del cuartel general de los abakuá.

Allí todo el mundo bailaba al ritmo

de unos tambores que me perforaban el sentido, fumaba en una nube de humo que me ahogaba poco a poco y me felicitaba y saludaba como uno más entre los suyos con una inusitada camaradería que me resbalaba como ácido sobre la piel. En cierto momento, Kenfack abandonó la rítmica turba y se dirigió hacia mí. Entonces, en un gesto en el que pude sentir a un tiempo un recelo remanente pero también sinceridad, me estrechó entre sus brazos.

—Ahora eres un hermano —dijo, como si aquello no fuera la peor de mis maldiciones—. Espero que sepas lo que ello implica.

Sus palabras se perdían entre el temblor de la percusión, supuse que

como señal para comunicar al resto de los abakuá del barrio de Jesús María el éxito de la misión.

—No es una señal —me contradijo Kenfack, ufano por primera vez desde que lo había conocido—. Solo una celebración.

El estrépito crecía por momentos. Los ritmos africanos castigaban las membranas, pronto acompañados por un coro de aullidos al que el patriarca no tardó en sumarse. Los jóvenes Álvaro, Garsón y Nico también se habían entregado a ellos con idéntica pasión, pero del que sospechosamente no se vio rastro en toda la jornada fue de Leónidas Clavel.

Ya convertido en nuevo Hijo de

Siboney, integrado en su sociedad y al tanto de sus secretos, no me dejarían escapar tan fácilmente. No quedaba otro remedio que intentar sobrevivir en aquel entorno adverso, hibernar durante aquel inesperado invierno, hasta que Ignacio Montano acudiese para rescatarme. Todavía confiaba en ello. De repente, reparé en que María Galván tampoco estaba allí. No recordaba cuándo había desaparecido, pero su estela se perdía, nebulosa, tras la estampida de retirada desde la costa. No había de qué extrañarse, pensé al cabo de un tiempo. No había sitio para un ángel en el infierno.

SEGUNDA PARTE: LA VOZ

El brillo cegador que se escapaba de las de arañas y candelabros de bronce hacía de la sala de visitas, vestida para la ocasión de salón de baile, una aurora perpetua. Entre el humo del tabaco se dibujaban las elegantes siluetas de caballeros con el pelo peinado hacia atrás, luciendo fracs o trajes de gala; de señoras de rostros blanqueados embutidas en vestidos de tafetán a la francesa, con largas y espesas faldas flotando a su alrededor; de oficiales del ejército con sus medallas y bandas honoríficas; y de negros sirviendo dulces y bebidas, portando jarras de

agua con hielo o formando un quinteto para poner música a la velada.

Para aquella fiesta habían acudido a casa de Leónidas Clavel algunas de las más altas personalidades de La Habana: poderosos funcionarios, ricos hacendados, grandes comerciantes... Nada de ello podía resultar excesivamente sorprendente dada la reputación del anfitrión. Lo que sí me resultó chocante, teniendo en cuenta el relato de Montano, fue la presencia del mismísimo capitán general de Cuba. Domingo Dulce, hombre de abundante bigote y ojos pequeños, se mostraba serio y preocupado. Deambulaba casi siempre solitario, vestido con su uniforme de gala, luciendo en la

bocamanga de la guerrera los tres entorchados de oro con serreta que daban fe de su graduación. En cierto momento me pareció que se tambaleaba, y tuvo que sentarse a tomar un respiro mientras un par de acompañantes lo abanicaban. Y cuando Leónidas se acercó a saludarlo con la más pulcra de sus sonrisas, zanjó la conversación en apenas medio minuto fingiendo que lo llamaban desde otro grupo.

El anfitrión, que a cada rato cambiaba de compañía, ofreciendo a cada asistente sus mejores cumplidos, bromas e intenciones, se había resistido a aceptar mi negativa, empeñándose en que asistiera a su condenado baile, en que disfrutara de la ocasión. ¿Cómo

demonios podría? Desde la desafortunada entrega de armas, culminada ya cinco días atrás en mi rito de iniciación como nuevo Hijo de Siboney, Montano no había dado señales de vida. No había pasado día sin que el dueño de la tienda de pinturas de la calle de la Amargura recibiera una nota de auxilio, ni tampoco en que no le tocase jurarme que el agente de Dulce no había pasado por allí a recogerla. Era, sencillamente, como si se lo hubiera tragado la tierra, dejándome a mí abandonado en la superficie.

Durante aquellos agónicos días de incertidumbre, mi rutina no había cambiado demasiado. Los encargos de pintura propagandística de Leónidas

seguían robándome la mayor parte del tiempo, de modo que mi existencia se reducía a poco más que un frenético confinamiento en mi pequeña habitación del entresuelo. Al frasco del púrpura de Perkin no le quedaban ya más que dos tercios de su contenido, de modo que habría que empezar a racionarlo, pues sería difícil volver a conseguirlo. Lo bueno era que el trabajo no me dejaba demasiado tiempo para pensar y en cierto modo me aislaba del mundo exterior. Hasta que la invitación a aquel baile llegó para arrastrarme fuera de mi refugio de monotonía.

En la sala de visitas, los rincones junto a los jarrones orientales que actuaban como floreros, las discretas

escupideras de bronce o los armarios empotrados para guardar los abrigos eran los mejores para evitar el roce de la multitud, para esquivar las miradas reprobatorias y los vacíos saludos de rostros grises y desconocidos. Allí, sobre una cómoda, un pequeño montón de periódicos, desde el *Diario de La Marina* hasta *El Espectador Liberal*, servía de parapeto a la soledad. Todas las portadas abrían con la misma noticia. Tras largas semanas de escaramuzas y rumores, al fin la sublevación independentista había alcanzado la provincia de Las Villas, estrechándose así el cerco sobre La Habana. Solían añadir, además, que se sospechaba que el alzamiento de los

insurrectos había sido decisivamente apoyado desde algunos clubs y sociedades laborantistas de la capital. Aquello terminaba de explicarlo todo; por eso, armas y no otra cosa. Sin duda, ese había sido el objetivo de los Hijos de Siboney desde el principio.

El tiempo discurría lento, como si las agujas del reloj arrastrasen un ancla en su girar. Pero entonces apareció, radiante bajo un vestido de seda amarilla ligero como una gasa, con las finas manos enguantadas y una cascada de joyas resbalándole por el sugerente escote. Aquella sí era la ninfa que durante eternidades me había robado el aliento al cruzar junto a mi ventana. En aquel momento, María Galván reía con

otra mujer de más o menos su misma edad, una fémica de tez morena y encanto agitanado que parecía ser su amiga.

Las frías páginas del *Diario de la Marina* trataron de interponerse cual carabina entre nuestras miradas, pero llegaron un segundo tarde. Entonces ella extendió el brazo en mi dirección e hizo un gesto, como indicando a alguien que se acercara. Me estremecí al darme cuenta de que no había nadie más detrás. Sin embargo, al fin y al cabo, había sido ella quien me había salvado de los voluntarios en aquel carromato, así que, pensé, al menos le debía la cortesía. Además, si había sido capaz de soportar el contacto con la guerrera de la Costa

del Norte, el de aquella dama de pelo recogido no tendría por qué hacerme daño.

De cerca, el aroma del agua de violetas se le escapaba de la piel.

—Por fin un caballero que se presta a ayudarnos —dijo María, con fingida y sonriente indignación.

—Ya era hora —apostilló su acompañante.

—¿Ves aquella mesa, donde están sirviendo el ron con limonada? —me indicó la prometida de Leónidas, sin más preámbulo, mientras señalaba con el cuello—. A la señorita Clara y a mí se nos ha antojado una copa, pero necesitamos a un caballero que nos la traiga.

¿Cómo podía ser?, me pregunté. La misma mujer que había burlado a los voluntarios en su propia cara, que se había adentrado en el mar para acarrear cajas de armas hasta una barcaza, incapaz de coger una copa por sí misma. La solución se iluminó pronto en mi mente como una dolorosa certeza. Estaba claro que únicamente me habían llamado para mofarse de mí.

—¿Cogerlas nosotras? —dijo María con estupor—. De ningún modo. Eso no sería nada decoroso. ¿Verdad, Clara?

—Bastante atrevimiento es arriesgarnos a que nos sorprendan con ellas en la mano.

—Así que si pudieras hacernos el favor...

—Te estaríamos muy agradecidas.

¿Saben? En realidad, pese a mi temor inicial, no había burla en sus palabras. Cariño, tal vez; viéndolo con perspectiva, puede que lástima. Sea como fuere, aquella ridícula misión consiguió, aunque fuera sólo por unos instantes, hacerme sentir bien, útil y valiente por primera vez en demasiado tiempo.

Dos copas de ron con limonada y algo de hielo, no muy cargadas para no decir tonterías. En ello pensaba cuando un rostro conocido a punto estuvo de hacerme olvidar el encargo. A escasos metros de mí, Luigi departía junto a un reducido grupo de hombres enfundados en trajes de paño. En sus ojos se dibujó

primero el asombro ante un inconveniente inesperado y después, la falsa indiferencia de quien finge no haber visto nada. Estoy seguro de que el ataque de tos que le sobrevino a continuación fue deliberado, provocado para camuflar su reacción y cambiar de rumbo la mirada. ¿Qué hacía él en casa de Leónidas? Por un momento sopesé la posibilidad de averiguarlo en primera persona, pero no me atreví.

Instantes después de la aparición, el negro encargado de preparar los combinados mezclaba las bebidas demandadas en un par de copas y me las colocaba en las manos.

—Aquí tiene, señor, con zumito de

limón recién exprimido. Que los disfruten.

Ya sólo quedaba el camino de regreso. Sin embargo, entre aquel batiburrillo de aspavientos y bailoteos, la fragilidad de los vidrios y el nivel del contenido, a punto de rebosar, pronto se me antojaron como una seria amenaza. De poco sirvieron los extremos cuidados ni los equilibrios de funambulista contra lo inevitable. Fueron apenas unas gotas, pero suficientes para manchar el blanco impoluto del traje de un joven de densas patillas.

—¡Un poco de cuidado, por favor! — exclamó con palpable enfado antes de volverse para reconocerme.

Era Garsón y, a su lado, Álvaro y Nico me contemplaban divertidos, notablemente ebrios a tenor de sus sonrisas desencajadas.

—Lo siento, no había visto que eras tú —se disculpó el agraviado.

—Es lo que pasa cuando se beben las copas de dos en dos —bromeó Álvaro—, que uno pierde el equilibrio.

Me hizo gracia que creyeran que eran para mí, pues ni una sola gota de alcohol había rozado mi paladar en toda mi vida. Enterados de su verdadero destino, no tardaron en prorrumpir en una ola de risotadas.

—Bueno, bueno... —dijo Garsón—. Qué rápido aprende *notre nouvel ami*. Si quieres, un día de estos te enseño un

par de palabras en francés. Con las mujeres son infalibles. Mano de santo, vaya.

—No le hagas caso —dijo Nico—. Lleva con lo mismo desde que volvió de la Sorbona y de momento sólo le ha servido para que la hija de un escribano le insulte con versos de Molière.

—Algún día será mía. Y mientras tanto, ya he conseguido algo más que tú con tus poemas de rapsoda floreado — se burló Garsón, subiendo el tono—: «¡Oh, dulce reina de la primavera...!».

—Cierra la boca —le cortó Nico, la palidez de su rostro pecoso repentinamente subida de tono.

—Perdónales. Siempre acaban discutiendo después de la sexta copa —

les excusó Álvaro, deteniéndose después para conferir mayor hondura a su voz—. Y en nombre de los tres, perdón también por no haber sido del todo hospitalarios hasta ahora. Llegaste en momentos difíciles, no era fácil aceptar al sustituto de Fernando con su cuerpo todavía tibio. Pero, a partir de ahora, serás uno más de nosotros.

Por primera vez desde que me había visto arrastrado a aquella dimensión, pude sentir cierta simpatía, cierto afecto por parte de aquellos desenfadados jóvenes, que ya en poco se parecían a los rostros hostiles que me habían dado la alternativa en el mundo de las conspiraciones. Y aun a sabiendas de que no debía olvidar lo que eran en

realidad, ni cuál era el fin que me proponía otorgarles, en aquel momento me inspiraron la confianza suficiente como para involucrarlos en mis dudas sobre Luigi y sus acompañantes.

—¿Esos? —preguntó Garsón con notorio desprecio—. La flor y nata de la élite peninsular. Usureros, negreros y vende ensalmos, a cuál más rico y más mezquino, de los que se aprovechan de la guerra para hacer negocio. Habrán venido para provocar.

Su respuesta me alcanzó como un bloque de hielo en el estómago. Aquella definición encajaba como anillo al dedo con lo que Montano me había definido como filibusteros, aquellos que empleaban para sus fines a los

voluntarios y que estarían detrás del asalto a la pensión de Balbina para liquidar a mi colaborador. Sin embargo, en su día, a Luigi me lo había presentado como a un aliado, y aquella incoherencia hizo que naciera en mí la sospecha de que alguien no me estaba diciendo la verdad.

—Bueno, creo que deberíamos dejarle volver ya con las damiselas, antes de que se les derrita el hielo a esas copas —dijo Álvaro, despertando con su afirmación el asentimiento de los otros dos.

—Y dale a Clara recuerdos de su siempre fiel amigo Garsón.

A todo esto, sin moverse del sitio, las dos mujeres habían estado observando

la escena con curiosidad. Y en cuanto la distancia permitió hacerlo con cierta discreción, se atragantaron para preguntarme por mi conversación con los muchachos.

—Pues dile que, si quiere que le responda, me hable en un idioma que yo entienda —dijo Clara, airada, con un deseo que a duras penas pudo vestir de orgullo.

Después, una y otra miraron a derecha e izquierda, como asegurándose de que nadie las estuviese observando, y a continuación apuraron sus bebidas de un solo trago, dejando las copas vacías en una mesita apartada.

—Muchas gracias —dijo María, con las últimas gotas todavía suspendidas en

los labios—. Y ahora, para redondear la noche, sólo necesitaría a alguien que me sacara a bailar. El ron siempre da ganas de bailar, ¿no es cierto, Clara?

—Como un mandamiento.

Aquello sí que no, pensé. Aquello excedía todos mis límites, todo extremo de cordura y prudencia. Además, Leónidas rondaba por los alrededores, y no creí que fuese de su gusto que otros hombres danzaran tan alegremente con su flamante prometida.

—¿Leónidas? —dijo esta con más lástima que reproche—. Hoy está demasiado atento a sus negocios como para ocuparse de mí.

Aunque más tarde ella siempre lo negaría, fue María la que

verdaderamente me sacó a bailar a mí.

Antes de que quisiera darme cuenta, mis pies resbalaban sobre la pista y me encontré con pavor rodeado de parejas que giraban y se inclinaban a un lado y a otro en un ritual de lo más intimidatorio.

—Hay ocasiones en las que una dama debe comportarse como una dama —ofreció como toda explicación a mi palpable estupor ante su conducta de aquella noche.

Después, fueron sus pasos los que guiaron los míos al ritmo de la contradanza que entonces sonaba, y fueron sus brazos los que mecieron mi cuerpo rígido e inexperto. Ella sonreía y me miraba, no me recriminaba mi falta

de técnica, e incluso me excusaba ante los caballeros a los que incomodaba mi torpeza.

—No lo haces tan mal —juzgó risueña—. Un par de canciones más y hasta empezará a parecer que te diviertes.

Sus palabras se me clavaron como cristales rotos. Entonces, la estela fugaz de Álvaro bailando con Clara cruzó sobre mis retinas. Ella se afanaba por dar lo mejor de sí misma en la danza, pero parecía evidente que en realidad prestaba más atención a las miradas hirvientes de celos que había despertado en Garsón, a quien Nico había pasado jocosamente un brazo por la espalda.

—Estuviste muy bien el otro día —me

susurró de improviso María, mucho más cerca de mi oído de lo que la prudencia aconsejaba—. No todos son tan valientes en su iniciación. Me alegra que te hayas unido a nosotros.

Mientras me guiaba en el baile, María Galván me contó también algo más sobre su vida. Me dijo que había nacido en La Habana en el cuarenta y ocho, única hija de un terrateniente criollo enriquecido con el azúcar y, como tantos, de ideas reformistas en público y más próximas a la independencia en privado. Aquel hombre se llamaba Saturnino Galván y, desde edad muy temprana, se había encargado de procurar la mejor preparación para su hija, combinando historia, literatura o

política con costura, música y danza.

Pese a que Saturnino era hombre liberal y creía firmemente en la educación de las mujeres, ello no era óbice para que el gran destino de su única descendencia fuera encontrar un marido a la altura de su acaudalada herencia. Para ello, había sido necesario desestimar a sucesivos candidatos hasta dar con el ideal, encarnado a pesar de la diferencia de edad en la figura de Leónidas Clavel por su carisma, su fortuna, su visión para los negocios y su afinidad ideológica con el futuro suegro, amén del completo y entusiasmado beneplácito de la interesada.

Sin embargo, hacía un par de meses, empujados por la dañina situación,

Saturnino y esposa se habían exiliado temporalmente a los Estados Unidos, dejando a su hija en la isla por propia voluntad de esta y por miedo de perder su ansiado compromiso en caso contrario. Desde entonces, la joven compartía la vivienda familiar únicamente con el servicio, entre el que destacaba la que había sido su aya desde la primera infancia, aquella criada mulata que la acompañaba en sus travesías en volanta por la calle de San Ignacio, y que ahora servía de carabina en gran parte de los encuentros entre los futuros cónyuges, habituales de chocolaterías, paseos o del mismo salón de visitas de la casa de Leónidas. Por lo demás, la vida de María consistía en el

visiteo, la lectura, las compras o la costura de prendas para los desamparados. Al margen, claro, de sus actividades clandestinas.

Poco a poco, el compás de la melodía fue reduciendo su velocidad, tornándose más meloso, y para cuando quise darme cuenta, María había posado su mejilla sobre mi hombro. ¿Saben? Aunque no lo crean, incluso llegó el momento en el que aquello dejó de parecerme tan horrible, y pude disfrutar de aquella calidez cercana, de aquel movimiento hipnótico, de aquella intimidad compartida. Por unos segundos llegué a olvidar incluso el escenario, el doloroso pasado y el angustioso futuro. Así hasta que una voz se alzó tras mi espalda y

rompió en mil pedazos la ensoñación.

—Así me gusta —dijo Leónidas, luciendo una sonrisa de maniquí—, que disfrutéis de la fiesta.

—Al menos alguien se ha dignado a bailar conmigo esta noche —apuntó mi pareja en un reproche cariñoso, pasando de mis brazos a los suyos en cuestión de tres corcheas.

—Gracias por cuidármela —me dijo el anfitrión, pinzándome el hombro entre los dedos.

Justo entonces comenzaba una nueva canción.

—Y ahora, señorita, si me concede el honor...

María Galván se aferró a su pecho como al borde de un precipicio.

Leónidas Clavel resultó ser un bailarín excepcional, de los de planta immaculada y pies de espadachín, y sus giros e inclinaciones a dúo no tardaron en arrancar los aplausos entusiastas de gran parte de los presentes. Lo cierto era que componían una pareja extraordinaria, distinguida. Su estampa acaramelada fue la última en acompañarme a la salida de una fiesta que, según me contarían más tarde, no se detuvo hasta el cañonazo del Ave María.

Era de noche, y aquel espacio habilitado como precaria sala de reuniones en el sótano de la mansión de Leónidas albergaba de nuevo en su penumbra una asamblea de los Hijos de Siboney, a la que esta vez había sido invitado como miembro de pleno derecho. La luz de las bujías delataba la humedad arrastrándose por las paredes frías y desnudas, y un apilamiento de sacos de arpillera ocupaba en aquella ocasión el espacio junto a aquella abertura, al fondo de la estancia, por la que continuaba el corredor y de la que manaba un olor similar al del queso

rancio.

Habían pasado ya diez días desde la exitosa entrega en la Costa del Norte, culminada con la pretendida sublevación en Las Villas, pero, a pesar de que todavía perduraban algunas congratulaciones, los rostros se dibujaban más sombríos de lo que hubiese sido esperable. Especialmente alterados parecían los tres jóvenes, mientras que María y Kenfack guardaban silencio y Leónidas se disponía a iniciar su discurso desde la tarima de un momento a otro. El asistente de mayor edad en la anterior ocasión no había hecho acto de presencia.

Por mi parte, yo hacía tres días que había recibido en la tienda de pinturas la

ansiada respuesta de Montano, pero las noticias que en ella había encontrado no habían conseguido sino incrementar mi angustia. La misiva comenzaba con una escueta disculpa por no haber acudido a mi rescate en el momento pactado, excusándose en causas ajenas a su voluntad que le habían impedido seguir el plan establecido y que me explicaría más adelante. Continuaba diciendo que las cosas se habían complicado en las últimas jornadas a causa de un giro en la política del capitán general Domingo Dulce, quien, al parecer, tras un infructuoso mes de mano abierta, optaba ahora por la vía dura. Ello se traducía a continuación en dos consecuencias prácticas nefastas para mis intereses.

Por un lado, mi colaborador me advertía de que no podría reunirse ni comunicarse conmigo durante un tiempo prudencial. De este modo, me instaba a continuar actuando mientras tanto con fingida fidelidad hacia Leónidas Clavel, como un miembro activo y comprometido de su sociedad secreta. Ello me serviría para protegerme de su suspicacia y animadversión hacia los traidores, compartida con los abakuá, y para encontrar una nueva ocasión en la que poder atraparlo junto a todos sus secuaces. Sólo así, insistía, podría volver a ser libre de nuevo. Por otro lado, me anunciaba que ya no veía tan factible la puesta en libertad de Balbina, al menos de forma inmediata.

Así, con el corazón en un puño y siguiendo sus consejos, era como se había gestado mi comparecencia en la reunión.

—Buenas tardes, caballeros, y bienvenidos —saludó al fin, como parecía norma, Leónidas—. Como siempre es un placer encontrarme con vosotros. Hoy comenzamos con la desazón de una ausencia, pues los acontecimientos de los últimos días han llevado a nuestro querido don Tirso Pedraza a tomar la determinación de exiliarse a los Estados Unidos, desde donde continuará luchando por nuestra causa.

—Traidor —espetó Garsón entre dientes en clara referencia al aludido,

que supuse el más veterano de los presentes en mi primera reunión.

—Ahora es cuando más falta hacemos todos —apostilló Nico.

—Un respeto, por favor. Todos sabemos del compromiso y del historial de don Tirso. Sin duda se ha tratado de una decisión muy meditada y debemos aceptarla.

Tras aquella afirmación con cierto tono de reprimenda, los jóvenes callaron, pero la contrariedad siguió reflejándose en sus ceños fruncidos. El sonido de roedores arrastrándose a ras de suelo llegó de entre los sacos y desde la tiniebla más allá del tabique del fondo, apoderándose del repentino silencio hasta que Leónidas retomó la

palabra.

—Bien, vayamos primero con las noticias. Tal y como os anuncié hace tiempo que sucedería, Dulce ha traicionado todo lo que prometió a su llegada. Un mes ha durado la libertad de prensa. En los últimos días se han producido decenas de detenciones injustificadas, se han restablecido los consejos de guerra contra delitos de infidencia, ha vuelto la caza contra los sospechosos de rebelión o perjuicio del orden público y ya hay rumores de embargos y deportaciones. En resumen: ha quedado claro que nada podemos esperar de nuestro capitán general. A todos los efectos, Dulce debe ser nuestro enemigo. Tanto o más que el

partido peninsular o los voluntarios del comercio.

Poco a poco, el discurso de su líder había ido incendiando de indignación los pechos de los Hijos de Siboney, que se deshacían en bufidos y descalificaciones murmuradas. Pero lo más curioso fue que, en cierto modo, más bien a nivel emocional, yo también llegué a empatizar con su sentir. Tal vez fuesen las dotes de oratoria de Leónidas Clavel, o el fervor de los jóvenes, o acaso el hecho de que fuese precisamente Dulce quien hasta la fecha no había concedido la libertad a una mujer inocente como Balbina.

—Por todo ello —continuó Leónidas—, creo que ha llegado el momento de

dar un paso más, de subir la apuesta. El motivo principal de la reunión de hoy es comunicaros que, recientemente, he entablado contacto con Juan Bautista Osorio. Es probable que todavía no sepáis quién es, pero pronto su nombre estará grabado con letras doradas en la historia de Cuba. Se trata del sobrecargo del Comanditario, un vapor comercial de la Compañía General Cubana de Navegación que realiza viajes de carga y pasaje entre La Habana y Cárdenas, uno o dos a la semana.

»Osorio, junto con parte de la tripulación, es afín a la causa independentista. Su plan es secuestrar la nave en plena travesía para entregársela a los sublevados de Oriente y armarlo

como primer buque de guerra de su marina. Si todo va bien, su intención es llevarlo a cabo más o menos de aquí a un mes. No obstante, para poder completar sus propósitos, necesitará apoyo desde La Habana. Y ese apoyo, si se aprueba hoy en votación, se lo brindaremos nosotros.

El jaleo se apoderó de la sala. Álvaro, Garsón y Nico vitoreaban mientras María aplaudía embelesada. De nuevo se había desprovisto de sus galas de alta dama, pero, por primera vez, no vi con malos ojos aquella otra imagen. No quiero decir que la prefiriese, pero con el pelo suelto y sin tanto artificio, su belleza adquiriría una dimensión más orgánica, quizá más

natural.

—Los abakuá colaborarán en lo que puedan —anunció Kenfack cuando el nivel sonoro descendió lo suficiente—, pero en ningún caso subirán a bordo del barco. Es demasiado peligroso.

—Vuestro compromiso es siempre un ejemplo para todos —le respondió Leónidas—. Será un honor poder contar con él de la forma que creáis más conveniente.

—«Compromiso» —deslizó Kenfack con la voz grave—. Espero que esta vez todos lo demostremos.

El murmullo se extendió entre los jóvenes, que cuchicheaban aceleradamente unos con otros.

—Leónidas no pudo asistir a la

entrega porque estaba reunido con un emisario de los exiliados —intervino airada María Galván—. Si no fuese por él, no habríamos conseguido nada. No puedes reprocharle nada.

El patriarca de los abakuá guardó silencio mientras Nico y Garsón hacían muecas y susurraban con semblante jocoso ante la vehemente reacción de la mujer. La tensión vibraba en el aire viciado que se respiraba en aquella estancia subterránea, el mutismo quebrado por el rítmico sonar de una gotera en el techo.

—Tranquila, María. Todo el mundo es libre de expresar su opinión. Eso nos hace grandes —dijo Leónidas con aire conciliador, volviéndose a continuación

hacia Kenfack—. Nadie lamenta más que yo no haber podido acompañaros a la Costa del Norte. Pero debemos estar unidos si queremos alcanzar el triunfo. Y ahora, caballeros, votemos.

Acto seguido, siete manos se alzaron a un tiempo y los Hijos de Siboney apoyaron la moción por unanimidad.

—Perfecto. En ese caso, la primera tarea a abordar por nuestra parte será de índole más bien burocrática, pero crucial para el desarrollo de la misión. Para legitimar la acción de Osorio y su mando de la nave ante la Cuba Libre, el mismo Carlos Manuel de Céspedes ha extendido una patente de corso a su nombre con fecha en blanco, para ser completada el día del asalto. Osorio ha

dejado claro que no procederá sin ella. Nuestra parte en todo esto consistirá de momento en recibir la patente aquí en La Habana. Pronto se pondrán en contacto con nosotros. ¿Entendido?

Siguieron a continuación algunos detalles de índole más práctica sobre el modo de proceder, advertencias de prudencia y palabras de ánimo. Yo, por mi parte, pese a que empezaba a compartir cierta solidaridad con algunos de sus postulados, rogaba porque me sacaran de allí antes de verme involucrado en aquella nueva misión. Para ello, Montano debía ser informado cuanto antes de todos aquellos planes, pues, estaba seguro, acabaría encontrando en ellos un nuevo modo de

atrapar a Leónidas Clavel.

La calle Obispo, la segunda más cara y lujosa de toda La Habana después de O'Reilly, a la que era paralela, se extendía desde el hueco dejado por las antiguas murallas hasta la plaza de Armas, en el centro neurálgico de la ciudad. Por allí abundaban las joyerías, perfumerías y sastrerías de postín; las tiendas de moda francesa a cargo de las ilustres *madames* Borés, Barber o Pitaux; los restaurantes más sibaritas, como el de François Garson en el 72 de la bocacalle Cuba; y los cafés más distinguidos, como La Dominica, haciendo esquina entre la propia

O'Reilly y Mercaderes.

Surcando el espacio entre fachada y fachada, los comerciantes tendían telas y mantones para proteger a los transeúntes del castigo del sol o de la lluvia, según se terciara, formando una inconfundible bóveda multicolor al estilo de una gigantesca tienda de campaña. Bajo ella cruzaban sin cesar los carruajes de las más ilustres señoras, a las que los tenderos llevaban sus mercancías para que no tuvieran que mancharse los zapatos en el suelo embarrado.

—Las mejores mujeres y las mejores viandas —dijo Garsón, a la par que sus zancadas remontaban hacia el oeste la calle Obispo—. No es París, pero ya recuerdo por qué me gustaba venir por

aquí.

Al término de aquella rúa era donde se encontraba la librería Flamel, establecimiento en el que, según las últimas indicaciones de Leónidas, nos aguardaba aquella patente de corso firmada por el mismo Carlos Manuel de Céspedes, el hombre que había iniciado la insurrección independentista en Oriente y quien hasta aquel momento la había comandado.

Había pasado ya una semana desde la reunión en el sótano, de cuyo contenido Montano había sido pertinentemente puesto al corriente, sin que él se hubiese dignado a contestar. De este modo, mi tiempo había seguido transcurriendo entre encargos de pintura

propagandística que, con la restauración de la censura de prensa, se habían vuelto todavía más sutiles y clandestinos.

Aparte del trabajo y de alguna furtiva charla con María Galván, lo único destacable de aquellos días había sido una noche en la que mis jóvenes compañeros de sociedad me habían arrastrado con ellos, sin dar opción a réplica, hasta una oscura taberna de las inmediaciones del puerto, en la que, bajo juramento, me habían dicho que servían las mejores salmueras de la ciudad. El lugar resultó ser un antro pútrido y cavernoso, frecuentado por la calaña más turbia y a la par animosa de la urbe. Fue allí, al arrullo de unos caldos que tragaban por cubos, donde

aquellos muchachos me pusieron al corriente de sus respectivas historias.

A saber, los tres eran estudiantes de la Universidad de La Habana y tenían entre veinte y veintidós años. Todos eran criollos, si bien sus orígenes familiares eran dispares. Álvaro, el de carácter más serio y físico más aventajado, era descendiente y futuro heredero de un plantador de considerable fortuna. Por su parte, Garsón era vástago de un funcionario de la Administración que lo había enviado durante un año a la Sorbona para que se empapara de la cultura europea, de donde había vuelto con su nuevo apelativo, hecho un amante de los placeres terrenales y convencido de sus buenas artes amatorias, que

pronto pretendía demostrar mediante la conquista de aquella muchacha agitanada llamada Clara. Mientras tanto, Nicomedes, Nico para casi todos, era hijo de un oficial peninsular casado con una habanera al que sus ideas revolucionarias y su afición a la poesía llevaban por el camino de la amargura.

Según me dijeron, todos ellos llevaban tiempo simpatizando con la causa independentista y alternando con otros jóvenes de ideas semejantes en las tertulias de El Louvre, cuando uno de sus profesores, don Tirso Pedraza, les presentó en clase a un prestigioso mecenas de la Universidad que había acudido para ofrecerles una conferencia. Aquel hombre se llamaba Leónidas

Clavel, y con su flamante retórica y sus atrevidas ideas consiguió fascinar a cuatro de los alumnos presentes —mis tres acompañantes más el fallecido Fernando— quienes, al término de la ponencia, se acercaron a hablar con él. Este les dijo entonces que estaba buscando colaboradores para un ambicioso proyecto en el que también participaría el profesor Pedraza, y les citó al día siguiente a una reunión en el sótano de su mansión.

No mucho más tarde, los jóvenes colaboraban ya con Leónidas en tareas tales como correos para informaciones confidenciales, campañas de recaudación de fondos o liberación de pasquines. Algo más tardé llegó su rito

de iniciación, consistente en ayudar a un grueso de hombres a cruzar en barcaza a zona enemiga, y con ello pasaron a formar parte de la recién creada sociedad secreta de los Hijos de Siboney. A la misma se unirían también la prometida del hacendado y, con algunas semanas de demora, el patriarca de una peligrosa sociedad de negros conocida como los abakuá, que ya llevaba años operando en los turbios mundos de la conspiración. Esta última incorporación ocasionó el rechazo por parte de don Tirso Pedraza, pero finalmente se impuso el audaz criterio del líder de la organización, según el cual sería necesario superar la brecha racial para alcanzar la verdadera

cubanía.

Kenfack, que era como se llamaba el líder abakuá, había nacido en La Habana como hijo de una larga dinastía de negros libres dedicados desde hacía décadas a la artesanía del cuero, lo cual, por otra parte, justificaba aquel peculiar olor que siempre acompañaba al susodicho. El negocio, otrora boyante hasta cierto punto, atravesaba en los últimos tiempos horas muy bajas. Ello era debido principalmente a que, según las últimas tesis de algunos prohombres, resultaría de lo más conveniente blanquear el perfil de la población isleña, dado el peligro que supondría el posible levantamiento de la negrada en caso de insurrección independentista.

Para ello, una de las primeras medidas adoptadas había sido la preferencia generalizada del trabajo blanco sobre el negro, vaciando de clientes las artesanías y manufacturas negras que durante tanto tiempo habían prosperado en Cuba.

Aquel, según creían mis compañeros de condumio, era el principal motivo que había llevado a Kenfack a sumergirse en el lodazal de las sociedades secretas, y a convertirse con el tiempo, merced a sus escasas palabras y sus contundentes acciones, en el patriarca de una de las más importantes. Para cerrar aquel particular capítulo de la historia, los jóvenes no quisieron dejar de prevenirme de las

supuestas habilidades chamánicas de aquel hombre al que, según me pareció, respetaban tanto como temían, y al que nunca habían querido acercarse más de lo estrictamente necesario.

Así pues, un buen día, Leónidas les propuso dar un paso más e involucrarse en un cometido de dimensiones muy superiores a sus precedentes: un envío de armamento a los sublevados de la vecina provincia de Las Villas que facilitara el levantamiento que por entonces gestaban. El plan fue aprobado con ciertos reparos por parte del profesor Pedraza, quien consideraba que aquello era ir demasiado lejos, y los preparativos comenzaron en estrecha colaboración con los abakuá.

Al fin, la historia concluyó con el trágico relato del fallecimiento de Fernando en aquel tiroteo con los voluntarios en el café El Louvre y con la llegada de aquel extraño pintor que se presentaba como aspirante para reemplazarlo.

Un par de jornadas después de aquel revelador encuentro con mis compañeros, finalmente nos llegaron las órdenes de puesta en marcha con las que en aquel preciso momento cumplíamos. Y pese a que seguía deseando con todas mis fuerzas que me sacaran de allí, lo cierto es que mentiría si dijera que no disfrutaba de la compañía.

—Dicen que en esa librería guardan

tanto polvo que algún día se podrán construir un castillo —apuntó Garsón con sorna.

Apenas restaban ya unos pocos pasos para que la calle Obispo llegara a su fin, modestamente coronada por el local de la librería Flamel. A aquella altura, casi lindante con la antigua muralla, el espacio estaba algo menos congestionado y las estrecheces de comercios, tenderetes y carruajes se veían remplazadas por construcciones de aire más palaciego y algunos espacios verdes. Fue allí, tras la esquina con Villegas, bajo el manto de aroma del incienso esparcido desde el Santo Cristo, donde aquel hombre vestido de blanco se detuvo para buscar un cigarro

en su pitillera plateada, dispuesto como siempre a avergonzarme, a hacerme sentir miserable. Sacó despacio el tabaco de la vega de Vuelta Abajo, lo colocó entre sus labios agrietados y a continuación lo encendió con una cerilla silente. Llámenme loco, pero en aquel momento, a pesar de su cuerpo enclenque y de su rostro zafio y desfigurado, en su forma de expulsar el humo me dio un cierto aire a Leónidas Clavel. Y después, entre las fúnebres volutas de su vapor negro, el cielo se llenó de recuerdos.

¿Saben? Mamá era mulata, así que un cuarto de la sangre que corre por mis venas es negra. Sin embargo, aunque ella era esclava, yo nunca lo fui, pues

compró mi libertad cuando aún estaba preñada. De haber esperado a que naciera nunca se lo hubiese podido permitir y, aun así, no entiendo de dónde pudo sacar el dinero.

Vivíamos en un ingenio no muy lejos de La Habana, en un barracón con los demás esclavos. Ella trabajaba tumbando caña en la plantación. El dueño del ingenio la había ganado apostando en una pelea de gansos, siendo ambos todavía muy jóvenes. Se hace raro pensar que ahora yo pueda ser mayor de lo que era mamá en el último recuerdo que guardo de ella. Un día mamá me confesó que aquel hombre era mi padre, pero que yo no debía verlo nunca, pues él no quería verme a mí y

podría hacerme daño. Mamá sí que lo seguía viendo a veces. Recuerdo que solía volver muy triste de aquellos encuentros, pero decía que estaba tranquila porque, mientras siguiese tomando jugo de papaya, no volvería a pasar otra vez como conmigo.

Poco a poco, el humo del tabaco de aquel hombre vestido de blanco fue inundándome los pulmones, mientras su mirada se iba prendiendo paulatinamente de rencor e ira contenida. Maldito sea, pensé. Maldito sea mil veces. Mientras, el aire se iba haciendo cada vez más denso en mi pecho, más caliente, casi imposible de respirar. Goterones de sudor empezaron a resbalar por mi frente y a calar mi

ropa. Después llegó la sensación de mareo, de pérdida de la realidad...

—¿Te encuentras bien? —me preguntó de repente Nico.

—Te habías quedado blanco —dijo Álvaro—. Como si hubieses visto un fantasma.

Poco después, las puertas de la librería Flamel se abrían ya ante nosotros como una invitación. Aquel era un establecimiento especializado en libros de viejo, ediciones raras y autores olvidados en el que el orden en las estanterías estaba proscrito y el valor de un libro era directamente proporcional a la capa de polvo que lo cubría. Por lo demás, contaba con una

larga reputación entre los sectores habaneros más ilustrados, y no era raro encontrar un nutrido público buceando simultáneamente entre sus colecciones. El ambiente era siempre de penumbra, con una serie de lámparas de aceite ubicadas en puntos estratégicos y poco más que un respiradero por ventana. Una vez frente al mostrador, fue Garsón el encargado de tomar la palabra.

—Buscábamos un libro titulado *Ramsés II, rostro de piedra*, de fray Andrés del Valle.

—Preguntaré en el almacén —respondió el joven dependiente, cuyos pómulos temblorosos delataron a la legua que sabía de qué iba el tema.

Parecía que aquella operación sería

poco más que rutinaria, un mero trámite en el seno de un fin mayor. El título pronunciado por el joven estudiante era el santo y seña pactado por Leónidas con los dueños de la librería —por lo visto, viejos colaboradores en asuntos de tal índole— para la entrega de la patente, que ellos habrían recibido en un correo desde Oriente. Por la presta reacción del vendedor, parecía que nos esperaban y que lo tenían todo bien preparado.

—Espere, joven, no se moleste — interrumpió entonces al librero uno de los clientes, hombre de avanzada edad y voz de barítono, que rebuscaba entre los más profundos fondos de un baúl como si estuviera escarbando una madriguera

—. Estos niños le están tomando el pelo. Aquí donde me ve, soy todo un entendido en el Antiguo Egipto, y conozco absolutamente todo lo publicado o traducido al español sobre Ramsés II. Siento decirle que el libro que le demandan no existe, ni tampoco me consta la existencia del tal fray Andrés entre los egiptólogos de prestigio.

Ante la inesperada irrupción de aquel personaje con aires de profesor de retórica, los semblantes de todos, tanto de mis acompañantes como del propio librero, quedaron paralizados, sin saber qué hacer o cómo reaccionar.

—Disculpe, caballero, pero creo que se equivoca —acabó por decir Nico tras

un incómodo silencio—. No dudo de sus conocimientos, pero yo mismo he tenido antes ese libro en mis manos.

—Y yo he tocado los pechos de Sissi la emperatriz, si le parece a usted bien —repuso el aludido.

—A mí no me importa entrar un segundo al almacén y comprobarlo, para quedarnos tranquilos... —dijo el empleado sin demasiado convencimiento.

—Usted estese ahí quieto. Si le digo que el libro no existe, es que el libro no existe.

—¿Acaso nos está llamando mentirosos? —repuso Álvaro, subiendo el tono, como si quisiese así intimidar a nuestro oponente.

—Lo que os estoy llamando es caraduras —le contestó el cliente, casi a voz en grito—. Venir a un negocio respetable como este a hacer perder el tiempo a sus empleados...

Poco a poco, los parroquianos habían comenzado a levantar la vista de sus ocupaciones para atender a la gresca en ciernes, y ante las últimas intervenciones, un discreto semicírculo de rostros curiosos y apolillados se había ido formando a nuestro alrededor. El librero se balanceaba sobre sus zapatos clavados en el suelo, nervioso, y empezaba a quedar claro que, si nadie intervenía para cambiar el rumbo de los acontecimientos, la cosa no iba a acabar bien. Agotada la vía inicial, era

necesario explorar una nueva. Al fin, los ojos del empleado se cruzaron con los míos y un brillo de esperanza se iluminó sobre sus pupilas. Afortunadamente, parecía haber comprendido mis intenciones.

—Ese sí que lo tenemos, seguro —me dijo entonces, resoplando de alivio sobre el mostrador—. Ahora mismo lo traigo.

Mis tres compañeros cruzaron las miradas entre sí, dando tácitamente su aprobación a la argucia.

—Sin duda estábamos equivocados, caballero, pero no lo hacíamos con mala fe —le dijo Garsón al anciano egiptólogo para apuntalar mi vía—. Gracias por sacarnos de nuestro error y

pardon.

Este no le brindó más que un gruñido por respuesta, y a continuación arrojó de malas maneras el libro que tenía entre manos y se marchó con un portazo sin recoger la pila que había formado sobre el suelo. Dando la situación por normalizada, el resto de clientes volvieron a sumergirse en sus asuntos y, al cabo de un rato, el empleado volvió del almacén con un polvoriento ejemplar de *Los tres mosqueteros*. Cuando se lo entregó a Álvaro, la mano le temblaba como un flan recién hecho.

—Aquí tienen, caballeros, y disculpen las molestias. No hace falta que paguen ahora, lo apunto a su cuenta. Espero que lo disfruten.

—Muchas gracias —dijo Nico, enfilando ya la puerta—. Seguro que es así.

Nada más abandonar el establecimiento, Álvaro agitó a la luz del sol las páginas del polvoriento volumen hasta hacerle vomitar un pequeño sobre marrón.

—Por los pelos, pero aquí está —dijo, blandiendo la envoltura como si se tratase de un trofeo—. Leónidas se alegrará de tenerlo tan pronto en su poder.

Acto seguido tiró el libro al suelo y comenzó a caminar, arrastrádonos de vuelta a la casa de Leónidas, atravesando con decisión el gentío y su

algarabía de voces y punzantes olores.

Si los acontecimientos hubiesen discurrido con normalidad, la patente de corso se hubiese encontrado a buen recaudo en manos del hacendado en cuestión de minutos, dando con ello carpetazo a la jornada. Pero, por no cejar en el infortunio, pronto, a la altura de la calle Compostela, un hombre salió a nuestro encuentro y nos cortó el paso.

—Vaya, vaya... A quién tenemos por aquí... —dijo, sonriente, escapándose de su boca el destello dorado de un diente postizo—. La estrella de la jornada.

Se trataba del mismo voluntario del comercio del Café El Louvre y del registro en la Costa del Norte, sólo que

esta vez no había escapatoria posible a su mirada de hielo. Estaba convencido de que había venido a por mí, podía incluso sentir anticipadamente la presión de sus manos en mis temblorosas muñecas, pero, para mi sorpresa, aquel hombre cruzó frente a mí sin siquiera inmutarse. Resultó ser a Nico a quien se dirigía, y a quien al poco tiempo había arrinconado ya contra la pared. Después, el voluntario sacó de sus bolsillos una octavilla arrugada y se la tendió al joven.

—¿Serías tan amable de firmarme una copia? —dijo, inoculando su cinismo en cada sílaba.

—Lo siento, pero ayer me torcí la muñeca —le respondió Nico, titubeante

pero no exento de firmeza—. Además, yo no quiero problemas.

—No me toques los cojones, Nicomedes, que nos conocemos. Eres una mierda seca, un cobarde y un maricón pero no un imbécil. Sabías que alguien lo leería —El voluntario sacó entonces un carboncillo de su chaqueta y la aplastó contra el pecho de Nico—. Y ahora, haz el favor de dedicarle una copia a tu mayor admirador, el comandante Néstor Serrano. La letra clarita, si no te importa.

¿Cómo olvidar aquel nombre? Néstor Serrano, comandante del segundo batallón de voluntarios del comercio. Así rezaba la firma de la nota que informaba de la detención de Balbina,

aquel infausto texto que había clausurado sin remedio mi vida anterior y me había empujado hacia aquel infierno. Era él.

—Lo siento, señor —dijo Nico, sin hacer amago de coger el útil de escritura—. De haber sabido que sabía usted leer, hubiese tenido más cuidado.

La primera bofetada bastó para partirle el labio, y las que siguieron, sordas e inapelables, sirvieron para terminar de cubrirle el rostro de sangre.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? ¿Quieres que te diga lo que me haría gracia a mí? La cara de vergüenza de tu padre al reconocer tu cadáver. Esto es basura —dijo Néstor Serrano, agitando violentamente la octavilla—.

¿Entiendes? Basura. Tienes suerte de que hoy me haya levantado de buen humor, pero si me entero de que vuelves a ensuciar la ciudad con basura, no me voy a molestar en llevarte preso. Te pego un tiro en un callejón y aquí, paz; y después, gloria. ¿Estamos?

Ni una sola palabra más brotó de los labios quebrados de Nico. Tan sólo el dibujo de una mirada de desprecio y desafío nació de su rostro, rápidamente contestada con un nuevo golpe.

—Déjelo ya, o lo va a desgraciar — dijo Álvaro, dando un paso al frente.

Néstor Serrano inclinó la cabeza, dando a entender a modo de burla que aceptaba el consejo. Después dejó caer a Nico al suelo, le tiró la octavilla

contra la cara y escupió.

—Y a los demás: ya os llegará vuestro turno. Mejor será que os andéis con cuidado —añadió, justo antes de volverse hacia mí—. Especialmente tú.

Acto seguido se dio la vuelta girando sobre los talones como un bailarín y se marchó caminando con aire desenfadado. Álvaro y Garsón corrieron a ayudar a Nico, que a duras penas tenía aliento para repetir una vez tras otra que se encontraba bien.

—No le hagas caso —le dijo Álvaro—. No es más que un asno de molino.

—Antes de que estallara todo, era el último culo de la fábrica de tabacos, un don nadie con aspiraciones de matón a sueldo. Trabajaba liando cigarros diez

horas al día y se sacaba un extra partiendo piernas por las noches —me explicó Garsón—. Desde que lo nombraron comandante, se cree el rey del mundo. Es amigo del padre de Nico, y al pobre se la tiene jurada desde hace tiempo.

Yo, por mi parte, estaba demasiado asustado como para asimilar sus palabras por completo. La velada amenaza del voluntario me había dejado helado, destruyendo de un soplo cualquier atisbo de ánimo que hubiese logrado cosechar. Fue entonces cuando tomé la determinación. Dadas las circunstancias, sólo cabía escapar, huir tan lejos como fuera posible de La Habana; y cuanto antes, mejor.

Mientras lo pensaba, una ráfaga de viento arrastró la octavilla manchada con la sangre de Nico hasta mis pies. En tipografía romana, la tinta se había emborronado a lo largo de seis breves versos.

*Canta bien el ruiseñor
en una jaula apacible,
yo digo que es imposible
que cante como el sinsonte
en la espesura del monte
donde surca el aire libre.*

El tren para Matanzas salía del paradero de Villanueva a las siete y media de la mañana. Quizá cuando reuniese algo más de dinero y se calmasen las cosas hacia el oriente, pudiese pensar en una distancia mayor, tal vez Cienfuegos o Trinidad, pero por el momento, la segunda ciudad de la llanura me parecía suficiente como para escapar del atolladero y dejar que una nueva vida, lejos de Leónidas Clavel, de Néstor Serrano y de los voluntarios, me hiciese olvidar el pasado. Enterrados en mi pecho se ocultaban el dolor y la culpa por lo que aquello pudiera

suponer de perjuicio para la situación de Balbina, pero la falaz excusa de que, si podía, Montano la salvaría de todos modos, me servía para paliarlos.

Además, tampoco disponía de excesivo tiempo para reflexionar. Faltaban apenas cinco minutos para la salida del tren y la silueta del paradero no era todavía más que un borrón grisáceo entre el Campo de Marte y el Teatro Tacón. El plan de fuga había estado a punto de arruinarse sin remedio por culpa de Jacinta, que llevaba desde antes de las seis limpiando la planta baja, canturreando y fumando cigarros en el porche como un cancerbero. No había sido hasta el último momento cuando una breve ausencia de índole

fisiológica me había facilitado la salida sin ser detectado. Confiaba en que no fuese demasiado tarde, pero no cabían ya más demoras.

Las heterogéneas fachadas de los palacetes del paseo del Prado pasaron a mi lado fugaces como esquirolas, con la única excepción del Café El Louvre, vacío a aquellas horas y de tan infausto recuerdo. Las miradas de los escasos transeúntes —muchos de ellos guajiros que llegaban temprano del campo para vender sus productos en la ciudad, siempre ocultos bajo aquellos sombreros de yarey de ancha copa que hacían con la hoja de la palma— apenas lograron atraparme de pasada. Mientras tanto, en el cielo, el sol de un reciente

amanecer se ocultaba tímido tras la neblina, sumiendo a la ciudad en un vaporoso baño de luz difusa. Por un instante tuve la extraña impresión de que alguien me seguía, creí incluso escuchar precipitados pasos tras los míos y sentir el aliento de una figura a escasos metros tras mi nuca, pero pronto me convencí de que no eran más que la ansiedad y los miedos los que me atormentaban.

En mi maleta sólo pesaban las pertenencias más imprescindibles junto al dinero que había ganado hasta la fecha con mis encargos pictóricos. El resto se había quedado en la residencia de Leónidas, donde confiaba en que mi fugitiva ausencia hubiese pasado desapercibida por el momento.

Cuando al fin los porches del paradero de Villanueva me dieron la bienvenida, rodeándome con su hilera de columnas, un viejo reloj de pared indicaba que faltaban sólo dos minutos para que el convoy, ya estacionado sobre los raíles, se pusiese en marcha. En aquel recinto de planta rectangular, construido sobre la antigua ubicación del jardín botánico, los más distinguidos viajeros se mezclaban con esclavos portadores, y los andenes para los trenes de pasajeros discurrían junto a las zonas de carga.

La locomotora —un armatoste prismático de dimensiones faraónicas con un parachoques al frente, un habitáculo con tejadillo para el

maquinista y un bosque de chimeneas en la parte superior— manaba humo a borbotones en una columna cenicienta que el viento se encargaba de esparcir. Tras ella, cuatro vagones grisáceos discurrían engarzados sobre ruedas radiadas unidas por bielas. Por las estrechas ventanillas asomaban cabezas susurrando palabras de despedida o manos agitando pañuelos blancos hacia la pequeña multitud que se agolpaba en el andén. La puerta de acceso al primer vagón ya casi me recibía cuando sentí que algo me tiraba de la ropa.

—Una limosna, por el amor de Dios —me requirió entonces un mendigo mulato, cortándome el paso con sus ruegos jadeantes. Tenía demasiada prisa

como para dejarme retener por cuestiones de índole caritativa, pero, cuando ya parecía haber quedado atrás, aquel vagabundo se dejó caer al suelo de rodillas y se abalanzó sobre mis piernas, aferrándose a mis tobillos con ansia desmedida—. Por favor, señor, no se marche —me suplicó entre sollozos—. Piense en mi mujer, en mis hijos...

Su aspecto era ciertamente desesperado, con apenas un calzón raído cubriéndole las vergüenzas, las afiladas costillas saliéndosele por los costados y las lágrimas arrastrando torrentes de suciedad por sus mejillas, surcando las marcas de una paliza reciente. El sonido de las monedas al caer sobre el piso hizo que levantara la cabeza llena de

costras como ante una aparición celestial, demasiado asombrado todavía como para detenerse a recogerlas. «¡Última llamada para los pasajeros con destino a Matanzas!», gritó entonces, con frialdad mecánica, el jefe de estación. «Repito, ¡última llamada!».

No había más tiempo que perder. Aquel tren era mi única esperanza; para cuando saliese el siguiente, Leónidas ya habría reparado en mi ausencia. No se me podía escapar. Sin embargo, aquel mendigo seguía aprisionando mis rodillas con su abrazo, completamente ajeno a mis inmediatas pretensiones.

—Dios se lo pague, caballero — repetía como si de una letanía se tratase —. Dios se lo pague. ¿Se marcha para

mucho? Se echan de menos hombres piadosos como usted aquí en La Habana.

No había rencor en su rostro cuando cayó despedido contra el suelo. Tan sólo angustia. Tras unos segundos de desconcierto, se incorporó a duras penas y, tras pararse a recoger ansiosamente las monedas, su silueta desapareció arrastrándose precipitadamente en paralelo a las vías.

La escalinata de acceso al vagón era estrecha y empinada como un barranco. En el interior, el espacio se distribuía en compartimentos a lo largo de un pasillo lateral. Los dos más cercanos a la puerta tenían sus seis plazas completas, mientras que el tercero sólo lo ocupaban

un par de religiosos y un caballero dormido. La tela del cojín que cubría los asientos apenas había empezado a acariciarme cuando un par de toques de bocina indicaron que la marcha estaba a punto de comenzar, anunciando a los cuatro vientos mi inminente libertad. Sin embargo, cuando ya casi podía sentir el empuje de la máquina de vapor impulsándome lejos de allí, el motor se detuvo y un melancólico silbido de pérdida de presión inundó el recinto. Maldita sea, pensé. ¿Qué demonios podía suceder ahora?

—Señores pasajeros —se aprestó a informarnos el interventor de la ruta, descorriendo la portezuela del compartimento—, les informo de que,

finalmente, este tren saldrá con unos diez minutos de retraso. Problemas de última hora. Disculpen las molestias.

Al instante, los bufidos de desagrado y las malas caras se instalaron entre los presentes, por otra parte, acostumbrados a incidencias de aquel tipo. En mi caso, fue la angustia la que se apoderó de mí. Sabía que aquella circunstancia era de lo más normal, incluso esperable, pero no podía evitar sentir como si una fuerza sobrenatural tirase de mí para retenerme en mi cautiverio.

—Lo siento, señor, pero algún gracioso ha colocado unos troncos en la vía —me informó el ferroviario—. No podemos salir hasta que venga alguien a retirarlos y nos aseguremos de que la

infraestructura no ha resultado dañada.

Después, el hombre se retiró con un gesto que anunciaba que aquello era lo que había y que nada más se podía hacer.

El tiempo pasó lento, cebándose con mis nervios, alimentando la incertidumbre al amparo de aquella burbuja de vapor, mezcla de la bruma mañanera y de los efluvios de la combustión. El caballero que dormía siguió sumido en su sopor y los religiosos cuchicheaban y se lamentaban por el contratiempo. Hasta que, al fin, con algo más de quince minutos de demora, el motor se volvió a encender.

Ya me despedía mentalmente de La

Habana cuando unos pesados pasos asaltaron el vagón a la carrera. Acto seguido, el sonido de la puerta del primer compartimento abriéndose violentamente me llegó con nitidez. Sin embargo, quienquiera que fuese no entró, volvió a cerrarla y descorrió inmediatamente la del segundo, como si estuviese registrando el tren a toda prisa. La preocupación se apoderó de mí ante la nula perspectiva de escapatoria, y rápidamente las rabiosas figuras de Néstor Serrano o Leónidas Clavel me enajenaron el pensamiento. Pronto, la sombra de mi perseguidor se filtró desde el pasillo, y al fin, la portezuela cedió, desvelando su identidad. La figura ancha y musculada de Kenfack

aguardaba bajo el dintel.

—¿Ibas muy lejos? —me preguntó, fulminándome con una mirada patibularia.

En aquel momento, las palabras de Montano advirtiéndome sobre la animadversión de los abakuá hacia los traidores me asaltaron a punta de pistola, inoculándome el temor en vena. La furia contenida del recién llegado se sentía en cada elevación apresurada de su pecho, en la espuma ácida que a cada momento amenazaba con abandonar sus labios y en la presión de sus dedos sobre mi hombro.

—Será mejor que me acompañes.

Apenas el patriarca de los abakuá me

arrastró hasta el corredor y puso rumbo hacia la puerta de salida, la bocina del tren volvió a sonar y el convoy se puso poco a poco en movimiento.

—Lo siento, caballeros, me parece que tendrán que esperar ya a la siguiente parada —nos abordó el interventor, tratando de detenernos—. Nos vamos.

Kenfack se lo quitó de encima de un manotazo al que el ferroviario no se atrevió ni a rechistar y continuó tirando de mí hasta la puerta. El andén se deslizaba ya bajo nuestros pies a una velocidad respetable, lo cual no supuso el menor impedimento para que mi escolta me arrojara fuera de un empujón y después saltara él a mi estela.

Tras el atropellado aterrizaje, el tren

se despidió definitivamente del paradero con su murmullo mecánico, perdiéndose en el horizonte su estela de vapor como el rastro de una promesa incumplida. Después, una mezcla entre el pánico y la conmoción hicieron que tardara en reparar en que, junto a Kenfack, el mendigo que me había abordado nada más llegar al paradero me observaba con sonrisa de usurero. Entonces lo reconocí. Era el mismo cuya presencia había sentido cerca al perderme en el barrio de Jesús María y que me había amenazado con morderme la oreja como alternativa a mi socorro.

—Casi te me escapabas —dijo Kenfack tras detenerse a tomar aire unos instantes, al parecer, recuperándose del

esfuerzo reciente—. Es una suerte que desde el principio no me fiara de ti. Había algo turbio en tu espíritu. Por eso le pedí a mi amigo que te echase un ojo. Por si acaso.

En respuesta, el vagabundo asintió complacido, casi ofreciéndome una sarcástica reverencia, como para recordarme que en aquella ciudad ambigua y chismosa, cualquier par de ojos podía estar observando y tras cada sonrisa podía esconderse una traición. Mientras, Kenfack me atravesaba con la mirada, buscando la culpa en mis entrañas. Entonces recordé lo que Álvaro, Garsón y Nico me habían dicho sobre su legendaria intuición y poderes chamánicos, y me pregunté con

estremecimiento hasta qué punto alcanzaría su sospecha.

—Lo que acabas de hacer es traición a tus hermanos —acabó por sentenciar el patriarca de los abakuá—. Por esta vez no le diré nada a Leónidas. El miedo ciega a veces y todos merecemos una segunda oportunidad. Pero si vuelves a intentarlo, yo mismo me ocuparé de ti.

Estaba claro que hablaba en serio, que la amenaza velada tras su tono paternal era real, y que a partir de entonces me vigilaría de cerca. Tampoco dudaba ya que los Hijos de Siboney e incluso La Habana me habían atrapado en su red para no volver a soltarme.

—Escucha, tenemos muy poco tiempo —susurró Ignacio Montano, que me antecedía un puesto en la fila de espera frente al mostrador, sin siquiera volverse hacia mí—. Me han llegado noticias... Es posible que Leónidas sospeche algo, así que habrá que redoblar las precauciones.

Como si tal cosa, dos semanas habían transcurrido desde mi frustrada —y nunca más mencionada— tentativa de fuga. Dos semanas sin novedad en la que los trabajos siguieron su curso rutinario, mis posibilidades de salvación no se habían acercado ni un paso y la única salvedad

reseñable fue una presencia más constante y cercana de Kenfack.

Sin embargo, aquel día, al fin Montano se había dado por enterado de las múltiples notas que el dueño de la tienda de pinturas había estado atesorando para él, y que detallaban el grueso de lo referente al secuestro del vapor Comanditario. Aun es más, en su respuesta, el agente de Dulce me citaba para un encuentro cara a cara en el mercado de pescado del capitán general Tacón, en concreto frente al puesto de Rosita Manteca. Según decía, no era conveniente que volvieran a verlo por el local de la calle de la Amargura, y en la catedralicia lonja, el caos y el bullicio nos servirían de parapeto frente a oídos

indiscretos, en un lugar al que, además, no pensaba que Leónidas ni sus aliados fuesen a acercarse en mucho tiempo. Finalizaba el comunicado rogándome al menos media docena de veces que obrara con la máxima discreción.

«Si tardas un minuto más vomito encima de los pargos», había dicho Montano nada más verme, dando a continuación un largo trago a su petaca de ron. «Por el amor de Dios, es como bucear en un pozo de estiércol». El mercado de pescado del capitán general Tacón era un edificio de enormes proporciones ubicado en la plaza del Vapor; una construcción más o menos reciente de fachada monumental hacia la calle Galiano, colosales arcadas y alta

bóveda. En su interior, centenares de compradores de todos los estratos sociales se agolpaban formando un barullo babélico. Se decía que allí se vendían más de cien variedades de pescado diferentes, y lo cierto es que cada una de ellas impregnaba el aire con su olor característico, creando en el recinto una especie de nube de penetrante aroma marino no apto para todas las sensibilidades.

Allí, Montano me esperaba guardando turno en la fila del puesto de posiblemente más cuestionable fragancia, y mientras la vendedora, la célebre Rosita Manteca, cargaba entre sus rollizos brazos las penúltimas capturas de su marido y juraba ante la

clientela su dudosa frescura por todo lo sagrado, me había indicado con un gesto de cabeza que me colocase detrás de él.

—Siento haber tardado tanto. La ciudad se ha convertido en un infierno en los últimos días. No he tenido un segundo libre, y tampoco era buena idea arriesgarse —me dijo en un tono que me pareció más de rutina que de disculpa—. Pero vamos con lo importante. Lo de Balbina está complicado, no te voy a engañar, las cosas se han puesto feas para los sospechosos de traición desde la sublevación de Las Villas. Sigue encerrada, pero de momento está segura, y no hay día en que no ponga mis empeños para que salga lo antes posible.

Aquellas palabras se cernieron sobre mi conciencia como un dedo acusador. En cierto modo, me sentía partícipe de aquella sublevación que, junto con otros sucesos similares, había puesto patas arriba la situación en La Habana. Y, en consecuencia, me creía responsable en cierta medida del empeoramiento de la situación de Balbina. De otro lado, empezaba a cansarme de escuchar siempre la misma cantinela, de atender al relato de los titánicos esfuerzos de Ignacio Montano por conseguir su libertad, siempre sin resultado, y empezaba a dudar de que aquel hombre realmente pudiera hacer algo por ella. Por último, la figura de Luigi y mis últimas averiguaciones sobre su persona

cruzaron fugaces por mi mente, pero me pareció que no era el momento adecuado para adentrarse en aquel pantano.

—Y ahora, a la acción —prosiguió el agente de Dulce tras concederme un tiempo para asimilar las noticias—. Lo que cuentas en tu mensaje sobre esa patente de corso es muy interesante, y va a ser clave para acabar satisfactoriamente con todo esto. Un documento como ese es suficiente para llevar a un hombre veinte veces al paredón si hace falta, por muy influyente que sea. De modo que lo que vas a hacer es averiguar dónde lo guarda Leónidas, y después, asegurarte de que permanece ahí el tiempo suficiente como para que mis hombres y yo acudamos con una

orden de registro y lo descubramos con él en su poder. ¿Entendido? Una operación como esa no se puede abordar en falso, así que es muy importante que te cerciores de que nada extraño sucede mientras tanto y de que nuestro amigo no sospeche nada hasta que haya saltado la liebre, o se nos volverá a escapar.

Sus palabras sonaban con la misma certeza que la última vez, con idéntica confianza en sí mismo. Sin embargo, mientras que entonces había tomado aquellos signos como indudable garantía de éxito, en aquel momento me resultaban huecos, inciertos e incluso prepotentes. Tal vez, la experiencia al borde de la Costa del Norte me había vuelto un escéptico. A todo esto, la fila

había ido avanzando, la cojera de mi acompañante arrastrándose sobre las baldosas encharcadas, y nuestro turno para hacernos con las delicias marinas de Rosita Manteca estaba a punto de llegar.

—Chiss. Escucha —se apresuró a decir Montano—. La intervención en la entrega de armas se malogró por causas ajenas a mi voluntad, y lo siento mucho. Sé que ya has pasado por más de lo que debías, y que no es justo, pero ahora todo está a punto de acabar. Averigua dónde guarda Leónidas esa patente y te prometo que te libraré de él y de todos sus secuaces para siempre. Te doy mi palabra. Y ahora márchate, corre, ya hemos hablado demasiado.

Durante los días siguientes no hubo rincón de la casa de Leónidas que quedara sin registrar. No sabía qué había sido de la patente de corso desde que Álvaro se la entregara en mano al hacendado, pero estaba dispuesto a averiguarlo a la menor tardanza. Siempre con la máxima discreción, aprovechando sus ausencias, las distracciones del servicio o el amparo de la noche, poco a poco la mansión fue agotando, sin resultado, todos sus posibles escondites. Excepto uno. Tal y como en realidad había sospechado desde el principio, si aquellos documentos se encontraban en aquella casa —cosa de la que no estaba del todo

seguro— tendrían que estar guardados en el despacho del señor, allí donde nadie tenía permitido entrar y cuya puerta siempre estaba cerrada.

«Él mismo se encarga de la limpieza», me había dicho Jacinta. «Yo alguna vez le he dicho que si hace falta le paso el plumero con los ojos cerrados, pero nada, nunca he puesto un pie ahí dentro. Y por la cuenta que me trae, así seguirá siendo. Don Leónidas se pondría furioso...». Aquella puerta negra, de hierro macizo sin pintar, salpicada del óxido que la humedad del océano le infligía sin piedad, se alzaba desafiante al fondo del pasillo del piso superior, siempre cerrada a cal y canto. Apenas cedía un quejido a la presión,

privándome de sus secretos, alejándome de mi libertad, atrayéndome y asustándome a un tiempo, como el umbral de un abismo.

—Con esto, amigo mío, daremos el gran golpe —me dijo Leónidas Clavel, agitando la patente de corso frente a mis ojos—. El golpe definitivo.

Su paso vivo tiraba de mí con rumbo inexorable hacia la Taberna de La Ballena, el mismo pútrido local enterrado en las inmediaciones del puerto al que mis jóvenes compañeros me habían llevado tiempo atrás. Sin embargo, no era lo desagradable de nuestro destino lo que minaba mi ánimo en aquel momento. Aquella mañana, el hacendado había recibido noticia de la llegada de Osorio a La Habana.

Entonces había acordado reunirse con él para ultimar detalles sobre su plan conjunto con respecto al vapor Comanditario y, lo que es peor, para hacerle entrega de la patente de corso. De aquel modo, se evaporaba ante mis narices toda posibilidad de cumplir con los planes de Montano apenas escasos días después de su encargo. Y para terminar de redondear la irónica crueldad de la situación, Leónidas me había elegido como acompañante para el encuentro.

—Maldita sea —se quejó el hacendado cuando, tras convidarme a un cigarro, su mechero de yesca volvió a necesitar de tres o cuatro intentos para prender.

Hasta aquellas calles llegaban con nitidez los ruidos de los trabajos portuarios: gritos, órdenes y golpear de cajas y fardos contra el suelo. Proliferaban los negocios de índole náutica, los tugurios y los vidrios rotos. El olor a mar calaba en la piel y la hiriente humedad deshacía en óxido rejas y faroles.

—Tal vez te preguntes por qué te he traído conmigo —dijo Leónidas tras llenarse los pulmones de humo perfumado—. Lo cierto es que estás resultando ser un colaborador extraordinario. Estamos muy contentos contigo. Ya he recibido varias felicitaciones por tus pinturas y cuando llega la hora de actuar a pie de calle no

te tiembla el pulso.

¿Sabes? Pese a lo negro de la situación, había algo en sus palabras, en lo cálido de su tono o en su sonrisa de galán que, de algún modo, me hizo sentirme mejor. Mentiría si les dijera que aquel hombre no comenzaba incluso a caerme bien o, como mínimo, ya no lograba ver en él al monstruo que me había descrito Montano. Aun así, no llegaba a tanto la cosa como para no entregarlo a cambio de la libertad de Balbina y de mi propia vida.

—Hoy será mejor que me dejes hablar a mí —continuó—. Lo que quiero es que observes, que aprendas, porque puede que dentro de no mucho te toque estar en mi lugar. Y también porque

necesito a alguien que se cerciore conmigo de que ese cabrón no nos está engañando.

Al son de aquellas indicaciones, nuestro destino se dibujó en forma de local esquinero. Allí, un destartado letrero de madera hinchada por la humedad representaba con tosquedad la silueta de una ballena. El hacendado consultó entonces su reloj de bolsillo y asintió complacido ante nuestra puntualidad. La puerta de la taberna crujió al abrirse con el clamor de años sin engrasar. En el interior, poco más que un estrecho pasillo se extendía rectilíneo unos ocho o diez metros. El flanco izquierdo estaba cubierto por un mostrador sobre el que los hombres se

acodaban para beber, mientras que el derecho albergaba una hilera de mesas raquílicas. El estruendo de voces roncas, carcajadas groseras y cantos de letras perdidas era ensordecedor, el olor recordaba al de un estercolero abandonado y el aire era casi irrespirable de tanto humo como albergaba. En la última mesa del fondo, donde ya casi nadie llegaba, un hombre de barba espesa y rizada bebía directamente de una botella de vidrio.

—Es él —dijo Leónidas, señalando hacia el susodicho. Después, cuidándose bien de no pisar ninguno de los dudosos charcos que minaban el suelo, me condujo entre el alboroto hasta alcanzar su posición—. Buenas tardes —saludó

el hacendado tras carraspear para llamar la atención.

—Alabados los ojos, don Leónidas—respondió el aludido, alzando la cabeza con una sonrisa de cortesía—. Perdonen el escenario, pero es el último lugar del que se sospecharía algo como lo que nos ocupa. Aquí estaremos tranquilos. Siéntense por favor. ¿Quieren algo de beber? ¿Una salmuera? Son exquisitas. Yo invito.

Aquel solitario caballero lucía el pelo muy negro peinado a raya, las orejas grandes y una mirada, dura y profunda, que transmitía confianza hasta cierto punto. Sin embargo, había algo en su afirmación con lo que no estaba de acuerdo, y es que, dada la calaña de la

clientela, no me hubiese extrañado un ápice encontrar allí a alguno de los ilustres miembros del cuerpo de voluntarios del comercio.

—No es necesario, gracias —declinó Leónidas, arrastrando un par de sillas para tomar asiento—. Aquí mi compañero y yo tenemos algo de prisa.

—Bien, como quieran. Vayamos al grano entonces. ¿Han traído la patente de corso?

—Aquí está.

Leónidas extrajo entonces el documento de su chaqueta y lo extendió sobre la mesa. Acto seguido, Osorio la tomó entre sus manos y la estudió durante un tiempo con gesto concentrado, sus ojos deslizándose con

avidez sobre el papel amarillento y la pulcra caligrafía.

—Extraordinario trabajo —dijo al fin el marinero.

A nuestro lado, un par de hombres con aspecto de no haber pisado tierra en el último año, con largas barbas enredadas y un aroma que mezclaba a partes iguales sudor con vómito y ron, acompañaban hacia el exterior a una de las abundantes mujeres de fácil virtud que frecuentaban el local. Junto a ellos pasó entonces un mozo con pañuelo anudado a la cintura portando una bandeja repleta de desperdicios. «¡Camarero! Tres salmueras aquí», lo llamó Osorio. «¡Marchando!».

—Bien. Cumplido este trámite —

continuó nuestro interlocutor—, y si todo va según lo esperado, la toma del Comanditario se producirá el 23 de este mes. El vapor sale del puerto de La Habana a las seis de la tarde, pero esperaríamos a la noche para dar inicio al asalto, al menos hasta las diez, para aprovechar la oscuridad y el sueño. Calculo que para entonces estaremos frente a Matanzas. Una vez en poder de la nave, el plan es desembarcar en botes a los pasajeros y al resto de la tripulación, y después virar rumbo a Bahamas, para abastecernos de carbón y armamento en Nasáu.

Tardé unos instantes en procesar que faltaban menos de dos semanas para aquella fecha. El camarero dejó

entonces tres platillos de encurtidos sobre nuestra mesa. Osorio devoró los suyos prácticamente de un bocado, mientras que Leónidas ni siquiera los rozó con la mirada. Yo ya los conocía merced a los consejos de Álvaro, Garsón y Nico, y he de reconocer que, pese a su fuerte gusto a vinagre, eran deliciosos.

—Sin embargo, lamentablemente, hemos tenido menos éxito del esperado en el reclutamiento para el asalto... Sé que no formaba parte de lo acordado, pero nos resultaría de gran ayuda que algunos de sus hombres pudieran embarcar ese día como falsos pasajeros y participar a nuestro lado. Sólo hasta rendir el Comanditario, después podrían

desembarcar.

Leónidas calló por un tiempo, dibujando círculos con la yema del dedo sobre la mesa, meditando. Confié en que no estuviera tan loco como para aceptar aquella propuesta.

—Por supuesto, no será ningún problema —dijo el hacendado—. Será un honor para los Hijos de Siboney poder tomar parte en el asunto.

Maldita sea, pensé. Aquello excedía por completo el ámbito de acción de la sociedad secreta, amén de toda cordura. Esperaba que al menos no contase conmigo para eso, o mejor aún, estar fuera de su alcance para entonces. Aunque, con la patente bajo las curtidas manos de aquel marino, se me hiciese

harto complicado.

—Es un placer hacer negocios con usted, don Leónidas —afirmó Osorio, deteniéndose a continuación para dar un largo trago a su botella de aguardiente—. Todo arreglado entonces. Y ahora, si me disculpan, tengo una cita importante cerca de aquí. Ya saben que hay cosas para las que un caballero se ve imposibilitado a bordo.

—Nos hacemos cargo —dijo Leónidas, incorporándose ya de su asiento—. Seguiremos en contacto.

Sobre la mesa mugrienta había quedado tendida la patente de corso, y con ella quedaban atrás mis últimas esperanzas de lograr que Montano me sacase de una vez por todas de aquel

laberinto sin fin. Hacía unos instantes, un grupo de hombres había comenzado a cantar una canción sobre la nostalgia en alta mar, y sus voces se mezclaban ya con nuestros pasos batiéndose en retirada cuando recibimos la nueva llamada de Osorio.

—Aguarden un momento —nos pidió, tomando el documento y extendiéndolo hacia nosotros—. Será mejor que la guarden ustedes, sólo quería verla con mis propios ojos. Llevarla a bordo sería peligroso, cualquiera podría encontrarla. Guárdenla en lugar seguro y tráiganla el día convenido.

Durante unos instantes, Leónidas permaneció quieto, probablemente sopesando las implicaciones de aquella

nueva coyuntura, dudando si extender la mano o darse la vuelta para enfilear la salida. Y, mientras tanto, yo rogaba porque complaciera una vez más al marino.

—Está bien. La guardaremos —dijo al fin, estrechándola entre los dedos.

—Cuídense —se despidió Osorio mientras se ajustaba los ropajes, supuse que de cara a su inminente cita.

En nuestro camino hasta la salida pude sentir clavadas en la espalda las miradas de algunos de los parroquianos, probablemente sorprendidos ante la brevedad de nuestra estancia, o más bien por nuestro aspecto tan distinto al del resto. Al menos, pensé, no se apreciaba rastro de Néstor Serrano o de sus

secuaces.

Una vez en el exterior, la brisa marina sirvió para despejar mis fosas nasales de aquel tufo inmundo que, daba por hecho, acompañaría mis ropas durante días.

—Será mejor que ponga esto a buen recaudo —dijo Leónidas, posando la mano sobre el bolsillo de la chaqueta en el que había guardado la patente—. No quiero imaginar dónde acabaríamos todos si cayese en malas manos...

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar que bajo aquel comentario pudiera esconderse alguna sospecha. Y por las palabras que me dedicó a continuación, algo debió de intuir el hacendado en mi semblante.

—Tranquilo, la puerta de mi despacho no la tumba ni el cañón de El Morro. Doce centímetros de hierro macizo.

La plaza de Armas vibraba aquella noche con el estrépito de la música y el festejo. Hombres y mujeres se congregaban por cientos entre sus columnas, bancos y palmeras, bailando a los sensuales ritmos que una orquesta de negros tocaba desde un templete junto al pedestal con la estatua de Fernando VII. Los camareros se movían como hormigas, repartiendo bebidas de toda clase a una multitud cada vez más ebria. Y desde el perímetro, algunas señoritas de las más refinadas contemplaban el espectáculo sin bajarse de sus carruajes, mientras otros, incluido el mismo

capitán general, lo hacían asomados a los balcones de los palacios adyacentes.

Álvaro, Garsón y Nico se habían empeñado en llevarme con ellos a aquella congregación de banalidad festiva de la que tanto parecían disfrutar, con sus bailes, sus tonadillas y sus brindis, pero que a mí se me hacía un tanto ruidosa y multitudinaria. Además, recientemente, Nico, a quien de los golpes de Néstor Serrano no le quedaban ya más que unas leves marcas junto al labio, había estallado en una escandalosa carcajada, que le mantenía retorcido y que amenazaba con hacerle caer al suelo en cualquier momento.

—Te lo estoy pidiendo en serio —le dijo Garsón, entre avergonzado y

ofendido—. Así que para ya de reírte.

—Jamás —acertó a responder el otro con el escaso aire que la risa le permitía tomar—. Nuca lo haré. Aunque me lo pidas de rodillas.

—Yo pagaría por ver eso —dijo Álvaro.

—Por favor, te necesito. Te juro que lo he intentado todo, hasta me he ofrecido a invitarla a Chez François, pero no hay manera. No hay quién la entienda.

El origen del conflicto consistía en que Garsón le había pedido a Nico que le escribiera un poema de amor para entregárselo a Clara, simulando ser él el autor. Los versos deberían contener pues sendos vocablos en lengua francesa con

el fin de dar más realismo al engaño y propiciar el enamoramiento. No obstante, la peregrina idea del joven no había conseguido sino desatar el jolgorio de Nico, quien, acostumbrado a sufrir las bromas de su amigo a causa de su faceta poética, veía entonces su oportunidad para la revancha.

—Hazme caso, la tienes en el bote —dijo Álvaro, tratando de consolar a su incipientemente iracundo compañero—. Sólo está haciéndose la distante para que no pierdas el interés. Es cuestión de tiempo que te dé el sí.

Garsón argumentaba ya que eso era lo que él siempre había creído, pero que tanta resistencia estaba empezando a hacerle flaquear, cuando dos figuras

femeninas aparecieron a nuestro costado, atrapando inmediatamente el interés. María y Clara se acercaron animosas, enfundadas en alegres vestidos coloreados.

—*Bienvenue, ma chérie* —saludó Garsón a la segunda con sonrisa de perfecto dandy, sin lograr aparentemente los efectos deseados.

—Creo que te ha dicho que no le gustan las alcachofas —aclaró Nico, todavía convaleciente de su ataque de hilaridad.

—Tú, calla, borrico.

La disputa no consiguió despertar entre las jóvenes nada más que una mirada mutua de complicidad y un tenue gesto de impostado desdén. Después,

María se aproximó a mí y me tendió la mano.

—¿Puedes venir un momento? —me preguntó.

En un primer instante me quedé petrificado y sin reacción, pero después sentí a la altura de las costillas como las manos de Nico me empujaban hacia ella y, para cuando quise darme cuenta, la joven me conducía ya hacia el exterior de la plaza. Mientras, Clara terminaba de reunirse con mis compañeros y se ofrecía solícita para un baile con Álvaro, sus figuras perdiéndose poco a poco entre la multitud.

—Aquí podremos hablar más tranquilos —dijo María cuando la

distancia consiguió acallar el estrépito de la música y el gentío.

Junto a nosotros se disponía tan sólo un puestecito ambulante desde el que una mujer vestida con túnico y pañuelo alrededor del cuello vendía cocos agujereados, dispuestos para beber su leche directamente de la propia fruta, a cuyo refrescante reclamo acudían por goteo algunos jóvenes acalorados por el frenesí del baile.

—Esta tarde he estado con Leónidas enviando un telegrama a Cayo Hueso para los exiliados de la Florida. Ellos se pondrán en contacto con los sublevados de Matanzas y Nasáu para que estén preparados para recibir al Comanditario —continuó—. Me ha

dicho que quería que supieras que la patente de corso ya está a buen recaudo, en su despacho; que primero pensó en guardarla en la caja fuerte, pero que al final ha optado por colocarla entre las páginas de un libro de contabilidad. Dice que es tan aburrido que allí no se le ocurriría a nadie buscar. Quería que lo supieras por si a él le pasara algo, que la misión pudiese seguir adelante. Dice que te ve muy ilusionado, comprometido, que cada vez confía más en ti. Y eso me pone muy contenta —Los ojos de María Galván estaban prendidos con el brillo de un orgullo que poco a poco se fue tiñendo de tristeza—. No me lo ha querido decir para que no me preocupe, pero tiene miedo. Sospecha

que andan detrás de él. Por eso lo está disponiendo todo con tanto cuidado. Por si algún día faltara —prosiguió, con un rastro de tímidas lágrimas resbalándole sobre los ojos—. Prométeme que cuidarás de él.

Aquella inesperada petición me dio un vuelco al corazón, no sólo por el hecho de que Leónidas anduviera con la mosca detrás de la oreja, ni siquiera sólo por lo que suponía con respecto a mis posibilidades de satisfacer los planes de Montano y ganar mi libertad, sino porque no sabía cómo salvar el repentino escollo sin traicionarla a ella ni a mí mismo.

—Gracias —dijo al fin María, cogiéndose afectuosamente de mi brazo.

Supuse que, cumplido el encargo, querría volver de nuevo a la fiesta en la plaza de Armas, pero sus planes resultaron ser bastante distintos.

—No. Me aburren un poco esas verbenas. Son siempre iguales. Nico, Álvaro y compañía son nobles y simpáticos, pero en cuanto se beben un par de copas no piensan más que en bromear y arrimarse en el baile. Llévame a algún lugar en el que nunca haya estado. Uno bonito.

Aquella petición me pilló de improviso, desarmado. Sin embargo, apenas dudé unos instantes hasta reparar en que el único sitio que conocía que podría cumplir con los anhelos de mi acompañante no era otro que la tienda

de pinturas de la calle de la Amargura. Esa misma mañana, el dueño había recibido de mis manos la pertinente nota refiriendo a Montano las novedades con respecto a Osorio. Y a sus prodigios me confié para impresionarla.

Por el camino, el bullicio del festejo se fue perdiendo a nuestra espalda, disolviéndose en calles huecas y casi solitarias, como si aquella noche la ciudad al completo se hubiese congregado entre los confines de la plaza. Al fin, Aguilar desembocó en Amargura, y pronto la tienda de pinturas se alzó ante nosotros en los bajos del viejo palacete que la albergaba.

—Veamos... —dijo María, aproximándose a su fachada lateral,

donde la luz de un farol hacía visible el interior a través de una de sus estrechas ventanas.

Ante sus ojos fueron desfilando los barnices, aceites y solventes; los lienzos y bastidores; las brochas, pinceles y cepillos de toda forma y material; las paletas, los cubos y los caballetes.

—Vaya —susurró, reparando en la exótica colección de pigmentos del estante central—. Es fantástico —Culminada su exploración visual, la joven se dirigió hacia la entrada y acarició con lástima la puerta—. Es una pena no poder entrar.

Sin embargo, al más leve roce de sus dedos, las bisagras giraron y la puerta cedió medio palmo. El viejo se la habría

dejado abierta en un descuido, pensé, sin esperar que, acto seguido, María le daría un nuevo empujón para terminar de abatirla; y después, amparada en una sonrisa traviesa, se colaría en el interior del establecimiento.

No hubo forma humana de detener su avance ni de llamarla a la prudencia. Pronto sus dedos palpaban ya la textura de los lienzos, o sacaban de sus estuches los pinceles para acariciar las cerdas, asegurándose de que, al día siguiente, el dueño no pudiese albergar la menor duda de que alguien había estado trajinando en su tienda.

—Uno de estos me vendría muy bien para empolvarme —dijo, tomando una brocha de ardilla y usando sus suaves

filamentos para hacerme cosquillas bajo el mentón.

Aquello era un despropósito, una locura. De un segundo para el siguiente mi acompañante se había convertido en una chiquilla, y aunque sus travesuras me erizaban los nervios, no negaré que llegué a encontrarles la gracia. Así, cuando menos lo esperaba, untó su dedo índice en un tarro de pintura verde y lo posó sobre mi nariz.

—Ahora pareces un gnomo —dijo, riéndose como una colegiala.

No me avergüenza reconocer que, ante la imposibilidad de que desistiera de su actitud, llegué a encontrar diversión en los goces del absurdo, a disfrutar de la ridícula situación y de su

misma compañía. Y por unos instantes, llegué incluso a olvidarme del mundo exterior. Pero entonces, cuando nada parecía indicarlo, una imagen capturada con el filo de la visión explotó la burbuja y me hizo abandonar de súbito el buen ánimo.

Sobre el mostrador, la última nota dirigida a Ignacio Montano se extendía iluminada por la luz del farol. Abierta. Aquello sólo podía significar una cosa. El dueño de la tienda de pinturas nos estaba espiando, escrutando nuestros mensajes antes de entregarlos, quién sabe con qué fin. Había llegado la hora de abandonar el lugar.

—Un poco más —dijo María, formando un tierno círculo con los

labios—. No seas gruñón.

Los instantes siguientes pasaron como una navaja de afeitar. María seguía jugueteando con los materiales y explorando en el fondo de las estanterías cuando una voz resonó al compás de pesados pasos bajando por la escalera. «¿Quién anda ahí?!», gritó con su inconfundible timbre el dueño del establecimiento.

—Vamos, corre —susurró la joven, aferrándome la mano y dando comienzo a la atropellada marcha.

La tienda de pinturas quedó atrás entre prisas y tropezones, tragándose los gruñidos y maldiciones de su dueño. Para mi desconcierto, mientras corría, María Galván reía en una carcajada

incontenible, que incluso arrancaba vivas lágrimas de sus ojos. Mientras tanto, yo era incapaz de quitarme de la cabeza la imagen de aquel pliego de papel con mi propia caligrafía tendido sobre el mostrador. Así, la estrambótica evasión no se detuvo hasta vernos de nuevo perdidos entre el gentío de la plaza de Armas.

—Gracias —dijo la joven, todavía sin recuperar el resuello tras la prolongada carrera y la honda carcajada—. Me he divertido mucho.

Aquello parecía fruto de una ilusión, de un espejismo. Siempre, desde que había llegado a la casa de Leónidas Clavel, aquella puerta de hierro había estado sellada como una tumba faraónica.

En realidad, tras la información revelada por María Galván el día de la fiesta en la plaza de Armas, hubiese bastado con una simple nota a Montano para acabar con todo. Había tenido ya sobradas oportunidades. Pero no sabía si por el afecto que había empezado a tomar hacia los Hijos de Siboney, hacia su líder y hacia la prometida de este, por

la promesa sellada con la propia María, por el temor a la traición del dueño de la tienda de pinturas o por la debilitada confianza en el agente de Dulce, aquella nota no había llegado aún a su destino.

En cualquier caso, aquella puerta entornada, con una franja de al menos medio palmo de oscuridad filtrándose desde el interior del despacho, suponía una tentación demasiado fuerte. La oportunidad estaba servida y mi determinación dispuesta, por Balbina y por mi propia vida. Si efectivamente la patente se encontraba donde se suponía, Montano sería puesto al corriente para que, junto a sus hombres, procediese al registro y detención del hacendado y sus colaboradores. Fuera como fuese, la

prudencia aconsejaba armarse de todas las precauciones posibles. «El señor ha salido a montar a caballo», me había informado José, sin apartar la mirada del juego de pañuelos de seda que estaba doblando con esmero casi artístico. «Ha dejado dicho que no volverá hasta la cena, o puede que más tarde».

Las bisagras giraron con un chirrido estridente, ajenas al cuidado, como si quisieran prevenir a su dueño allá donde estuviera. En el interior, la oscuridad era casi completa, no había ventanas ni rendijas y la única iluminación provenía de los pocos grados de puerta abierta a mi espalda, claramente insuficiente para alcanzar el fondo de la estancia. No

obstante, no quise volverme a por un candil sin una primera impresión, para lo cual hube de esperar a que las tinieblas fuesen dilatando paso a paso mis pupilas. El aire era pesado, cementerial, portador de un aroma a tabaco que parecía parte del mobiliario y del inconfundible tic-tac de un reloj de pared. Las siluetas se recortaban en negro sobre gris, casi amorfas, todo envuelto en un silencio rozando lo absoluto. Y hasta el aliento parecía congelarse en la infinita penumbra.

—Creo que buscabas esto —resonó entonces la voz de Leónidas desde algún punto más allá de la cortina de luz.

La sangre se volvió sólida en mis venas. Pensé que el golpe llegaría en

cualquier momento, oculto tras una sombra inescrutable. Pronto, tres o cuatro chasquidos, como los del tambor de un revólver al rotar, brotaron junto al origen de aquellas palabras. A continuación, una pequeña llama iluminó la silueta del hacendado empleando su mechero de yesca para prender un candil de aceite que terminó de dar forma a los contornos de la sala.

Se trataba de un despacho elegante, de ornamentación recargada y barroca, en el que abundaban los muebles de caoba, los remates dorados, los volúmenes de tratados legales y los libros de cuentas. Destacaba sobre el conjunto la escultura de un Poseidón de espesa barba y tridente en la mano,

montado a lomos de una bestia mitad caballo mitad tritón. Contra la pared del fondo reposaba una sólida caja fuerte de hierro macizo y, precediéndola, sentado en un butacón negro, Leónidas me miraba fijamente mientras empujaba un sobre marrón por una mesa brillante y diáfana.

—Toma, cógelo. Mi vida ya no vale mucho, hace años que está amortizada. Llévatelo y acaba de un golpe con los sueños de tantos —dijo mi anfitrión antes de hacer una pausa, tamborileando con los dedos sobre la patente de corso—. Aunque, tal vez, primero quieras escuchar una historia.

Estaba paralizado, rígido y frío como una escultura de hielo. Comprendí al

instante la trampa que me había tendido el hacendado. Todavía no era consciente de las consecuencias de aquel encuentro, pero sabía que ya nada volvería a ser igual. Aun así, para entonces el miedo ya había comenzado a fundirse con la curiosidad.

—Creo que te la contaré, por si acaso. Te pediría que te sentaras, pero sé que no querrás. No importa —dijo Leónidas, acomodándose sobre su propio asiento, como si se preparara para un relato extenso—. Sucedió hace cinco años y trata de un hombre, del perfecto soldado español. Un hombre para el que nada era comparable a poder luchar por su país, bien curtido en la guerra de África, andaría entonces por

los treinta y cinco. Como a tantos como él, pasado el verano de 1863 lo llamaron para combatir contra los independentistas de Santo Domingo. Lo montaron en un barco, le hicieron cruzar el mundo y después lo soltaron a su suerte en el campo de batalla.

»Empezó peleando con ardor, como era propio de él. Se sentía a gusto en aquellas arenas. Incluso tuvo tiempo de participar de alguna pequeña victoria. Pero a las pocas semanas de llegar comenzó su pesadilla. Un batallón de pardos lo capturó en una patrulla de reconocimiento. Lo torturaron durante días para sacarle información sobre el despliegue español en el terreno, pero era un tipo duro y no soltó prenda, así

que lo retuvieron hacinado entre desperdicios hasta que perdió la noción del tiempo. Cuando, semanas después, sus compañeros tomaron aquella posición y lo rescataron, las heridas le habían hecho arrojar más sangre de la que pensaba que tenía, el hambre amenazaba con dejarle los huesos al aire y, para colmo, había enfermado de fiebre amarilla.

»Tuvo suerte y lo evacuaron pronto a La Habana, pero para cuando llegó era ya casi un cadáver por cuya recuperación nadie se hubiese jugado ni la camisa. Sin embargo, para asombro de propios y extraños, tras un par de semanas debatiéndose entre la vida y la muerte, su estado empezó a mejorar. Su

salud se recuperaba día a día, ganándole el pulso a la anunciada sepultura, y entre delirios de fiebre murmuraba su deseo de reintegrarse a filas. Entonces los médicos dijeron que las ganas de vivir y de seguir luchando por su patria eran las que estaban impulsando aquella milagrosa curación, pero se equivocaban. Se trataba de algo mucho más poderoso. El odio.

»Y es que, a pesar de sus muchas heridas, no era su cuerpo lo que peor parado había salido de aquel calvario, sino su mente. Lo vivido en Santo Domingo, los horrores a los que le habían sometido, le habían causado un profundo trauma que pronto cristalizó en una ira desmedida hacia el

independentismo americano. De eso, por otra parte, ya había bastante por La Habana en aquellos años, de modo que cuando los médicos le dijeron que ya casi había sanado y que en cuestión de un mes podría volver al inagotable frente de Santo Domingo, abandonó el sanatorio y se lanzó a las calles en pos de su manía.

»Guiado por una furia animal, rápidamente se integró en una cuadrilla de pistoleros de los que tristemente tanto abundaban. Se vio envuelto en diversos altercados de los que siempre lograba salir indemne, hasta que, un día, aquellos bandoleros se propusieron asaltar una concentración frente a la Fuente de la Bella India en la que un

grupo de criollos rogaban pacíficamente por una mayor autonomía. Entre ellos, yo mismo. Cuando menos lo esperábamos, los disparos nos rodearon, y en apenas unos segundos varios compañeros habían perdido la vida. Lo que no imaginaban los asaltantes era que muchos de los presentes fuésemos también armados y respondiésemos con tanta bravura ante su ataque. Sorprendidos, muchos se batieron en retirada. Pero no así el hombre de nuestra historia.

»Para cuando quise darme cuenta, se acercaba ya hacia mí con el cañón en alto. Sin embargo, cuando apretó el gatillo el arma se le encasquilló, salvándome milagrosamente la vida y

concediéndome el tiempo justo para dispararle dos veces con mi revólver. Cayó al suelo y allí lo dejé, sangrando a borbotones, pero antes de que pudiera marcharme, sus ojos me alcanzaron con una ira que nunca podré borrar.

»Intenté olvidarlo, hacer como si nada de aquello hubiese sucedido, pero apenas un par de semanas después, empecé a sentir como si una sombra me siguiera a todas partes, acechándome tras cada esquina, velándome por las noches. No supe de qué se trataba hasta que, al fin, aquel hombre se presentó un día en mi casa. Fue entonces cuando me contó toda su historia y me dijo que el día de nuestro encuentro frente a la Fuente de la Bella India le faltaban

apenas un par de jornadas para embarcarse de nuevo a Santo Domingo, pero que las heridas que mis disparos le habían causado (uno en la pierna, que le había dejado cojo, y otro en la mano izquierda que le había hecho perder dos dedos) le impedirían volver a combatir jamás, por lo que le habían dado de baja en el Ejército y al día siguiente lo devolverían a España.

»Aquello, para un hombre como él, era la peor tragedia imaginable. Al defenderme de su ataque le había privado de poder vengarse de los que un día le mostraron el infierno. Por eso, me prometió que algún día volvería, no para matarme, pues yo no había tenido tal gentileza con él, sino para destruirme,

para asegurarse de que pasaría el resto de mi vida a la sombra de una cárcel como la que yo había hecho de su cuerpo. Antes de marcharse, me dijo también su nombre, y me aconsejó que no lo olvidara nunca. Aquel hombre se llamaba Ignacio Montano.

Aquellas seis últimas sílabas se clavaron en mi pecho como un puñal envenenado. No sólo por la historia que acababa de conocer, sino por el mismo hecho de que hubiera partido de aquellos labios. Leónidas lo sabía. Lo sabía todo, quién sabía desde cuándo. Por otro lado, los caprichos de la memoria quisieron traerme al recuerdo la imagen de aquella primera cena con Ignacio Montano. Entonces él había

pedido el ajiaco y Balbina le había preguntado cómo lo conocía. La respuesta era más sencilla que la que él había ofrecido. Ya había estado antes en Cuba.

Sobre la mesa del hacendado, un lustroso cenicero de porcelana guardaba las puntas de al menos cinco o seis tabacos flotando sobre ríos de ceniza, dando prueba de que, o bien su dueño no acostumbraba a vaciarlo con asiduidad, o bien llevaba largo tiempo allí sentado, aguardándome en la oscuridad como un felino acechando a su presa.

—Veo que te suena —dijo Leónidas, asintiendo con sorna—. Ahora, como creo que ya sabes, Montano ha vuelto para cumplir con su amenaza.

Probablemente te haya dicho que trabaja para Dulce, y es cierto. Al no poder seguir con su carrera de soldado en España, se convirtió en agente secreto del Gobierno. Cuando estalló la guerra aquí, en Cuba, comenzó a mover cielo y tierra para ser enviado a La Habana, y cuando Dulce fue propuesto como capitán general consiguió venirse de su mano con la misión de perseguir a laborantes y sublevados. Pero al margen de eso, está librando también su propia cruzada. Una contienda con dos metas bien definidas: acabar con los independentistas y acabar conmigo. Cuando se refiere a lo primero suele hablar de ideales, y a lo segundo lo llama justicia. En realidad, es lo mismo

en los dos casos: venganza. Para ello se rodea de gente más expeditiva que el capitán general, menos recomendable, incluso... Creo que ya conoces bien a los voluntarios del comercio.

En aquel momento, la imagen de Luigi volvió a inundarme el pensamiento. Aquello explicaría su sospechosa amistad con Montano, después de lo que había averiguado sobre él durante aquel baile que tan lejano me empezaba a parecer.

—A cualquier otro le bastaría con ordenar a esos matones que me pegasen un tiro por la espalda, poco podría hacer yo por evitarlo. Pero no a Ignacio Montano. Él no se contenta con verme muerto. Pretende llevarme ante la

justicia, que pague ante Dios y ante los hombres por los crímenes que él me imputa. Destruirme antes de enterrarme y, a poder ser, que viva para contarlo.

»Sin embargo, no es un imbécil. Sabe que soy un hombre poderoso, que tengo muchos amigos en los lugares más apropiados, que los jueces ganan una miseria y nunca hacen ascos a un buen favor... En resumidas cuentas: sabe que tendría que sorprenderme en algo muy grave para poder cumplir con sus aspiraciones; y reconozco que su plan para lograrlo era de lo más refinado, y que hasta última hora ni siquiera había tenido consciencia de su presencia en la isla. Por cierto, tú también has resultado ser un actor extraordinario. Me has

tenido engañado todo este tiempo. Pero, por suerte o por desgracia, a veces algunas fidelidades cambian de bando, y más tarde o más temprano todo se acaba sabiendo en este enjambre chismoso e indiscreto. Hace ya unos días que estoy enterado de todo —el hacendado se detuvo unos instantes, supongo que interrumpido por mis repentinos temblores—. No, por favor, tranquilo. No te preocupes, no voy a hacerte daño. Como yo, tú no eres más que una víctima en todo este disparate.

Tenía que ser él. Quién podría haberlo dicho, con su rostro inmutable y su medida centenaria. Pero sólo había un hombre en La Habana que podía estar al corriente de todo aquello, que podía

haberlo leído en nuestras notas y luego haberlo revelado a cambio de unas monedas y una traición: el dueño de la tienda de pinturas de la calle de la Amargura.

—Ahora viene la parte de la historia que menos te va a gustar —introdujo Leónidas, dotando a la voz de cierto pesar—. Ignacio Montano no repara en medios para lograr sus fines. Decidió que tú eras el hombre ideal para sus planes: discreto, observador, inofensivo, un pintor extraordinario... y se propuso conseguir tu colaboración a cualquier precio. Esos hombres que entraron a destruir la pensión en la que vivías estaban pagados por él. La mujer a la que se llevaron fue detenida por orden

suya y nunca ha tenido la menor intención de liberarla, tal y como te prometió. De hecho, según tengo entendido, pronto será condenada a unos cuantos años en prisión. Lo siento. Supongo que desde entonces habrás notado que los voluntarios te siguen de cerca, en especial ese cretino del diente de oro, Néstor Serrano. Sólo te están echando un vistazo, asegurándose de que cumples con tu parte. No te tocarán un pelo mientras Montano así se lo ordene.

No podía creerle. Era demasiado retorcido, demasiado doloroso. Demasiado bien hilado para ser real. Además, Montano me había prevenido de sobra: de su labia, de su hipocresía, de su capacidad para la mentira. Sin

embargo, sus palabras sonaban sinceras como un testimonio, y poco a poco iban encajando en mi entendimiento como un rompecabezas fatal.

—La intención de nuestro común amigo era echarme el guante en el envío de armas a Las Villas. Lo tenía todo preparado, emboscado con un batallón de voluntarios junto a los hornos de cal, pero el destino quiso que yo no pudiera acudir ese día a la Costa del Norte. Por eso, cuando una patrulla constató mi ausencia, no intervino. No quería que sospechara que me seguía tan de cerca. Y por eso no te relevó a ti de tus funciones y te dejó a mi lado, esperando a que surgiera una nueva oportunidad para atraparme. Eso es lo único que le

importa.

»Me consta que te ha prometido grandes cosas una vez todo acabe, y eres libre de creerle, faltaría más, pero debes saber que Montano es un hombre sin palabra y, o mucho me equivoco, o te dejará tirado como una punta de tabaco cuando ya no le seas útil —afirmó el hacendado, afectando el tono—. Yo, en cambio, soy un hombre de negocios, y como tal reconozco el valor de un acuerdo.

La llama del candil titilaba sobre el aceite, crepitante, dibujando sombras sobre el rostro perfectamente afeitado de Leónidas Clavel, arañando con su brillo los cantos del mobiliario.

—Así que voy a hacerte una oferta.

Sé que durante el tiempo que has permanecido con nosotros has llegado a simpatizar con nuestra causa. Pues bien, te propongo que sigas luchando a mi lado un poco más, como si nada hubiera pasado. No le diremos a nadie quién fuiste o de dónde vienes, será nuestro secreto. Lucharemos juntos por la libertad y por la justicia. Te necesitamos, al menos hasta tomar el Comanditario y atrapar a ese bastardo de Ignacio Montano. Después, si es lo que deseas, serás libre. Tendrás lo que quieras. Una suite en la planta superior, servicio propio, todas las pinturas del maldito mundo... Lo que necesites para vivir la buena vida —El hacendado tomó el sobre marrón entre las manos y

lo tendió hacia mí—. O también puedes decirle dónde está la patente y dejarle ganar. Tú decides. Tómate tu tiempo, sé que son demasiadas revelaciones de golpe. Piénsalo. Te estaré esperando aquí mismo.

No pude aguantarlo ni un segundo más. Ni aquella atmósfera asfixiante, ni aquella mirada turbadora, ni aquel océano de dudas ni aquel rencor sordo que poco a poco iba creciendo en mi interior. El estruendo de la puerta de hierro al cerrarse retumbó por toda la casa, asustando a los miembros del servicio.

Leónidas no salió de su despacho en lo que restaba de día, ni tampoco lo hizo la patente de corso. Mientras, en mi

mente, un nombre palpitaba escrito con letras de fuego: Ignacio Montano.

—Haré lo que pueda. Vuelve dentro de dos horas —me dijo el dueño de la tienda de pinturas—. Pero no prometo nada.

Por su rictus de piedra resbalaban estelas de culpabilidad candente y en sus ojos vítreos se leía desnuda la traición. Todavía no había decidido si para bien o para mal. La luz de una nueva mañana se filtraba tenue por las angostas ventanas, tiñendo el ambiente con un hálito de sospecha, mientras el polvo sobre las caóticas estanterías seguía preservando la esencia del lugar, vetado expresamente por el agente de

Dulce para nuestros encuentros.

Lo cierto es que poco me importaban ya la prudencia o las formas. Ya no había de quién ocultarse cuando la última careta estaba a punto de caer. Menos de una jornada después, las palabras de Leónidas todavía me vibraban en los tímpanos. Necesitaba urgentemente una conversación con Ignacio Montano, y aquel hombre de cera y perfecto mostacho era mi única esperanza para encontrarlo.

Durante las dos horas siguientes, las calles de La Habana, con sus grandes plazas, sus pequeños parques, sus palmeras brotando entre las construcciones y sus plazuelas llenando cada intersección trataron de distraer sin

éxito mis cavilaciones, acaso de amortiguar mi agónica espera. Pronto me dejé resbalar por los terraplenes que formaban algunas de sus avenidas, imbuido entre nubes de polvo y lodazales, con el riesgo siempre presente de ser bañado con las aguas de dudoso origen que de cuando en cuando caían desde los balcones. Dejé que me embriagara el hipnotismo de las fuentes, la magia de los palacios y las filigranas de los quitrines maniobrando para escurrirse entre la estrechez de los pasos. Así hasta que, exactamente ciento veinte minutos después, el vestíbulo del local de la calle de la Amargura me recibió de nuevo con un halo de ilusa esperanza. Sin embargo, tal y como

cualquiera que no fuese un necio hubiera previsto, él no estaba allí.

—Aguarda un poco —me pidió el dueño—. Ha dicho que vendría.

El tiempo pasó áspero como una lija y vacío de cualquier optimismo. Estaba claro que Montano me había abandonado a mi suerte. Sin otra alternativa mejor, mis viejos amigos del estante de los pigmentos de lujo me entretuvieron durante un rato, si bien su contemplación ya no me granjeaba ni de lejos el placer de antaño. Cada sonido de la puerta al abrirse era una falsa promesa y el saludo de cada nuevo cliente una decepción no por esperada, menos frustrante. A punto estaba ya de desistir, de abandonar aquel postrero

canto de cisne, cuando una mano de sólo tres dedos aferró el pomo e hizo girar las bisagras.

—¿Acaso te has vuelto loco? —me abroncó por saludo Montano, el aliento cargado de un intenso aroma a ron—. Más vale que se trate de una cuestión de vida o muerte. Vamos, a la trastienda.

En el interior de la oscura salita atestada de enseres nos aguardaban dos sillas de madera desvencijadas, supuse que dispuestas para la ocasión por el dueño del comercio. Nada había cambiado desde la última vez en aquel umbrío rincón, reino de cachivaches y de olor a disolvente. Antes de romper el tenso silencio, mi acompañante tomó

asiento y me indicó que lo imitara.

—Veamos, ¿qué sucede? ¿Sabes ya dónde está la patente de corso?

Sus palabras estaban llenas de reproche y desagrado. No había duda de que aquel encuentro le había pillado a contrapié. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había dejado llevar por mis impulsos, y de que no tenía la menor idea sobre cómo abordar el tema, especialmente ante un interlocutor tan poco receptivo. La verdad ya no era una opción.

—¡Maldita sea! —gritó Montano, lanzando un puñetazo contra el lateral de su silla—. Con la patente en manos de Osorio poco podremos hacer ya contra Leónidas. ¡No se puede escapar otra

vez!

A continuación, abandonó rebosante de furia su asiento y se puso a caminar en frenéticos círculos por la trastienda, apretando los puños, resoplando cada dos pasos, supuse que tratando de serenarse. El ritual se prolongó por un par de minutos, durante los que apenas levantó la mirada del suelo. Hasta que al fin se decidió a hurgar en el bolsillo interior de su levita para sacar su vieja petaca, darle un larguísimo trago y sentarse de nuevo.

—Esto es lo único bueno que saben hacer esos malditos criollos — concluyó, probablemente algo ebrio—. Bueno, está bien, no perdamos los nervios. En lo que a ti respecta has

hecho bien tu trabajo y aún no está todo perdido. No quería llegar a este punto, pero... Tendremos que esperar a que intenten secuestrar el barco, sorprenderlos en plena acción. Para eso necesitaremos saber dónde y cuándo, cómo y con quién... Me parece que ya me sigues. Eso para ti ya tiene que ser coser y cantar.

Ni mucho menos tenía claro que fuera a acatar sus planes, mi fidelidad estaba en plena y amarga disputa. Pero, en el caso de que así fuese, existía una cuestión que ya no podría ignorar por más tiempo. Quise creer que él me comprendería.

—¡No me jodas que te has encaprichado de la prometida de

Leónidas! —rio con ganas Montano, golpeándose exageradamente el muslo con la palma de la mano—. Un poco de juicio, por favor, hablemos en serio. Esa mujer no se fijaría en ti ni aunque fueras el último hombre en el mundo. Por el amor de Dios, mírate en un espejo. Y, por supuesto, ni hablar de dejarla ir. Es tan culpable como todos los demás.

Aquellas palabras me hicieron sentir repentinamente ridículo. Lo peor, pensé, era que estaba en lo cierto. María Galván jamás podría sentir nada más que lástima hacia un hombre como yo y cualquiera que pensara lo contrario no era más que un ingenuo. Yo era plenamente consciente de ello y por eso me conformaba con mucho menos: con

el sonido de su risa, con la caricia de su pelo al viento, con unas pocas palabras. Jamás me hubiese atrevido a más. Pero según parecía, si elegía aquel camino, hasta eso me sería arrebatado. Probablemente por despecho, el tema de Luigi me vino a la punta de la lengua.

—No sé qué te habrán dicho esos despojos sobre él, pero Luigi es un gran hombre y un aliado muy poderoso. Es cierto que a veces sus métodos son algo... aventurados. Pero cuando el fin es grande, y este es el caso, los medios son lo de menos. ¿No crees? Además, debo decirte que le caíste muy bien. Me preocupa que le puedas estar tomando cariño a esa cuadrilla de indeseables. No debes olvidar que no son más que

escoria independentista y que, si todo va bien, pronto acabarán frente a un pelotón de fusilamiento.

En aquel momento, un cliente entró en la tienda preguntando por pinceles de pelo de ardilla y el silencio imperó hasta que se hubo marchado. Con sus respuestas, Montano no hacía más que confirmar lo expuesto por Leónidas. Mi confianza en él mermaba segundo a segundo. Y, sin embargo, nunca imaginé que su cinismo pudiera llegar tan lejos.

—Por otra parte, tengo una mala noticia que darte. He estado pensando si decírtela o no... Lo haré si me prometes no desanimarte —dijo, vistiéndose de falsa dulzura—. Está bien. Ya sabes que las cosas se han puesto muy mal con los

detenidos por..., Dulce ya apenas tiene margen de maniobra y... Han condenado a tu amiga a quince años de prisión. Lo siento.

Y de repente, el mundo se paró. Nada cambia las prioridades como un golpe inesperado. La perspectiva de la mujer que me había salvado la vida pudriéndose entre rejas hasta el fin de sus días me hizo sentir el ser más miserable sobre la tierra.

¿Alguna vez han tenido tanta hambre como para dejar de sentirla? Espero que no, pues significa que la muerte está cerca. Así me encontraba yo el día que Balbina me encontró en la calle, casi desmayado, y me ofreció un mendrugo de pan. No recordaba cuántos días había

vagado, oculto entre cañaverales, hasta que el instinto me había llevado a La Habana. El caso es que, de no haber aparecido aquella mujer, a la que por su vestido blanco tomé por un ángel del cielo, mi vida no habría pasado de aquella noche. Cuando me llevó con ella a su pensión y me ofreció un camastro y un plato de guiso de ave creí que había ingresado en el paraíso. Para mí, todo aquello era nuevo, pues hasta entonces sólo había conocido el tasajo o el fufú de plátanos y el sueño sobre el suelo de un barracón. «Come despacio», me dijo. «No tienes el estómago acostumbrado, podría sentarte mal. Mañana habrá más».

—He hecho todo lo que he podido —

afirmó Montano, posándome una mano sobre el hombro— y, por lo pronto, he conseguido librarla del paredón, así que espero que esto no cambie en nada nuestro acuerdo particular. Ya falta poco para atrapar a ese malnacido y arrancarle a esta ciudad otro tumor independentista, sería catastrófico vacilar ahora... Así que seguiremos adelante, ¿verdad que sí?

Esperó unos segundos, camuflando su intranquilidad tras una sonrisa de vendedor experto. A cuatro palmos sobre su cabeza, una araña negra comenzaba a descolgarse por su tela.

—¡Ese es mi hombre! —exclamó.

Para entonces, la decisión estaba tomada.

El puerto de La Habana se agitaba en un continuo rumor de voces y pasos. Tan concurrido y animado como siempre, más de cien naves se mecían junto a sus espaciosos muelles, cargando o descargando sus mercancías. Los botes se cruzaban en sus trayectorias, los estibadores, casi todos negros, avanzaban como un enjambre, portando sus fardos y toneles, y las banderas ondeaban al viento en sus innumerables colores.

En los últimos cinco días los acontecimientos se habían sucedido con pavorosa celeridad. Leónidas se había

alegrado mucho al conocer mi nueva determinación. Rápidamente me había convocado a su despacho —al parecer, ya no vedado para mí— a fin de exponerme y convenir conmigo sus planes para el futuro inmediato. Lo prioritario, dijo, era el éxito en el Comanditario y la captura de Ignacio Montano. A poder ser, todo en uno.

Para ello, la primera medida adoptada fue no compartir con nadie mi secreto. La idea era seguir actuando como si nada hubiera pasado y que el agente de Dulce no sospechara de mi viraje de fidelidades. A continuación, un plan para atraparle fue surgiendo al alimón de nuestras mentes, culminado en una carta que el hacendado me dictó y

que pronto acabó en manos del dueño de la tienda de pinturas. Tras la traición de Montano, la pérdida de toda esperanza para Balbina y la generosa oferta de Leónidas, ya nada me impedía entregarme a la fogosidad de las palabras del último ni dejarme llevar por las promesas de su arenga.

En el momento de ser enviado al puerto, faltaban poco más de veinticuatro horas para el asalto al vapor, y ya casi todo estaba listo. Restaban unos últimos preparativos, no de menor calado, como aquel que me envolvía a la vera del mar. Se trataba de subir a bordo, sin que nadie se percatara, las armas con las que se perpetraría el secuestro y las máscaras

que cubrirían nuestros rostros, procedentes de las celebraciones de epifanía y carnaval de los abakuá.

Para ello, Kenfack y algunos de sus hombres —incluidos sus dos brutales sobrinos— se habían ofrecido para hacerse pasar por una cuadrilla de estibadores, en la que nos habían alistado a Álvaro y a mí como presuntos capataces. De este modo, y a cambio de unas monedas que, supuse, ya se estarían gastando en los burdeles de primera línea de costa, los mozos enviados a cargar el Comanditario se habían prestado de buena gana a ser reemplazados en su faena, sin que en apariencia nadie allí hubiese notado el cambio de unos negros por otros.

—Ahora llega el momento crítico — dijo Kenfack, esgrimiendo el rostro concentrado.

Durante las tres últimas y tediosas horas, en las que Osorio no había dado señales de vida o presencia, docenas y docenas de toneles habían pasado por nuestras manos con destino a las bodegas de la embarcación, cargados de grano, vino, ron o mascabo, pues el vapor Comanditario, aparte de correo y transporte de pasajeros, servía también como buque de mercancías. El trabajo se había desarrollado en un silencio absoluto con el que todo el mundo parecía conforme, especialmente Álvaro, cuyo rostro mutaba de la concentración a la preocupación de

segundo en segundo.

Mientras tanto, Néstor Serrano había estado caminando en círculos a escasos metros de los muelles, amparado tras un periódico amarillento, supervisando nuestra actividad sin esforzarse lo más mínimo en disimular. Según lo dicho por Leónidas, no estaría allí más que para echarme un ojo, si bien aquella idea no me tranquilizaba ni restaba un ápice de amenaza a su lobuna sonrisa remachada en oro.

Cuando al fin llegó la hora de subir a bordo los toneles con las armas y las máscaras, el tedio se convirtió fulminantemente en ansiedad. El principal problema derivaba de no haber podido conseguir con la suficiente

antelación toneles vacíos de la naviera, fácilmente distinguibles por el escudo de la Compañía General Cubana de Navegación grabado en la tapa, a lo que se añadía la presencia de un marino de rostro avinagrado y rastros de viruela supervisando cada bulto que entraba en el barco.

La solución hallada había sido que Nico y Garsón robaran un par de toneles de vino agotados de la despensa de la Taberna de La Ballena, confiando en que una buena limpieza más mis artes pictóricas para la falsificación de emblemas bastaran para disfrazarlos. El resultado no había sido malo, pero tampoco perfecto. La pintura se notaba reciente, a pesar de que Kenfack la

hubiese frotado con arena, y los detalles más finos no habían quedado idénticos. Por eso, el patriarca de los abakuá había propuesto dejarlos entre los últimos, confiando en que el cansancio y el aburrimiento debilitaran el celo del vigilante.

Frente a nosotros se alzaba orgulloso el vapor comercial Comanditario, sus banderas ondeando con la brisa en proa y popa, y entremedias, un bosque de palos y anchas chimeneas cilíndricas asentado sobre su sólido casco metálico. Sobre la cubierta, los marinos deambulaban como una colonia de hormigas, afanándose en los preparativos para la partida; en los laterales se ubicaban las ruedas con las

paletas propulsoras y los botes de emergencia para salvaguardar a los pasajeros en caso de accidente; y en la parte trasera se elevaba como una prominencia el vestíbulo de acceso a la zona de bodegas y camarotes, situados en el nivel inferior.

Con los toneles de marras, pesados como ningún otro, rodando penosamente cuesta arriba, Álvaro y Kenfack me acompañaron a través de la pasarela, los nervios saltando con cada bache. Tras la borda, el vigilante nos dedicó su habitual mirada de desprecio y acto seguido procedió a revisar las barricas. Durante un par de segundos de respiración contenida deslizó la vista sobre los pertinentes escudos, perfilados

sobre la veta de la madera. Después, asintió con desgana.

—Vamos, rápido, a la bodega. A ver si acabamos de una vez por hoy.

Kenfack me felicitó con la mirada. Parecía que la suerte nos sonreía y en cuestión de segundos el marino nos acompañaba ya escalerilla abajo hacia la bodega para supervisar el apilamiento. Allí, tras la penumbra rota por una hilera de ojos de buey, entre baúles, trozos de sogas y rastros de hollín, una faraónica estructura de toneles impregnados de humedad y sudor daba prueba de nuestro esfuerzo.

Las nuevas piezas ya casi habían pasado a formar parte del uniforme enjambre cuando la voz del vigilante se

alzó a nuestras espaldas.

—Alto, un momento —dijo de repente—. Esos toneles no son válidos. Tienen la superficie inclinada, harían que se derrumbase toda la pila al menor bandazo.

Maldita sea, pensé. Nadar para ahogarse en la orilla. La falsificación había prosperado, todo parecía listo para concluir de una vez por todas la agotadora jornada, y ahora el éxito se ponía en riesgo por una ridícula cuestión de superficies y ángulos.

—No pasa nada. Los pondremos encima del todo —dijo Kenfack.

—¡Tú, a callar, escoria! —le gritó de repente el vigilante, abofeteándole la cara con sonoridad.

La escena, que empezaba a tomar tintes peligrosos, estaba siendo contemplada por un marino de escasa estatura que llevaba ya un tiempo deambulando por las bodegas con afán supervisor. Kenfack respondió a su agresor con una mirada de odio contenido, sus dientes de blanco intenso a punto de morderle la garganta, pero finalmente, consciente de lo delicado de la situación, el abakuá decidió permanecer quieto y guardar silencio. Sin embargo, aquella actitud sumisa por parte de un hombre que le duplicaba en altura y espaldas no hizo sino envalentonar más al otro.

—Lávale la boca a tu negro, o tendré que hacerlo yo —añadió dirigiéndose a

mí—. Y ahora esos toneles directos al agua.

—Por favor, señor, portan una carga muy importante —imploró Álvaro sin demasiado convencimiento—. Un envío especial para la duquesa de Jardines. Yo creo que si los colocamos con cuidado...

—Ni con cuidado ni sin cuidado. A tierra o por la borda.

El fracaso estaba servido. Sin armas el asalto sería imposible y sin máscaras para preservar nuestra identidad seríamos carne de cañón. La rabia y la resignación nos empujaban ya hacia una penosa retirada cuando el hombrecillo que hasta entonces había estado merodeando por los alrededores se

acercó a nuestra posición. La corta distancia nos permitió reconocer en su guerrera el distintivo de capitán.

—Espera —intervino entonces el mando—. Maldita sea, no quiero tener problemas con la duquesa. Esa mujer es un auténtico demonio. Deja que los pongan en la parte de arriba. Parece que la mar estará en calma esta noche, no creo que se caigan.

—A sus órdenes —convino el subalterno con el rostro amoratado de inquina, señalándonos con un gruñido que procediéramos a nuestra tarea.

Con espartano esfuerzo, los pesados toneles quedaron al fin dispuestos en el piso superior del apilamiento. El vigilante nos sacó de vuelta a los

muelles casi a empujones, apremiándonos para que concluyéramos con la totalidad de la carga lo antes posible. Éramos conscientes de que nos había ido de un suspiro.

Apenas una decena de toneles restaban ya por ser embarcados, cometido que no se prolongó por más de cinco minutos.

Después, fatigados por el empeño, los abakuá se tomaron un tiempo para reponer energías a la orilla del mar antes de emprender su camino de vuelta. Para entonces la brisa había comenzado a refrescar el ambiente y algunos vapores y veleros zarpaban hacia el horizonte.

—Me alegro mucho —me dijo

entonces Kenfack. Goterones de sudor resbalaban por su frente arrugada y su pecho se elevaba al compás de un leve jadeo. Por lo demás, sonreía, e incluso se había animado a pasarme un extrañamente afectuoso brazo sobre los hombros—. Te veo entusiasmado — aclaró—. Antes tu espíritu dudaba, estaba turbio. Me hacía recelar de ti. Pero ahora es distinto.

Después permaneció un rato más en silencio, dejándome sentir su reconocimiento en su medio abrazo frente al leve oleaje de la bahía. Al fin, se despidió y partió con sus hombres hacia el suroeste, rumbo al barrio de Jesús María. También Álvaro se retiró, compartiendo con ellos el inicio de su

camino. Parecía que la jornada había concluido con un éxito completo, rodeada de parabienes. Todo indicaba que ya era presta la hora de disfrutar de un merecido descanso en casa de Leónidas antes del apoteósico final. Fue entonces, a la altura de la aduana, cuando Néstor Serrano salió a mi encuentro.

—¿Qué tal ha ido la jornada? — preguntó con sorna, arrugando con desdén las páginas de su viejo diario y arrojándolo al suelo—. Os podíais haber dado un poco más de prisa con la carga. Esta porquería había dejado de entretenerme al tercer viaje.

Su mirada desprendía desprecio hacia mi persona y hastío ante su propio

cometido. El aliento le olía a *whisky* de maíz, el cuerpo a sudor, y su camisa, sucia y arrugada, sugería no haber sido cambiada en la última semana. Sus ásperas botas de montar languidecían bajo una generosa capa de barro, y al cinto, de modo ostentosamente visible, llevaba colgados un revólver y una porra.

—Chiss. Mírame a los ojos cuando te hablo. Así, mucho mejor. Con respeto. Así es como se mira a un comandante. ¿Sabes? Antes, hace no mucho, los tipos como tú solían mirarme con desprecio cuando se encontraban conmigo por la calle; se creían superiores. Ahora, esos mismos se orinan encima mientras me suplican que los mate de una vez. Pero

no lo hago.

»En fin. Sin acritud. Sólo quería decirte que no me gustas un carajo. Ni tú ni los tejemanejes que os traéis entre manos. Y que yo obedezco órdenes, pero a la hora de la verdad, una bala perdida se le escapa a cualquiera. Así que mejor será que te andes con cuidado. No es más que un consejo.

Dicho esto, el comandante de los voluntarios se tocó gentilmente el sombrero, y, girando distraído sobre sus talones, comenzó a alejarse tierra adentro al son de una tonadilla silbada entre dientes. No quise imaginar lo que haría conmigo si llegara a enterarse de que en realidad estaba del lado de Leónidas Clavel.

—¡Pasa una buena noche! —exclamó cuando su silueta ya casi se había fundido con las primeras tinieblas del crepúsculo.

La noche pasó con la incertidumbre, la ensoñación y la vigilia que suelen acompañar a las vísperas de una gran ocasión, especialmente si en esta se ponen en juego la integridad o la vida. Las sábanas amanecieron empapadas en sudor frío, arrugadas a los pies de la cama, como una mortaja precipitada. Y el desayuno, breve y solitario, carecía de sabor.

Jacinta apenas había terminado de recoger el servicio, portando la bandeja de plata con los pocillos vacíos de café y chocolate y las cáscaras de plátano de vuelta a la cocina, cuando José irrumpió

anunciando con su voz cantarina que la prometida de don Leónidas preguntaba insistentemente por mí. Poco después, sin esperar respuesta ni autorización, como era su costumbre, María Galván hacía su precipitada entrada en el modesto comedor del servicio. Supuse que traería nuevas de última hora, tal vez leves cambios de planes en el Comanditario. En cualquier caso, de algún modo, su presencia logró infundirme algo de coraje.

—Creo que estoy en deuda contigo — me dijo la joven, volteando mis expectativas tras los pertinentes saludos —. Tú me enseñaste tu lugar favorito en la ciudad, así que ahora me toca a mí hacer lo propio. Además, creo que te

dará ánimos para esta noche. Voy a estar muy preocupada hasta que volváis.

En un primer momento, su propuesta me había resultado de lo más apetecible. Me sorprendí incluso a mí mismo deseando que me llevara con ella. Pero lo que creía haber entendido de sus últimas palabras me golpeó como un mazo de hierro en la cara. ¿Era posible que no viniera?

—Leónidas ha dicho que es demasiado peligroso para una mujer. Tal vez tenga razón —afirmó con cierta lástima—. Así que esta vez os las tendréis que apañar sin mí.

No creo que nada hubiera podido amedrentarme más. Si aquello que fuese a acontecer a bordo del vapor era poco

aconsejable para alguien a quien había visto burlar a los voluntarios en su propia cara, o adentrarse en el mar hasta las rodillas para cargar cajas de armas en una barcaza de insurrectos, qué sería de mí.

—Yo confío en ti —me dijo ella, sin darse importancia—. Y ahora, vamos, nos están esperando.

Sin darme más tiempo para la vacilación, María tiró de mi brazo, arrancándome de la mesa para arrastrarme hasta el porche.

Allí, junto al pequeño jardín, aquella misma volanta que tantas veces había visto cruzar la calle de San Ignacio nos esperaba con el caballo dispuesto y un calesero jugando con su fusta sobre el

pescante.

Los asientos estaban forrados de terciopelo y eran suaves, cálidos y cómodos como el trono de una reina. Los laterales contaban con remaches de oro y alguien se había encargado de rociar los encajes con agua de violetas. A una voz del calesero el vehículo se puso en marcha y pronto las calles de La Habana comenzaron a desfilar a nuestro alrededor al ritmo de aquellos cascabeles que tantas veces me habían servido de reclamo, las gentes levantando la cabeza y contemplándonos con una pleitesía para mí, desconocida.

El rumbo era hacia el sur, descendiendo la calle Cuba con cautela, cuidando de no arrollar ni salpicar de

barro a los caminantes o a las mercancías expuestas al aire en los tenderetes, deteniéndose al cruzarse en la estrechez con otro carruaje en dirección contraria. María estaba inquieta, callada, apretando los labios como quien guarda un secreto o está a punto de cometer una travesura. Me preguntaba cuán exótico sería el destino programado cuando el calesero tiró con brío de las riendas y la volanta se detuvo en seco en un lugar que de sobra conocía. La iglesia del Espíritu Santo.

—Sí —apuntó María ante mi modesta decepción—, pero te prometo que todavía no la has visto entera.

Así, tras invitarme a que me apeara, la joven me tomó de la mano y me

condujo a prisa a la calle Damas, hacia la que se abría la fachada posterior del templo. Allí, tras una cancela de barrotes oxidados, una pequeña superficie densamente arbolada hacía las veces de patio interior de la iglesia. Sin pensárselo dos veces, María empujó la farragosa puerta y me arrastró al interior de aquella especie de bosquecillo urbano.

—No te preocupes, no nos estamos colando. La dejan abierta para que se pueda entrar, aunque no suela venir mucha gente.

El piso de tierra húmeda cubierta de hojarasca crujía bajo nuestros pasos, que se encaminaban bajo la sombra de las copas hacia el muro trasero de la

construcción, bastante peor conservado que el frontal y los laterales. A escasos dos metros de este, un suelo de baldosas de piedra oscurecida circundaba el perímetro del templo.

María se dirigió entonces hasta un ruinoso saliente en la pared, probablemente los restos del adorno de un viejo canalón. Una vez allí pegó la espalda a su superficie y cerró los ojos con convicción. El silencio y la naturaleza campaban a sus anchas en aquel paraje al que, pensé, nadie debía de haber accedido en toda una eternidad. Entonces mi acompañante despegó los labios y, sin dejar que el sonido se le escapara de la garganta, contó dos pasos mudos al frente y luego seis y medio

hacia la derecha. Alcanzado su destino, se agachó en cuclillas y golpeó dos veces con los nudillos sobre el suelo de piedra. La sonrisa se le iluminó al escuchar el sonido a hueco.

—Es aquí —anunció triunfal.

Rápidamente miró a su alrededor, como para descartar la improbable posibilidad de que alguien más la estuviera observando, y después se aprestó a palpar con los dedos alrededor de los bordes de la baldosa junto a la que se encontraba.

Tardó unos segundos hasta encontrar una minúscula cavidad por la que introducir los dedos y tirar hacia arriba. Entonces la plancha de piedra se desprendió con facilidad, abatiéndose

hacia un lado y dejando tras de sí un orificio en el suelo.

—Ven, acércate.

Desde el borde, tras dejar a la vista acostumbrarse durante unos segundos, se apreciaba sorprendentemente cómo unas briznas de claridad se filtraban a través de la negrura, iluminando los peldaños de una tétrica y empinadísima escalinata labrada en la roca. María me colocó entonces una mano tras la espalda y me empujó suavemente, como indicándome que comenzara el descenso hacia aquel averno improvisado.

—Tú primero —dijo sonriente.

El funesto aspecto de aquel umbral invitaba a todo menos a seguir sus indicaciones y me inspiraba un temor

rozando lo místico que amenazaba con manifestarse de un momento a otro a la altura de mis rodillas. Sin embargo, el cálido contacto de sus dedos deslizándose alrededor de mi cintura me infundió la confianza suficiente como para superarlo y dejarme llevar.

Apenas unos pocos peldaños bastaron para constatar que la iluminación de aquel espacio era bastante superior a la atisbada desde fuera, y aun cuando María volvió a colocar la baldosa en su sitio para cerrar el paso a nuestras espaldas, guirnaldas incandescentes se derretían sobre los muros de roca viva infestados de humedad. La temperatura parecía descender a cada medio metro de profundidad ganado. En las paredes,

los arácnidos habían llevado el tejido de sus telas a la categoría de obra de arte y de las techumbres se desprendía a cada paso una ráfaga de polvo que escocía en los ojos e inspiraba imágenes de derrumbamiento y sepultura.

Al fin, tras medio minuto de cauteloso descenso, los escalones se esfumaron revelando que habíamos llegado al fondo de la caverna. A nuestro alrededor se abría una gran cámara diáfana de la que escapaban recovecos y galerías a través de sendas aberturas en forma de arco. Las paredes de piedra desnuda e irregular lucían repletas de cavidades y restos de lo que debieron de ser pinturas e inscripciones. En la parte superior, siguiendo el perímetro de los altos

techos, una hilera de diminutos tragaluces filtraba la claridad desde el exterior. Y flotando en el aire estancado, difuminándolo todo bajo su hechizo, una densa capa de bruma se retorció entre jirones y volutas.

—Estamos en las catacumbas del Espíritu Santo —me anunció María Galván, con el orgullo que suele sobrevenir al que descubre su mayor tesoro—. El lugar más mágico y más secreto de La Habana. No creo que sean más de diez los que lo conozcan. Mi padre me trajo por primera vez cuando era niña y me hizo prometer que no se lo revelaría a quien no fuese lo suficientemente sensible como para comprenderlo. Nunca había traído a

nadie, ni siquiera a Leónidas. Aquí es donde vengo cuando necesito estar sola y pensar.

Conocedor de la naturaleza del lugar, todo fue tomando una nueva dimensión. Aquellos vestigios de letras horadadas en la roca no eran sino rastros de nombres y epitafios, las oquedades indicaban las posiciones de las tumbas y las galerías conectaban entre sí las distintas cámaras funerarias. De repente, discretamente emplazado en una esquina, un caótico apilamiento de huesos y calaveras se cruzó en mi visión, haciendo que un agudo escalofrío me recorriera la espalda. De un modo u otro, todo sabía a muerte, y a la vez a vida, en aquel recóndito espacio cuya

existencia ignoraba Leónidas Clavel.

—Fue mi padre quien me contó la historia de este sitio. A él se la había contado mi abuelo. Originariamente fue construido por negros libertos hace más de doscientos años, como una ermita en honor al Divino Paráclito, que es como ellos llamaban al Espíritu Santo. La construyeron con gran esfuerzo, con sudor y con sangre, se dice que privándose incluso de alimento muchos días por reunir el dinero para comprar los materiales. Tal era su devoción que nada de eso les importaba con tal de ver erigido su templo.

»Sin embargo, cuando meses después lograron concluir la obra, apenas si pudieron disfrutar del fruto de su

entrega. Y es que el obispo de aquellos tiempos, asombrado por su belleza y por su acertada ubicación, se encaprichó de ella y decidió arrebatársela a sus fundadores para convertirla en la segunda iglesia parroquial de la ciudad. Los negros fueron expulsados, y pronto se planificaron reformas para terminar de adecuarla al canon.

»Se dice que fue entonces cuando los negros construyeron a toda prisa una cripta funeraria secreta bajo los cimientos de la ermita del Divino Paráclito, y que se enterraron vivos en ella para fundirse con su espíritu y preservar su recuerdo. Nadie pudo confirmar este extremo, pero lo cierto es que nunca se los volvió a ver y que,

cuando unos años más tarde se acometieron las demoradas reformas, las catacumbas fueron halladas.

»Durante un tiempo, pese a la leyenda, este fue un lugar de enterramiento bastante popular para hombres notables, de los que aparecen en los libros, pero también para gentes anónimas a las que ya nadie recuerda. Sin embargo, tras la construcción de la catedral y otras célebres parroquias, la iglesia del Espíritu Santo fue dejada de lado hasta casi caer en el olvido durante varias décadas. Sus catacumbas se perdieron de nuevo y sólo unos pocos, muy pocos, recordaron cómo llegar hasta ellas. Y este es el motivo por el que decidieron guardar el secreto. ¡Eco!

—gritó de repente, proyectando la melodía de su voz contra las paredes de piedra.

Pronto la repetición de aquellas sílabas comenzó a rebotar entre los muros como un coro de ultratumba. «¡Eco, eco, eco!». Y mientras seguía pensando, asombrado, en la historia que acababa de conocer, reparé en que, según pasaba el tiempo, el sonido apenas perdía un ápice de su energía o su nitidez, como si la especial acústica de aquel lugar lo condenara a permanecer allí atrapado para toda la eternidad.

—Chiss. Escucha.

Tras lo que me parecieron minutos, la voz de María se fue apagando poco a

poco. Fue entonces cuando lo noté. Primero como un rumor apenas perceptible, luego como un murmullo abriéndose paso, y al fin como una amalgama de cientos o miles de voces susurrando junto a mi oído. O tal vez no fuese más que una broma del silencio y de la sugestión, como quienes afirman escuchar el océano en una caracola.

—Este lugar actúa como memoria de la ciudad —afirmó María Galván con solemnidad—. Es la prueba de que todos nuestros actos importan, de que lo que hacemos en el mundo perdura más allá de nuestra propia muerte. Todo lo que merece ser recordado, da igual si alguien lo hace o no en la superficie, acaba almacenado aquí, como un eco

entre la bruma esperando a ser escuchado.

Entonces, sus ojos se perdieron en blanco por entre la neblina, la expresión lejana, ausente. Su cuerpo seguía allí, pero su alma parecía haber viajado en el espacio y en el tiempo a algún lugar al que nadie habría podido seguirla. Por un instante deseé que su pelo cayera suelto sobre sus hombros, libre del estricto moño en el que lo retenían dos plumas. De repente, su tez palideció, y al cabo de unos segundos, tras un estremecimiento, volvió a la realidad con el mismo semblante que luciría quien acabara de haber visto al demonio.

—Dicen que cada persona percibe

algo diferente —prosiguió, retomando el hilo a marchas forzadas—, que encuentra lo que necesita, o más bien, al revés. Vamos, prueba tú.

Al principio, nada más que aquel murmullo amorfo y difuso de voces superpuestas me acompañó en mi espera, sin que nada destacara en el caos general o me ofreciera significado alguno. Mientras tanto, mi acompañante me observaba con ojos curiosos, como un cervatillo al borde del camino.

—No debes esforzarte en buscarlo, sólo dejar que te atrape.

Aquello era fácil de decir, pero no tanto de poner en práctica. Empezaba a sentirme algo perdido, rechazado por aquella enigmática algarabía. Y cuando

ya menos confiaba en que el hechizo funcionase, allí estaba. Tenue al principio, poco a poco se fue apoderando de mí. Eran los gritos de una mujer. Entonces recordé que aquella misma voz era la que tiempo atrás me había sobresaltado en mi escondite del armario de sotanas. En aquella ocasión, las prisas y la tierra de por medio me habían impedido reconocerla, pero esta vez no había duda. Aquella no era la voz de una mujer cualquiera. Era la voz de mamá.

Sus gritos estaban plagados de dolor y desesperación, de una agonía que se me clavó como un aguijón envenenado en las entrañas. No había forma de entender sus palabras, pero su

sufrimiento era indudable. La sensación era extrema y contradictoria. Por un lado, llevaba diecinueve años extrañando aquella voz, suspirando por su compañía, pero encontrarla sumida en el tormento me infligía una angustia que no sabía por cuánto más podría soportar. Al tiempo, otras voces, de varón en su mayoría y que también me resultaban vagamente familiares, se unieron en un segundo plano a las lamentaciones.

Entonces el humo empezó a ahogarme. Aquel hombre vestido de blanco había desperillado un habano y lo fumaba como si la propia vida le fuese en ello, envolviéndolo todo de un humo oscuro como las tinieblas del averno. Su rostro desfigurado se retorció de rabia, el odio

derritiéndose en lágrimas sobre sus pómulos.

Me desvanecía ya cuando los brazos de María me sujetaron para impedir mi caída.

—Ya está —me susurró con dulzura junto al oído—. Ya se ha acabado.

De repente, el silencio se había vuelto a instalar en las catacumbas. Voces y ecos se habían extinguido sin dejar rastro, casi haciendo dudar de su reciente existencia. Tan sólo aquella sobria cámara de roca nos acompañaba con su soledad, su olvido y su sempiterna bruma deshaciéndose en espirales de vapor.

—No digas nada. Ha sido culpa mía. No debería haberte traído.

El arrepentimiento era palpable en las arrugas de su ceño y el rubor había prendido sobre sus pómulos de porcelana. Sin embargo, aunque ella no lo supiera, descubrirme un lugar como aquel era lo mejor que habían hecho por mí en mucho tiempo.

Y cuando ya nada más podía esperarse de aquella ocasión, María Galván se estiró de puntillas y, reclinándose hacia mí, me rozó con sus labios para darme un beso en la mejilla.

La silueta de edificios amontonados sobre la costa llana, salpicados aquí y allá por los perfiles estilizados de las torres de las iglesias, tan propia de La Habana, con la imponente figura de la fortaleza de La Cabaña guardándola como un ángel custodio, se fue perdiendo como un espejismo sobre el horizonte bañado por la luz del faro. El vapor Comanditario había zarpado puntual, abandonando el puerto a las seis de la tarde. Daba así inicio, tras el pertinente alto entre los castillos de El Morro y La Punta a la salida de la bahía, a su travesía semanal con rumbo sureste

hacia Cárdenas, transportando a bordo a setenta y ocho pasajeros, tripulación aparte, más un par de bodegas llenas de cartas y mercancías.

Nuestro embarque se había producido a última hora, cuando ya casi había levado anclas, y desde entonces hasta la caída de la oscuridad habíamos dejado que la monotonía de cubierta desgranase las horas una a una, tratando de mantener la calma y más aún la discreción. Las aguas estaban tranquilas y las olas apenas hacían temblar el robusto casco del vapor. Todo parecía en orden, apenas los tediosos preámbulos de un viaje rutinario y sin incidencias que anotar.

No obstante, según lo convenido, a

las diez de la noche, cuando la oscuridad había fundido ya el cielo con el océano y el sueño se había apoderado de muchos, la bodega donde habíamos cargado los toneles amparaba ya nuestra espera. El silencio se servía espeso y los nervios burbujeaban a flor de piel, creciendo con cada minuto extra que pasaba sin noticias de nuestros contactos.

—Estos cabrones son capaces de habernos dejado en la estacada —dijo Álvaro, amagando un puñetazo contra la pared.

—Tanto esfuerzo para darnos un paseíto en barco hasta Cárdenas —apuntó Garsón.

El ambiente era tenso y lleno de

dudas, exiguo de palabras. Fuera, el cielo estaba despejado y la luz de las estrellas se filtraba nítida por los ojos de buey, entregando la bodega a una penumbra que hubiese bastado para distinguir formas y contornos más allá de la luz de nuestros candiles.

Nico se entretenía anudando una vez tras otra un pedazo de cordel que había encontrado en el suelo, mientras Álvaro inspeccionaba un pequeño baúl con aparejos de navegación. Hasta que, al fin, con un cuarto de hora de retraso, Osorio se presentó a su cita junto a cinco hombres más, todos ellos luciendo enredadas barbas oscurecidas por el hollín.

—Buenas noches, caballeros —

saludó aquel hombre al que había conocido en la Taberna de La Ballena —. Sentimos el retraso, pero hemos tenido algún problema en la sala de máquinas que no admitía demora. En el fondo del mar este trasto no vale de nada. Les presento al piloto Eloy Camacho y a los maquinistas Juan López, Antonio Roig, Joaquín Aguilar y Pedro Hombrón. Para los que no me conozcan, yo soy el sobrecargo de a bordo, Juan Bautista Osorio.

Se sucedió a continuación una breve ronda de saludos y presentaciones mutuas que, por reiterativa en los apretones de manos, no pudo ocultar la evidente carestía de brazos.

—¿No esperamos a nadie más? —

preguntó Nico, mirando a su alrededor.

—Hemos tenidos algunas bajas de última hora —le respondió el piloto Eloy Camacho con cierto aire de excusa—. Pero si obramos con inteligencia, seremos más que suficientes.

—*Pas plus...* —suspiró Garsón con resignación.

—Bien, ahora, escúchenme —dijo Osorio, reclamando para sí la atención—. Lo que buscamos es una maniobra rápida y a poder ser sin derramamiento de sangre. A esta hora todo el mundo duerme en sus camarotes, a excepción del capitán Jofre y otros tres marinos, más una decena de pasajeros, todos ellos en cubierta. Hasta donde yo puedo saber, en el momento presente ninguno

va armado.

»Nosotros seis —continuó, señalando a los miembros de la tripulación con un madero que acababa de tomar del suelo — irrumpiremos por la escotilla de proa y aprovecharemos la sorpresa para capturarlos, mientras ustedes cuatro les cogen por la espalda para que se vean rodeados saliendo desde el vestíbulo de la cámara y de paso bloquean la puerta con esta traviesa para asegurarse de que nadie salga hasta que le quitemos la llave al capitán y la cerremos. Una vez rendido el navío nos ocuparemos de lo demás, señuelo incluido. Todo debe hacerse con la mayor celeridad y limpieza posibles, ¿entendido?

Un asentimiento múltiple sirvió como

respuesta a sus premisas. No había dudas sobre la naturaleza del plan, si bien su ejecución al pie de la letra y sin sobresaltos se hacía un tanto utópica. Acto seguido, Osorio apuntó solícito hacia la pila de toneles con un gesto de cabeza.

—Ya pueden ir sacando las armas.

No fue hasta entonces, al pie de la montaña de bultos, cuando el desastre nos alcanzó como un dardo envenenado. Al parecer, según resultó de una primera inspección, alguien había reordenado la carga desde la última jornada y, al menos a primera vista, no había ni rastro de nuestros toneles por ninguna parte.

—La madre que lo parió... —dijo Álvaro, alzando la voz entre la

confusión general.

—¿Qué sucede? —preguntó Osorio con preocupación.

—No están donde los dejamos, y creo que sé por qué. Al cargarlos, el vigilante, un marino con rostro de viruela, puso objeciones por defectos en los toneles. No se avino a subirlos a bordo hasta que no recibió órdenes expresas del capitán. Según lo vi entonces, no me extrañaría que los hubiera tirado por la borda.

—Andrade... —murmuró Osorio con palpable desprecio, mesándose los rizos negros de la barba—. Más vale que no esté en lo cierto y sólo los haya recolocado, o habremos fracasado antes de empezar. ¡Vamos, todos! ¿Qué hacen

ahí parados? ¡A buscar esos malditos toneles!

En un abrir y cerrar de ojos, sobrecargo, piloto y maquinistas se aprestaban ya a ayudarnos en una búsqueda que se adivinaba larga y dificultosa. Los toneles desfilaban de un extremo de la bodega al otro, pasando revisión en un puesto central, tratando de no hacer más ruido del necesario para no levantar sospechas. Veinte minutos y media carga más tarde la pesquisa no había dado el menor fruto. Hasta que, cuando los bufidos de desesperación eran ya orquesta, creí distinguir mis propias falsificaciones del emblema de la naviera a escasos centímetros de la pared del fondo.

—Espero que tengas razón —me dijo Álvaro cruzando los dedos.

Sin más demora, el joven se encaramó a la pila y trepó, saltando como un acróbata de piso en piso hasta alcanzar los dos toneles señalados. Desde allí los fue empujando, haciéndolos rodar sobre la superficie de carga hasta el extremo inferior, donde tres pares de brazos se aprestaban ya para recibirlos con el mayor sigilo posible.

Una vez en el suelo, el piloto Eloy Camacho se apresuró a abrirlos como si de bolsas de oro se trataran.

—Gracias a Dios —dijo cuando los revólveres se desparramaron por el suelo como una mancha negra.

El suspiro de alivio fue general y, por

unos momentos, las sonrisas desbancaron a la tensión en los rostros.

—Bien visto —me dijo Osorio, posándome una mano sobre la espalda.

Pronto el reparto de armas estuvo completado con revólveres de sobra, o más bien con hombres de menos. También las cuatro máscaras de carnaval africano, de facciones geométricas y vistosos colores, cubrían nuestros rostros, salvaguardando nuestra identidad a la par que nos conferían un aspecto de lo más grotesco e intimidatorio.

Después, los dos grupos planificados se separaron, tomando cada uno su camino, que en nuestro caso llevaba a través de las entrañas del barco hasta la

única escalera que comunicaba la cámara con la puerta de salida a cubierta, la misma que el sobrecargo del vapor nos había ordenado guardar durante el asalto. Aquella maraña de corredores metálicos, sumida en la penumbra, que conectaba bodegas, camarotes, salas de máquinas y almacenes de carbón, me recordó en cierto modo a una tétrica madriguera desierta. Ni un alma se cruzó en nuestro camino, a excepción de los ronquidos que se filtraban tras las puertas de la zona de habitaciones, hasta la altura de la escalera de salida.

Allí, sin embargo, un marino bajaba bostezando distraído, probablemente finalizando un largo turno y con rumbo a

su catre. Al reparar en nuestra apariencia, zafamente enmascarada y con los revólveres asomando del cinto, su rostro se desencajó y a punto estuvo de dejar escapar un alarido que, de haber abandonado sus labios, hubiese puesto a todo el mundo sobre aviso, desbaratando la esencia de nuestro plan. Por suerte, Álvaro estuvo rápido de reflejos y le golpeó en la cabeza con el madero destinado a atrancar la puerta, privándolo de consciencia antes de que al aire abandonara sus pulmones. Después, tomó su cuerpo inerte en vilo y lo arrojó al interior de un contenedor apartado.

—¡Caray! Buen golpe —dijo Garsón, sinceramente admirado.

Los escalones que nos aguardaban cruzieron más de lo deseable, obligándonos a extremar la cautela. Una vez en el exterior, una fuerte brisa, repentinamente desatada, nos sorprendió con su empuje, arrastrando el perfume del salitre. Tal vez fuese la tensión, pero yo sentí que, a pesar del viento, el aire apenas se abría paso a través de aquella sólida careta, que amenazaba con asfixiarme en cualquier momento.

Más o menos como Osorio había predicho, en cubierta dormitaban un total de siete hombres y dos mujeres de entre los pasajeros, cuatro marinos jugaban a los naipes en un rincón y no muy lejos, el capitán Jofre oteaba el horizonte junto a la borda, cerca del

ruidoso giro de la rueda propulsora. En un primer momento, ninguno de ellos pareció reparar en nuestra presencia, circunstancia que Nico y Garsón aprovecharon para cerrar la puerta a su espalda y cruzar el madero en transversal, anclado en la manija, para impedir la apertura desde dentro. En el último suspiro de su operación, uno de los marineros levantó la vista de su partida y se volvió hacia atrás, haciéndome creer por un segundo que nos descubriría, pero no era más que una botella lo que buscaba a su espalda.

Todavía no había rastro de Osorio y sus hombres. Hasta entonces, nuestro único cometido sería aguardar sin ser vistos. La marcha y la leve ventolera

difuminaban la estela de humo de las chimeneas sobre un cielo negro acribillado de estrellas. Bajo la superficie del mar, oscuras siluetas merodeaban junto al casco, no supe si como parte del juego de luces o como la amenazadora presencia de criaturas al acecho de un traspie por la borda. Y en el horizonte, a estribor, el perfil de la costa se recortaba entre aire, agua y espuma, las luces de lo que debería de ser Matanzas brillando tímidamente, apenas un tenue reflejo sobre una lámina de obsidiana.

Al fin, tras dos o tres minutos de angustiosa espera, las siluetas de Osorio, el piloto y los maquinistas aparecieron como espectros

arrastrándose en el extremo opuesto de la cubierta. Portaban los revólveres en la mano, y, con un brazo en alto, el sobrecargo nos indicó que todo estaba listo y que procediéramos a tomar nuestra parte.

El revólver pesaba más de lo que había esperado y me hacía temblar el brazo desde el hombro hasta la muñeca. Mis compañeros permanecían a mi lado, apuntando en silencio hacia marinos y pasajeros. Y en apenas cuestión de un par de segundos, comenzó la toma del vapor Comanditario.

—¡Quieto todo el mundo! —exclamó Osorio, apuntando con su revólver directamente al capitán Jofre—. Al primero que se mueva le vuelo la sesera.

—¡Alto ahí! —añadió Álvaro desde nuestra posición para hacerles ver que estaban rodeados.

Rápidamente, y en contra de lo previsto por el sobrecargo de la nave, dos de los marinos se sacaron sendos revólveres de bajo las ropas. El primero apuntó a Osorio, pero antes de que pudiera poner un dedo en el gatillo tres de los maquinistas ya lo habían acribillado a balazos, su cuerpo desplomado contra el suelo arrancando salpicaduras de los charcos.

El segundo, en cambio, se había vuelto hacia nuestra posición, y tras vacilar unos segundos ante nuestra superioridad numérica, dirigió el cañón de su arma hacia mi pecho. De poco

sirvieron los gritos de mis compañeros previniéndome, pues un frío helador, supuse que infundido por la repentina certeza de la muerte, me había paralizado los músculos. Siguieron dos detonaciones, prácticamente simultáneas. Y después, el silencio.

Sorprendentemente y contra mi propio pronóstico, seguía con vida y, aun es más, había salido ileso del trance. Una de las balas había impactado contra la estructura metálica de la entrada a la cámara, a unos sesenta o setenta centímetros sobre mi cabeza. La otra, la que había hecho fallar el tiro del marino y me había salvado la vida, había acertado en el cráneo de este, haciendo

de su testa un amasijo sanguinolento. Después, la humedad de la cubierta caló mis ropas, mis rodillas derretidas por el miedo. A ras de suelo, la escena se dibujaba como un baile infernal. El revólver de Nico todavía humeaba cuando se acercó para abrazarme.

—Vamos, levántate. Todavía no podemos relajarnos.

Sus brazos me alzaron con una fuerza de la que nunca los creí capaces. Para entonces, marinos y pasajeros, atónitos y rodeados, ya se habían rendido y aguardaban su suerte con los brazos en alto. En el suelo, los cadáveres de las dos únicas víctimas empezaban a formar densos y oscuros charcos a su alrededor. No fue hasta entonces cuando reparé en

aquella desfigurada cara de viruela. El hombre que me había disparado era el mismo que había intentado impedirnos cargar los toneles.

Mientras tanto, Osorio se acercaba ya al capitán Jofre al tiempo que el piloto Eloy Camacho le encañonaba a la altura del rostro. Él, por su parte, les miraba en silencio y con las manos tras la nuca, conteniendo la rabia y apretando los dientes hasta casi hacerlos estallar.

—Si me permite —dijo el sobrecargo, mientras hurgaba en su chaqueta y le confiscaba un manojito de llaves.

—Es usted un traidor, Osorio —dijo el capitán, aglutinando tanto desprecio como fue capaz—. Una vergüenza para

su patria.

De repente, sin previo aviso, las llaves volaron atravesando la penumbra hasta aterrizar por puro milagro en mis temblorosas manos. Para entonces, el ruido de los disparos ya había alarmado a los pasajeros y tripulantes del interior de la cámara, que embestían furiosos contra la puerta. El madero había resultado ser más endeble de lo esperado y ya casi se había partido por la mitad, permaneciendo la salida bloqueada gracias a poco más que a la fuerza de los hombros de Álvaro y Garsón.

—¡Vamos, date prisa! —me apremió este último.

Sin embargo, lo angustioso de la

situación hizo que las llaves se agitasen entre mis dedos, escurriéndose y amenazando con caer, y a duras penas era capaz de diferenciar cuál entre aquella docena correspondería a una cerradura que se me iba haciendo más y más pequeña. Las acometidas de los encerrados eran cada vez más violentas, consiguiendo en ocasiones batir la puerta unos centímetros, suficientes para dejar escapar los gritos y las llamadas de socorro.

Pensaba ya que no lo lograría, y que todos aquellos hombres irrumpirían en estampida en la cubierta, llevándonos por delante y dando al traste con nuestra provisional victoria, recuperando el control del buque y pasándonos por las

armas, cuando, de repente, un ardor nació en mi interior; una fuerza que mezclaba las promesas de Leónidas Clavel, aquel beso de María Galván y la traición de Ignacio Montano. Y así, con la misma lucidez que dirige a su hueco a la pieza de un rompecabezas, la llave terminó por encajar en la cerradura. Dos giros después, la puerta quedaba definitivamente sellada.

—Por los pelos —dijo Álvaro, goterones de sudor resbalando por su rostro a causa del esfuerzo.

Para entonces, los maquinistas se habían encargado ya de maniatar al capitán y a sus secuaces y habían confinado en un rincón a los atemorizados pasajeros. Mientras tanto,

Osorio se había aupado al puente de mando y comenzaba su proclama triunfal a voz en grito.

—Desde este momento esta embarcación pasa a formar parte de la marina de guerra de la Cuba Libre, cambiándose su nombre de Comanditario a Yara —bramó con orgullo, sacando acto seguido de su chaqueta un pliego de papel largamente familiar—. La presente patente de corso, firmada por el mismo Carlos Manuel de Céspedes, me concede a todos los efectos autoridad sobre la misma. Piloto, dirija el barco hacia la costa, y vaya preparando para después el rumbo a Bahamas.

—Está loco de remate —se burló el

capitán, cuyas extremidades habían empezado a adquirir un color violáceo —. Antes del nuevo amanecer la marina española habrá recuperado la nave y los tiburones festejarán con su cadáver.

—Entonces, que así sea... —susurró Osorio contra el viento, la voz cargada de orgullo y desafío.

El sólido casco del vapor Comanditario, para entonces ya rebautizado como Yara, rompía el oleaje que se había levantado al acercarse a la costa. Tras una serie de maniobras de aproximación, el barco navegaba en paralelo al litoral, a unos pocos centenares de metros de este. La primera parte de nuestro plan había concluido con éxito, pero aún restaba la más importante y peliaguda.

El bote con los nueve pasajeros retenidos en cubierta se alejaba ya con rumbo a la playa, con exiguas raciones de arroz y un par de cantimploras como

toda provisión, un único par de remos para ralentizar su marcha y el más brillante de los candiles a bordo para delatar bien su trayectoria.

—Buena suerte —nos deseó Osorio cuando ya embarcábamos en nuestro propio bote.

—Muchas gracias —añadió el piloto Eloy Camacho—. Ha sido un placer contar con vuestra ayuda.

—Y para nosotros un honor participar de vuestra hazaña —recitó Nico como portavoz del grupo, acariciando la barandilla de la borda—. Espero que este amigo nos dé muchas alegrías.

—Al menos, lo intentaremos —zanjó Osorio, tocándose la cabeza a modo de despedida.

Después, a su señal, cuatro pares de brazos tensaron sendas sogas para bajar nuestro bote al agua. Al albor de las primeras luces del amanecer, la embarcación comenzó a surcar las aguas sin iluminación ni bandera a bordo, mientras el vapor continuaba su travesía hacia Bahamas. A los pocos metros, las máscaras de carnaval descansaban ya sobre el banco, ofreciendo al aire nuestros rostros enrojecidos y sudorosos, mientras que el bote de los pasajeros comenzaba a alejarse en perpendicular como una luciérnaga dando saltos.

Su rumbo les conducía inexorablemente hacia una recóndita cala encajada en una zona azucarera

cercana a Matanzas. Aquel era, según la carta que hacía ya unos días debería de haber recibido Montano, el lugar en el que se produciría el supuesto desembarco de Leónidas y sus secuaces. Según el persuasivo texto de la misiva, el hacendado participaría del asalto a bordo del Comanditario, de modo que, de cara a su futura condena, lo mejor sería dejarlo obrar y no echarle el guante hasta que el secuestro hubiese terminado y pusiera de nuevo pie a tierra. Los pasajeros secuestrados actuarían pues de señuelo, haciendo que el agente de Dulce y sus hombres, confundiéndolos en la distancia con ellos, se precipitaran, saliendo de su emboscada antes de tiempo y

aproximándose a la costa.

Ese sería el momento en el que los insurrectos matanceros que, merced a las gestiones telegráficas de María Galván, nos aguardaban en el paradero de ferrocarril, nos acompañarían para sorprenderles por la espalda, prender a Ignacio Montano —sobre quien mis compañeros no conocían el menor detalle— y huir en tren hacia La Habana. Así pues, pese a nuestra manifiesta superioridad propulsora, era necesario aprestarse para que los burlados no descubrieran el engaño antes de tiempo.

Los remos chocaron violentamente contra olas y corrientes por espacio de veinte o veinticinco minutos, hasta que,

al fin, entre jadeos, el bote tocó tierra en una pequeña ensenada. Desde allí se avistaba una panorámica bastante decente del escenario: al fondo, la loma tras la que debería encontrarse el paradero de ferrocarril, desde donde deberíamos hacer la señal a nuestros aliados; siguiendo la costa, la cala en la que, si habían seguido las indicaciones, estarían apostados los voluntarios, y a su espalda, la manigua que sería su perdición; y a menos de la mitad del camino para llegar hasta allí, el bote de los pasajeros avanzando cual lucero sobre la negrura.

Sin embargo, ni a cien pasos de la recién ganada playa se nos interpuso ya el primero de los obstáculos que el

destino nos tenía reservados. Un cercado de unos dos metros y medio de alto, tal vez para preservar de ladrones la zona de carga de la caña, o más posiblemente para imposibilitar la huida de los esclavos que allí trabajasen, se interponía entre nuestra posición y la loma frente al paradero. Un primer vistazo no reveló posibilidad alguna de rodeo o puerta en las inmediaciones, y apenas si había tiempo para uno más concienzudo.

—No hay más remedio que saltarla —dijo Álvaro, apoyando ya un pie en el cercado.

La perspectiva parecía poco optimista. La altura era considerable, el extremo superior estaba forrado de

alambre de espino y la superficie al otro lado, irregular y con algunas rocas asomando entre la tierra, pronosticaba una mala caída.

—¡Un momento! —exclamó entonces Garsón—. ¡Por aquí!

Al parecer, el joven había descubierto en el último suspiro que, a unos treinta metros a nuestra derecha, la valla estaba ligeramente levantada del suelo, dejando el espacio justo para que un hombre pasase mientras otros dos tiraban de ella hacia arriba. En el piso, la tierra removida indicaba que no era el primero en reparar en aquella vía y los rastros de sangre seca que se esparcían hacia nuestro lado daban fe de lo agónico de las huidas.

Finalmente, la alternativa resultó ser incluso más penosa de lo figurado y el hueco todavía más estrecho, de modo que el resto de nuestra ruta hasta la loma se desarrolló entre lamentaciones ahogadas por magulladuras o ropas rasgadas y manchadas de barro. Una vez arriba, una larga bajada se tendía hacia el mar, apuntando a la cala. Mientras, hacia el lado contrario, otra más abrupta y pronunciada se asomaba al paradero de ferrocarril, según se nos ofreció a la vista, apenas un par de casetas de madera, una plataforma y una vía, donde aguardaba un convoy cargado de caña hasta los topes.

Garsón extrajo entonces de sus ropas un fragmento de espejo y encarándolo

hacia el sol, todavía joven, comenzó a proyectar destellos hacia la locomotora. La naturaleza se desperezaba con las luces del nuevo día, el canto de los pájaros se mezclaba con el zumbido de los insectos y un olor aromático empezaba a imponerse al aire frío de la noche sobre el terreno salpicado aquí y allá de matorrales. La señal se prolongó por más de medio minuto sin obtener la pactada respuesta ni el menor rastro de vida a bordo. Y, mientras, el bote de los pasajeros seguía ganándole metros a la costa a un ritmo pausado pero constante.

—Inténtalo un poco más —dijo Nico al apreciar los primeros síntomas de desesperanza en su compañero.

—Estarán durmiendo a pierna suelta

—dijo Álvaro con desprecio, volviéndose a continuación hacia Nico y hacia mí—. Vosotros dos, id a despertarlos y traedlos aquí. Daos prisa, no tenemos mucho tiempo. Os esperaremos.

—A sus órdenes —le respondió Nico con aire jocosó, ganándose una mirada reprobatoria por parte del que, en su opinión, se había elegido a sí mismo como líder de la expedición.

El camino que descendía la loma por aquella cara discurría escarpado y tortuoso, amenazando a cada paso con un mal tropiezo y desprendiendo pequeños guijarros que nos escoltaban rodando y levantando polvo. Las prisas en una tesitura como aquella eran

nefastas compañeras, pero eran la única opción si pretendíamos regresar antes de que los pasajeros revelaran nuestra argucia. Y en el pensamiento, el temor silenciado de que los insurrectos nos hubiesen abandonado a nuestra suerte palpitaba como una siniestra premonición.

Sin embargo, una vez abajo, las primeras muestras de presencia humana no tardaron en delatarse. Un pequeño tren de mercancías de locomotora herrumbrosa y dos vagones atestados de materia prima nos aguardaba a escasos metros emitiendo una especie de murmullo coral que pronto identificamos como ronquidos. En el interior de la máquina, cuatro hombres dormían

despreocupados, y otros, hasta completar la decena, lo hacía tirados en el suelo al otro lado de la misma.

—¡Despertad! —dijo Nico, batiendo palmas—. ¡Despertad! Ya hemos llegado.

Pronto, los quejidos, los estiramientos y las maldiciones se extendieron entre el grupo que se desperezaba.

—Alto ahí —dijo súbitamente una voz árida a nuestra espalda.

Tardé un par de segundos en reparar en que el hombre que nos había hablado, de corta estatura, escaso cabello y la piel curtida y oscura, nos apuntaba con un rifle.

—Tranquilo, somos Hijos de Siboney —dijo Nico con la voz temblorosa—.

Acabamos de abandonar el Comanditario, tomado con éxito para la Cuba Libre.

—Y yo soy Blancanieves y estos mis enanos —respondió el otro—. Calladitos los dos, o os hago una boca en la frente.

El hombre colocó entonces su dedo sobre el gatillo y nos miró con la cara de peores pulgas que supo dibujar, la muerte retratada en cada pliegue de su sudorosa frente. El cañón no temblaba, firme como su brazo. Hasta que, al fin, cuando ya Nico había comenzado a santiguarse, su mandíbula estalló en una sonora carcajada, pronto acompañada y amplificadas por el resto del grupo. «¡Creí que se iban a orinar encima!»,

exclamó una voz entre la algarabía de manotazos contra el suelo.

Alrededor de los cuerpos tendidos, las botellas de ron, vacías o rotas, se esparcían junto a restos de comida y las cenizas de una hoguera, y en sus ojos se dibujaban profundas ojeras y venas inyectadas.

—Está bien, está bien —nos dijo mientras nos palmeaba las espaldas tratando de ahogar la risa el que hasta hace unos instantes nos había estado apuntando—. Os estábamos esperando, sólo que ayer se nos complicó un poco la noche y nos habíamos quedado traspuestos. Me llamo Machado, soy el capataz de esta cuadrilla.

—Un placer —dijo Nico,

estrechándole la mano, visiblemente ofendido por la chanza.

—¡Vamos muchachos! ¡En marcha! —ordenó entonces el capataz a sus compañeros, que se levantaron uno a uno y de mala gana.

En total, ocho hombres, cada uno armado con su pertinente rifle, nos siguieron en el ascenso de la loma —notablemente más sencillo que la bajada— quedándose tres en el tren para ir preparando la partida. Poco antes de reunirnos con Álvaro y Garsón en la cima, el sonido de la maquinaria en marcha nos alcanzó como una incierta promesa de salvación.

—¡Vamos! ¡Rápido! —nos apremió Álvaro cuando la distancia se lo

permitió.

Un vistazo al panorama nos justificó su prisa. A causa de los múltiples retrasos, apenas restaban unas decenas de metros para que el bote de los pasajeros arribase a tierra, y los voluntarios, sus cabezas alzándose como boyas entre los matorrales, se apostaban ya para interceptar su desembarco y apresarlos. Dos minutos más y el factor sorpresa, nuestra única baza en realidad, se habría evaporado sin remedio.

Los arbustos de la manigua eran ásperos y espinosos. Arañaban al reptar, desgarrando ropa y piel, tan sólo los rostros protegidos al abrigo de las máscaras, nuevamente en su lugar. La

premura se imponía, difícilmente compatible con el sigilo y el cuidado forzosos. Álvaro, Garsón y Nico me escoltaban a ambos flancos, mientras los insurrectos se habían quedado unos metros atrás con los rifles cargados, prestos a cubrir nuestra retirada. Poco a poco, las siluetas de los voluntarios fueron haciéndose más nítidas y más cercanas, sin que al parecer repararan en nuestra aproximación. Hasta que, al fin, las vigorosas espaldas de Montano se hicieron inconfundibles en la retaguardia de su formación. Faltaban apenas unos segundos para llegar a su altura cuando la voz de uno de los voluntarios nos heló la sangre.

—¿Quiénes demonios son esos?

Llevar mujeres consigo.

—¡No son más que chiquillos asustados! ¡Nos han engañado! —bramó otro.

Un cruce de miradas enmascaradas bastó para saber que el tiempo se había agotado. No quedaba margen para sutilezas, y pronto una enorme piedra semienterrada en el terreno se alzó ante mí como la solución más contundente. Pesaba como un yunque, pero los bordes romos invitaban a pensar que el impacto no resultaría letal. Más que nunca, la celeridad era imprescindible, pero, aun así, decidí disfrutar de unos últimos segundos de paz antes de la tempestad. La tierra húmeda se escurría entre mis dedos, fría, descubriendo los

enrevesados dibujos del mineral.

Al fin, el golpe en la nuca hizo que Montano se desplomara contra el suelo sin el menor rastro de consciencia, no sin antes proferir un sordo alarido que hizo que todos sus compañeros, más adelantados, se volvieran como resortes. En sus rostros se dibujó primero, el desconcierto; después, la rabia; y aprovechando aquellos instantes de duda inicial, entre Álvaro, Garsón y Nico alzaron el pesado cuerpo y comenzó la desesperada huida.

Después, repuestos del estupor, los voluntarios se abalanzaron con furia sobre nosotros. Nos superaban ampliamente en número y energía, y la carga de Montano ralentizaba seriamente

nuestra marcha. Entonces, la certeza de nuestra temeridad me asaltó como una maldición. En aquella ocasión no habría final feliz y en apenas unos segundos aquellos hombres nos habrían alcanzado, poniendo punto final a nuestras vidas.

—¡Vamos! ¡A por ellos! ¡Vivos o muertos! —gritó una voz familiar a escasos metros de nuestras espaldas.

Sin embargo, antes de que los voluntarios pudieran terminar de sacar sus armas para darnos caza, una andanada de certeros disparos provenientes de los rifles de los insurrectos los sorprendió en su avance, obligándolos a retroceder para cubrirse y dejando tres o cuatro cadáveres

tendidos en el suelo.

Aquello nos concedió la ventaja suficiente como para creer en la posibilidad de escapar. La fuga prosiguió así entre tropiezos y trompicones, a través de los matorrales, con los disparos de los voluntarios ahora sí silbando sobre nuestras cabezas. En cierto momento Nico cayó en el interior de un charco, llenándose de barro y perdiendo la careta, pero rápidamente Garsón lo levantó de un tirón para proseguir la carrera. Los perseguidores, por su parte, no tardaron en reorganizarse y, aprovechando el tiempo de recarga de los insurrectos, que también iban retrocediendo paulatinamente, volvieron a recortarnos

las distancias. Fue entonces, tras la zancadilla de un bache, cuando sentí que el alfiler de plata de mamá saltaba por los aires escapándose de mi bolsillo.

—¿Qué haces?! —me gritó Álvaro—. ¿Estás loco? ¡Vuelve aquí!

Había caído en el seno de un arbusto, pero no sabía exactamente dónde, ni parecía fácil distinguirlo entre la frondosidad de sus ramas y lo enredado de sus nudos. Anhelaba su brillo mientras los gritos de mis compañeros me llegaban como una marea lejana. En cierto modo sabía que aquello era una locura, pero, ¿cómo abandonar el único recuerdo que me quedaba de ella? La ansiedad crecía con cada intento infructuoso, con cada segundo

separados. Hasta que, al fin, clavado entre las raíces de una mata, el alfiler de plata de mamá logró volver a mis manos.

No obstante, para entonces los voluntarios ya casi me habían alcanzado, y apenas unos pocos metros me separaban de tres de ellos que avanzaban hacia mí con el odio en la mirada y los revólveres en alto. Aquel hubiese sido el final de la historia de no ser porque, en el último suspiro, una segunda andanada de los insurrectos los abatió sin piedad.

Entre los más rezagados, aquellos que se habían librado de los disparos, se escucharon voces contradictorias y después, sus siluetas se retiraron

arrastrándose de vuelta a la cala. La cima de la loma ya casi nos recibía y pronto los voluntarios desaparecieron de nuestra vista. Entonces los vítores y las congratulaciones se lanzaron al vuelo, celebrando la hazaña conseguida. Ya sólo restaba una carrera sostenida hasta el paradero, arrastrando por la pendiente el cuerpo inerte de Montano, durante la que Álvaro no escatimó en reproches ante mi imprudencia.

Con sorprendente coordinación, el tren estaba empezando ya a arrancar. Dos de los insurrectos se montaron en la locomotora y al resto Machado nos indicó que nuestro sitio estaba en los vagones de carga, aupados sobre un denso manto de caña de azúcar y bajo el

cielo raso, a donde a duras penas fue posible alzar al agente de Dulce.

Poco a poco, el convoy fue cogiendo velocidad, alejándose del paradero en paralelo a la costa. Parecía que los voluntarios ya no podrían alcanzarnos y mi careta descansaba sobre el vegetal, regalándome la extrañada caricia de la brisa, cuando una nube de polvo se levantó a un centenar de metros detrás del tren. A lomos de unos caballos que deberían de haber dejado amarrados en la espesura, aquellos hombres avanzaban sobre las vías a una velocidad que pronto les haría alcanzarnos.

—¡Necesitamos ir más rápido! —

gritó Garsón hacia la locomotora.

—Con la carga que llevamos este trasto no da más de sí —le respondió Machado, que se sentaba junto a nosotros—. Vamos a toda máquina.

Álvaro tomó entonces uno de los rifles de los sublevados y, asomándose por el extremo del vagón, trató de hacer fuego para contener el avance de nuestros perseguidores. Pero al apretar el gatillo, nada más que un crujido hueco brotó del cañón.

—No queda munición —le dijo el capataz—. La gastamos toda en cubriros la retirada.

La alarma cundió de nuevo y cada uno trató de refugiarse entre las cañas o la estructura metálica del vagón del mejor

modo que pudo. Los voluntarios cada vez estaban más cerca y los primeros disparos empezaron a alcanzar el convoy, sin que, milagrosamente, ninguno hiciera blanco, las balas silbando ardientes junto a nuestras cabezas.

—Se nota que en el fondo son tenderos —dijo otro de los insurrectos que nos habían acompañado—. Si fuesen soldados ya estaríamos muertos.

—Estamos perdidos —apostilló Nico para contrarrestar el moderado optimismo.

Nuestros perseguidores ya casi habían conseguido situarse en paralelo cuando aquel destello dorado me alcanzó desde el lateral del vagón. Néstor Serrano,

cabalgando a lomos de un corcel blanco que echaba espuma por la boca, encabezaba el zafarrancho. Pese a la gravedad de las circunstancias, sonreía con gusto en su papel. Juraría que mirándome a los ojos.

Sin embargo, inexplicablemente, cuando ya parecía que el fin había llegado para todos nosotros y que los voluntarios nos tenían en su mano, los disparos cesaron de súbito y para sorpresa y algarabía de todos los presentes, los caballos empezaron a aminorar la marcha y a quedarse atrás.

—¡Vaya birria de jumentos! — exclamó Machado, pletórico.

Entre mis acompañantes se habían instalado la alegría y los gritos de

entusiasmo, pero a mí, pese al innegable alivio, aquella sonrisa áurea me había llenado el corazón de oscuridad. Ahora que sabía de mi traición a Montano, Néstor Serrano no pararía hasta acabar conmigo. Peinaría hasta el último rincón de la ciudad, me esperaría tras cada esquina hasta liquidarme, ya probablemente como un asunto personal.

Extinguido el entusiasmo inicial, llegó la calma, que perduró inalterable hasta que nuestro rehén, del que ya nadie parecía acordarse, hizo un amago de recuperar la consciencia. Montano, tendido bocarriba sobre las cañas, empezó a mover los párpados y a contraer los dedos de las manos mientras emitía unos casi inaudibles

gruñidos. Álvaro fue el primero en darse cuenta de la circunstancia y el más expeditivo para ponerle solución en virtud a un contundente culatazo en la frente, que hizo que el cautivo se derrumbase de nuevo como un muñeco de plomo.

—¡Ten cuidado! —le abroncó Garsón —. Leónidas lo quiere vivo.

Para entonces, los salientes de los fardos de caña se me clavaban en las costillas y el estruendo de la maquinaria empezaba a causarme dolor de cabeza. En cierto momento los insurrectos que nos acompañaban sobre el vagón debieron de apearse, pero el ensimismamiento me impidió ser consciente de su despedida. A nuestro

alrededor, las superficies de caña plantada y las siluetas de los ingenios azucareros mantenían absorta mi atención. En las primeras, el verde se extendía hasta más allá del alcance de la vista, con cuadrillas de esclavos negros trabajando sobre la tierra aquí y allá, al ritmo de las canciones o del batir del látigo del mayoral. Los segundos, en ocasiones, parecían auténticos poblados, con bateys dispuestos en torno a una plaza cuadrada con chimenea, albergando en su seno decenas de edificios: las casas del amo, del administrador, del maestro azucarero o de los maquinistas; la cocina, la enfermería o los tejares; las casas de purga y calderas y el trapiche; y como

una muralla baja de estrechos ventanucos enrejados, el barracón de los esclavos. El alfiler de plata de mamá, reparé entonces, volvía a estar a salvo en mi bolsillo como garante de su memoria. Y el brillo de aquel objeto y la naturaleza del entorno se bastaron para llenarme la mente de recuerdos.

En tiempo de zafra, la época de la cosecha de la caña, mamá llegaba a trabajar hasta catorce horas al día en un lugar muy parecido a aquel, así que nunca tuvo mucho tiempo para estar conmigo. Cuando era muy pequeño, calculo que hasta los cinco o seis años, las esclavas más ancianas me cuidaban y me cantaban canciones al oído. Después, cuando crecí un poco más, la soledad se

convirtió en mi compañera inseparable durante la mayor parte de los días. Yo solía pasar aquellas horas llorando y gritando, pero no había nadie allí para escucharme. Una vez, mamá consiguió robar un carboncillo y unas hojas de papel de la casa principal, y aunque la descubrieron y la azotaron por ello, cuando comprobó que dibujar era la única actividad que conseguía calmarme, no volvió a permitir que me quedara sin material antes de robar uno nuevo.

Poco a poco, los párpados de Ignacio Montano fueron empezando a temblar. Su respiración se normalizaba, sus labios balbuceaban tratando de humedecerse y sus dedos se estiraban y se volvían a contraer. Muy pronto abriría los ojos y volvería a la consciencia.

A nuestro alrededor, el despacho de Leónidas se extendía en la penumbra, remaches dorados brillando sobre el mobiliario de caoba y junto a las infinitas páginas de contabilidad. El Poseidón de piedra nos contemplaba, aupado sobre su bestia marina,

apuntándonos altivo con su tridente. El propio anfitrión había ordenado llevar allí el cuerpo inerte y amarrado del prisionero, tendiéndolo sobre la mesa, emplazándome después a aguardar junto a él —con la máscara puesta— a que despertara por sí mismo. A Álvaro, Garsón y Nico les había ordenado antes abandonar la casa, despidiéndolos con todo tipo de parabienes y felicitaciones. Quería que fuese algo íntimo, me había dicho. Todavía no estaba seguro de a qué se refería.

—¿Dónde estoy...? —fueron las primeras y difusas palabras de Montano, luciendo aún los ojos en blanco, perdidos tras la niebla de la conmoción.

—En casa de un viejo amigo —le

respondió en tono amable Leónidas.

A marchas forzadas, las pupilas del agente de Dulce se fueron enfocando hacia el rostro de su captor, esforzándose por componer la imagen correspondiente a una voz que probablemente ya había reconocido. La agonía y la rabia se le escapaban en cada parpadeo envueltas por la sorpresa.

—Leónidas... —susurró Montano, con lo que me parecieron unas briznas de miedo disueltas en la voz, pronto evaporadas y reemplazadas por la ira—. De todos los bastardos que ha dado el mundo me ha tenido que tocar vérmelas con el más cobarde. Desátame si te queda algo de honor y acabemos con

esto de una vez.

—Vamos, Ignacio, no te pongas trascendental. Ya sé que podrías aplastarme con esos brazos de gorila, no soy un necio, pero la cosa no va de eso. Sólo te he traído porque te echaba de menos, eso es todo. ¿Te apetece tomar algo? ¿Un chocolate quizá?

La contestación de Montano no se hizo de rogar. Aprovechando que Leónidas se había inclinado sobre él para hablarle de cerca, reunió en un gesto sus fuerzas y su desprecio para escupirle generosamente sobre la cara. El hacendado sacó entonces un pañuelo de seda de su bolsillo y se limpió con parsimonia, me pareció que incluso disfrutando de la situación. Después,

volvió a guardar con cuidado el trozo de tela y, acto seguido, propinó una contundente bofetada contra el rostro del prisionero. Para entonces, este forcejeaba furioso, tratando de librarse de sus ataduras, y apenas si se inmutó ante el golpe.

—¡Desátame!

—Eso por mal educado. Uno debe guardar las formas cuando está en casa ajena. En cuanto a lo que pides, creo que de momento tendrás que permanecer amarrado, llámame receloso. Y ahora, ¿qué tal si conversamos un poco?

—Yo no me mancho la lengua con traidores.

—*Traidores...* Que palabra más oportuna para un día como el de hoy.

¿No es acaso un traidor el que engaña a un pobre hombre para embarcarlo en una misión suicida? ¿El que le destroza la vida por propio interés? ¿El que hace que encarcelen a una amiga suya, a una mujer inocente, le promete salvarla y luego deja que se pudra en la cárcel?

Las facciones de Montano se desencajaron. Sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas, impulsados por una mezcla de sorpresa, miedo e indignación ante unas palabras que a mí mismo me retorcieron el estómago.

—Quítate la careta —me ordenó entonces Leónidas.

Montano reparó en mi figura por primera vez desde que se había

despertado, analizándome con extrañeza y desconfianza. No sabría decir por qué, pero en aquel instante, la perspectiva de enfrentarme directamente a su juicio se me antojó espantosa. Pese a que aquella máscara llevaba horas ahogándome y deseaba profundamente librarme de su presión, de algún modo me servía también como escudo de impunidad. La careta vaciló, arrastrándose sin la menor prisa sobre mi rostro sudoroso, y al fin se desprendió, resquebrajándose al chocar contra el suelo.

—Tú... —murmuró el cautivo al reconocerme, denotando la silenciosa decepción que antecede al odio—. ¿Cómo has podido? A ti nunca te hubiese tomado por un traidor. Has

caído en sus manos. Te lo advertí. Te dije que era peligroso, que no le escucharas...

—*Traidor* es su palabra favorita — me aclaró Leónidas, con sorna—. Todo aquel que no le sigue en su locura es un traidor.

¿Saben? Por un instante, la fuerza, la rabia que hervía en la mirada de Ignacio Montano me hizo dudar. Fue apenas un segundo, una brizna de remordimiento. Después, recordé por qué me había decidido a entregarlo. Recordé a los voluntarios destrozando la pensión, la nota de Néstor Serrano clavada en la cómoda y los gritos de Balbina. Para entonces ya había perdido toda esperanza de volver a verla con vida,

pero como mínimo aún podría vengarla.

—Escúchame, es posible que mis actos no hayan sido correctos, puede que nada de esto haya sido justo para ti... Pero al menos era por una causa mayor, por algo que merecía la pena. En cambio, él... Te arrepentirás de la elección que has tomado.

En aquel momento, Leónidas abrió un cajón de la mesa sobre la que reposaba el cuerpo del prisionero y sacó un revólver de un negro llamativamente lustroso, como si hubiese sido abrillantado para la ocasión. El mango era de madera rústica y la zona del gatillo brillaba en tonos dorados.

—Colt Army 1860. Toma —me dijo, entregándome el arma—. Mávalo tú. Te

lo has ganado.

No negaré que ya había fantaseado con aquel momento, que incluso había soñado con él, pero con el peso y el tacto frío del arma en mis manos, el miedo se apoderó de mí como un abrazo silencioso. Y mientras, Montano me miraba a los ojos con una dureza, una sinceridad y un orgullo imposibles de sostener.

—Vamos, hazle caso —me dijo, el tono vacío de cualquier emoción—. Es lo mejor para todos.

Los segundos pasaron, nítidos bajo el tic-tac del reloj de pared. En un par de ocasiones a punto estuvo de escurrírseme el revólver, de caer sobre el piso y tal vez malograr su impoluta y

estilizada figura, encarnando con su titubeo sin rumbo la duda que me asolaba.

—¡Te he dicho que me mates! —bramó el agente de Dulce, debatiéndose en su lecho—. ¡Mátame!

Casi sin ser consciente de ello, el cañón quedó apoyado sobre su sien, apenas rozándole la piel, su cabello negro enroscándose en torno al cilindro metálico. Mientras, Leónidas se refugiaba en una sonrisa de deleite.

—Así me gusta, buen chico —dijo Montano sin bajar la mirada—. Hazlo rápido. Sólo te pido eso.

El arma temblaba. El sudor me resbalaba entre los dedos. Una cortina se cerraba poco a poco, nublándome la

visión.

—¡Vamos! ¡¿A qué estás esperando?!

No podía soportarlo más. Una voz en mi interior me gritaba, apartándome el dedo del gatillo, suplicándome que no lo hiciera. Hasta que, al fin, el revólver se alzó hacia el techo con tan poca firmeza como había descendido.

—Tienes razón —dijo entonces Leónidas, tendiéndome la mano para que le devolviera el arma —. Será más útil vivo. ¡Jelani! ¡Faraji!

El hacendado volvió a guardar el revólver en el cajón, envolviéndolo antes en un paño con la delicadeza esperable ante un barril de pólvora o frente a la piel de una mujer. Las luces parpadearon, como si compartieran la

tensión del momento, y poco a poco el horror se fue dibujando inequívoco en las facciones de Montano. Luego, los brutales sobrinos de Kenfack irrumpieron en el despacho.

—Llévalo a las mazmorras.

Los abakuá asintieron y rápidamente tomaron al prisionero entre sus brazos, arrastrándolo hacia la salida mientras este se retorció y lanzaba golpes contenidos por las ataduras.

—¡Maldito seas! —comenzó a gritar Ignacio Montano, el timbre desgarrador y plagado de ira—. ¡¿Por qué no me has matado?! ¡¿Ni siquiera merecía librarme de esto?! ¡¿Por qué no me has matado?!

Despacio, sus alaridos se fueron perdiendo escaleras abajo. El silencio

rasgaba, arañándose la piel sin prisa, resbalando por el fino y armonioso rostro del anfitrión. No sabía que en casa de Leónidas hubiese mazmorras.

Dos días después de la odisea del Comanditario, Leónidas había cumplido su palabra y me lo había dado todo. En primer lugar, me había ofrecido costearme una habitación en algún lujoso hotel de la ciudad, el que yo quisiera, pero dejando dicho que en ningún lugar estaría mejor atendido que en su propia casa, donde le haría un inmenso honor quedándome un tiempo más.

Así pues, contando con mi beneplácito, mi anfitrión clausuró mi vieja habitación en el entresuelo y me trasladó a una *suite* imperial en el piso

superior. Por supuesto, la nueva estancia contaba con una inmensa y mullida cama con dosel, fastuosos cortinajes bordados, un estudio de caoba con centro de flores, lámpara de perlas de cristal y mueble bar, además de servicio propio. Todo ello, en palabras del hacendado, de calidad superior a la ofrecida a los huéspedes del Hotel Europa o del Pasaje.

Desde entonces, desayuno, almuerzo y cena dejaron de servírseme en el comedor de servicio, pasando al de gala, con su cubertería de plata, sus butacones forrados de terciopelo y una notable mejoría en las viandas. Allí disfrutaba además de la habitual compañía de Leónidas, quien al parecer

gustaba de compartir velada conmigo siempre que su trabajo o sus compromisos sociales no se lo impedían. Sus conversaciones eran siempre apasionadas, enérgicas, con un contagioso repertorio de palabras e ideas que no tardó en terminar de ganar mi admiración.

Por otra parte, tal y como se me había prometido, los encargos propagandísticos cesaron de un plumazo, cancelando incluso los trabajos que se encontrasen a medias. Aquello, aparte de una generosa gratificación por los servicios prestados, me devolvió algo que hacía largas semanas que creía haber perdido para siempre: el tiempo libre. Al fin

recuperé el rumor de risas y engranajes de los largos paseos, la acidez refrescante de los sorbetes, el tacto de las páginas de los más de dos mil volúmenes de la biblioteca privada de Leónidas, e incluso me dejé llevar por este a los baños de la Isleña, donde el agua de mar mezclada con sales aromáticas y con los expertos dedos de una masajista del Yucatán se encargaban de que todo rastro de preocupación se disolviera en una poza excavada en la arena.

Pero, por encima de todo, recuperé aquello que durante tantos años había regido mi vida: la pintura por placer. De nuevo los jardines de júcaros y cocoteros, las puertas de vitrales de

colores y la algarabía de las escenas de baile volvieron a la vida en mis lienzos. Incluso aquella estampa cuasi nocturna de la costa habanera, con su infinita gama de luces y azules, la misma que había quedado inconclusa antes de que aquel terremoto sacudiera mi vida, logró ser, púrpura de Perkin mediante, concluida.

Sin embargo, durante los primeros días de aquella nueva etapa, un temor me acuciaba y me impedía disfrutar al completo de la paz reinante. Y es que, pese a las palabras tranquilizadoras de Leónidas, no era capaz de quitarme de la cabeza aquella postrera sonrisa de Néstor Serrano persiguiéndome a lomos de su corcel. Al final de cada calle, en

cada par de botas, sentía la amenazadora presencia de los voluntarios y de su comandante, a los que juzgaba con motivos de sobra para querer liquidarme. Hasta que reparé en que la realidad era justo la contraria. Aquellos hombres, cuya compañía había sentido vigilante durante tanto tiempo, habían desaparecido de mi lado. Incomprensiblemente, se habían evaporado como el rocío tras el amanecer, dejando un hueco de alivio a su estela.

En ocasiones, en los momentos de mayor inactividad y asueto, la figura de Ignacio Montano me asaltaba el pensamiento y me preguntaba qué sería de él, o si acaso seguiría vivo. Pero,

cuando sucedía, simplemente trataba de expulsar la idea tan rápido como me fuera posible y buscaba un nuevo entretenimiento para alejar los fantasmas.

A la que sí extrañaba de veras era a María Galván. Su ausencia era la mancha más oscura de mi nueva existencia. No es que se hubiese marchado a ningún sitio. Sencillamente era que no estaba. Al día siguiente a la vuelta de la expedición, había acudido junto con Leónidas para felicitarme por el éxito en el Comanditario, y ya entonces reparé en que algo en sus ojos de ámbar había dejado de brillar. Desde aquel momento, sus apariciones se habían vuelto más infrecuentes y, si me

lo permiten, más tristes. Era como si de un día para el siguiente su ilusión se hubiese apagado, su ánimo se hubiese perdido y sus pómulos de porcelana se hubiesen hundido en el fondo de sus preocupaciones. Cuando me veía, apenas si se detenía a mirarme o dirigirme la palabra.

Así fueron pasando los días, entre libros y paseos, pigmentos y esencias, sin mayor novedad ni sobresalto, en lo que, si no era verdadera felicidad, sí era al menos un apacible sucedáneo. Hasta que, una húmeda tarde de abril de cielos nublados y brisa ausente, tres golpes en la puerta de mi nueva habitación anunciaron la llegada de un Leónidas de aspecto abatido y cara de muy pocos

amigos. No tardé en adivinar que se trataría de malas noticias.

—Terribles —puntualizó entonces el hacendado—. No sé por dónde empezar.

Sus zapatos martilleaban nerviosos contra el suelo en trayectoria circular, sus comisuras temblaban con el frenesí de un secreto a punto de atravesarle los labios y su chaqueta blanca de factura británica lucía las arrugas propias de una larga jornada.

—El vapor Comanditario ha caído de nuevo en manos españolas —dijo al fin con pesadumbre—. Lo sorprendieron en el canal norte de Nueva Providencia, casi sin combustible, y lo apresaron con un vapor de guerra y una cañonera. Las crónicas hablan de doce tripulantes a

bordo, seis capturados, otros seis ahogados en la huida. Ni rastro de Osorio. Tanto esfuerzo y sacrificios para nada. Pero poco importa todo eso cuando de un amigo se trata. Creo que será mejor que te sientes.

Sus palabras, y más aún, el fúnebre tono en el que las mismas habían sido pronunciadas, hicieron que una ola de temor y pesar se apoderara de mi cuerpo. El fracaso del Comanditario, después de tanto riesgo e implicación como había asumido, me daba rabia y me entristecía, pero la intuición me decía que sólo había servido como prolegómeno a algo peor.

—Dulce ha tomado represalias ante las acciones rebeldes acaecidas en los

últimos tiempos. Han comenzado los embargos y más de dos centenares de sospechosos de traición fueron deportados anoche a Fernando Poo —relató el hacendado con húmeda tristeza—. Nicomedes estaba entre ellos. Al parecer, Néstor Serrano lo identificó como participante en el secuestro del Comanditario.

Desolado. Esa es la única palabra que se acerca a describir lo que sentí al recibir aquella trágica noticia. El mundo se hundía en sus cimientos y las lágrimas me arrastraban con él. Partiendo del afecto que con el tiempo había tomado a mis tres jóvenes compañeros, Nico era sin duda el que más hondo me había llegado. El primero en aceptarme a su

lado y el mismo que me había salvado la vida a bordo del fatídico vapor. Su pérdida se me hacía insoportable, inaceptable. Recordé entonces el maldito momento en el que al resbalar en un charco de barro su máscara de carnaval cayó al suelo, y tuve la terrible y siniestra certeza de que la voz de su poesía se había apagado para siempre y de que jamás volvería a tenerlo a mi lado.

—Le he prometido a su padre que haré todo lo que esté en mi mano en su favor. El pobre estaba destrozado, pero, siendo sinceros, no hay mucho que hacer. La situación se ha vuelto crítica, la represión de Dulce está llegando a niveles que ni Lersundi podría haber

imaginado. Le mueve la venganza, el resentimiento, y no parará hasta acabar con todos nosotros.

»Por eso, he pedido a Álvaro y a Garsón que se mantengan al margen de toda actividad, al menos por un tiempo, hasta que se calmen las cosas. Imagínate cómo lo deben de estar pasando... Lo mismo he hecho con María, y nuestra colaboración con los abakuá ha sido suspendida indefinidamente. A todos los efectos, los Hijos de Siboney quedan disueltos hasta nueva orden. Créeme cuando digo que toda precaución es poca.

La rabia me hervía en las venas, me palpitaba en las sienes y me sangraba en los labios. En mi interior, una ira como

nunca creía haber conocido crecía con cada latido. Las palabras de Leónidas se me clavaban como dardos, y la impotencia, la frustración del espectador pasivo, me retorció las entrañas. Entonces, una certeza me oscureció la mente como una nube de tormenta: odiaba a Domingo Dulce.

—Sin embargo, todavía hay esperanza. Escucha bien. Tantas injusticias han logrado lo que parecía imposible. Esta mañana se ha celebrado un conciliábulo entre distintos círculos y sociedades clandestinas de las que operamos en La Habana, algunas irreconciliables desde el origen de los tiempos, y hemos decidido que se acabó, que la tiranía de Dulce debe llegar a su

fin. Para ello, hemos urdido un plan secreto para secuestrarlo y obligarlo a renunciar al poder.

»Sé que estás contento con la vida que llevas ahora, y que te la has ganado más que de sobra, y por eso jamás me atrevería a pedirte nada que tú no quisieras hacer... Estás en tu derecho de dejar que sean otros los que se manchen de barro esta vez. Pero no te puedo negar que existe cierta información sobre Dulce que necesitamos conocer antes de abordar su captura y que ahora ha surgido una oportunidad inmejorable para acercarse a él.

»El capitán general se sabe próximo a su fin, se siente débil y enfermo, y como a todos los hombres de su poder y

condición, el miedo al olvido le ha llevado a un postrero canto de vanidad. Ha decidido hacerse un último gran retrato, uno espléndido y glorioso, que preserve su figura de cara a futuras generaciones tal y como él la hubiese soñado. Pero todavía no ha encontrado a un pintor a la altura de sus propósitos.

»Supongo que ya adivinas por dónde andan los tiros, pero... Con tu talento y mis contactos, podríamos convertirte sin excesivas dificultades en su nuevo retratista personal. Por delante tendrías largas sesiones en su exclusiva compañía. Dada la magnitud de la obra pretendida no creo que hablásemos de menos de un mes. No puedo negarte lo arriesgado del asunto, pero tampoco lo

provechoso... Sólo, si tú quisieras.
Y por supuesto que quería.

Cuando finalizó aquella desdichada conversación con Leónidas, me pareció como si mi intervención en el plan contra Dulce fuese a ser cosa hecha y su puesta en marcha cuestión de apenas unos días. Sin embargo, tendrían que transcurrir más de dos semanas hasta recibir nuevas noticias al respecto. Jornadas que pasé sumido en una especie de trance febril, recordando al desgraciado Nico y el maldito momento en que su máscara cayó al suelo, imaginando las lágrimas de hielo derramándose por los imberbes rostros de Álvaro y Garsón, o por el de María,

cuya compañía extrañaba desde hacía ya demasiado. El tiempo se convirtió en una especie de engrudo meloso que se arrastraba más que fluía. A veces me alegraba de que fuera así, de que me brindara la ocasión de refugiarme de nuevo en lo hondo de mis pensamientos, pero otras la rabia me hacía temblar ansiando la acción inmediata.

Mientras tanto, al hacendado se le veía cada vez más ocupado, más tenso. Pasaba la mayor parte de los días fuera de casa y cuando regresaba, bien entrada la noche, el ánimo sólo le alcanzaba para degustar una copa y un habano en la azotea antes de marcharse a dormir. Así fue desgranándose el calendario, poco a poco, hasta que al fin, un día, Leónidas

me llamó a su despacho y me comunicó que había sido confirmado como retratista personal de Domingo Dulce. Aquella misma tarde tendría lugar la primera sesión de retrato en el Palacio de los Capitanes Generales.

Aquella era una imponente construcción que presidía con grandilocuencia barroca la cara oeste de la plaza de Armas. Su parte baja estaba compuesta por un porche de arcos infinitos, coronada por una hilera casi continua de balcones y ventanales. La fachada, de bloques de piedra desnuda, lucía salpicada por faroles, relieves y enrejados en espiral. Tras ella, además de la Capitanía General, se ubicaban también las oficinas del Ayuntamiento y

las de algunos escribanos de alto nivel, por lo que a su alrededor se congregaba siempre un ajetreado enjambre de idas y venidas documentos en mano.

Semejante estampa fue la que me recibió, cargado como una mula con el material de pintura y con las últimas indicaciones de Leónidas todavía frescas en la memoria. Lo que verdaderamente anhelaban él y sus aliados en aquella temeraria misión era conocer si Dulce pensaba replegar tropas del ejército regular hacia La Habana para protegerse ante un eventual golpe de mano. Aquel detalle era fundamental, pues, llegado el momento, todos tendrían que poner las cartas sobre la mesa, y si el capitán general

contase con el apoyo militar suficiente como para hacerles fracasar, el movimiento laborantista desaparecería de un plumazo. Por no hablar de los horrores que esperarían a sus dirigentes, Leónidas Clavel incluido.

Así, según me fue explicado, la clave para hacerse con tan crucial información era una correspondencia que Dulce mantenía personalmente con los distintos frentes a través de correos especiales que siempre entraban o salían del palacio en sobres de color amarillo y que, al parecer, el capitán general archivaba en algún lugar oculto de su residencia. Mi primera tarea, pues, sería averiguar la ubicación de dicho escondite, de cara a una posterior

sustracción para la que ya se me darían los pertinentes detalles. No había duda de la dificultad y el peligro del cometido, pero mi determinación, impulsada por la rabia y el deseo, me hacía creer ciegamente en un éxito sin paliativos.

—¿Me permite ver su cita? —me requirió un centinela con aspecto de muy malas pulgas que guardaba la puerta principal del palacio.

Pronto, sus callosas manos contaron en su poder con la carta que Leónidas me había entregado antes de partir y en la que se detallaba mi condición como nuevo retratista del capitán general, permitiéndoseme el acceso a su presencia. El hombre la estudió con

detenimiento y fastidio, como esperando verificar su falsedad de un momento a otro.

—Acompáñeme, por favor —dijo al fin, visiblemente decepcionado por no haber podido echarme a patadas.

A continuación, me condujo, a un paso casi imposible de seguir, a través de un elegante laberinto de pasillos y salones, grandes lámparas, suelos de mármol brillante, muebles de caoba, jarrones orientales y butacones forrados de terciopelo, cruzando junto a un suntuoso patio interior de boyante vegetación en el que creí distinguir una estatua de Cristóbal Colón. No se detuvo hasta llegar frente a una puerta de noble lustre y grandiosas dimensiones con una

holgada cerradura a media altura. A través de esta, un rayo de luz se filtraba revelando a su paso las partículas suspendidas en el aire. Entonces, el centinela me lanzó una mirada que me invitaba a no mover un músculo hasta haber recibido la pertinente autorización. Por su parte, él golpeó dos veces sobre la madera, y tras unos breves segundos, una voz grave le contestó afirmativamente desde el otro lado. Sin más demora, abrió la puerta de un empujón y la dejó entornada después de entrar.

—Su excelencia —se oyó que decía—. Ha llegado el pintor.

—Estupendo —le respondió su interlocutor—. Hágalo pasar.

—Adelante —me ordenó entonces el vigilante, saliendo a por mí y casi empujándome hacia el interior.

El despacho era amplio y de decoración recargada. En el centro, un desmedido escritorio, con cajonera en la parte superior, se extendía en un océano de pliegos de papel del que apenas lograba sobresalir la estatuilla de bronce de una rapaz con las alas extendidas. Frente a él se disponía una mesita baja con servicio de café, licores y un par de tazas humeantes de lo que parecía una infusión. A un lateral se abría una chimenea con columnas de piedra y de la pared del fondo colgaba un cuadro de la destronada Isabel II que,

sorprendentemente, todavía nadie se había encargado de retirar. A escasos pasos, un hombre de generoso mostacho, cabeza redonda y ojos pequeños, de unos sesenta años de edad, acababa de levantarse de su butaca. Nada menos que el capitán general de Cuba, el mismísimo Domingo Dulce. El mismo que había enviado a Nico a pudrirse a miles de kilómetros de su hogar.

—Vuelva a su puesto —apremió entonces al guardia, quien, tras el pertinente saludo militar, partió con celeridad cerrando la puerta al salir.

Dulce se me acercó entonces poco a poco, estudiándome con la mirada, acaso calibrándome mentalmente. Y cuando ya se encontró a la distancia

apropiada, me tendió la mano.

—Buenas tardes —dijo, estrechándome los dedos con firmeza—. Me han dicho que es usted el mejor retratista de toda La Habana. Espero que sepa estar a la altura de las expectativas.

Acto seguido, el capitán general se acercó a la mesita y tomó las dos tazas de fina porcelana adornada con cenefas, ofreciéndome una y quedándose la otra para él.

—Tome, pruébelo. Es el mejor té que puede encontrarse en esta isla, creo que lo traen de los mares de China. Tenga cuidado, está caliente.

El líquido poseía un aroma de intenso perfume a flores que dejaba en la boca la sensación de haber respirado una

buena bocanada de aire en un prado primaveral. Mi acompañante apuró su taza de un solo trago y me apremió a que le imitara, para después volver a colocar la vajilla sobre la mesita.

—El comerciante me dijo que así es como lo toman los chinos, aunque probablemente sea mentira.

Según me pareció, aquel hombre mezclaba la seriedad y la dureza de su carácter con unos modales amables y exquisitos, con firma de buena escuela de protocolo que a mí, sabedor de todo el daño que había causado a mis seres queridos y de las atrocidades relatadas por Leónidas, me resultaban hipócritas y casi dolorosos.

—Bien. Vayamos al grano. Lo que

quiero de usted es un retrato que guarde mi memoria con orgullo. Cuando la pintura esté terminada se colgará en el pasillo de este mismo palacio, pero después, cuando pasen los años y ambos estemos bajo tierra, quién sabe a dónde irá a parar o qué ojos lo juzgarán al verlo. Lo que importa es que, sea cual sea la respuesta, los que pasen delante comprendan sin ambigüedades que fui un hombre de honor, bravo, recto y justo cuanto pudo. ¿Comprende lo que le digo? No me importa cuánto tarde ni cuánto cueste. Puede tomarse su tiempo y cobrará lo que pida. Posaré para usted siempre que mis obligaciones me lo permitan. Pero hágalo perfecto.

Aquella soflama egocéntrica no pudo

inspirarme sino el ánimo de contradecirle punto por punto, de dar vida a un cuadro que lo presentara a las generaciones futuras como un gobernador despótico y arbitrario, como un hombre vanidoso y ridículo. Pero después pensé que sería mejor complacerle en lo poco y dejar que lo mucho le cogiese desprevenido y lo arrastrase sin remedio a las profundidades.

—Empezamos cuando usted diga — afirmó el capitán general—. Yo estoy listo.

El primer paso consistió en la elección de las dimensiones de la obra. A este respecto, Dulce se decantó por un formato rectangular de unos ochenta

centímetros de largo por sesenta de ancho. Tocó a continuación la preparación del pertinente bastidor con listones de madera, el corte a medida del lienzo del rollo, dejando unos cinco centímetros de margen por cada lado para clavarlo al bastidor, y, por último, la imprimación del mismo mediante cola de piel de conejo. Después, el modelo obedeció sin rechistar a las indicaciones de posado, con la diligencia de quien ha pasado largos años recibiendo órdenes antes de darlas. Sentado en su butacón, con la espalda muy recta y los hombros cuadrados, el capitán general adoptó una expresión adusta y autoritaria.

Unos minutos después, sus rasgos ya habían dado forma a las primeras líneas

de carboncillo sobre el lienzo. Lucía el pelo peinado con raya a la izquierda y prominentes entradas, sus cejas espesas enmarcando una mirada firme, la perilla canosa y sus grandes orejas proyectándose hacia los lados. Vestía uniforme de gala con guerrera de paño azul con vueltas carmesí y doble botonadura de oro, camisa de cuello alzado de puntas viradas y corbatín, rematado con el fajín de general y una banda con los colores de la bandera nacional cruzándole sobre el pecho. Sus labios, finos, no volvieron a despegarse en lo que quedaba de sesión, manteniendo la pose como una estatua de hielo y haciendo que me preguntara exactamente de qué manera pretendía

Leónidas que averiguara la información requerida en semejantes circunstancias.

Sin embargo, a partir de cierto momento, la imperturbable firmeza en el gesto de Dulce se fue diluyendo como las sales de baño. Su rostro comenzó a palidecer, su mueca a agrietarse, sus articulaciones a temblar e incluso unos goterones de sudor de aspecto gélido comenzaron a caer como torrentes sobre su frente.

—Suficiente por hoy —dijo cuando apenas había terminado de perfilar su silueta—. Ojalá dispusiera de más tiempo, pero son muchos los asuntos que me requieren, así que me temo que el cuadro deberá desarrollarse de salto en salto. Espero que no le moleste. Puede

volver pasado mañana a la misma hora, dejaré dicho que le faciliten el paso.

Estaba claro que todo aquello, pese a tener su parte de verdad, no eran más que excusas, y que había sido un repentino brote de su tan comentada enfermedad el que le había impedido proseguir con la sesión. Las malas lenguas decían que, aunque no lo mostrara ni lo reconociera, Dulce estaba en las últimas, y que habría de ser la muerte en persona la primera que lograra desalojarlo de la isla. En cualquier caso, para entonces, el buen ánimo que me había acompañado a mi llegada se había extinguido sin paliativos, convencido de la imposibilidad de sacar nada de

provecho en aquellas condiciones. Sin embargo, cuando ya el capitán general me apremiaba a terminar de recoger mis bártulos y me indicaba la salida con la mano, poniendo punto final a nuestro encuentro, alguien llamó de nuevo a la puerta e interrumpió la despedida.

—¡Adelante! —exclamó Dulce con desgana.

A su orden, un hombre menudo, de cabello alborotado y escasos años a la espalda, apareció precipitadamente al otro lado.

—Su excelencia —dijo el recién llegado, portando en la mano un pequeño sobre de color amarillo—. Nuevas noticias.

Dulce, el vigor recuperado en

aparición, se acercó entonces hasta su posición y recogió el mensaje con un gesto afirmativo, tras el que el mozo desapareció de nuevo con la misma inmediatez con la que había aparecido, probablemente sin siquiera reparar en mi presencia.

—¿Ve? Lo que le decía. Seguro que no son buenas. Nunca lo son. Y ahora me temo que tendrá que disculparme.

El capitán general me condujo hasta el exterior del despacho y cerró la puerta con contundencia. De nuevo, aquel pasillo de exóticos jarrones y majestuosos retratos me recibió con todo su lustre, pero aquella vez, a solas. No había nadie hacia la derecha ni tampoco hacia la izquierda y, mientras,

aquella generosa cerradura seguía brillando con su luz de cristal como una tentadora invitación. Tuve que contar mentalmente hasta tres antes de decidirme.

La imagen se dibujó con nitidez, enmarcada por el afilado contorno metálico en forma de ocho, como a través de un catalejo de lente impoluta y perfecto enfoque. Al otro lado, Dulce había abierto ya la misiva y la leía con gesto concentrado. Tras unos segundos, la apartó de su vista y despegó los labios con una muda maldición, que acompañó con un puñetazo reprimido sobre la mesa. Después, resignado, volvió a introducir la carta en la envoltura, dobló esta en dos, y se dirigió

pausadamente hacia la pared del fondo.

Fue entonces cuando el sonido de unos pasos a ritmo marcial me alcanzó acercándose desde la ruta que conducía a la fachada principal. Según mis cálculos, la cadencia de las pisadas los llevaría a doblar la esquina y exponerme a su vista en unos diez o quince segundos. Tendrían que ser suficientes, aunque hubiese que apurar hasta el último suspiro.

En aquel momento, Dulce posaba su mano sobre el cuadro de la monarca caída en desgracia que presidía el muro trasero y, con cuidado, introducía los dedos tras su marco. La pintura se desprendió sin hacer ruido. Tras ella, un hueco en la pared reveló la presencia de

una caja fuerte de hierro forjado que explicaba sin género de duda el porqué de la demora a la hora de actualizar la decoración del recinto. El capitán general abrió entonces la portezuela metálica con una llave que se sacó de un bolsillo. En el interior, anidada en una cajita de madera sin tapa, toda una hilera de sobres amarillos plegados descansaba en perfecto orden.

La imagen desapareció en un borrón justo en el preciso instante en que el mismo centinela que me había recibido doblaba la esquina con gesto huraño. Al verme, su rostro se ensombreció de desagrado.

—Vamos —dijo con hastío—. Te acompaño a la salida.

Todo en aquel turbio establecimiento estaba impregnado por un penetrante aroma mezcla de sudor, tabaco y perfume de baja estofa. Leónidas Clavel parecía disfrutar de lo lindo. Me miraba a los ojos, sentado sobre un extraño cruce entre butacón y hamaca, sorbiendo una copa de *whisky de maíz*. Al parecer, había quedado muy satisfecho con mis primeras averiguaciones, y aquella invitación, de cuya naturaleza iba siendo consciente poco a poco, era su particular forma de celebrarlo conmigo.

—¿Sabes qué es esto? —me preguntó, mostrándome un pedazo de alambre

metálico doblado en uno de sus extremos—. Es una ganzúa. Sirve para abrir cerraduras cuando uno ha perdido la llave, no sé si me entiendes. Al principio no es fácil aprender a utilizarla, por eso practicarás un rato todos los días con la caja fuerte de mi despacho. Es la más segura de toda Cuba. Si logras abrirla, lo lograrás con cualquier otra. Entonces, y sólo entonces, la llevarás contigo al Palacio de los Capitanes Generales, y en cuanto Dulce tenga que salir de su despacho por cualquier motivo, aprovecharás la ocasión para robarle la correspondencia. Para cuando se dé cuenta, tú ya estarás lejos de allí y yo mismo me encargaré de que no vuelva a

ponerte los ojos encima.

Como siempre, el hacendado presentaba con naturalidad los más disparatados planes y hacía parecer fácil lo que a mí me calaba la espalda de sudor frío. Mientras, a nuestro alrededor, una amalgama de caballeros de los más diversos estratos sociales, desde señores de punta en blanco hasta marineros mutilados, se congregaba al calor de provocativas mujeres. Algunos las invitaban a un trago, otros, las sobaban, sentadas ellas sobre su regazo, y los más atrevidos bailaban la rumba que en aquellos momentos la orquesta de negros hacía sonar.

—No te dejes engañar por el aspecto del local —señaló Leónidas, barriendo

el espacio con la mirada—. Las mejores mujeres de toda la isla están aquí. Entre estas paredes se cierran más negocios que en la aduana y, si me permites la confesión, aquí me trajo mi padre cuando andaba yo por los catorce años para que me estrenara como Dios manda.

El ambiente era de penumbra, lamparillas de bronce arrancando reflejos desde las esquinas, entre palanganas y escupideras de latón. El humo se escapaba de las brasas de cien cigarros y puros, de un perchero pendían gorras junto a sombreros de copa, y en una barra al fondo las monedas caían sobre charcos de alcohol.

—Dime, ¿has probado alguna vez con

una mulata?

Un leve pero molesto temblor se había instalado desde hacía un tiempo entre mis pantorrillas, creciendo en intensidad con cada pregunta o sugerencia de Leónidas. Sinceramente, deseaba poder evadirme y recalar en cualquier otro sitio con un chasquido de dedos.

—¡Dios bendito! De haberlo sabido antes te hubiese traído el día que te conocí. Esas hembras tostadas son máquinas del placer, a su lado cualquier mujer blanca no pasa de mojigata. Las que he elegido para hoy salen por un ojo de la cara, pero disfrútalo sin remordimientos. Has hecho un buen trabajo y nada complace más a un patrón

que invitar a un buen empleado cuando lo merece.

Mientras hablaba, Leónidas entrecerraba los ojos, respiraba hondo y daba largos tragos a su licor, cual si estuviese evocando un recuerdo feliz.

—¿Sabes? Me caes bien. Al principio me parecías un poco mustio, pero ahora veo claro que tienes algo... Algo que echaba de menos a mi lado. ¡Oh! —se interrumpió el hacendado en su declaración—. Ya vienen.

En aquel momento, un par de jóvenes mulatas irrumpía en la sala con sensual caminar. Ninguna de las dos pasaría de los veinte años. Ambas portaban sendos abanicos de plumas y brillantes abalorios en forma de collares, anillos y

pulseras, además de un vestido de seda rozando la transparencia como único atuendo. Cuando ya casi se encontraban a nuestra altura, Leónidas se incorporó para saludarlas con aires de galán británico y, para mi sorpresa, se deshizo en besos sobre los labios de la de mayor estatura. Nunca le había visto besar así a su prometida.

—Ah, no te preocupes por María —dijo al apreciar mi estupor—. Está enferma, guardando reposo en cama. No creo que me eche de menos. Melisa, mi vida —añadió a continuación, dirigiéndose hacia la otra señorita—, te presento a uno de mis mejores amigos. Asegúrate de que no olvide tu nombre en lo que le queda de vida.

—Descuide, don Leónidas —le respondió la susodicha con pícaro sonrisa profesional—. Me hago cargo.

Acto seguido, el hacendado me guiñó el ojo y, dándose la vuelta, se dirigió hacia el fondo del local, sin desaprovechar el trayecto para ir sopesando las virtudes de su exuberante compañía.

Un compás después, la prostituta reservada para mi goce particular me tomaba de la mano, y antes de que pudiera darme cuenta, me había arrastrado ya a través de un oscuro corredor hasta un pequeño cuarto de paredes desnudas con poco más que un camastro y una especie de orinal.

—¿Qué clase de alivio se le antoja al señor? —me preguntó entonces la muchacha, como quien ofrece variedad de género en un puesto de la lonja.

Pese a lo apresurado del asunto, ya había tenido tiempo de sobra para dar más de mil vueltas a la cuestión de cómo escapar de aquel trance sin que Leónidas se disgustara o sospechara algo extraño de mí. En realidad, lo que más me mortificaba era imaginarlo a él, aprovechando la enfermedad de su prometida para traicionarla de semejante manera. Sin embargo, cuando la rústica puerta del cuartucho ya casi se había abierto de nuevo y me había convencido de dejar atrás todo aquello, sin importarme más las formas ni las

cuestiones posteriores, la joven mulata decidió jugar también sus particulares cartas.

—Tal vez esto le inspire —dijo, la mirada cargada de lujuria teatral y provocación.

Con un solo gesto tras su nuca, hizo caer al suelo el níveo vestido de seda, dejando su cuerpo moreno completamente al desnudo. Su generoso pecho subía y bajaba con los pezones erectos al ritmo de una respiración ardiente. El contorno de su figura dibujaba voluptuosas curvas hasta su pubis rasurado, gotas de sudor resbalando como perlas junto a su ombligo. Después, caminó despacio hacia mí, contoneando las caderas,

tomándome la mano e introduciendo mis dedos en su boca para lamerlos con calma. Un calor atosigante comenzó a inundarme las venas, amenazando con nublarne el juicio y hacerme sucumbir a la tentación. Pero entonces, cuando ya casi había dejado que me empujara sobre el raído lecho, la imagen de María Galván rozándome la mejilla con los labios en las catacumbas del Espíritu Santo cruzó ante mis ojos.

—¡Oiga! ¡Espere! ¡¿Dónde cree que va?! ¡Don Leónidas pagó por adelantado!

Su voz estridente se perdió precipitadamente tras el marco de la puerta, y pronto la distancia convirtió a aquel antro en un recuerdo tan oscuro

como incierto.

Las calles de La Habana bullían con las últimas luces de la tarde, pletóricas en su ajetreo comercial y banal. Era la hora de los paseos, las compras y los primeros acordes; de los visitantes estadounidenses admirándose por lo benigno del clima y lo liviano del ambiente; de los mozos tocados con sus jipi-japas o sus panamás y las señoritas agitando sus abanicos desde sus carruajes.

Dejé que todo aquel trajín me engullera, con la vaga esperanza de que el ruido me aclarase la mente, sin dejar que nada me atrapase la atención por más de un par de segundos, hasta que la

imponente silueta de Kenfack arrastrando un enorme rollo de cuero se interpuso en mi trayectoria. El sudor del esfuerzo brillaba sobre las cicatrices de sus musculosos brazos y me pareció que había perdido cabello desde la última vez. El reencuentro le iluminó la mirada con alegría sincera, pero el saludo fue taciturno. Si algo me había resultado extraño de todos los cambios acaecidos tras la deportación de Nico y la represión de Dulce, era el cese de la colaboración con los abakuá. Aquellos hombres no parecían fáciles de amedrentar, por muy turbias que se pusieran las cosas.

—Leónidas y yo ya no nos entendemos —me explicó el patriarca

—. Él ya no cuenta conmigo. No estoy triste. Desde el primer día supe que acabaría pasando, pero mientras tanto intenté dar lo mejor de mí. Ahora los abakuá continuamos la lucha por nuestra cuenta, como siempre. Para nosotros la independencia es algo más que un juego de banderas. Es la lucha por nuestra propia libertad. —Mientras hablaba, Kenfack me observaba concentrado, deslizando sobre mi imagen sus ojos de marfil—. A ti en cambio te veo entusiasmado. Eso es bueno, pero deberías tener cuidado. Leónidas sabe cómo hacer aflorar las pasiones de los hombres, pero nunca es sabio apostar todo a una sola carta. Además...

Sus palabras sonaban hondas y

meditadas. Con aquel hombre uno siempre albergaba la duda de hasta dónde sabría, cómo de profundo habría sido capaz de penetrar en la mente. Aquello, por una parte, me infundía respeto y admiración, pero, por otra, dadas mis circunstancias, me llenaba también de intranquilidad.

—La sombra de tu espíritu. Está más turbia y más grande que nunca. En su día pensé que había desaparecido, pero me equivoqué. Sólo estaba acechando. Si quisieras... yo podría ayudarte.

Recordé entonces lo que Álvaro, Garsón y Nico me habían dicho aquel día en la Taberna de la Ballena sobre sus supuestos poderes chamánicos.

—Los abakuá creemos en el Osha-Ifá,

la santería. Yo soy un *babalawo*, una especie de sacerdote —me explicó Kenfack, aupando a continuación el fardo de cuero sobre su hombro—. Esto pesa como un muerto. Si me acompañas a dejarlo, en mi taller podríamos celebrar un rito a Eleguá, el *orishá* que abre y cierra las puertas, el dueño de todos los caminos. Él te ayudaría a encontrar tu destino.

Más allá de no haber entendido la mitad de las palabras, a mí todo aquello me sonaba un poco a esa magia con la que los feriantes sacaban los cuartos a necios, borrachos y curiosos en los puestos callejeros, prometiéndoles la fortuna o el amor, según se terciara. En cualquier otra ocasión, una disculpa

cortés me hubiese valido de socorrida despedida. Pero en aquel momento, pese a mi escepticismo, la seguridad con la que se expresaba el abakuá y un oculto deseo en mi interior me hicieron dudar de mis convicciones.

—Nada pierdes por probar.

Sin dar más ocasión a los reparos, Kenfack me guio presto hasta su taller de cueros, que a la sazón se ubicaba en las medianías de la calle Velasco, a apenas dos cruces de donde me había encontrado. Allí, en una pequeña explanada al aire libre, se distribuían los distintos equipos empleados para el curtido: las cubas para el remojado, los mazos y los cuchillos, los baños de

tanino y los de aceite de cedro. A ras de suelo, un par de muchachos negros trabajaban sobre la piel, pero a una única voz de su patrón salieron despedidos hacia la calle sin volver la vista atrás.

El patriarca de los abakuá me condujo entonces hasta una humilde construcción de adobe situada al fondo. En el interior, una sala diáfana de escaso mobiliario y vaga iluminación servía como almacén para las piezas terminadas —odres, arneses o sandalias—, para las materias primas y para algunas herramientas. Además, en el ambiente flotaba inconfundible aquel mismo olor a piel curtida que desde el primer día había acompañado a Kenfack en nuestros

encuentros.

—Espera aquí un momento —me pidió el patriarca de los abakuá, apoyando contra una pared el pesado bulto que portaba y señalándome una alfombra que haría las veces de asiento.

Después, se retiró cruzando una pequeña portezuela que supuse comunicaría con alguna especie de trastienda. Como no podía ser de otro modo, me armé de paciencia y obedecí sus órdenes. Así, al cabo de un par de minutos, mi anfitrión regresó con una cazuela de barro, unas cerillas, tabaco y un pedazo de algodón. Lo dejó todo sobre el suelo y volvió a marcharse. En sucesivos viajes fue trayendo diversos tarros y frascos con esencias y

condimentos. Finalmente, volvió con unos pliegos de papel y se sentó a mi lado.

—Voy a hacer una lámpara para invocar a Eleguá —me explicó Kenfack ante mi desconcierto.

A continuación, vertió en el interior de la cazuela tres aceites de distintos tonos y densidades, fabricó una rústica mecha retorciendo el algodón entre los dedos y la colocó de pie en el centro del recipiente. Acto seguido, comenzó a preparar en otro cuenco una especie de engrudo al que añadió, según fui capaz de advertir, maíz tostado, jutía ahumada, manteca de corajo, coco y aguardiente, todo ello en el más absoluto de los silencios. Después encendió un tabaco

con una cerilla y, tras dar una calada, expulsó una densa bocanada de humo sobre la mezcla. Por último, tomó la pasta en las manos para formar tres montones, que envolvió en sendos pliegos de papel formando pequeños macutos, y los colocó sobre el aceite. Finalmente, usando la punta del propio cigarro, prendió la mecha.

De la cazuela comenzó a brotar un humo negro y espeso como nubarrones de tormenta que el abakuá me invitó con un gesto a aspirar mientras él murmuraba incomprensibles vocablos en idioma africano y se sumía en una especie de trance. El vapor quemaba en los pulmones, arañaba con sus mil bálsamos y aromas e incitaba a un

estado de reposo y meditación que por unos instantes me hizo albergar la ilusión de encontrar lo que buscaba. Sin embargo, el tiempo pasó sin que nada más que una acuciante sensación de mareo se abriera paso en mi interior. Ya me había convencido de que todo aquello no había sido más que una pérdida de tiempo y esperanzas cuando dos siluetas brotaron entre la densa humareda, al principio tenues, borrosas, y luego más nítidas cada vez.

Allí estábamos mamá y yo, durmiendo en el barracón como cualquier otra noche, apretados bajo una manta, mis doce años abrazados alrededor de su cuello. Ella había tenido una jornada dura tumbando la caña, apenas había

hablado desde que había regresado, y en el momento capturado por aquella imagen su respiración era honda y su sueño profundo. Pero entonces los gritos nos despertaban. Eran los otros esclavos, chillando despavoridos.

—Está atrancada desde fuera. No se puede salir —dijo aquel hombre vestido de blanco, su rostro desfigurado desapareciendo entre volutas de oscuridad.

El humo empezaba a flotar en el ambiente y los más fuertes intentaban tirar la puerta abajo, pero la madera era robusta y apenas temblaba ante las insistentes sacudidas. Después llegó el ruido de cristales al romperse, estallando en mil pedazos en algún punto

al otro lado del muro. Allí, tras la ventana enrejada, la turbia silueta de un varón arrojando lámparas de aceite contra el barracón se difuminaba sobre la tiniebla...

Kenfack sopló y el aire de sus pulmones esparció sobre el suelo las últimas briznas de ceniza. De repente, me sentí como si acabara de despertar de un sueño. Debía de haber pasado más tiempo del que creía, pues la mecha de algodón había desaparecido y la llama se había extinguido por completo. El rito había finalizado y el *babalawo* me observaba con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas.

—Te preguntarás por qué, aquel día

en el sótano de Leónidas, voté a favor de que te convirtieras en un hermano — dijo, la voz ronca y cavernosa—. Es cierto que veía algo turbio en tu espíritu, y que eso me hizo recelar. Pero, por otro lado, algo me dijo que debía dejarte seguir tu camino, que tenías una misión poderosa por cumplir y que yo debía ayudarte a hacerlo. Aún no sé de qué se trata, y es probable que tú tampoco lo sepas, así que debes dejarte guiar por el corazón. Sigue a tu corazón, y la pena del espíritu sanará.

La Alameda de Paula era, sin duda, uno de los rincones bendecidos de La Habana en lo que a luz y vistas se refiere, y por ello, uno de mis predilectos para la pintura. El espacioso paseo se abría a la bahía, tocando al norte con el puerto y al sur con la iglesia de su mismo nombre y, de algún modo, parecía como si el suelo se meciera al son de las pequeñas olas que impactaban contra el forjado que lo separaba del agua. Especialmente atractivo era contemplar la puesta de sol desde su curso, ocasión para la que se congregaban decenas de personas todos

los días —peninsulares y criollos, blancos y negros, niños y ancianos— que en aquel momento miraban con curiosidad al pasar mi caballete perfectamente dispuesto, mi lienzo en blanco y mi suntuosa colección de pigmentos y aceites.

Para entonces ya había perdido la cuenta de las infructuosas sesiones de pintura con Dulce que habían transcurrido. Y es que, si bien su retrato había ido progresando con éxito, mi verdadera misión allí no había experimentado el menor avance. Primero, porque hubieron de pasar dos semanas de laboriosa práctica con la ganzúa hasta adquirir la pericia suficiente como para afrontar la apertura

de la caja con garantías. Y después, porque el capitán general, pese a que alguna vez había tenido que salir a atender algún asunto de repentina urgencia, todavía no me había dejado a solas con aquel retrato de Isabel II el tiempo suficiente como para poner a prueba mis habilidades de ladrón.

Por otra parte, poco a poco, con el transcurso de las sesiones Dulce había ido haciéndome merecedor de su confianza. Cada día se mostraba menos reservado y más dispuesto a la conversación. Sus palabras solían sonar tristes, melancólicas o frustradas, según el día. Erróneamente, siempre había imaginado que un hombre de su poder, riqueza y posición tendría que ser por

fuerza un hombre feliz; que nadie podría sentirse desgraciado viviendo en un palacio como aquel. Pero nada más lejos de la realidad. La verdad era que en su mirada siempre estaban presentes la angustia, la duda y el peso de la responsabilidad, y casi nunca brillaba la esperanza.

«Antes este era un buen lugar», me dijo una vez. «El clima, la naturaleza, los manjares de la tierra... La gente se preocupaba de disfrutar, gastaban lo que tenían en diversión. Llegaba incluso a resultar frívolo. Una vez, en mi primera etapa como capitán general, me invitaron a una fiesta en la que de una fuente de querubines manaba ginebra para llenar una piscina y los hombres se

bañaban y bebían en ella. Los viejos tiempos. Me hicieron sentir un cubano más. Nada como una guerra para que las personas se olviden de lo que verdaderamente importa y vuelvan la espalda a los buenos amigos».

Todos los días, la ceremonia del té se repetía sin excepción, habitualmente servido por un camarero guasón y mordaz al que Dulce permitía toda suerte de ingeniosos excesos verbales, y degustado de un solo trago siguiendo la supuesta tradición china, que para entonces José, el mayordomo culí, ya se había encargado de desmentirme. Las sesiones solían ser breves, habitualmente interrumpidas bien por las obligaciones del modelo o bien por sus

percances de salud, que cada vez le acuciaban con mayor frecuencia y gravedad.

«Acabarán por matarme a disgustos», solía quejarse cuando la enfermedad le incapacitaba. «A veces me hacen sentir como en un potro de tortura. Unos me tiran de los brazos y otros, de las piernas. Si hago fusilar a un sublevado, los criollos reformistas se soliviantan y se acercan a los laborantes, pero si le perdono la vida, entonces el partido peninsular se toma la justicia por su mano y ordena a los voluntarios ajusticiar a diez inocentes. Como sigan así acabarán por desmembrarme. Y tendrán que buscarse otro muñeco».

Según había aprendido con el paso de

los años, para evitar que los cuadros se cuarteasen con el tiempo, había que superponer capas gruesas sobre las más finas y capas grasas sobre las más magras, además de cuidar la pertinente adición de barniz entre unas y otras. El dominio de aquel arte se adquiría con el tiempo y radicaba en la correcta mezcla de los pigmentos con los aceites de lino y la trementina y en la acertada aplicación de la pintura. Fue así, capa tras capa, como el retrato del capitán general había ido avanzando hasta su práctica conclusión, y también como el propio Dulce, aunque muy lejos de mi perdón, de alguna forma sí se había ido ganando mi comprensión.

Por su parte, Leónidas se mostraba

cada vez más nervioso, más alterado, se enfadaba más cuando los resultados no llegaban y, en ocasiones, la frustración hacía que por unos instantes olvidara el mimo y las buenas formas con las que acostumbraba a tratarme. Lo cierto era que, si nada cambiaba, pronto perdería mi acceso al palacio y con ello cerraría aquel episodio con un rotundo fracaso, poniendo en peligro con mi torpeza los planes y los sueños de las sociedades laborantistas de toda la ciudad. Pero lo peor era que había conseguido contagiarme aquel efervescente estado de ánimo, y una crónica sensación de angustia, que apenas me dejaba dormir en paz ni acallar la voz de mi interior, se había apoderado de mi estómago en las

últimas semanas.

Aun así, sin duda era María Galván la que más me preocupaba. Durante aquel tiempo sus apariciones se habían reducido al mínimo. En los escasos momentos en los que abandonaba su reclusión se la veía apagada y silenciosa, apenas cruzaba un par de monosílabos con quienes se dirigían a ella y cuando se encontraba conmigo parecía como si quisiera ocultarse para evitar mi contacto. Aquel día, hacía más de una semana que nadie la había visto salir de casa, y el temor de que aquella enfermedad de la que en su día me había advertido Leónidas se hubiese agravado había empezado a atormentarme.

Por ello, había decidido seguir de una

vez por todas los consejos de Kenfack, escuchar a mi corazón y obrar en consecuencia. Por primera vez me enfrentaría a la tentación que durante tanto tiempo había evitado desde mi habitación en la pensión: dejar que la belleza de María se apoderara de uno de mis lienzos. Esa sería mi sorpresa para ella, mi modo de intentar animarla y sacarla del pozo de oscuridad en el que se había sumergido. A tal fin, Jacinta había acudido a su casa con mi recado, que la citaba en la alameda, el escenario idóneo para mis planes, unos minutos antes del crepúsculo.

Era pronto todavía, el deseo me había llevado a la puntualidad excesiva y

faltaban unos veinte minutos para nuestra cita. Sin embargo, cada uno de ellos acabó por convertirse en una pequeña eternidad, en un maniaco reordenamiento de los colores o en un irritante frenesí de enamorados paseando del brazo.

Cuando las campanas de la iglesia de Paula anunciaron la hora convenida y ella no estaba allí, lo achaqué a algún retoque de belleza o vestido; cuando la aguja del reloj ganó un nuevo cuarto me dije que el retraso respondería a un percance de último momento; pero para cuando el sol desapareció tras el horizonte, encendieron los faroles y el cielo comenzó a perlarse con las primeras estrellas, ya me había

convencido de que me había abandonado. El caballete crujió con rabia al ser plegado, los enseres de pintura retornaron violentamente a su estuche y el camino de regreso a casa de Leónidas amenazaba con convertirse en una amarga travesía por el desierto del resentimiento.

Fue entonces cuando una mujer mulata, en quien reconocí a la criada que siempre había acompañado a María en sus paseos en volanta por la calle de San Ignacio, cruzó ante mí con el rostro afligido, casi corriendo, y portando entre los brazos una pila de bálsamos y ungüentos con aspecto de recién salidos de la botica. Se sobresaltó mucho al ser retenida, casi perdiendo pie y a punto de

dar con toda su carga al suelo.

—A la señorita no le pasa nada, señor —me dijo aceleradamente, tratando de continuar su marcha sin detenerse—. Estos remedios son para mí —Hablaba sin mirarme a los ojos, con la voz temblorosa y el tono demasiado afectado. O lo que es lo mismo, como una mentirosa nefasta—. Está bien —recoló sobre la marcha—. La señorita se encuentra un poco indispuesta, eso es todo.

Rápidamente la preocupación me asaltó el ánimo, seguida por la clarividente consciencia de mi propia estupidez. Había achacado a un plantón lo que sin duda se debía a sus problemas de salud, posiblemente serios, y

condenado en mi juicio a la enferma por una culpa inexistente. Cuanto menos, me dije, debía repararlo con mi compañía. Posiblemente eso la animara, tuviese lo que tuviese. O tal vez fuese yo mismo el que más necesitase el encuentro.

—La señorita ha dejado dicho expresamente que no quiere recibir visitas. De nadie —dijo la sirvienta con una firmeza que se disolvió a las primeras de cambio—. Como el señor diga.

La residencia de los Galván se encontraba allí mismo, en el extremo de la calle Paula, lo cual, sumado al vivo paso de la criada mulata, hizo que el trayecto se prolongara durante apenas un

par de minutos. Si bien no tan exquisitas como las de la morada de Leónidas, las formas de aquella construcción de aires palaciegos se ofrecían a la vista más anchas, más libres, menos constreñidas que las de la otra, probablemente favorecidas por la menor congestión urbana de aquella zona. La parcela ajardinada era más amplia y floreada, el porche no tan estrecho, con el portón sencillamente adornado con bronces, y los techos mucho más altos. Una vez dentro, rápidamente, la sirvienta me hizo atravesar el zaguán hasta la zona de galerías interiores, junto a las que al parecer se ubicaba el umbral que daba acceso al dormitorio de la señorita de la casa.

—Espere aquí —me indicó entonces, rogándome con la mirada que por aquella vez la obedeciera.

Después llamó a la puerta con dos suaves toques y, sin esperar respuesta, se internó en la habitación, cerrando a su espalda, dejándome atrás y con el corazón en un puño.

—Señorita, ha venido un caballero a visitarla —escuché que susurraba al otro lado con una mezcla de dulzura y disculpa.

—Te dije que no quería ver a nadie —le respondió María con débil reproche—. Haz que se marche.

—Intenté disuadirlo, pero el señor insistió...

No pude resistirlo más. La puerta giró

sobre sus goznes quebrando el último reparo, descubriéndome una amplia estancia que parecía no haber cambiado en exceso de decoración desde que su ocupante había sido una niña. Entonces María giró bruscamente la cabeza, sobresaltada por el ruido de las bisagras. Sus ojos, aterrados, se cruzaron con los míos, y una fracción de segundo después ya se había ocultado escondiendo la cabeza bajo la sábana.

—Con su permiso, yo me retiro — anunció la criada, resoplando mientras enfilaba la salida.

El suelo estaba cubierto por una alfombra rosa palo, igual que el de las paredes, con dibujos bordados y de una textura extraordinariamente mullida que

se tragaba el sonido de cada paso. Las cortinas, de organdí, estaban todas cerradas, y el aire, algo viciado, olía a cerrazón encubierto con perfume. El colchón, blando y suave como el de una reina, cedió suavemente bajo mi peso, y el tacto de su cabello a través de la ropa de cama me borró todo rastro de arrepentimiento.

—Vete —dijo María en lo que me pareció un incipiente sollozo—. No quiero que me veas así.

Sus manos temblorosas reprimieron el primer intento de retirar las sábanas que la cubrían, privándome de su imagen y haciéndola sudar.

—Si lo haces, ya no te voy a gustar.
No me importó desoír sus

improbables advertencias. Bajo las capas de tela apareció resignado su rostro marcado de ojeras y con los rastros de un llanto reciente. Los polvos que lo cubrían apenas si podían disimular las marcas de magulladuras, que pronto advertí también en su cuello y en sus antebrazos, unas más recientes que otras. Por lo demás, no presentaba signos de dolencia alguna. No parecía enferma, sólo triste. Y pronto, la sospecha de la causa subyacente me barrió como un torrente de perplejidad y rabia.

—Me golpeé con una puerta por la noche —dijo, escondiendo la mirada—. Parece más de lo que es.

Un sentimiento de profundo desprecio

y un nombre propio me oscurecieron la mente de impotencia. Los dos sabíamos que mentía, pero ninguno se atrevió a más. De modo que decidí seguir adelante con mis sinceras intenciones.

María se incorporó poco a poco, recostándose en un gigantesco almohadón para escucharme. Sus ojos de ámbar se iluminaron nada más comenzar la secreta confesión de aquellos tiempos en los que los cascabeles de su volante me arrastraban a la ventana, presa de su imagen fugaz cruzando la calle de San Ignacio, y en los que no reunía el valor suficiente ni siquiera para soportar el contacto visual.

—Iba a casa de Leónidas... —me

dijo con honda melancolía.

Su sonrisa prendió, incluso con cierto rubor, al saber de las horas que sus trayectos me habían hecho esperar, y sus mejillas se sonrosaron concededoras de que el verdadero motivo por el que nunca mis pigmentos le habían dado forma era el miedo a profanar su perfección.

—Eso es muy bonito...

Sin embargo, todo aquello era parte del pasado. Para entonces ya había reunido el valor suficiente como para dejar que mis trazos dieran forma a su imagen, para capturar su alma, fuese cual fuese el resultado. Y no era prudente conceder al tiempo ni un segundo más para que me robase la

osadía.

—¿Ahora? No, por favor, debo de parecer una muerta. Te decepcionaría si... Está bien, como tú digas — concedió al fin con una sonrisa de recato e ilusión—, pero dame un momento para adecentarme un poco.

María se precipitó entonces hacia el tocador que ocupaba una de las esquinas de la habitación y procedió a mojarse la cara, a aplicarse distintos ungüentos, a plancharse la ropa con las manos y a desenredarse el pelo. Mientras, poco a poco, mi material de pintura iba quedando dispuesto para la sesión de retrato. Sin embargo, cuando intentó colocarse aquellas dos plumas para componer un moño sobre su cabeza se

topó con mi oposición y dejó dócilmente que las ondas de su cabello rubio ceniza le cayeran libres sobre los hombros.

Para entonces, los colores se fundían ya sobre mi paleta de madera, mezclándose unos con otros hasta alcanzar la riqueza tonal que hacía que las buenas pinturas sobresalieran más allá del plano que las contenía. El púrpura de Perkin, por su especial valor, recibió un tratamiento aparte. Quedaba ya menos de la mitad y hubiese sido un derroche estimar mal la cantidad y dejar que el sobrante se echara a perder secándose al aire. Por eso, su destino fue el interior de un frasco de cristal con tapón de corcho en el que se mezcló con la trementina. Aquel poderoso

disolvente a base de resina de pino, de aroma penetrante, volátil y extremadamente inflamable, era el que mejor potenciaba sus ricas propiedades. Así, bastaría con ir extrayendo el preparado poco a poco y el resto se podría aprovechar para una ocasión posterior.

Al fin, María se sentó en un taburete y comenzó a posar. Lo hacía sin rubor, segura de sí misma, desprendiendo esa rara belleza que sólo se encuentra en las pequeñas alegrías de lo cotidiano. Como mi idea era que el retrato quedase concluido en una sola sesión, la técnica empleada tendría que ser *alla prima*, sin esperar a que las capas se secasen para proseguir, corrigiendo, difuminando e

improvisando sobre la marcha, dejando que su figura naciera espontánea sobre el lienzo. En cierto momento me pareció que la modelo necesitaba de algunos retoques. El batín de gasa blanca que llevaba puesto transparentaba sin el menor pudor las deliciosas formas de su cuerpo, marcando sus curvas con minucioso detalle. María dejó que mi mano recorriese el tejido para darle más vuelo, que se detuviese un segundo para retirarle el cabello de la cara y que se posase finalmente alrededor de su cintura. Durante un tiempo, tan sólo respiró hondo y cerró los ojos.

—¿Quieres saber lo que vi entre la bruma? —dijo de repente—. El día que bajamos a las catacumbas del Espíritu

Santo.

Por supuesto que quería y, además, tuve la impresión de que, si lo hacía, ya nada volvería a ser igual entre nosotros.

—Vi el día en que me prometí a Leónidas. Él estaba radiante, con su chaqueta blanca y su brillantina en el pelo, tan inteligente, tan lleno de sueños y de palabras. Mi padre no podía estar más orgulloso. Entonces lo viví como el día más feliz de mi vida —la joven hizo una pausa, me pareció que juzgando su propio valor para proseguir—. Pero al encontrármelo allí, contigo, sólo me causó amargura. Y eso me hizo sentirme muy mal. Me dio miedo reconocerlo.

Todavía no había abierto los ojos y susurraba como si temiera que alguien,

tal vez ella misma, pudiera escucharla. Con aquella confesión me había dado paso a los rincones más umbríos de su corazón, y por un momento, la tentación de la sinceridad me alcanzó a mí también. No cabía duda de que ella merecía saber que, un día, yo había sido un espía infiltrado con la misión de capturarla; que estuve dispuesto a entregarla al suplicio para salvar mi propia existencia. Pero fui demasiado egoísta como para arriesgarme a romper un momento tan íntimo y mágico como el que estaba en curso.

—Cuando empezó a distanciarse pensé que sería culpa mía, que era yo la que estaba haciendo algo mal. Intenté corregirme, ser más dulce, sonreír

más... pero cuanto más me acercaba yo más se alejaba él. Siempre le habían gustado las galas finas. Me pasé una semana cosiendo día y noche para hacerle una chaqueta de dril, la más bonita que haya tejido jamás. Y cuando fui a dársela... —María calló un instante y se miró las magulladuras con infinita tristeza—. En cambio, tú...

Tan sólo dejé que sus lágrimas humedecieran mi hombro, que sus brazos se enroscaran en torno a mi espalda y que el tiempo pasara con su aliento calentando mi cuello. Entonces, transcurridos unos segundos, María se incorporó y se inclinó hacia mí, las pupilas al descubierta y prendidas de luz, sin miedo ni vergüenza. Cada vez se

acercaba más, recortando centímetro a centímetro la distancia entre nuestros rostros. Hasta que, al fin, en una caricia casi intangible, sus labios rozaron los míos.

Fueron apenas unas fracciones de segundo que lo cambiaron todo. Después, sus párpados se desplomaron, su cuello se retiró bruscamente hacia atrás y su voz se volvió fría y cruel, como si se dirigiera a un desconocido que acabase de salpicarle de barro en la calle.

—Márchate, por favor.

No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo, no lo comprendía. ¿Cómo podía haber llegado tan alto para precipitarme de golpe al abismo? Una

incredulidad nerviosa se había apoderado de mí y me nublaba la razón.

—Esto no ha sido buena idea, así que haremos como si nunca hubiese pasado.

¿De acuerdo?

Por supuesto que no estaba de acuerdo. Si había un recuerdo que ya nunca podría borrar, pasara lo que pasara, aunque el invierno de la vejez difuminara mi memoria, y que me perseguiría cada noche hasta llegar a la tumba, era aquel.

—¡Escúchame! Leónidas es mi prometido y, nos guste o no, seré suya hasta el día en que me muera. Así es como debe ser. Ahora te ruego que me dejes sola. Y, por favor, llévate esto.

María Galván apretó el lienzo contra

mi pecho y me empujó hacia la salida, donde, alertada por las voces, la criada mulata me esperaba ya con gesto taciturno para acompañarme de vuelta a la calle. Apenas hubo tiempo de recoger el material, el frasco con el púrpura de Perkin cayendo precipitadamente al fondo de mi bolsillo. La puerta se cerró con estrépito y al otro lado del umbral un llanto incontenible se abrió paso entre ahogados gemidos. No me quedó más remedio que obedecer, desolado, su retrato inconcluso castigándome con su sonrisa bajo mi brazo.

Dos días después de un desengaño que el tiempo aún no había logrado diluir ni medio tono, el retrato de Domingo Dulce llegaba a su última sesión. Habían sido semanas de tentativas y pasos en falso, de trazos y charlas que, desde el afortunado primer día en que había descubierto casualmente la ubicación de la correspondencia secreta, no habían llevado a ningún avance significativo en mi misión. Toda tentativa de acceder a la información había sido infructuosa, y con ello, el plan superior al que mi participación respondía corría serio

peligro de fracasar. Si después de aquella tarde no había novedades, todo habría acabado. Y por ello mismo Leónidas había decidido echar el resto.

Después de casi un mes de práctica con la ganzúa, había alcanzado un grado de maestría comparable al de pocos atracadores o escapistas, de modo que, llegado el caso, forzar la cerradura de la caja no debería haberme supuesto el menor problema. Así pues, el verdadero impedimento residía en lograr que Dulce se ausentara, dejándome a solas en su despacho el tiempo suficiente para culminar la operación con éxito. Hasta entonces, tal circunstancia se había confiado al azar y la probabilidad. No era descabellado pensar que, dado el

número de las sesiones, en algún momento el capitán general se vería forzado a abandonarme precipitadamente para abordar un asunto urgente, pero el caso era que, para bien o para mal, ello no había llegado a suceder. Y ante la última tentativa de triunfo, nada podía dejarse a la ligera.

La argucia pergeñada al respecto por Leónidas era tan simple como poco noble, y partía del hecho de que, tarde tras tarde, Dulce compartiera conmigo sendas tazas de té chino mientras duraba el retrato. Así pues, en aquella ocasión, el hacendado me había equipado con un pequeño frasco de un potentísimo laxante que, en sus propias palabras, convenientemente añadido a la infusión

del gobernante en un descuido, le haría saltar de su butacón como si se sentase sobre brasas ardiendo en menos de un minuto y medio. Calculaba, del mismo modo, que el alivio sería largo, dándome tiempo de sobra para hacer uso de la ganzúa, ocultar las cartas en mi estuche de pintura y dejarlo todo como estaba antes de que regresara. Así, para cuando se diera cuenta del robo sería ya demasiado tarde.

Sin embargo, al imaginar la puesta en práctica del plan, se me ocurrían cientos de puntos en los que este podría fallar, dejándome a cara descubierta y en la boca del lobo, en el mejor de los casos, listo y dispuesto para una inminente ejecución. Dulce podría descubrir la

manipulación de su bebida, alguien podría entrar en el despacho a buscarlo durante la apertura de la caja, la víctima podría regresar del excusado antes de lo previsto... Todo ello me atormentaba y me erizaba los nervios en el momento en el que el Palacio de los Capitanes Generales me saludó con un abrazo entre sus arcos infinitos. En la puerta me esperaba el mismo centinela que con tanta hostilidad me había recibido en mi primera visita, pero que con el paso del tiempo había llegado a tomarme cariño y ya ni siquiera me acompañaba en persona hasta el despacho.

—Buenas tardes —me saludó animoso—. ¿Preparado para el remate final? He oído que hay muchas

expectativas puestas en ese cuadro. Dicen que pasará a la historia.

Lo cierto es que los mismos rumores me habían llegado a mí, y de no ser porque cuestiones mucho más peliagudas me ocupaban, la presión por el resultado de la obra hubiese sido abrumadora. En cualquier caso, aquella circunstancia resultó positiva, pues propició que el guardia atribuyera la inquietud que mi cuerpo debía de transmitir a la mera cuestión artística.

—Tranquilo, hombre, que no es para tanto —me dijo, burlón—. Le diré al camarero que hoy te sirva una tila en lugar del té. Espera. Ven, por aquí. Hoy el capitán general se encuentra indispuesto, así que la sesión tendrá

lugar en su dormitorio y no en el despacho. Te acompaño para que no te pierdas.

Maldita sea, pensé. Una vez más, el infortunio y la fatalidad se interponían en el camino. Fuera del despacho de nada servirían el laxante y la ganzúa. Además, para más inri, el dormitorio resultó encontrarse en el extremo opuesto del palacio, más allá de un intrincado laberinto de pasillos y salones por el que el centinela me condujo raudo como una flecha. Me resultó imposible recordar cada giro y cada vuelta, cada nuevo cambio de rumbo, quedando descartado el poder llegar desde allí hasta mi objetivo por mis propios medios.

—Es aquí —dijo el vigilante al llegar a una puerta dorada—. Pasa tú mismo. Suerte y a por todas. Cuando termines, vendré a recogerte.

Después, me guiñó el ojo con complicidad, giró sobre los talones y se marchó a paso vivo hacia su puesto de guardia, dejándome solo ante la adversidad. Si no obraba un milagro, todo se habría ido al traste, haciendo del trabajo de un mes poco más que una inútil pérdida de tiempo. Se me pasó por la cabeza abandonar, olvidarme de todo aquello de inmediato y pasar el mal trago al amparo de las delicias de la mesa de Leónidas. Sin embargo, en el último momento, una voz en mi interior me dijo que debía concluir lo que había

empezado, en primer lugar, para no levantar sospechas innecesarias, y, en segundo lugar, por mí mismo.

La puerta cedió con la sutileza de una articulación infantil o de unas bisagras engrasadas cada mes. Al otro lado, un dormitorio con abundancia de dorados, zócalos con cenefa y un lustroso balcón cerrado a cal y canto se dibujaba bajo una atmósfera estanca y viciada. En el centro de la sala, el retrato de su inquilino descansaba sobre un caballete, listo para el trabajo. Y tumbado en la cama, tapado con una sábana pese al calor reinante, Dulce permanecía inmóvil con la mirada fija en la obra ya casi terminada.

—Irónico, ¿verdad? —dijo, la garganta seca y a media voz—. A veces pienso que el mundo sería mejor si los retratos pintasen las miserias de los hombres y no solo sus victorias. Viendo esa efigie tan gallarda, con la planta tan firme, el uniforme impoluto y la mirada triunfal, nadie diría que llevo meses pudriéndome por dentro.

Desde cerca se apreciaba mejor lo deteriorado de su aspecto. Ya desde el primer día su cuerpo había desprendido muestras de enfermedad, es cierto, pero aquella vez era como si el hombre hubiese envejecido veinte años desde la sesión anterior. La piel de su rostro estaba cuarteada y amarillenta, el cabello se le había caído por mechones

enteros y los huesos le asomaban afilados bajo una cada vez más fina película de carne.

—Vamos, manos a la obra. Termina de una vez, antes de que el modelo se consuma y desaparezca. O, peor aún, de que venga alguien a llevárselo para echarlo a los tiburones.

La amargura de sus palabras me caló como un frío extraño, casi culpable, que acabó por agarrotar mis dedos de cara a los primeros trazos. Al retrato ya sólo le faltaban los últimos detalles, apenas unos toques de pincel fino y circular para dar expresividad, corregir pequeños errores o añadir luces y sombras en blanco y negro. En cierto momento, alguien llamó a la puerta y el

camarero irrumpió en la estancia portando una bandeja con dos tazas humeantes.

—Marchando un té para su excelencia y una tila para el artista medroso, no vaya a ser que le tiemble el pulso y dé un mal trazo a última hora.

La broma consiguió arrancar una sonrisa al convaleciente, que indicó por gestos al camarero que dejase las bebidas sobre una mesita próxima a su lecho. Este obedeció sin demora y después se marchó silbando un bolero entre dientes. Dulce extendió el brazo para tomar su taza y beber apenas unos tímidos sorbos. La mano le temblaba y a punto estuvo de derramarse encima el contenido. Mientras, el humo brotaba de

mi recipiente, y perdido entre sus volutas grisáceas me pregunté si aún merecía la pena usar el laxante, o si sería mejor aplicármelo a mí mismo y así tener una excusa para salir de allí. Ninguna de las opciones me acabó de convencer, así que volví al cuadro.

—En el fondo, todo esto me pasa por iluso —dijo el capitán general al cabo de unos minutos, y parecía claro que no se refería a su enfermedad—. Por pensar que los que fueron mis amigos hace tres años lo seguirían siendo ahora al margen de las circunstancias. Que los que me despidieron como a un habanero más me recibirían con algo mejor que el silencio y la frialdad.

Sus palabras estaban cargadas de

dolor, de resentimiento y de culpa. Era como si llevase tanto tiempo rumiándolas a solas que, de haber esperado un segundo más para liberarlas, le hubiesen explotado en el pecho; como si llevase meses buscando desesperadamente a alguien con quien desahogarse temiendo los últimos estertores y al final no hubiese podido encontrar a nadie mejor que a su simple retratista personal.

—Cuando llegué traté de apaciguar las cosas con concesiones: libertad de imprenta, amnistía por causas políticas, fin de los consejos de guerra... hasta inicié negociaciones con Céspedes para poner fin a las hostilidades. Tardé cinco semanas en darme cuenta de que era

inútil y de que todo se iba al garete. La prensa unos la usaron para instigar la insurrección y otros para atacarme con las peores vilezas. La mano abierta permitió a los laborantes campar a sus anchas y propagar la lucha armada hasta Las Villas. Y cuando mejor iban las conversaciones de paz, un par de soldados asesinaron a nuestro interlocutor para liquidar cualquier posibilidad de acuerdo. El partido peninsular, por supuesto, se me echó encima desde que supo de mis intenciones.

»El reformismo ha muerto. Ya nadie se conforma con el progreso y la autonomía; bailan todos más de cara o más de espaldas al son de los

insurrectos y de la maldita independencia. Ya no existe el término medio, sólo el «conmigo o contra mí». Y cuando eso sucede, las guerras siempre son largas. A veces casi me alegro de no ir a vivir para presenciarlo.

»Llegado el momento, no me quedó más remedio que ponerme duro y tratar de restablecer el orden a cualquier precio. Siempre he sido partidario de las reformas y de la autonomía, y he creído que a Cuba no se la puede tratar como a una provincia española más, pero lo que no puedo tolerar son la rebelión y la insurgencia. Sin embargo, ni aun entonces los peninsulares estuvieron conmigo, la represión les pareció poca y la política blanda, daba

igual cuántos fueran detenidos, deportados o embargados. Tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que estaba luchando contra dos enemigos a la vez. Por un lado, los insurrectos y los laborantes, demasiado radicalizados para el acuerdo; por otro, el partido peninsular y los voluntarios, que no pararían hasta derrocarme y hacerse con el poder. Por no hablar de los filibusteros, que sólo quieren que la guerra nunca acabe para seguir haciendo negocio.

¿Saben? Por primera vez llegué a compadecerme de aquel hombre, a verlo como a una víctima más que como a un villano. No sabría decir si como a un buen hombre, pero al menos sí como a

uno que ha hecho lo que ha podido; alguien muy distinto al monstruo sanguinario pintado por Leónidas. No había logrado ganarse mi perdón, pero sí mi respeto. Así pues, casi me alegré de no ser yo quien le hiciese caer, pues, en otro orden de cosas, ya daba mi fracaso por seguro. Sin embargo, aún quedaba algo de tiempo antes de que aquella puerta se cerrase para siempre, y decidí emplearlo, aprovechando la confianza que al parecer me había brindado el capitán general, para intentar despejar algunas dudas de mi mente.

—¿Qué sabes tú de Ignacio Montano? —me preguntó, sorprendido—. Bueno, qué más da a estas alturas. Montano era

servidor leal y buen soldado para su país, pero poco a poco le fue pudiendo el demonio que llevaba dentro. Cada vez estaba más metido en sus propias batallas. Hace semanas que no sé nada de él. Primero pensé que me habría abandonado para ocuparse de sus asuntos, pero ahora temo que se haya metido en un lío más serio de lo habitual y que le haya pasado algo grave. En cualquier caso, da igual. No me queda ni un solo hombre libre que pueda buscarlo.

Aquellas palabras me dieron lástima y me intrigaron a un tiempo, y me hicieron pensar que el agente de Dulce tal vez no hubiese dicho todavía su última palabra. Por otra parte, la

franqueza del capitán general me dio ánimos para proseguir con las pesquisas, apuntando esta vez el foco hacia Leónidas Clavel.

—El diablo en persona, pero más ambicioso —sentenció con desprecio el interrogado—. No entiende de amigos ni de lealtades, sólo persigue el poder y a quien se lo pueda dar. Nunca confié en él, ni antes ni ahora. Nada más poner pie en esta isla empezó a intentar ganarse mi favor con cumplidos y buenas palabras, creo que más por tanteo que con verdaderas esperanzas. Me consta que una vez comprobó que nunca lo lograría se lanzó a conspirar para derrocar me. Alguna vez he pensado en ponerlo entre rejas y dejar que se pudra poco a poco,

pero ese hombre es como un erizo. Si le das un puñetazo, acabas agujereado. Lo mejor es intentar mantenerse lejos. Mira, no sé en qué jaleos estarás metido para hacerme estas preguntas, pero será mejor que te apartes de ellos cuanto antes. Pareces un buen muchacho. Mereces algo mejor.

Probablemente tenía razón. Puede que por eso optase por dar una tregua a las especulaciones y cerrar capítulo para centrarme en los últimos toques de la obra. Apenas restaba ya nada más que aplicarle una postrera capa de barniz para proveerla del brillo y la protección que la posteridad demandaba. El resultado había sido bueno, la inconfundible silueta del capitán general

erguida sobre su butacón de mando. Una vez finalizado, Dulce se incorporó con esfuerzo y lo contempló largamente, satisfecho.

—Es extraordinario —dijo con orgullo, crecido ante la firmeza de su propia imagen en el lienzo, casi recuperado momentáneamente de su enfermedad—. Dicen las malas lenguas que retiraré las tropas de Oriente para hacerme fuerte en La Habana, que dejaré el terreno libre a los insurrectos para salvar el pellejo. Pero se equivocan. No permitiré que me recuerden por tal cobardía. Aguantaré con lo que tengo, resistiré hasta el final, y cuando vengan a por mí, aquí me encontrarán, de pie si aún me aguantan las piernas, mirándoles

a los ojos.

Casi hubiese preferido que se hubiese callado, que me hubiese despedido sin confesarme su secreto, o que se lo hubiese llevado a la tumba. Hubiese sido distinto de haberlo averiguado por medio de la ganzúa, pero al haberlo sabido por boca del propio Dulce como parte de una confesión tan noble y sincera, la duda me corroía las entrañas. Me debatía entre brindarle la información a Leónidas, tal y como había sido mi intención durante las últimas semanas, ganarme mi recompensa y poner punto final al asunto, o guardármela y dejar que fuesen

otros los que le diesen la puntilla al maltrecho capitán general. En cualquier caso, había algo que las palabras de Dulce sí me habían hecho necesitar de forma inexcusable y que, sospechaba, de llegar a producirse sería clave de cara a mi decisión final: una conversación con Ignacio Montano.

Los peldaños de la escalera que conducía al sótano de la mansión de Leónidas apenas despertaron el menor ruido bajo mis cautelosos pasos. La llama de mi candil de aceite titilaba y arañaba sombras sobre las paredes de piedra desnuda. Un descuido de Jacinta había servido para tener acceso a las llaves durante unos instantes. Nadie me había visto, o en ello confiaba, y por

suerte el mecanismo de la cerradura permitía abrir y cerrar manualmente desde dentro, de modo que el manajo pudo volver de inmediato a su sitio. Estaba convencido de que las mazmorras a las que Leónidas había enviado a Montano, y en las que esperaba que lo siguieran custodiando, se encontrarían ocultas en algún rincón de aquel sótano.

Sin embargo, una vez abajo, inmediatamente se me presentó la primera disyuntiva. Los dos corredores —uno, a izquierda y otro, a derecha— se ofrecían como alternativas igualmente plausibles. Sabía que el primero conducía a la sala de reuniones de los Hijos de Siboney y que, después,

continuaba a través de aquella oscura abertura en el muro del fondo de la que acostumbraban a manar los más rancios olores, mientras que del segundo no tenía la menor noticia. Tras unos instantes de duda, decidí finalmente comenzar por el ala más conocida, cuyo lóbrego pasillo no tardó en conducirme hasta la mencionada estancia.

A solas y sin apenas luz, la sala de reuniones lucía como la bodega de un barco espectral, mientras la abertura del fondo se asemejaba al funesto boquete dejado por una bala de cañón. La caverna invitaba a reflexionar unos instantes antes de adentrarse en su seno, pero no los tenía. Una primera exploración no tardó en revelar una

estrecha galería que se extendía rectilínea durante doce o catorce pasos, luego giraba bruscamente a la izquierda y finalizaba en un umbral salpicado por los restos de lo que debió de ser una puerta de madera. Poco a poco, la luz del candil fue iluminando la estancia cuadrada que se abría al otro lado, de donde provenía aquel penetrante aroma. Entre las sombras se fueron perfilando las siluetas de cajas, sacos de arpillera, baúles y toneles. Aquello no era más que un almacén sucio y polvoriento.

Si es que verdaderamente estaban en el sótano, y no se me ocurría otro emplazamiento posible, las mazmorras debían de ocultarse en el extremo opuesto, más allá del pasillo

inexplorado. El aire viciado del almacén ya casi había quedado atrás cuando el sonido de pasos me alcanzó, y a continuación, la voz de Leónidas Clavel se escuchó nítida a la altura de la sala de reuniones. Maldita sea, pensé. Aquello solo formaba parte del peor de mis pronósticos. Se suponía que él pasaría toda la tarde fuera, ocupándose de no sabía qué negocio portuario. Eso era lo que me había dicho.

Debía apresurarme. Si no pensaba en algo rápido, me descubriría físgando a sus espaldas y, dada la situación de las cosas, sería difícil salir airoso sin que sospechase de mí. Además, el hacendado no estaba solo, lo acompañaban las pisadas de al menos

dos hombres más, junto con un siseo similar al de un fardo al ser arrastrado por el suelo. Se estaban acercando y no había excusa ni escapatoria posible.

Detrás de un gran montón de sacos de arpillera al fondo de la estancia había un hueco lo suficientemente amplio como para albergar a un hombre no demasiado fornido, oculto a la vista a no ser que uno rodeara el apilamiento. En ello confié como última vía de salvación antes de que mi candil se apagase precipitadamente, sumiéndome durante unos segundos en la más absoluta oscuridad.

Después, una luciérnaga candente chisporroteó tras la última esquina del corredor de acceso y pronto la comitiva

irrumpió en el almacén. La imagen se dibujaba discontinua a través de una franja libre entre dos sacos. Leónidas encabezaba la marcha, portando la lámpara, mientras dos corpulentos hombres le seguían, arrastrando cada uno de un brazo a un irreconocible Ignacio Montano. El prisionero había perdido al menos un tercio de su masa corporal; su ropa, la misma que llevaba el día de su detención, se había convertido en poco más que un harapo hecho jirones; y su rostro otrora solvente se diluía bajo una máscara de demacración y moráceas ojeras.

Acto seguido, el hacendado dispuso en el centro de la sala una vieja silla que había acarreado uno de sus

acompañantes. Después, a su señal, estos se aprestaron a tomar de un rincón un rollo de cuerda y comenzaron a atar a la silla a Montano, quien apenas si tenía fuerzas para oponer resistencia. El proceso se alargó durante un par de minutos bajo la atenta mirada del patrón, y después, los esbirros se marcharon por donde habían llegado para dejarlo a solas con su cautivo.

—Bueno, bueno... —dijo al fin Leónidas, paseándose en círculos con aire distendido alrededor del otro, que no le seguía con la mirada—. Entonces, dices que no vas a hablar.

—Jamás podréis derrocar a Dulce —le respondió con la voz rasgada Montano.

—No te he preguntado eso. Tu colaboración no es más que una vía entre tantas. Si no eres tú quien me facilita lo que quiero saber, otro lo hará.

—Bastardo independentista. No tienes honor.

—¿Lo ves? Ese es tu error. Por eso siempre te he considerado un necio. Honor, ideales, lealtad... Qué bien suenan y de qué poco valen. Todavía no te has enterado de que nada de eso importa en este asunto.

Durante un tiempo, un silencio atronador se apoderó del almacén. Llegué a temer incluso que alguno de ellos pudiese escuchar mi respiración, o acaso los brutales latidos de mi corazón. Pero parecían demasiado ensimismados

como para ello. Montano jadeaba, recuperándose del esfuerzo de hablar, al que no parecía demasiado acostumbrado. No obstante, cuando al fin lo hizo, lo hizo con rotundidad.

—No hay nada más noble que morir por ellos.

—Personalmente, yo prefiero no morir. Al menos, no a corto plazo —se jactó Leónidas—. ¿Qué pasa? No me mires así, es un sentimiento bastante común entre los que tenemos una vida que vale la pena. Además, tranquilo, tú tampoco vas a morir. No tendrás tanta suerte. Todavía.

—Puedes torturarme todo lo que quieras. He pasado por tragos peores, te lo aseguro. No abriré la boca.

—¿Torturarte yo? —cuestionó el hacendado, haciéndose el sorprendido—. En qué poca estima me tienes, amigo mío. Yo no me mancho las manos por tan poco. Además, no sabría cómo hacerlo. El tormento, como todo, tiene su ciencia. No. Ese tipo de cosas es mejor dejarlas siempre en manos de profesionales. Por eso me he permitido el lujo de invitar a un amigo a nuestra cita. Uno que sí sabe de qué va el tema, le sobra práctica quebrantando negros. Por cierto, creo que ya lo conoces —En aquel momento, el sonido de pasos bajando por las escaleras se hizo patente en el almacén, llenando de desconcierto al prisionero y de contento a su captor—. Mira, parece que ya llega.

Al poco tiempo, una figura masculina tocada de sombrero de copa y portando un maletín se recortó en la penumbra. Todavía no era del todo visible desde mi posición, pero la cara desencajada de Montano me bastó para comprender que no se trataba de un cualquiera.

—Luigi... —dijo el agente de Dulce con amarga sorpresa—. ¿Qué haces tú aquí?

—Buenas tardes, Ignacio. He venido a verte a petición de mi amigo Leónidas.

—No puede ser... —murmuró Montano, la incredulidad mezclándose en los pliegues de su frente con la rabia contenida—. No es posible. Entonces eres tú quien me ha traicionado, quien le ha estado informando de todos mis

movimientos... Cuando me preguntaste por mis planes con el Comanditario sólo querías...

Luigi asintió en silencio. Según empezaba a parecer, no era el dueño de la tienda de pinturas el que me había puesto en manos de Leónidas. Como mucho podría acusársele de curioso o de fisgón. En su lugar, había sido aquel hombre de pelo grisáceo, piel ajada y chaqueta negra el que nos había traicionado.

—La vida está llena de sorpresas, ¿no te parece? A diferencia de ti, y como yo, Luigi es un hombre de negocios. Y como tal, sabe que cuando de negocios se trata, poco importan las banderas o los orígenes. ¿No es cierto?

—Una verdad como un templo — afirmó Luigi—. Cuando Leónidas se ofreció para colaborar en nuestra causa, levantó algunos recelos, no puedo mentir, pero, en fin, cómo decir no a un aliado tan poderoso.

—Entonces, ¿no estás con los independentistas? —le preguntó Montano a Leónidas.

—Hubo un tiempo en que sí. Al principio, como tantos, sólo les mandaba unas monedas para que no prendieran fuego a mis ingenios. Pero después me dije que, si la insurrección triunfaba, estaría bien tener amigos en el futuro que viniera, darles algo que nadie más les diera y, además, llevado con discreción, me serviría para aumentar la

presión sobre Dulce. Pero después aparecieron Luigi y sus amigos del partido peninsular y me persuadieron de la realidad de las cosas. Reconozco que hubo un tiempo en el que tuve las dos cartas en la mano.

—Maldito diablo —le interrumpió Luigi con aire jocosos, justo antes de prorrumpir en un escandaloso ataque de tos que le obligó a cubrirse la boca con un pañuelo blanco manchado de lo que parecía sangre.

Tenue, desde la sala de reuniones se filtraba un sonido como de carcoma en la madera. Imaginé entonces las sillas vacías de los Hijos de Siboney, desde donde tantas palabras e ilusiones se habían vertido, arrinconadas contra la

pared, creando polvo y olvido. Me pregunté qué pensarían o qué harían ellos si estuviesen escuchando todo aquello, o si acaso lo sabrían ya y era yo el único ingenuo que había permanecido al margen.

—Sin embargo, hace semanas que me quedó claro que la insurrección no triunfaría, que nada conseguiría de Dulce por las buenas y que los peninsulares se hacían cada vez más poderosos. Además, tuve la suerte de intimar con Luigi justo a tiempo para que me previniera del peligro que me acechaba. Con esa mano en juego, un hombre de negocios no duda sobre qué decisión tomar.

—La baza era evidente —bromeó el

financiero.

—Y ¿los Hijos de Siboney? ¿También están contigo?

—No, no. Esas pobres almas cándidas son como tú. Idealistas empedernidos.

—Acabarán con tu vida cuando se enteren. Aunque sea lo último que hagan.

—Estarán entre rejas antes de eso. Delatarlos será una buena tarjeta de presentación para mi figura en el orden por venir.

—¿También la chica?

—Por supuesto, por supuesto. No estaría bien mezclar sentimientos con todo esto. ¿No crees?

—Sería un error manifiesto —afirmó Luigi, la voz grave de beber *brandy*—.

Llevo semanas advirtiéndole de que esa joven no le conviene y de que se libere de ella. Su padre está demasiado significado.

La imagen de María jurando fidelidad eterna a su prometido se me cruzó entonces como una dolorosa realidad. Estaba seguro de que más pronto que tarde aquella cuestión me arrastraría como un torrente, pero en aquel momento, el miedo a perder detalle de la acción en tránsito me impedía ser consciente de hasta qué punto. Mi escondite entre los sacos de arpillera me forzaba a una postura poco natural que empezaba a traducirse en un progresivo dolor de cuello acompañado del entumecimiento de las piernas, pero

incluso el más leve movimiento hacía tiempo que había quedado desterrado al terreno de lo prohibido.

—Y ¿el pintor?

—A ese me lo quedaré. Ha resultado ser muy útil y me es leal como un perro a su amo. Te sonará raro, pero incluso me cae bien, me gusta tenerlo a mi lado. Servidores así son difíciles de encontrar, así que creo que en eso estoy en deuda contigo.

—Eres lo más despreciable que la tierra haya parido. Pero eso no es una sorpresa —afirmó Montano, volviéndose a continuación hacia Luigi—. En cambio, a ti te tenía por un hombre recto, por un amigo, el mejor que había hecho desde que llegué a esta

maldita isla.

—Verás —le respondió el financiero—. Aunque tú no lo entiendas, el mundo funciona gracias a gente como Leónidas o como yo. Gente que sabe cuándo ha llegado el momento de dar un paso adelante. Gracias a nuestro entendimiento y buen hacer, pronto Cuba se habrá librado de la maldición de Domingo Dulce. El partido peninsular devolverá a la isla la prosperidad y el esplendor del pasado, apagará con la contundencia necesaria el delirio de la independencia y traerá la paz. Justo lo que tú querías, en realidad, pero de un modo algo menos heroico y bastante más práctico. Ya ni siquiera serán necesarios los voluntarios, pues no tendrán contra

quién combatir.

»Pero, por encima de todo eso, los nuevos líderes que están por venir sabrán recompensar a los que les ayudaron a ascender al poder. Incluso a ti podría tocarte un sillón en segunda fila si a partir de ahora empiezas a colaborar. Esa es la esencia de todos los juegos que merecen la pena: seguir escalando. Así que pongámonos serios de una vez y acabemos con esto. Por favor, ahórrame el trabajo sucio y cuéntanos ya lo que queremos saber.

—Jamás.

—Como quieras...

En aquel instante me vino al recuerdo el momento en el que Néstor Serrano y sus esbirros aminoraron la marcha en la

persecución del tren y sus caballos comenzaron a quedar inexplicablemente atrás. No era a Montano a quien obedecían, sino a Luigi, un filibustero en toda regla, y cuando estuvieron al servicio del primero sólo fue por intercesión del segundo. Nos habían dejado llevárnoslo. Probablemente, lo vi claro entonces, de no ser así, jamás habríamos logrado salir de allí con vida. Del mismo modo, aquello explicaba por qué, llegado el momento, los voluntarios no habían ido a por mí y habían desaparecido de mi vida sin causa aparente.

Pero entonces, ¿por qué Leónidas no había hecho que los voluntarios le entregasen directamente a Montano,

ahorrándose todo el paripé? Tardé unos segundos en darme cuenta. Néstor Serrano no lo sabía. No podía saberlo, pues jamás lo hubiese aceptado. Él y los suyos sólo obedecían órdenes a ciegas de quien les financiaba, de alguien a quien creían afín a su causa, al margen de la realidad oculta. Para ellos, los laborantes seguían siendo enemigos acérrimos, objeto de sus más profundos odios, con los que jamás hubiesen tolerado el menor trato. Ignoraban la verdadera naturaleza del asunto, igual que los Hijos de Siboney desde el otro lado. Aquel juego de traiciones y pactos con el diablo sólo se llevaba en las más altas esferas.

Luigi recuperó entonces el maletín

que había traído consigo y lo abrió sobre el suelo. En su interior se adivinaron una serie de objetos con apariencia de instrumentos quirúrgicos, pero de aire más siniestro. El hombre vaciló unos momentos, repasando con la vista su arsenal, hasta decidirse por una pieza en concreto. Se trataba de un pequeño artilugio metálico oxidado con dos planchas enfrentadas cuya distancia podía regularse mediante el giro de dos tornillos de fuerza.

—Creo que todavía te quedan demasiados en esa mano —le dijo a Montano, que le aguantaba la mirada, impertérrito y en silencio.

Luigi se acercó entonces a su víctima y le colocó con cuidado el dedo corazón

de la zurda, el primero junto a sus dos muñones, en el interior del aparato, cuidándose de que la uña quedase situada entre las placas. Después, poco a poco, fue girando los tornillos para aumentar la presión, todo bajo la atenta y curiosa mirada de un Leónidas que había decidido retirarse un par de pasos. Las primeras vueltas apenas consiguieron alterar el gesto de Montano. Cuando la uña crujió y afloraron las primeras gotas de sangre, una mueca se apoderó de sus facciones. Y cuando al fin, tras un largo recorrido, un brusco salto de rosca indicó que se había fracturado el hueso los gritos comenzaron a aflorar de su garganta. Luigi lo dejó así, desgañitándose y

debatándose contra las ataduras que lo amarraban a la silla, durante al menos un par de minutos. Después, giró las palometas en sentido contrario y lo liberó de la presa, sus ojos abiertos inyectados con los primeros capilares rotos.

—Vamos, Ignacio, no seas testarudo —dijo Luigi—. Seamos amigos, como en los viejos tiempos. Créeme cuando te digo que no disfruto haciéndote esto, pero no me dejas más remedio. Habla ya y te prometo que te podrás marchar, si es eso lo que quieres. Te buscaremos una salida digna, tal vez México o Brasil. Te doy mi palabra.

—Antes de lo que pensáis estaréis muertos —le contestó el agente de

Dulce, salivando espuma por las comisuras.

Luigi respondió a aquello con un distraído asentimiento de hombros y, acto seguido, deslizó el instrumento hasta la segunda falange, dejando al descubierto el sanguinolento destrozo ocasionado en la primera. Con idéntica parsimonia reprodujo el procedimiento, dejando al tormento aquella vez hacer efecto durante más tiempo. Así continuó, avanzando por los nudillos, desfigurando el miembro, arrancando los sórdidos alaridos de Montano durante la prensa, pero ni una sola palabra durante los interludios. Tuvo que transcurrir más de media hora hasta que, al fin, en la última aplicación, la

presión sobrepasó el límite y lo que quedaba del dedo cayó al suelo mutilado. Un hilo de sangre comenzó a gotear desde la mano, que para entonces ya parecía más bien una pinza, y Montano perdió su última brizna de consciencia para caer desmayado.

—Tiene redaños —concluyó Luigi mientras guardaba de nuevo su instrumento en el maletín—. En el fondo, me gusta.

—No es más que un pobre imbécil. Lo encerraremos otra vez y probaremos suerte más adelante. Esta vez con cepo.

—Así sea, pero el tiempo se agota. No podremos demorar la intervención mucho más. ¿Cómo va la otra vía? La de nuestro amigo el pintor.

—Está más de nuestro lado que nunca. Confío en que pronto tengamos resultados. Y entonces, cuando ya no nos valga de nada, me tomaré mi tiempo en desollar a este malnacido —dijo el hacendado señalando al agente de Dulce—. Días, semanas, meses... Lo que le aguante el cuerpo.

—Eres incorregible. En fin, más nos vale que así sea —suspiró Luigi—. Ese pobre muchacho es un auténtico filón. Haces bien en no dejarlo escapar.

Poco después, Luigi y Leónidas se retiraban ya de vuelta a la superficie. En la oscuridad de nuevo reinante, la respiración entrecortada de Ignacio Montano sonaba como el fuelle del averno. Casi a continuación, los dos

hombretones volvieron a aparecer y comenzaron a desatar al cautivo, que poco a poco iba empezando a despertar. Uno de ellos le ofreció un vaso de agua y él lo bebió con avidez. Finalmente, tal y como lo habían traído, se lo llevaron a rastras, supuse que de vuelta a las mazmorras. Para entonces, un único pensamiento se había apoderado ya de mi mente: María Galván estaba en peligro.

Del camino hacia la casa de María sólo recuerdo el dolor en los pulmones, el corazón bombeando por encima de su capacidad, las piernas a punto de trastabillarse y las miradas de preocupación de los viandantes que iban quedando atrás. El ambiente era turbio, ensombrecido por una especie de calima que ascendía sin prisa desde el mar para hacer de La Habana una burbuja pesada y ardiente. Al fin, mucho antes de lo imaginable por la distancia y una eternidad después de lo necesario, aquella espaciosa construcción apareció en las inmediaciones de la iglesia de

Paula. Cerca estuvieron los bronces que adornaban el portón de saltar bajo los desesperados golpes de llamada. La espera fue agónica, candente. Después, los goznes giraron con parsimonia y la sirvienta mulata trató, inútilmente, de detenerme en la entrada.

—Lo siento, señor, la señorita dejó dicho que usted...

Recordaba vagamente el camino que atravesaba el zaguán y las galerías interiores hasta la estancia señalada, y en apenas un visto y no visto, aquel dormitorio alfombrado en rosa palo me recibía de nuevo con su aire infantil. Allí estaba ella, las marcas de los golpes todavía nítidas sobre su piel,

tranquila, parada frente al tocador, frotándose el rostro con licor de caña para cuidarse la tez.

—Qué susto me has dado —dijo cuando me vio, llevándose las manos al corazón—. Te tenía por un caballero educado, de los que llaman a la puerta antes de colarse en las dependencias de una señorita.

Las palabras se atropellaron unas a otras, temblorosas, formando un caos ininteligible del que apenas si sobresalían vocablos como peligro, huida o traidor. Para entonces ya había decidido que la fuga era nuestra única posibilidad de salvación. Sin embargo, en aquella ocasión ya no valdrían Matanzas, Cienfuegos ni Trinidad, ni

quiera Santiago; era preciso un lugar lo suficientemente grande y lejano como para que nunca nos pudieran encontrar, uno en el que poder mirar al futuro juntos sin temer el sonido de pasos tras nuestras espaldas. Aquella misma noche un barco zarpaba de La Habana con rumbo a la Florida, y desde allí partían decenas de ferrocarriles que se perdían a lo ancho de los Estados Unidos. El dinero que Leónidas me había ido pagando por mis trabajos sería suficiente para comprar cuatro pasajes al contado, dos para nosotros y otros dos para nuestros jóvenes amigos, y una vez allí los padres de María Galván podrían prestarnos su ayuda.

—Pero ¿qué estás diciendo? —me

interrumpió la joven, notablemente desconcertada—. Tranquilízate, por favor. Sírvete una copa si quieres. Siéntate y explícamelo todo despacio y desde el principio.

Lo que me pedía era difícil. Requería de más aplomo ante las angustiosas circunstancias del que creía poseer, pero pronto comprendí que aquella sería la única forma posible de persuadirla de la amenaza que la acechaba. Así pues, dejé que me acomodara en una butaca y me sirviera en un florido vaso un poco de ron que, por primera vez en mi vida, permití que rozara mis labios. Aquel líquido turbio me supo a disolvente y me quemó la garganta al bajar, pero, para mi sorpresa, de algún modo sirvió

también para infundirme algo más de templanza. Después, poco a poco, las conclusiones de la terrible escena del sótano se fueron plasmando en un relato más o menos sereno: la traición de Leónidas, la verdadera naturaleza de sus planes, su intención de encarcelarla y librarse de ella... Por su parte, María recibía cada nuevo detalle con creciente palidez y un rostro cada vez más afectado, supuse que de pánico y rabia.

—¿Cómo te atreves a decir eso de mi futuro marido? —sentenció cuando la narración alcanzó sus últimos compases.

Tardé unos segundos en asimilar lo que había dicho. Aquello era cruel. Estaba claro que no me creía y eso me llenaba de ansiedad y de impotencia.

Aunque después, reflexionándolo, reparé en que, en cierto modo, no podía culparla por ello. Era todo demasiado demencial, demasiado traumático como para asimilarlo a la primera. La negación era una reacción esperable en aquella tesitura; tendría que haberlo previsto antes de plantear el asunto de un modo tan frontal. Entonces me pareció que la sinceridad sería la mejor vía para lograr la confianza, para alcanzar la necesaria empatía, y decidí extenderla a mí mismo y al pasado reciente. Afloraron entonces mi condición de agente infiltrado, la figura de Ignacio Montano, el plan para detenerlos en la Costa del Norte, el hecho de que Leónidas lo supiera todo

desde hacía tiempo y cómo había llegado a cambiar la situación.

—No sé qué mosca te ha picado — repuso María, airada, como si empezara a cansarse de una broma—, pero si pretendes que me crea alguno de esos disparates, estás muy equivocado. Todas esas aventuras, jugar a las conspiraciones en la sombra, han estado bien durante un tiempo. Pero la vida pasa y ya va siendo hora de pensar en el futuro que me conviene. Te dije que olvidaras lo que sucedió en esta habitación. Olvídalo, por favor. Leónidas es mi prometido y confío plenamente en él.

Ya sólo quedaba una opción, una última bala para evitar que aquella

mujer cavase su propia tumba y lograr que se montase en aquel barco conmigo. Se me hacía muy difícil, pues pasaba por la verdad más profunda que me unía a ella, y que jamás hubiese invocado de no tratarse de una situación tan desesperada. Para entonces la alfombra me acariciaba ya las rodillas y sus manos temblaban nerviosas entre las mías. La quería. Llevaba queriéndola desde la primera vez que había cruzado en volanta por la calle de San Ignacio frente a mi ventana. Y desde que la había conocido, pese a todos mis temores y reparos, aquel sentimiento no había hecho sino crecer hasta lo insoportable.

—Siento tener que decirte esto,

porque un día te aprecié —sentenció María Galván, retirando bruscamente las manos para librarse de mi caricia—, pero eres un miserable. Venir aquí a difamar a Leónidas, para conseguir algo que nunca ha estado a tu alcance, es el mayor acto de cobardía que he visto en mi vida. Confórmate con que no le diré a él nada de esto porque no quiero que te mate. Y ahora, márchate y no vuelvas nunca.

La casa desapareció tras mis pasos como un borrón sobre una paleta de acuarelas. La dureza de lo acontecido me impedía todavía ser consciente de su verdadero alcance, me nublaba la mente y apenas me dejaba pensar con claridad.

Solo sentía como si alguien acabara de extirpar una parte de mí, una importante, y además me hubiesen quitado hasta el deseo de recuperarla. Sin rumbo ni intención, las calles de La Habana, laberinto de ruidos y colores, me fueron guiando a su albedrío. No sabría decir durante cuánto tiempo.

Para cuando quise darme cuenta, la fachada de la casa de Leónidas me cubría con su larga sombra extendiéndose desde el porche ajardinado. Desde allí, la silueta de Luigi se difuminaba alejándose a grandes pasos hasta desaparecer junto a la Maestranza, portando en la mano diestra su maletín de los horrores, doblando hacia el mar en la esquina de

la calle Chacón. Al parecer, había habido tertulia después de la acción.

En el interior de la residencia reinaba una calma casi impostada. No había criados trabajando a la vista ni llegaba tampoco el acostumbrado rumor de las cocinas, como si todo el servicio hubiese recibido a un tiempo la tarde libre. Leónidas se encontraba en la sala de visitas, distraído, todavía sentado en su butaca junto a una mesa con dos copas de *brandy* y sendos cigarros a medio fumar. Las cortinas estaban casi cerradas y las lámparas extintas, la penumbra campando a sus anchas en el vasto recinto. El anfitrión se sobresaltó un poco al verme, pero pronto su impecable sonrisa salió al quite para

despejar cualquier sospecha.

—Un compañero de negocios —dijo, señalando las bebidas y los tabacos—. Buen tipo. Justo ahora acaba de marcharse. Pero bueno, vayamos a lo que de verdad importa. ¿Lo has conseguido?

Con toda aquella vorágine, ya casi había olvidado que lo que en aquel momento el hacendado esperaba de mí como agua de mayo eran los resultados de la última sesión de retrato con Dulce; aquella vital información que le permitiría alcanzar al fin el éxito en todos sus maquiavélicos planes.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el hacendado—. Parece como si te acabasen de dar una paliza... Si se han

atrevido a ponerte una mano encima lo pagarán caro.

La duda me atenazaba. Por un lado, odiaba a aquel hombre y sus endemoniados propósitos. En el último momento había encontrado en Domingo Dulce a un hombre respetable, tal vez víctima de su propio personaje, y, dadas las circunstancias, no pensaba que su caída fuese a ser para mejor. Por no hablar de la traición que supondría al heroico sufrimiento de Ignacio Montano o de las terribles consecuencias que recaerían sobre él mismo y sobre los Hijos de Siboney, todos ellos, de un modo u otro, merecedores de mis sinceros afectos. Sin embargo, por otra parte, la repulsa de María Galván me

había dejado sin alternativa, sin faro que me guiase ni causa por la que seguir luchando.

—Por el amor de Dios, ¿qué sucede? No me digas que ahora te han entrado dudas, que ya no crees en nuestro proyecto, después de todo lo que hemos pasado juntos. Te recuerdo que hay cientos, miles de personas pendientes de nosotros, y que su futuro y el de toda Cuba está ahora mismo en nuestras manos. Por no hablar de la sorpresa que te tengo preparada para cuando todo esto termine...

»Sé que, por muchas comodidades que te ofrezca, nunca llegarás a sentirte del todo cómodo viviendo conmigo en esta casa. Por eso me he tomado la

libertad de hacer restaurar esa vieja pensión que tanto pareces echar de menos. He contratado a una cuadrilla extraordinaria que se está encargando de reparar los daños y de equiparla con todo lo necesario para convertirla en una mansión. Cuando esté terminada, y no falta mucho, podrás vivir allí a tu aire como un auténtico marqués. Por supuesto, contarías también con servicio propio. Puede que incluso te envíe a Jacinta. No hay criada más voluntariosa y leal que ella, y además parece haberte tomado bastante cariño. En fin, ¿qué me dices?

¿Saben? Para aquel momento, ya estaba derrotado; tal vez lo había estado desde que la puerta del dormitorio de

María Galván se cerrara a mi espalda. Me dije que no podía soportarlo más, que aquel hombre, fuese lo que fuese, sería el único que cuidaría de mí, y que ya nada me quedaba en la vida que mereciese rechazar una oferta tan generosa como aquella. A fin de cuentas, recuperar mi vida en la pensión era lo que me había empujado originalmente a aquel torbellino de sinsabores.

—¡Sí, señor! ¡Ese es mi hombre! Eso es magnífico. ¡Magnífico! —La alegría le brotaba a raudales por cada poro, la explosión de júbilo de la ambición recién satisfecha—. Esto hay que celebrarlo. Si al fin logramos el triunfo, podrás decir orgulloso que todo comenzó gracias a ti. ¡José, trae ahora

mismo una botella de *champagne*! — dijo, estrechándome entre sus brazos por primera vez en su vida—. Y esta noche iremos a hacer una visita urgente a Melisa y sus amigas. Por cierto, ¿qué tal fue con ella aquel día? Cuando terminé ya te habías marchado.

En el cielo, el ocaso ya casi se había consumado y unas últimas ráfagas de luz crepuscular se colaban por los ventanales del salón de visitas. El canto de los pájaros sonaba como un réquiem desde las ramas de los árboles y los vendedores callejeros se retiraban ya hacia sus casas, arrastrando sus mercancías por el suelo.

—Ya sabía yo que no te decepcionaría —afirmó Leónidas

Clavel, radiante la sonrisa sobre su piel de seda—. Recuérdame que esta vez, le deje propina.

TERCERA PARTE:

EL ECO

Ni dos días después del macabro vendaval, las vistas de la calle de San Ignacio volvían a colarse por la ventana enrejada de mi habitación. En cambio, sabía que ella ya nunca volvería a pasar. Las obras de remodelación de la vieja pensión habían concluido por la vía rápida y, cumpliendo con su promesa, Leónidas me había enviado a residir allí, cuidando incluso el detalle de respetar el que había sido mi dormitorio y encargando a Jacinta mi cuidado.

No obstante, casi nada quedaba en aquel lugar de lo que había sido en los últimos diecinueve años. Mi raído

camastro había dejado sitio a un lecho palaciego, que habría ocupado más de un tercio de la estancia de no ser porque habían tirado el muro que la separaba del cuarto de Melquiades para ampliarla. Desde entonces, la alcoba contaba también, para mi uso y disfrute, con un escritorio de gobernador o un mueble bar bien surtido de puros y licores, a los cuales ya no habría de hacer ascos nunca más.

En las paredes, mis propios cuadros habían sido reemplazados por exóticas siluetas geométricas, y en general toda la decoración había dado un vuelco de rústica y entrañable a estilosa y excesiva. En la que había sido la habitación de Ernesto habían instalado

una bañera de zinc en la que lavarse con agua tibia y sales aromáticas, y en la de Macarena, un vestidor con docenas de prendas del mejor paño que el hacendado había tenido a bien comprar para mí. El ama de llaves, que compaginaba la dirección del servicio de la casa de Leónidas con mi atención personal, me cocinaba pantagruélicos manjares al mediodía y para cenar, dormía en el cuarto de al lado para que no me sintiera solo por las noches y no permitía que me ocupara de nada fatigoso. En el patio habían plantado cocoteros para dar sombra durante la inminente estación estival y construido una fuente en la que el agua manaba de los picos de seis ruiseñores.

En resumen, todo estaba dispuesto para una vida apacible y desocupada a la que no pude ni quise resistirme. Al fin y al cabo, estaba donde siempre había querido, mi paraíso particular puesto de largo. Los días pasaban sin el menor rastro de consciencia o actividad, sin dejar huella, y apenas me era posible diferenciar el siguiente del anterior. Pasaba las jornadas sumido en una especie de trance soporífero y no tenía horario fijo para el sueño ni para la vigilia. Apenas salía de mi cuarto y casi nunca de la pensión, poco más que un par de visitas contadas a la tienda de pinturas de la calle de la Amargura. Aquella, me decía a veces, era la felicidad que merecía.

En cambio, fuera, en el mundo exterior, donde ya nada me quedaba que mereciera la pena, los acontecimientos se sucedían de forma frenética. Los vendedores de periódicos se desgañitaban como nunca y los titulares ocupaban cada vez mayor superficie en las portadas. Las gentes caminaban más rápido, deleitándose menos en el paseo. Y pasadas las once de la noche, apenas se escuchaban ya rondas ni francachelas. Pese a mi apatía y desinterés, a la hora del almuerzo Jacinta se empeñaba en informarme de todo cuanto ocurría, a menudo con lágrimas en los ojos, y gracias a eso me veo capaz de realizar una estimación aproximada de la progresión de los hechos.

Al día siguiente de mi despedida en su casa, para la que reunió a todo el servicio en el salón de visitas e hizo que uno a uno los criados, con José a la cabeza, me fueran estrechando la mano, Leónidas desapareció con el pretexto de atender unos negocios urgentes en su ingenio de Las Villas, dejando dicho que tardaría en regresar. Curiosamente, menos de veinticuatro horas después de su marcha se produjo el pronunciamiento por el cual las élites peninsulares forzaron sin remedio la renuncia del capitán general Domingo Dulce, que en principio se mantendría en el cargo hasta la llegada de su designado sucesor, Caballero de Rodas.

Sin embargo, los voluntarios, fieles a

su tradición expeditiva, no tuvieron tanta paciencia. Ocho días después, batallones llegados de todos los barrios tomaron la plaza de Armas para sitiar el Palacio de los Capitanes Generales. Dulce trató de repelerlos por la fuerza, haciendo uso de su escolta montada, de los lanceros de la reina e incluso de la Guardia Civil, pero nada de ello fue suficiente. Al haber renunciado a replegar tropas del ejército regular a la ciudad, le faltaba fuerza para sobreponerse al golpe. Finalmente, mediada la noche, una representación de los voluntarios entró en el palacio para negociar directamente con el capitán general, y en unas conversaciones en las que este les hizo saber que eran peores

que los insurrectos independentistas de Oriente, acabaron logrando el inevitable e inmediato traspaso de poderes al general Espinar, uno de los artífices del pronunciamiento peninsular.

Una tarde, Jacinta regresó angustiada con las noticias del encarcelamiento de Álvaro y Garsón. No me importó que mi sorpresa pareciera fingida ni tampoco la fulminante mirada que la criada me dedicó como sentencia a mi práctica impasibilidad. Poco después se produjo el regreso de Leónidas Clavel a La Habana y su flamante nombramiento como director penitenciario en el cuerpo de altos funcionarios del nuevo régimen, quedando para Luigi el puesto de director de seguridad y fuerzas del

orden. No obstante, lo mejor aún estaba por llegar.

Un día, un mozo desaseado y con aires de pilluelo me llamó por la ventana desde la calle de San Ignacio. En un primer momento pensé que estaría tratando de burlarme para robarme algo o simplemente reírse un rato a mi costa, de modo que decidí ignorarlo. Sin embargo, cuando dijo que me traía carta de una joven mujer ya sí consiguió capturar mi atención. El sobre no tenía remite escrito ni recado que lo acompañara. No hacía falta. El papel, rosáceo, desprendía aquella fragancia a agua de violetas que sólo ella poseía. Tras entregármelo, el tunante permaneció inmóvil tras la reja,

esperando su pertinente gratificación.

—Muchas gracias, señor —dijo entonces, para después saludarme brevemente con la gorra y desaparecer tan presto como había llegado.

Durante unos minutos, la envoltura se deslizó sobre mis manos nerviosas, arrugándose con cada giro e impregnándose de mi sudor. Por un lado, sentía curiosidad por saber qué querría decirme después de nuestra amarga última escena, pero, por otro, sencillamente, no quería saberlo. En más de una ocasión la solapa estuvo a punto de desprenderse para liberar el mensaje. Después, las brasas del hogar de leña se encargaron de devorar el papel, tornando en ceniza unas palabras que ya

nunca llegaría a conocer. Mientras, sus ojos de ámbar me contemplaban con tristeza desde aquel retrato inacabado que, sin saber por qué, todavía conservaba conmigo.

Ni siquiera me arrepentí de aquello cuando el ama de llaves me informó, apenas un par de jornadas después, de su reciente encarcelamiento. Según había podido saber la criada, si bien me avisaba de que su fuente no era otra que los rumores que corrían entre el servicio de su casa, Leónidas habría pedido matrimonio a María al poco de regresar a La Habana. Aquello había sorprendido a muchos, pues en los últimos tiempos su relación se había enfriado y, además, se decía que, una vez instalado en su

nuevo cargo de la mano del partido peninsular, trataría de librarse de toda huella de un pasado sospechoso de reformismo, en el que se incluía su antigua prometida.

Las señoras comentaban ya en la cola del mercado aquello de que el verdadero amor puede con todo y los poetas habían escrito los primeros versos de sus canciones, cuando una nueva noticia, si cabe más sorprendente que la anterior, estalló en el panorama de la actualidad. Al parecer, contra todo pronóstico, ella lo habría rechazado, y él, despechado, había dictado su fulminante ingreso en prisión, acusada de actividades conspirativas en el pasado reciente. El asunto se había

manejado con tal discreción que la prensa, siempre ávida de aquel tipo de noticias, no se había atrevido a publicar una sola línea al respecto. Y en cuanto a mí, una vez más, me engañé diciéndome que nada de aquello me importaba ya.

No mucho después, Leónidas vino a visitarme a la pensión por primera vez desde su triunfal regreso, excusando su prolongada ausencia en una frenética e ineludible actividad. Bajando la voz, acercándome la boca a la oreja y asegurándose de que no había nadie alrededor, me explicó que nada había salido según lo planeado; que los peninsulares se les habían adelantado en el último momento y a las sociedades laborantistas les había tocado plegar

velas a toda prisa para no perecer; que los tiempos habían cambiado, que el nuevo puesto que desempeñaba se lo habían ofrecido gracias a una compleja cadena de contactos de negocios y que, puestos a combatir al régimen, era mejor hacerlo desde dentro, con suma discreción.

No sé si pretendía que le creyese o simplemente se conformaba con que guardase las formas y no le contradijese. Fuera lo que fuera, logró su objetivo. En ningún momento hizo mención a temas espinosos como María Galván o los Hijos de Siboney, ni dio oportunidad para que salieran a colación. Finalmente, se despidió alegrándose de que estuviese a gusto y de que todo me

fuera bien, me instó a pedirle sin reparos cualquier cosa que necesitara y brindó por próximas y exitosas colaboraciones cuando el futuro ofreciese tal oportunidad. Aquel buen trato, por otra parte, no dejaba de ser sorprendente, habida cuenta de la purga que había llevado a cabo con el resto de sus partidarios, pero, dadas las circunstancias, me pareció mucho más aconsejable no hacerse preguntas como aquellas.

Así siguieron pasando los días; grises, vacíos y estériles. Y cuando al fin las cosas parecían haber empezado a calmarse, Domingo Dulce fue expulsado de Cuba. Ya en la última fase de su enfermedad, casi moribundo, se vistió

con su uniforme de gala y fue escoltado por los voluntarios del comercio desde el Palacio de los Capitanes Generales hasta los muelles del puerto. Allí lo montaron en una falúa que lo llevó hasta el vapor Guipúzcoa, próximo a zarpar con rumbo a Cádiz. Dicen que no volvió la vista atrás, desterrado para siempre de una ciudad y de una isla que siempre consideró su hogar.

Cuando aquel hombre vestido de blanco echó a correr, no cabía la menor duda de a dónde se dirigía.

Jacinta había concluido que la reclusión prolongada en la pensión, entre sopores y bebidas espirituosas, acabaría por costarme la salud, si es que todavía me quedaba algo, y me había empujado a la calle casi a la fuerza, prohibiéndome cualquier conato de regreso hasta que el aire puro se hubiese llevado mis fantasmas.

El calendario marcaba el 10 de junio y el reloj rebañaba los últimos minutos de la tarde. Cinco días habían

trascurrido desde la forzosa partida de Dulce, y en el cielo una bóveda de nubarrones grises, tan densos que apenas si dejaban pasar una tenue cortina de luz a través de su filtro, amenazaba con la tormenta del siglo. El aire era húmedo, pesado, y erizaba el vello de los brazos como si los rayos hubiesen comenzado ya a caer. El estrépito del mar llegaba desde la bahía, violento y desenfrenado, las olas desintegrándose contra la perla de las Antillas.

Muchos eran los que se retiraban a cubierto previendo el inminente aguacero. Los guajiros se calaban sus sombreros y recogían sus bártulos, los comerciantes plegaban sus toldos para evitar que se los llevase el vendaval y

en el puerto los pescadores amarraban bien sus barcas mientras los mercantes suspendían temporalmente sus operaciones de carga y descarga. Sin embargo, aquel hombre vestido de blanco permanecía impertérrito, ajeno a la amenaza del clima, fumando pausadamente uno de sus tabacos de la vega de Vuelta Abajo de pie sobre el muelle de la Luz. Aspiraba hondo, exhalaba generosas bocanadas y dejaba que el fuerte viento le arrojara el humo contra la cara. Contemplaba concentrado la superficie del agua, las olas feroces y agresivas, la espuma hirviendo y salpicando los cascos de vapores y veleros y, sobre todo, el sol derritiéndose como una brasa sobre el

horizonte, tiñendo el océano de reflejos candentes. Su rostro desfigurado se mantenía circunspecto, su talle raquítico inmóvil como el de una estatua, tan sólo los bajos de su sempiterno gabán arrebolándose en torno a sus piernas. Hasta que, de repente, sobresaltándose como si el mar le hubiese entregado la respuesta que buscaba, tiró la punta de su cigarro al agua y echó a correr tierra adentro.

Su ritmo era vertiginoso, casi imposible de seguir, como si huyera del peor de los diablos o acaso persiguiera la más profunda de sus ambiciones. Sus zancadas eran irregulares y al poco tiempo jadeaba ya por el esfuerzo, pero nada de ello le hizo detenerse ni

aminorar el ritmo. Había tomado con decisión la calle de la Luz, rebasando Oficios, Inquisidor y San Ignacio casi sin reparar en su existencia, así hasta doblar por la calle Cuba en un vertiginoso quiebro. Pronto, su objetivo se erigió sólido a escasos metros de carrera.

La iglesia del Espíritu Santo seguía luciendo la misma silueta sobria y altiva, su única torre agujijoneando las nubes y la oscuridad creciente resbalando por sus muros de piedra. Entonces aquel hombre vestido de blanco cruzó la arboleda del patio posterior, se dirigió a la marca del viejo canalón, contó dos pasos al frente y seis y medio a la derecha, retiró la baldosa

suelta y se internó precipitándose por las escaleras de roca.

Las catacumbas le recibieron con sus arcos y galerías, con sus tumbas e inscripciones en la piedra difuminadas por el paso del tiempo, con la claridad combatiendo a la penumbra desde la hilera de tragaluces y con aquel apilamiento de huesos y calaveras reposando para la eternidad en su discreto rincón. Mientras tanto, él miraba codicioso a su alrededor, girando frenéticamente sobre sí mismo, escrutando la bruma con ansia desmedida.

Pronto empecé a sentir de nuevo aquel embrujo. Primero como una leve sensación de mareo, después como

aquel difuso eco de mil voces rebotando contra las paredes, pugnando cada una por encontrar a alguien que la escuchase y, al fin, como el rastro de tenues contornos perfilándose cual sombras sobre la humedad en suspensión.

—¿Cómo sucedió?! ¿Cómo sucedió?!

Allí estaba de nuevo, la silueta de aquel hombre desdibujándose tras una cortina de humo cada vez más densa, acechando, juraría que riéndose incluso. Pronto, a través de la ventana enrejada, mamá y yo pudimos intuir cómo arrojaba un pequeño objeto contra la pared del barracón y, acto seguido, las llamas crecían como una avalancha hasta convertirlo en un infierno ardiente. El

calor era insoportable, los esclavos se ahogaban, ya nadie tenía fuerzas para seguir embistiendo contra la puerta cerrada y los primeros cuerpos empezaban a caer desplomados sobre el suelo.

Fue entonces cuando mamá señaló la claraboya del techo, por la que la columna de humo se escapaba como una violenta catarata invertida. Era demasiado pequeña como para que saliera por ella un hombre o una mujer adultos, pero podía ser suficiente para un escuálido niño de doce años. En un último esfuerzo, mamá me aupó sobre sus hombros, deteniéndose antes para darme un beso en la mejilla y susurrarme sus instrucciones. A saber,

tenía que trepar por la claraboya hasta el tejado, saltar al suelo con cuidado de no partirme una pierna e intentar ganar la puerta para abrirla desde fuera. Todo ello, me dijo, sin dejarme ver por mi padre. En caso contrario, él me mataría.

El canal de la claraboya era estrecho y estaba astillado. Los hombros se me quedaron aprisionados entre las paredes y tuve que impulsarme con los pies sobre la cabeza de mamá para poder seguir avanzando. Sentí un dolor gélido, como si mil cuchillos me atravesaran la piel, la sangre resbalando como un torrente por mis brazos. El humo negro me cegaba y apenas me permitía respirar. Pero lo peor eran los maderos ardiendo, que se desprendían y me

quemaban al alcanzarme en su trayectoria descendente.

Al fin, exhausto y dolorido, logré alcanzar el tejado. Desde allí pude comprobar cómo el fuego había envuelto ya en su abrazo las tres cuartas partes del barracón, si bien, por fortuna, la puerta quedaba todavía en la parte no incendiada, una modesta barricada imposibilitando su apertura. Mientras tanto, la silueta de mi padre se perdía ya como una sombra retirándose hacia el horizonte nocturno, firmes los pasos, sin volverse atrás para contemplar su obra.

Rezando por salir ileso, salté desde el tejado y aterricé sin demasiado percance sobre el suelo polvoriento. Las llamas rugían desprendiendo un calor

inimaginable y casi hechizaban con su baile y sus contoneos. Ya sólo faltaba acercarse para desbloquear la puerta y así salvar la vida de mamá y de los esclavos que aún quedasen en pie. Sin embargo, vacilé durante el tiempo suficiente como para que el fuego ganase terreno, y ya nada más que un estrecho corredor permitía el paso hasta el umbral. Aun así, de haber actuado con celeridad, hubiese sido suficiente, podría haberlo conseguido. Pero no lo hice. ¿Por qué no lo hice? Ya deberían haberlo adivinado. Mi cobardía me lo impidió. En lugar de eso, salí corriendo despavorido hacia los bosques que crecían cerca. Corrí sin parar hasta que el destello del fuego se perdió más allá

de la arboleda, hasta que la distancia se tragó los gritos de horror.

Pasé un tiempo escondido en la espesura, acuciado por mil temores, sin atreverme a recorrer mis pasos de vuelta. Me dolían las heridas y las quemaduras, pero mucho más la culpa y la vergüenza. Hasta que no pude soportarlo más. Cuando volví, el barracón se había convertido en poco más que una ruina de cenizas. Entre los restos de madera y hueso, un brillo llamó mi atención. Aquel era el alfiler de plata de mamá, luego allí cerca debían de hallarse también sus restos. Con rabia, me llené las manos de ceniza y la arrojé contra el viento, manchándome de hollín. Todavía estaba

caliente. Aún habría de pasar más tiempo rebuscando entre los escombros, la ilusa esperanza de encontrar algo, aunque no supiese qué, reteniéndome como una fuerza insondable. No hubo consuelo para mi llanto. Sólo silencio.

Al otro lado de la baldosa de piedra, las primeras gotas habían comenzado a mojar la tierra del patio posterior de la iglesia del Espíritu Santo, resbalando por las hojas de los árboles y formando los primeros torrentes en los canalones. El pretérito gris del cielo se había teñido ya de un negro inescrutable, encendido a golpes por el fulgor de los relámpagos viajando sobre el mar, y la mezcla de humedad y viento hacía que las ropas se adhirieran sobre el cuerpo como un sudario.

En un momento como aquel, después de las revelaciones de la bruma, tan solo

existía un lugar en el mundo capaz de contener el torbellino de emociones que me asolaba y evitar que me volviera loco en cuestión de minutos: el viejo Cementerio de Espada. Aquella tumba fortuita en la que había aprendido a encontrar a mamá habría de ser el vínculo que me uniera a la esperanza, el pozo en el que soltar el peso que me hundía como una piedra atada al cuello hacia el fondo de un estanque.

Las calles se fueron sucediendo como un continuo borrón tras el manto de una lluvia cada vez más intensa: Acosta, Monserrate, el Paseo del Prado, Colón, así hasta la misma ruta junto a la Costa del Norte que hacía meses me había conducido hasta la entrega de armas a

los insurgentes de Las Villas. Para entonces la noche se había colado sin hacer ruido en el escenario, envolviéndolo todo con su toga antes de que pudiera darme cuenta. Después siguieron los baños de la Isleña, a donde Leónidas me había llevado como recompensa por mis buenos servicios; la Batería, donde Néstor Serrano nos había registrado; y las Reales Casas de la Beneficencia, donde habían ido a parar los sacos de azúcar del señuelo. Y al fin, en los albores del camino de la Chorera, tras el sanatorio de leprosos de San Lázaro, el viejo Cementerio de Espada apareció bajo una oscuridad casi absoluta.

En aquel momento el aguacero era

abrumador, su poderío vislumbrado en la tenue luz de los escasos faroles del camposanto y en el estrépito de su chocar contra la piedra, cada goterón desencadenando toda una avalancha de salpicaduras. Mis ropas estaban caladas, frías y manchadas de barro hasta la rodilla. Como era de esperar, dada la hora, no había nadie por los alrededores, y la puerta del cementerio estaba cerrada a cal y canto. No obstante, la tapia no era muy alta y los salientes que erosionaban la piedra facilitaban su escalada aun para alguien no demasiado ducho en la materia.

El salto fue cuestión de un par de segundos, algún que otro resbalón y algo de fe. Tras el muro, un océano granítico

de lápidas, criptas y mausoleos se retorció en un laberinto de silencio sólo roto por el graznido de un par de aves rapaces desde la arboleda circundante. El escenario se hacía raro sin el goteo constante de hijos o viudas depositando sus coronas, susurrando sus palabras o llorando sus despedidas; sin el nexo del recuerdo, a merced del abandono. A pesar de la tiniebla reinante, las siluetas de las tumbas y los engalanados panteones familiares se recortaban solemnes, vigiladas por la atenta mirada de hielo de cristos y piedades esculpidos en la roca. El aire era denso, impregnado con el olor de la tierra mojada, de las flores secas y del salitre del mar, y dejaba su poso en el fondo de

los pulmones.

La tumba que me había llevado hasta allí se ubicaba a unos cincuenta metros de la entrada, al final de un callejón transversal a las arterias principales. Lo que en su día había conseguido capturar mi atención y mi asombro era la irónica mezcla de fastuosidad y olvido que su presencia destilaba. Allí estaba, inconfundible. Un ángel de piedra de al menos dos metros de altura, las alas extendidas a la espalda, los detalles de un fino cincel sugiriendo el movimiento del vuelo. Vestía una túnica surcada por las ondas de la brisa, atada a la cintura por un cordel, y el cabello le caía largo y rizado sobre los hombros. Tenía los ojos cerrados y el dedo índice de la

mano derecha dispuesto sobre los labios, rogando silencio. Mientras, en la izquierda sostenía una imponente corneta metálica a la que el óxido había acabado por arrebatarse el brillo. Sin embargo, no había flores ni velas a su alrededor, y el tiempo y la erosión habían difuminado las letras de la lápida situada a sus pies hasta hacerlas indistinguibles, de modo que ya nadie podría saber jamás a quién o quiénes había correspondido semejante ostentación.

Al fin, mis rodillas cayeron sobre el charco de fango que se había formado junto a la escultura y mis lágrimas impregnaron los pétalos que el viento arrastraba como un torbellino alrededor

de sus pies desnudos. Necesitaba confesarle que lo sabía, que lo recordaba, que al fin me había deshecho del olvido que el miedo me había impuesto. Necesitaba que me perdonara, reconocerle mi culpa. Necesitaba maldecirme por mi cobardía, por todos aquellos años de infamia, escondido como un polluelo que se resiste a abandonar el nido, aunque esté a punto de morir de hambre; casi dos décadas en las que el temor a volver a fallar me había anulado, en las que había pintado el mundo para no tener que cambiarlo. Pero entonces ya estaba preparado, listo para jurarle sobre aquella lápida sin nombre que, la próxima vez que mi padre quedase a tiro, consumaría la

venganza y redimiría mi traición.

La violencia de la tormenta empezaba a ser tal que algunas ramas comenzaron a desprenderse de los árboles, cayendo con estrépito, ocultas por la oscuridad. Entre los pies minerales del ángel el agua fluía como un torrente desbocado y la tierra de alrededor se estaba convirtiendo en un auténtico lodazal. Las frías gotas resbalaban hasta el extremo de la corneta metálica y saltaban como notas a contrapunto. La corneta metálica. Había que darse prisa.

Los largos años y la humedad habían herrumbrado la rosca, que se aferró con obstinación para mantener unidas las dos piezas y se retorció en mil quejidos antes de ceder. Al fin el pabellón se

desprendió junto a la caña superior, dejando la boquilla en manos de la escultura. Tal y como recordaba, el cuerpo del instrumento estaba hueco. El tacto del interior era polvoriento, como lleno de hollín. Allí estaba, al fondo de la abertura, el viejo encendedor; una estilosa pieza de latón, con capucha y paravientos. Justo en la posición en que había quedado cuando, durante aquella primera visita al cementerio, el dolor me había hecho desprenderme de él, incapaz de soportar el recuerdo del manto de cenizas sobre el que lo había encontrado. Todavía quedaba combustible en el depósito. El polvo y la suciedad emborronaban unas letras gravadas con esmero. Bastó con un

fuerte soplido para que revelaran su mensaje. Sobre la superficie frontal, un nombre brillaba con reflejos dorados: Leónidas Clavel.

Pronto el viejo encendedor estuvo guardado en mi bolsillo, donde me sorprendió el tacto de un frasco de cristal. Tardé unos segundos en recordar su naturaleza. Era el preparado de púrpura de Perkin y trementina, que seguía allí desde el día del frustrado retrato de María Galván.

De algún modo, y pese a todo, aquella coincidencia resultó afortunada, pues me concedió un momento de extrema lucidez en el que fui consciente de que había algo más urgente que la venganza. María corría serio peligro, y no podía permitirme dejar más víctimas atrás.

Entonces comprendí que había sido un imbécil al condenarla por sus actos y privarla de mi ayuda, al ignorar su carta y tratar de borrarla de mi recuerdo. Sin duda había sido el miedo el que le había hecho tratarme así para apartarme de su lado, el temor a Leónidas y a todos los demás. Fuera como fuese, su valentía al rechazar su propuesta de matrimonio a pesar de las terribles consecuencias la redimía de cualquier culpa.

Algo parecido sucedía con Álvaro y con Garsón, a quienes había olvidado miserablemente a su suerte, e incluso con Montano. Este último era el único a quien estaba casi seguro de dónde encontrar. Además, algo me dijo que probablemente necesitaría su ayuda para

salvar al resto, si es que Leónidas no había cumplido todavía con su amenaza y lo había desollado, y si todavía estaba dispuesto a prestármela. Supongo que por todo ello decidí que lo mejor sería empezar con él. No sería fácil, pero creía haber encontrado un modo de llegar hasta su presencia.

De vuelta en la pensión, calado hasta los huesos, los ronquidos de Jacinta resonaban desde su cuarto como desde el fondo de una caverna. La mujer dormía a pierna suelta tendida bocarriba en la cama, sus trenzas desparramadas sobre la almohada, al parecer en el curso de un sueño profundo. Sobre la mesilla de noche había dejado sus

pendientes, el pañuelo con el que solía cubrirse la cabeza, pulcramente doblado en cuatro, y su pulsera de viejas monedas. Sin embargo, no había rastro de lo que me había llevado hasta allí. Tal vez, confié, lo hubiese guardado en el cajón.

La madera crujió al ser arrastrada y los párpados de Jacinta temblaron hasta helarme la sangre. Debía tranquilizarme. El asunto no iba de un minuto y si se despertaba todo se echaría a perder. Con sumo cuidado, el cajón fue saliendo de su hueco, generando una abertura por la que la escasa luz que entraba desde la calle fue filtrándose hasta revelar su contenido. Al fin la fortuna me sonreía. Allí estaba, pesado y brillante, el

manejo de llaves. A duras penas logré evitar su característico rumor de campanas hasta la bendita hora en la que el dormitorio quedó atrás sin rastro de mi intrusión.

Fuera, la lluvia persistía en su castigo, como si el mismo océano se estuviese vaciando sobre los tejados y las calles de La Habana. El camino hasta la casa de Leónidas fue un continuo crepitar de charcos y corrientes, de tiritones al filo del espasmo y de completa ausencia de compañía humana o animal, pues hasta los gatos parecían haber desaparecido del panorama. El resguardo no llegó hasta el porche ajardinado que daba entrada a la estilosa construcción. La

más grande de entre las llaves del manajo encajó a la perfección en la cerradura y después el portón se abatió con el pertinente sigilo.

Por suerte, no parecía haber ningún insomne circulando por la planta baja a aquellas intempestivas horas, por lo que el trayecto hasta la puerta que comunicaba con el sótano se desarrolló sin la menor incidencia. Sin embargo, cuando ya aquella penúltima frontera había comenzado a claudicar mediante el giro de sus bisagras, un poderoso pensamiento me alcanzó y logró detenerme momentáneamente. Arriba, a apenas un piso de escaleras, Leónidas Clavel dormiría plácidamente en su habitación. La presión de una almohada

aplicada en el lugar adecuado y durante el tiempo suficiente bastaría para acabar con su vida y consumir la venganza de una vez por todas. La tentación era fuerte, pero los riesgos eran mayúsculos. Si fracasaba, todo se habría acabado. Y, además, probablemente en cualquier caso, las consecuencias para mis seres queridos serían funestas. Afortunadamente, logré reunir a tiempo la templanza suficiente como para ceñirme al plan inicial.

Una vez más, los abruptos escalones de acceso al sótano me recibieron con su acostumbrada oscuridad, casi impávida ante los flechazos de luz de mi candil de aceite. En aquella ocasión ya no hubo duda sobre qué camino tomar, y

confié en que el inexplorado corredor que nacía hacia la derecha me condujese sin vacilación y de una vez por todas hasta las mazmorras de Leónidas.

Hasta entonces, al amparo de aquel lóbrego pasillo de paredes húmedas y desnudas, no fui consciente de cuánto temía aquel encuentro. Lo esperaba furioso y vengativo, intimidatorio. En cierto modo, sentía incluso vergüenza a la hora de afrontar en persona mi traición, si bien tampoco él se había portado mucho mejor conmigo. Me preocupaba no ser capaz de mostrar la entereza suficiente ante un hombre como aquel, capaz de sobreponerse a los peores tormentos.

Al fin, a la vuelta de una esquina, el

débil resplandor de una bujía iluminó la consecución de mis pretensiones. Frente a mí, un umbral enrejado me separaba de una pequeña y penumbrosa cámara sin más accesorio que un banco de piedra, un orinal de latón, un cubo de agua y un plato vacío. En un primer momento me asustó la ausencia de cualquier rastro de presencia humana, y temí haber nadado para morir en la orilla y que a última hora se lo hubiesen llevado de allí o que ya lo hubiesen liquidado. Pero entonces un difuso bulto se movió ligeramente en el rincón más oscuro y alejado de la celda, y tras un par de roncas toses a fin de aclarar una garganta desacostumbrada a la palabra, aquella voz aguardentosa sonó de nuevo.

—Deberías haberme matado —dijo Ignacio Montano, sin denotar emoción alguna.

Rápidamente, la luz de mi candil dio vida a sus formas. En aquel hombre demacrado, destruido, hecho un ovillo al abrazo de un cepo que le inmovilizaba de cuello, manos y pies, no había rabia ni resentimiento, sólo apatía, desidia ante lo inevitable. Y, aunque no lo crean, aquello me resultó mucho más aterrador que todo lo que podía haber esperado.

—Tranquilo, puedes acercarte —me dijo, enterado de mi estupor—. Ya no me quedan fuerzas para odiarte. Además, poco podría hacerte en mi estado actual. ¿Qué quieres? Si has venido a rematarme será que mis

plegarias han sido escuchadas. Leónidas ha estado tan ocupado últimamente que ni siquiera ha tenido tiempo para ocuparse de mí como es debido.

Fue entonces, ante aquella pregunta, cuando tuve que reconocer que, en realidad, uno de mis principales motivos para aquella visita era terminar de aclarar lo sucedido en el pasado con Leónidas. Todavía junto a la tumba del ángel de piedra había recordado que, aquel día en su oficina comercial, Luigi me había hablado de un asunto muy turbio en el que el hacendado se había visto envuelto hacía años. Sospechaba que aquello podría tener algo que ver con mi propia historia y confiaba en que Montano estuviese enterado. Antes de

abrir un nuevo capítulo, pensé, había que cerrar bien el anterior.

—¿Qué pasa, ya has empezado a recelar de tu patrón y protector? Has tardado bastante, te tenía por más suspicaz —se jactó el prisionero con una media carcajada que no tardó en derivar en ataque de tos—. Está bien, te contaré la historia que me contó Luigi. No tengo otra forma mejor de entretenerme.

Hizo entonces una pausa para tragar saliva e intentar reunir las energías necesarias para acometer su relato. La inquietud me acuciaba al borde de aquella narración, pero, al menos, había estado en lo cierto y el agente de Dulce podría ayudarme a desentrañar la

verdad. Al fin, su voz grave, mermada por la debilidad y la prolongada falta de compañía, comenzó a sonar.

—Leónidas Clavel heredó de su padre un ingenio azucarero cerca de La Habana siendo aún muy joven, no tendría más de veinte años entonces. Durante un tiempo, aquel continuó siendo un negocio próspero, pero con el paso de los años, sus carencias tecnológicas y su excesiva capitalización en esclavos hicieron que empezase a resultar cada vez menos rentable, impidiendo a su dueño llevar el nivel de vida que él pretendía.

»Pasó años tratando de venderlo para comprar uno más moderno en la región de Las Villas, pero nunca encontraba

comprador. Así, la ruina lo acechaba, aproximándose mes a mes, hasta que un día le alcanzó la revelación. Leónidas reparó en que, en el momento de su compra, su padre había suscrito para la explotación un ventajoso seguro con una casa financiera del puerto de La Habana. Para entonces nuestro amigo ya era un hombre de contactos, de modo que no le costó demasiado conseguir de uno de los empleados principales de la entidad la promesa de que, si llegaba el caso de siniestro en el ingenio, no se prestaría demasiada atención a la investigación de los hechos.

»Con aquella baza en la mano, Leónidas, fiel a su estilo, decidió que jugaría a lo grande y quemaría el ingenio

entero, pero, hechos los cálculos sobre el papel, se percató de que ni siquiera con eso sería suficiente. El motivo, no tardó en averiguar, era que más de la mitad del valor económico real de la explotación residía en sus esclavos, en cuyos brazos se había acumulado a lo largo de los años una inversión por valor de decenas de miles de pesos. Ante aquel panorama, de nuevo el dueño no vaciló en actuar con la mayor diligencia y sentido económico. Llegada la hora, no le tembló el pulso y quemó también a los negros en el interior de su barracón para maximizar el cobro del seguro.

»Tal y como estaba previsto, la indagación posterior fue fraudulenta y

Leónidas no tardó en ingresar una suculenta cantidad que le sirvió para adquirir su anhelado ingenio en Las Villas. La maniobra fue un éxito. Aquel nuevo negocio pronto comenzó a ofrecerle extraordinarios réditos gracias a su sofisticada maquinaria estadounidense y es sin duda el origen del imperio que ha acabado amasando.

»Aun así, no faltaron las voces que sospecharon de su proceder y el hacendado cobró mala reputación en determinados círculos durante unos años. Sin embargo, como siempre, todo aquel recelo fue mermando hasta desaparecer conforme fueron creciendo su capital, poder e influencia y, según Luigi, ya casi nadie recuerda lo

sucedido. Tampoco él lo haría, de no ser porque aquella casa financiera es la misma que con el paso de los años acabaría adquiriendo, y cuyos empleados más veteranos todavía comentan a la hora de las batallitas los detalles de aquel truculento caso.

Escuchar aquella historia en boca ajena era lo que necesitaba para terminar de creer lo que tanto tiempo llevaba negando. Además, por otra parte, completó los detalles que quedaban en blanco, como la motivación y el proceder de Leónidas. Una pregunta, casi de trámite, se me descolgó de los labios.

—¿Supervivientes? No hubo, por supuesto. La puerta estaba atrancada

desde fuera y el barracón ardió hasta los cimientos. Según dijo la prensa, allí no encontraron más que restos carbonizados, una papilla de cenizas que se llevó el viento. Pero ¿por qué te interesa tanto esto? Deben de haber pasado como veinte años desde entonces.

No podía revelarle mi pasado. Era demasiado íntimo, demasiado personal. Tan sólo a mí me concernía, en sus causas y en sus consecuencias. Además, no había más tiempo que perder. El reloj corría y había que poner a salvo a María y a los demás antes de que fuera demasiado tarde.

—Veo que sigues encaprichado de la muchacha —dijo Montano entre la sorna

y el paternalismo—. Tienes coraje. Te deseo suerte, pero no cuentas conmigo.

Tal y como había imaginado que sucedería, el agente de Dulce se mostraba reacio a la colaboración. He de reconocer que no le faltaban motivos, pero aun así confiaba en poder persuadirle. Había llegado la hora de presentar mi oferta: la libertad a cambio de su ayuda.

—La libertad ya no vale nada para mí. No creo que eso te extrañe demasiado. Sé que lo viste todo. Te vi en el almacén, escondido entre los sacos.

El corazón me dio un vuelco al escuchar aquello y pensar que, igual que él me había descubierto, también Luigi o

Leónidas podrían haberlo hecho, y más aún al reparar en que él mismo podría haberme delatado y no lo hizo.

—Después de aquello no hacen falta muchas más explicaciones. Y no lo digo por el tormento —apuntó, enseñándome el nuevo muñón de su mano izquierda—. Ese malnacido no haría hablar ni a una colegiala. Lo digo porque entre uno y otro han logrado hacerme ver que todo por lo que he luchado a lo largo de mi vida, todo en lo que he creído, no tiene sentido alguno. Me han tenido engañado como a un necio. Todo este tiempo pensando que Luigi era mi amigo, que los ideales todavía valían algo... Me han hecho sentir vacío, insignificante, sin nada más que hacer. Y eso tiene

difícil remedio, sobre todo a partir de cierta edad.

Tras escuchar aquella confesión, de repente sentí que tenía mucho más en común con aquel hombre de lo que jamás hubiese creído. Para empezar, de algún modo, había sido Leónidas Clavel, mi padre, el que había acabado truncando las vidas de ambos. Por eso, aunque jamás lo habría imaginado, ni siquiera hacía apenas unos segundos, mi última baza para intentar lograr su cooperación sería precisamente aquella terrible historia que acababa de descubrir, aunque fuera dentro de mí mismo.

Montano escuchó sin perder detalle ni mover un músculo de los pocos que le

quedaban libres. Su rostro se fue ensombreciendo poco a poco de rabia, y aunque trató de disimularlo tras un gesto duro, también de tristeza y compasión. No despegó los labios, ni aunque fuera para humedecerlos, hasta que, minutos después, la narración hubo llegado a su final.

—Lo siento —dijo entonces, tratando de esconder su emoción—. Lo siento mucho. Pero esa es tu guerra, no la mía. Además, a tus amigos y querida los han metido en La Cabaña. Ni con un ejército lograrías sacarlos de ahí.

Con la fría templanza que, en raras ocasiones, conceden las situaciones extremas, las decenas de llaves del manajo fueron resbalando una a una por

mis dedos, probando su suerte en la oxidada cerradura de la mazmorra.

—Me veo en la obligación de decirte que, si me sueltas, pienso pasar lo que me quede de vida entregado al ron y a las mujeres, empezando por esta misma noche, y sin mover un solo dedo de los que conservo por nada o nadie que no sea yo mismo. Es una promesa.

A la altura de la decimocuarta tentativa, empecé a pensar que tal vez la llave en cuestión no estuviera allí. Resultaría lógico, en realidad, que para un caso tan delicado como aquel el hacendado hubiese guardado la precaución de dejar al margen a su ama de llaves. A la vigésimo tercera daba ya mi fracaso casi por hecho. Cuando sólo

quedaban tres, quise que me tragase la tierra.

—Sigue apostando por la pintura, sin dejar de lado el espionaje. Como carcelero eres un desastre.

No fue hasta la penúltima llave de la colección cuando el vetusto mecanismo respondió al giro y las bisagras chirriaron con doloroso clamor. La del cepo, por el contrario, fue sencilla de detectar por su reducido tamaño y superficie circular. La carne del prisionero apareció bajo las presas del mecanismo como un fango entre negro y morado con rastros de sangre seca. Los quejidos brotaban de su garganta con cada nuevo y olvidado movimiento articular. Al fin, Montano logró

incorporarse de malas maneras y, ante mi sorpresa, me estrechó en un calamitoso abrazo.

—Espero que consigas lo que te propones —dijo, apretándome las costillas más de lo que hubiese deseado—. De verdad. Si algún día te dejas caer por algún burdel, pregunta por mí. Estaré encantado de invitarte a una copa.

No volvió a dirigirme la palabra en el camino de regreso a la superficie, ni tampoco durante el sigiloso recorrido hasta la puerta de salida. Mantenía la espalda encorvada y las rodillas le crujían al andar. Una vez en la calle, se despidió con una leve inclinación de cabeza y se marchó, sus irregulares pasos perdiéndose sin rumbo fijo más

allá de la oscuridad.

Privado del apoyo de Montano, sólo había un hombre en toda La Habana en el que confiase para ayudarme a salir del atolladero. Además, a su disposición contaba con lo más parecido que había en la ciudad al ejército que el agente de Dulce había juzgado necesario para asaltar La Cabaña.

Poco me importaron las miradas de recelo, las sombras de los maleantes o la torva oscuridad del barrio de Jesús María. Mi decisión era tal que pocos se atrevían a salirme al paso, e incluso aquel mendigo que durante un tiempo me había estado siguiendo y que había

frustrado mi intento de fuga por vía férrea me saludó con gentileza al verme pasar.

Pensaba que a aquellas horas los abakuá estarían durmiendo y que recibirían con hastío y somnolencia mis atropelladas nuevas. Sin embargo, apenas unos segundos después de que tres golpes resonaran como embestidas de ariete en el portón verde musgo de la calle Alcantarilla, uno de los sobrinos de Kenfack salió presto a recibirme y me indicó que pasara.

En contra de lo que había esperado, la actividad era frenética en el interior. Los abakuá se afanaban en introducir a prisa toda suerte de pertenencias, desde mudas hasta armas, en diversos fardos y

baúles, que una vez llenos y bien atados iban apilando junto a la entrada. En el ambiente flotaba un murmullo de nerviosismo y expectación, una inquietud que no conseguí que nadie me explicara hasta que el patriarca irrumpió sonriente en la sala principal.

—Qué alegría recibirte en nuestra casa —dijo al verme—. Cuéntame, qué te trae por aquí a estas horas.

Tan rápido como fue posible, Kenfack fue informado de la situación. Al escuchar el destino de María y los demás Hijos de Siboney su rostro se llenó de pesar, y al pasar al punto de la demanda de ayuda, me pareció que se ensombrecía con algo similar a la vergüenza.

—Lo siento mucho —dijo—. Pero antes de que amanezca, los abakuá nos habremos marchado de La Habana. Nuestro tiempo aquí ha terminado, la ciudad se ha vuelto demasiado peligrosa para nosotros. Nos marchamos a Oriente a combatir, ya casi está todo preparado.

De nada sirvieron las súplicas, los ruegos ni las imploraciones.

—Lo siento mucho —repitió—. No podemos esperar. La decisión está tomada.

Llegados a aquel punto, como ya sucediera con Montano, no me quedó más remedio que la verdad. La verdad cruda y completa, desde el principio hasta el fin, sin callar una sola palabra sobre mi pasado o sobre Leónidas. En

aquella ocasión, Kenfack se fue hinchando de furia con cada nuevo giro del relato, hasta tal punto que, cuando aún restaban algunos minutos para terminar, temí seriamente que fuese a estallar.

Ni siquiera hubo respuesta tras el punto final. Inmediatamente, el patriarca de los abakuá se volvió hacia sus compañeros y empezó a arengarles con una retahíla en lengua africana llena de ira e indignación, que pronto encontró su réplica entre los demás presentes. El debate se prolongó durante un par de minutos. Después, los tambores comenzaron a sonar.

—Los abakuá te ayudaremos —dijo Kenfack, girándose de nuevo hacia mí,

la cólera hirviendo en sus ojos de marfil —. Asaltaremos La Cabaña esta noche, sin piedad, y antes del amanecer nos habremos marchado.

Un total de siete hombres me acompañaron hasta la salida, incluidos el patriarca y sus sobrinos. Dejando sus trabajos a medias y sus enseres tirados por el suelo, tan sólo trajeron revólveres, machetes, navajas y largos palos de madera. No comprendí que eran remos hasta que dos últimos abakuá aparecieron portando un bote sobre sus cabezas. Con la excitación, no había pensado que el único modo de llegar hasta La Cabaña antes del amanecer era por mar, cruzando al otro lado de la bahía.

La fortaleza de San Carlos de La Cabaña era un complejo militar construido a finales del siglo anterior para defender la ciudad frente a enemigos o piratas. Sin embargo, en los últimos tiempos, dado el elevado número de detenciones que habían desbordado las Reales Cárceles, había adoptado también la función de presidio habitual. Se trataba de un castillo sólido como una roca, que en cualquier otra situación hubiese hecho de nuestra aspiración algo rayano en lo ridículo.

No obstante, corría el rumor de que, debido al continuo requerimiento de soldados en el oriente de la isla para luchar contra los insurrectos, a las muchas bajas por combate, enfermedad

o deserción y a las dificultades para traer refuerzos suficientes desde España, la dotación de La Cabaña había sido reducida al mínimo, quedándose prácticamente sin nadie que pudiera defenderla o vigilarla, especialmente por la noche. Aquella información sin contrastar, más la bravura de los abakuá y la fuerza ciega que guiaba mis actos en las últimas horas, era la que me había hecho confiar en nuestras posibilidades de éxito y la que entonces nos conducía sin remedio hacia la temeridad.

Las calles casi desiertas nos escoltaron con premura y sigilo hasta la misma explanada libre frente al mar en la que, meses atrás, los carromatos nos habían esperado cargados de armas y

sacos de azúcar con rumbo previsto a la Costa del Norte. Desde allí, junto al castillo de La Punta y la Real Cárcel, la bahía se divisaba como una infinita mancha de negrura punteada por las luces del puerto, de las tres fortificaciones y del faro de El Morro. Nuestro objetivo se ubicaba en el extremo opuesto, cruzando por una de las zonas más estrechas, por lo que la travesía no debería de prolongarse por más de unos minutos. Tratando de no hacer ruido, los abakuá echaron el bote al agua y Kenfack me indicó que subiera.

—Navegaremos a oscuras y en silencio —dijo el patriarca—. Con un poco de suerte llegaremos al otro lado

sin ser descubiertos.

En la barca apenas había espacio para todos, los hombros quedaban juntos y los codos se clavaban en las costillas. A la de tres, una patada concedió el primer impulso a la embarcación. Después, dos remaron y los demás callaron, adentrándose en la más ciega oscuridad, a merced de chocar contra cualquier obstáculo imprevisto, indetectables como una maldición, con rumbo a las luces de La Cabaña. Hacía tiempo que la lluvia había mermado en su intensidad, pero todavía unas postreras gotas nos acompañaron, rociándonos como perlas heladas.

No había forma de medir el tiempo, pero el trayecto se me hizo mucho más

largo de lo previsto, el miedo a que alguien diese la voz de alarma y saliesen a por nosotros siempre presente en la imaginación. El sonido de los remos, suave y acompasado, de brazo experto, me resultó dolorosamente atronador. Y cuando al fin la fortaleza estuvo lo suficientemente cerca como para apreciar sus formas en la penumbra, todas las esperanzas que había albergado se disolvieron entre las tenues olas de la bahía.

Sus robustos muros de piedra caían casi a pique sobre las aguas en un amenazador baile de baluartes, fosos y revellines. Las piezas de artillería, cañones y obuses de bronce, asomaban por las aspilleras mientras su perímetro

poligonal se adivinaba infranqueable. Por no hablar de que las rocas sobre las que se levantaba prometían el descalabro al menor traspie. Sin embargo, era cierto que, al menos a primera vista, ni una sola alma humana parecía custodiar la plaza.

—Lo conseguiremos —me tranquilizó Kenfack entre susurros—. Bosede y Kwame estuvieron aquí presos durante años. Conocen todos sus secretos —Dos de los hombres de mayor edad de los que nos acompañaban, el primero de mirada astuta y el segundo portando una pesada barra de hierro, asintieron en silencio—. De no ser así no habríamos venido. Somos guerreros, no mártires.

Con cuidado de que un golpe de agua

no lo estrellara contra las rocas en la oscuridad, los abakuá lograron acercar el bote hasta la orilla y encallararlo en una diminuta oquedad en la piedra casi imperceptible desde tierra. Sin su extraordinario conocimiento del terreno, pensé, el fracaso hubiese caído por su propio peso. Desde allí, el desembarque se produjo a toda prisa, quedándose los dos remeros en la embarcación para guardarla y de paso cubrirnos la retaguardia, e iniciando los demás, según las indicaciones de Bosede y Kwame, el camino para rodear la muralla en sentido contrario a las agujas del reloj. La senda era tortuosa y resbaladiza, y un paso en falso en la tiniebla hubiese supuesto caer sin

remedio hacia el océano y las rocas.

Así, tras unos agónicos minutos de equilibrios y amagos de tropiezo, nuestra ruta nos condujo hasta el borde del foso de los Laureles, que circundaba la fortaleza por el lado de tierra. Desde allí, haciendo uso de una estaca y una cuerda que portaban consigo, los abakuá franquearon un descenso no demasiado complejo hasta el fondo del mismo. La hierba que lo cubría estaba húmeda y fría, como la sangre, pensé, de los muchos que habían sido ejecutados allí mismo en los últimos tiempos. Bosede y Kwame nos indicaron entonces por gestos que los siguiéramos directamente hacia la muralla. Y cuando ya pensaba que su locura era suficiente como para

haber pensado en escalarla, la proximidad reveló cómo, ocultas por el ángulo de la pared, dos puertas enrejadas ofrecían con recato las vistas del interior.

—Están pensadas para que los soldados puedan salir a luchar al foso —explicó Bosedé entre susurros—. Mi primo hizo las bisagras. Son de primera calidad, pero si uno sabe dónde hacer palanca, saltan sin dificultad y casi sin hacer ruido.

La sugerencia desató los asentimientos de aprobación entre los abakuá mientras Kwame lucía orgulloso la barra de hierro que costosamente había ido acarreando desde el desembarque. Entre nuestros dos guías

dispusieron la herramienta con meticulosa precisión, y apoyándose en la fuerza de los sobrinos de Kenfack, accionaron la palanca e hicieron que la puerta saltara sobre sus bisagras como un arlequín de una caja con resorte.

Desbloqueado el paso, la entrada se produjo a toda prisa, conduciéndonos la vía directamente hasta uno de los laterales del monumental patio de armas, umbrío y desierto como el resto del conjunto, surcado de calles para la circulación de las tropas ausentes. Desde allí, una rampa tendida guio nuestros pasos hacia los bajos del cuartel oriental, tras cuya primera esquina Kwame se detuvo repentinamente, indicándonos con la

palma de la mano que lo imitáramos sin demora.

—Un centinela —murmuró, señalando hacia la fachada principal de la construcción.

Efectivamente, caminando distraído por la calzada que rodeaba el cuartel, un soldado vestido con uniforme de rayadillo azul y chaqueta larga de dril hacía su guardia de vigilancia nocturna. Sin embargo, cuando sus pasos lo trajeron lo suficientemente cerca de nuestra posición como para distinguir sus facciones a la escasa luz, su identidad se reveló como la de poco más que un muchacho enclenque y asustadizo de diecisiete o dieciocho años.

—No es más que un niño —dijo Bosedé—. Cada vez se los traen más jóvenes.

—Tanto mejor para nosotros —le respondió Kenfack, aproximándose con decisión hacia el extremo de la pared.

Allí esperó, agazapado como un puma, a que el centinela concluyese el trayecto de su recorrido y se diese media vuelta para proseguir su ceremoniosa marcha alejándose de nosotros. Entonces, amparado en el sigilo y la oscuridad, se abalanzó sobre su espalda y lo inmovilizó, tapándole la boca con una mano y colocándole con la otra una navaja sobre la garganta.

—¿Tienes las llaves de las mazmorras? —le preguntó Kenfack,

zarandeándolo y retirando progresivamente los dedos de sus labios mientras apretaba la punta metálica sobre su cuello hasta hacerle comprender lo inconveniente del menor grito de auxilio.

—Por favor, no me mates —suplicó el centinela, presa del pánico, al cabo de unos instantes.

—¿Las tienes?

El joven guardó silencio, cerró los ojos y tragó saliva.

—¡¿Las tienes?!

—La del centro para el cuartel. Luego, derecha, hombres; e izquierda, mujeres —balbuceó al fin, mostrando un pequeño llavero que acababa de sacar de sus bolsillos.

Kenfack tomó entonces las llaves en la mano, asintió complacido y aflojó levemente su presa. El otro sonrió, nervioso, creyéndose ya libre del primer mal trago, y carraspeó suavemente. Justo después, el abakuá le propinó un fuerte golpe en la cabeza con el mango de la navaja y su cuerpo cayó inerte contra el piso embarrado.

—Esto lo mantendrá fuera de combate el tiempo suficiente —dijo Kenfack—. Pero aun así debemos darnos prisa. Hay que salir de aquí antes de que alguien lo eche en falta o descubra el cuerpo.

—Entraremos en el cuartel por la puerta lateral —dijo Kwame—. Justo al otro lado hay una escalinata que baja directamente al sótano. Una vez allí, se

trata de seguir los corredores hasta las mazmorras. Iremos primero a la de los hombres. Conocemos mejor el camino. Es posible que a estas horas no encontremos a nadie despierto. Pero, por si acaso, debemos estar preparados.

Así pues, Kenfack empleó la llave indicada por el centinela para abrir la portezuela lateral del cuartel junto al que nos encontrábamos. En el interior reinaba la oscuridad tibia de un gran zaguán, con un par de carros apoyados contra la pared, cajas de municiones, sacos de legumbres y algunas armas apiladas en el centro, y justo a mano izquierda nada más entrar, la escalera prometida por Kwame descendía directa hacia las profundidades. Los peldaños

eran estrechos y escarpados, introduciéndose en la tierra con una fortísima inclinación, y en ocasiones sólo daban cabida al pie puesto de lado. Una vez abajo, el laberinto de corredores se desparramaba en las cuatro direcciones, haciendo imposible la orientación para nadie que no los hubiese recorrido previamente. Por suerte, nuestros dos guías parecían conocer el camino al dedillo, y sin vacilar nos arrastraron por la red de callejones y bifurcaciones sin hallar rastro de compañía. Así hasta que una pesada puerta de hierro nos cortó el paso.

—Es aquí —dijo Bosede, el gesto repentinamente agrio por el recuerdo del

lugar.

Sin más dilación, el portón cedió al certero giro de la llave, revelando sus secretos. Frente a nosotros se abría una gran sala de forma alargada y celdas enrejadas en ambos laterales, con más o menos cuatro reclusos alojados en cada una. Al menos en apariencia no había ningún vigilante en el recinto. Algunos de los prisioneros saltaron esperanzados de sus camastros al vernos entrar, otros nos miraron con desconfianza y otros muchos ni siquiera se inmutaron, ignorando nuestra presencia, supuse que demasiado desquiciados como para levantar la vista.

En el aire flotaba un olor a podredumbre, sudor, humedad y

excrementos difícilmente soportable. La iluminación consistía en poco más que seis bujías, claramente insuficientes para una superficie tan extensa. Cada diez o quince metros el paso se estrechaba formando un arco que dividía el espacio en compartimentos. Los abakuá se lanzaron rápidamente a revisar las celdas en busca de nuestro objetivo, pero muchas quedaban sumidas en las tinieblas o los bultos que las poblaban quedaban demasiado lejos del enrejado para ser distinguibles. Así, pasados los primeros instantes, llegué a pensar que sería imposible dar con el paradero de nadie en aquel averno. Hasta que, de repente, dos voces familiares y largamente extrañadas

sonaron como un tenue murmullo a nuestra espalda.

—¡Aquí! ¡Aquí! —susurraban, aferrados a los barrotes de su celda junto a otros dos jóvenes compañeros.

Una alegría inconmensurable me recorrió el cuerpo al contemplar sus rostros pálidos y salpicados de barba, sus cuerpos más finos de lo que recordaba y sus habituales buenos paños reemplazados por harapos. Álvaro y Garsón. Poco importaba su pésima apariencia. Eran ellos. Sin embargo, pese a nuestra rebotante alegría, Kenfack dictaminó de inmediato que no era momento ni lugar para celebraciones, y rogando a todos silencio con un prolongado siseo, se

dispuso a abrir la cancela con la llave incautada al centinela. La puerta se resistió en los inicios y fue necesario que el patriarca le propinara una sorda patada para hacerla ceder. Los jóvenes salieron aprisa de su celda, desatando el alboroto de los prisioneros de los calabozos contiguos. Los precipitados abrazos que siguieron fueron de nuevo rápidamente interrumpidos por Kenfack empujándonos a salir de allí.

No obstante, en el último instante antes de que la mazmorra masculina quedase atrás, un postrero fagonazo, apenas una imagen al vuelo, me atrapó para llenarme de desconcierto. En una de las pocas celdas individuales, estrecha y arrinconada cerca de la

entrada, me pareció reconocer a Néstor Serrano en un hombre encadenado sentado sobre el suelo. Su cabello rubio estaba impregnado de lo que no sabría decir si era barro o excrementos, su camisa estaba rajada en cien jirones y hasta el brillo de su diente de oro parecía haberse apagado por la inmundicia. Ya casi había descartado la estrambótica idea de que el flamante comandante del segundo batallón de voluntarios del comercio hubiese acabado preso en un lugar como aquel cuando su mirada se alzó para cruzarse con la mía. Después, me lanzó un generoso escupitajo que casi me alcanzó a la altura del umbral.

—Para lo que resta no hacemos falta

tantos —anunció el patriarca de los abakuá una vez en el vestíbulo—. Kwame, llévatelos y esperadnos en el bote. Vosotros tres, conmigo.

Siguiendo pertinentemente las órdenes, únicamente el propio Kenfack, uno de sus sobrinos y uno de los dos antiguos presidiarios formaron mi compañía hacia la zona de las mujeres, retirándose los demás de vuelta hacia la superficie, incluidos los dos desconocidos compañeros de celda por expresa intercesión de Álvaro y Garsón.

Al no haber estado nunca allí, el conocimiento de Bosede sobre la ubicación de la mazmorra de mujeres se basaba únicamente en comentarios que había escuchado hacía años. Por tanto,

lógicamente, nuestro rumbo a través de los lóbregos corredores que surcaban aquel particular y extraordinariamente húmedo inframundo bajo el peso de La Cabaña se volvió mucho más errático y dubitativo. Tuve la impresión de que más de una vez nos condujo en círculos o de vuelta sobre nuestros pasos, y cuando en alguna ocasión escuchaba pisadas o voces en la distancia nos daba el alto durante un par de minutos.

El miedo a ser descubiertos era fuerte, pero quedaba a un lado cuando pensaba que en apenas unos instantes María estaría de nuevo, y esperaba que esta vez, definitivamente, libre de peligro y junto a mí; que al fin podríamos compartir nuestras ocultas

verdades con sinceridad y llegaría a sentir sus brazos en torno a mi cuello. Además, muy pronto zarparía un nuevo barco hacia los Estados Unidos.

—Es aquí —dijo Bosedé al llegar a la altura de un umbral enrejado—. La mazmorra de las mujeres.

Rápidamente Kenfack sacó la llave y desbloqueó con éxito la cancela. Al otro lado nos aguardaba una sala muy similar a la anterior, si bien algo mejor iluminada y de más reducidas dimensiones. Un ansia animal se apoderó de mí. Desde el centro de la estancia, las distintas celdas fueron desfilando sobre mis retinas en un baile frenético de barrotes y rostros cadavéricos, de sombras y lamentos

ahogados. Cada rincón, cada zona de umbría fue objeto de mi desesperada inspección, así hasta haber escrutado hasta el último resquicio de todos y cada uno de los calabozos. Entonces la más temida y desdichada de cuantas certezas podía haber imaginado me asaltó como un golpe en el estómago. María Galván no estaba allí. Y aunque al principio me negase a creerlo, por más que las tinieblas me arañasen la vista, no había forma de hacerla aparecer. Una vez más, la había perdido. A punto estaba de derrumbarme cuando a mi espalda sonó una voz de mujer, una familiar, aunque por un tiempo olvidada y que había llegado a dar por extinta.

—Se la llevaron hace dos días.

Aferrada a los barrotes de una celda individual al fondo de la nave, más pálida y más delgada pero igual de entrañable, Balbina me miraba con melancolía, los ojos llorosos y sobre los labios una sonrisa de bienvenida tan sincera como forzada. La sorpresa había sido patente en mi reacción, delatando sin género de duda que no era ella el objeto de mi búsqueda, revelando la vergonzante realidad: me había olvidado de ella.

—A la muchacha que te robaba el alma por la ventana —explicó la buena mujer ante mi desconcierto—. No creas que no me daba cuenta. Me alegro de que al final hayáis hecho buenas migas. Te lo mereces. Cuando estuvo aquí

lloraba todo el tiempo y apenas comía. Un día vino a verla un hombre con muy mala sombra, le estuvo gritando y después se la llevaron.

Toda una vida de disculpas no hubiese sido suficiente para subsanar aquella traición, aquella miserable falta de gratitud. El sonido del perdón contra los muros de piedra me resultaba vacío, casi ridículo. Me di cuenta entonces de que, al desterrar de mi mente los tiempos de oprobio en la pensión, la había expulsado también a ella. No había encontrado el momento para pararme a pensar que su figura no era una pieza más de aquella época, sino la única persona que me había brindado su amor en aquellos años oscuros y la que

me había salvado la vida. Con semejantes antecedentes, Balbina habría tenido razón de sobra para renegar de mis excusas. Sin embargo, no había reproche ni condena en su mirada. Sólo ternura.

—No pasa nada, *paxariño*. Con lo ajetreado que está el mundo quién se iba a acordar de una pobre vieja. En realidad, no me han tratado tan mal. El carcelero me dijo que había un hombre en el exterior, uno importante, que se estaba ocupando de que no me faltara de nada, y que incluso estuvo intentando que me soltaran antes de la condena. No quisieron decirme el nombre, pero desde entonces rezo por él, porque debe de ser un ángel del cielo.

Una vez más, la evidencia me golpeó como una bofetada. Todo apuntaba a que, en cierto modo y a su manera, Montano había dicho la verdad y, sobre todo, a que Leónidas había mentido desde el principio. No pude dejar de sentirme estúpido por todos los días que había pasado creyendo los embustes del segundo.

—Lo importante es que ahora estás aquí —concluyó Balbina, llenándose el rostro con las arrugas de una amplia sonrisa.

—Tenemos que darnos prisa —interrumpió entonces Kenfack, respetuoso con la escena que presenciaba, pero pragmático en cuanto a nuestra seguridad—. Llegarán

refuerzos en cualquier momento.

La gigantesca llave hizo estallar la cerradura en una cacofonía de crujidos y chirridos con sabor a herrumbre, y después el patriarca de los abakuá abrió la puerta con contundencia. Libre de su encierro, Balbina se lanzó a mis brazos sin decir una palabra. Su cuerpo temblaba y estaba frío. Acto seguido, las voces de las demás reclusas irrumpieron como un coro rogando clemencia.

—No hay tiempo —sentenció Kenfack antes de que la compasión pudiera apoderarse de alguno de los presentes.

La huida resultó penosa y atropellada, con Balbina apenas capaz de seguir el paso por la debilidad, conteniendo la

náusea por el esfuerzo. Por instantes pensé que nos habíamos perdido de nuevo en el laberinto de corredores, que en cualquier momento nos topáramos con una patrulla o que acaso habrían descubierto ya el cuerpo inconsciente del centinela y vendrían a por nosotros. Sin embargo, nada de eso pasó, y en menos tiempo del que hubiese podido imaginar nos vimos ya al cobijo del cuartel y después sobre las calles del patio de armas.

Fuera había dejado de llover, pero el aire todavía pesaba con la humedad pegajosa del temporal. El cuerpo del joven soldado seguía donde había caído, su impoluto uniforme manchado por el barro de los charcos. Calculé que ya no

tardaría mucho en despertar. Una vez en el foso, el sobrino de Kenfack tuvo que aupar a hombros a Balbina para que pudiera subir, sirviendo a los demás la cuerda como vía de escape.

Álvaro y Garsón, junto con sus dos compañeros de celda y el resto de los abakuá nos esperaban en la costa con el bote ya preparado para zarpar. Tras el embarque, los dos jóvenes miraron a Balbina con curiosidad y después nos interrogaron con las pupilas afligidas. Por toda respuesta, Kenfack hizo un gesto negativo ante el que ambos bajaron la cabeza, derrotados. Había que darse prisa.

El viaje de retorno se desarrolló entre el silencio que la prudencia, el

agotamiento y el pesar iban imponiendo, quebrado sólo por el rumor de las olas y el batir de los remos en la oscuridad. Ya en la otra orilla, los abakuá abandonaron el bote y los remos, y su patriarca ordenó el regreso hacia el barrio de Jesús María con la máxima premura, tomando uno de sus sobrinos a Balbina en brazos para que no retrasase la marcha. El amanecer se acercaba con su luz delatora, poniendo en riesgo la operación y su salida de La Habana.

Una vez al amparo de aquel portón verde musgo en la calle Alcantarilla, llegó la hora de las decisiones. Los abakuá, según lo anunciado, partirían a Oriente de inmediato, y pronto se concluyó que lo mejor sería que todos

los recién liberados, prófugos de pleno derecho en La Habana a los que no tardarían en empezar a buscar, partieran también con ellos. Así, el patriarca prometió encargarse personalmente de su bienestar y seguridad hasta que las cosas se calmasen y pudiese buscarles un destino mejor. Y, si algún día las aguas volvían a su cauce, los ayudaría a volver a casa.

—Ven con nosotros —me dijo entonces Kenfack—. Hay sitio para ti en Oriente.

Los demás respaldaron su tesis con asentimientos cómplices y miradas de aprobación. Ciertamente parecía la opción más sensata, la más lógica. Poco más cabría esperar de mí, solo como me

encontraba en aquella ciudad convertida poco a poco en mudo campo de batalla y enfrentado a tan poderosos enemigos. Pero cómo partir sin ella; cómo abandonarla después de su sacrificio; cómo renunciar a un futuro a su lado. Tenía que recuperarla.

—Tu determinación es fuerte —dijo Kenfack, estrechándome entre sus vigorosos brazos para después retirarse hacia las sombras—. Tu espíritu sanará pronto. Suerte y valor, amigo. Es hora de cumplir tu misión.

—Nosotros nos quedamos contigo —dijo Garsón, posando la mano sobre el hombro de su compañero—. No nos importa lo que pueda pasarnos. Te ayudaremos a encontrarla.

Su oferta era tan sincera como generosa, su voluntad férrea y su lealtad intachable. Sus rostros, el uno de pelo rubio y el otro de ancha nariz, hervían con una rabia y con una ilusión que, para entonces ya me había quedado claro, nunca nadie podría arrebatárles. Pero aquella era mi batalla. Mía y de ningún otro. No podía permitir que nadie más cayera tras mi estela. En aquella ocasión, la soledad sería mi mejor escudo.

—Entonces debo pedirte una cosa —dijo Álvaro, el odio prendido en el ceño arrugado—. Sé que llegará la hora en que te encuentres con Leónidas frente a frente. Cuando lo hagas, antes de tomar una decisión, piensa en Nico.

Los dos jóvenes me miraban con intensidad, depositando en mí sus ansias de venganza, reprobándome por no permitirles acompañarme a la par que contenían las lágrimas de tristeza ante la inminente despedida.

—Si de verdad nos vamos a marchar a Oriente, hay algo que debo hacer antes de partir —dijo Garsón, robándole una sonrisa a la melancolía—. Cuando nos encerraron, Clara me prometió que, si algún día salía, se casaría conmigo. La muy lista seguro que pensaba que me pudriría antes... Tengo que ir a buscarla. Vive cerca de aquí, no tardaré ni quince minutos en regresar con *ma chérie*.

—No hay tiempo —dijo Kenfack—. Está a punto de amanecer. Nos

marchamos ya.

La desolación se apoderó entonces del joven, que dejó que la mirada y el ánimo se le desplomaran al suelo, demasiado fatigado como para combatir contra aquella inesperada derrota.

—Por favor —intervino Álvaro—. Lleva media vida penando por esa mujer. Si no le deja ir a por ella, será como arrastrar un cadáver. El horizonte ni siquiera amarillea todavía.

—No hay tiempo.

La decisión parecía definitiva y no se intuía forma humana de hacer que el abakuá cambiara de opinión. Sin embargo, tras su segunda negativa, Kenfack detuvo la mirada un instante en mi gesto y, tras poner los ojos en blanco,

resopló con fastidio y resignación.

—Tienes diez minutos. Si para entonces no has vuelto, nos marcharemos sin ti.

—¡Muchas gracias, señor! —dijo Garsón, pletórico, precipitándose como una centella hacia la puerta—. Regresaré antes incluso.

Tras la marcha del joven, un silencio brusco se instaló en la sala mientras algunos de los abakuá ultimaban los postreros detalles de su partida, bien subsanando algún olvido de última hora en la carga de los baúles, bien apretando los nudos que mantenían cerrados los fardos. Fue entonces cuando reparé en que Balbina se había arrastrado deliberadamente hasta un rincón

apartado en el fondo de la estancia, desde el que había estado contemplando toda la escena con los ojos enrojecidos y las ajadas mejillas surcadas de lágrimas, probablemente demasiado afectada como para intervenir.

—Nunca me gustaron las despedidas —dijo al sentir el contacto de mis manos en su cintura.

¿Saben? Una vez rescatado por completo el recuerdo de mamá, ya no necesitaría nada tangible que me uniese a ella. Aquel pequeño alfiler de plata que durante tantos años había permanecido en mis bolsillos prendió sin dificultad en la solapa de Balbina, brillando con orgullo a la altura de su pecho. A fin de cuentas, ella era lo más

parecido a una madre que había tenido en las últimas dos décadas.

—*Adeus, paxariño* —dijo sin tratar de contener el abundante llanto—. Espero que la encuentres y que te haga muy feliz.

No pude soportarlo más. Los primeros conatos de luz sobre el firmamento indicaban que la hora había llegado. Cada minuto adicional que pasara desde su pérdida, el rastro de María Galván se difuminaría como una senda de huellas bajo la lluvia. Frente al umbral, todos se despidieron de mí como de un hermano, excepto Balbina, que lo hizo como si la estuvieran separando de su propio hijo. Y después, la guarida de los abakuá quedó atrás sin

remedio, oculta tras las casuchas del barrio de Jesús María alzándose como una barrera de pináculos.

La cuadrícula de calles del centro de La Habana fluyó a mi alrededor como un torrente de montaña mientras el piso embarrado me salpicaba la ropa con cada paso desbocado. No tenía la menor idea de a dónde podrían haberla llevado, pero, fruto de mi alteración, albergaba la falaz esperanza de que la premura y el sinsentido me la devolverían, de que aparecería detrás de cualquier esquina si así me lo proponía. Por momentos llegué a temer lo peor, aunque algo en mi interior no paraba de decirme que seguía con vida y que, más pronto que tarde, sus ojos de ámbar

volverían a encontrarme bajo el sol.

No recuerdo cuánto tiempo había pasado así, pero debieron de ser horas, cuando a la altura de O'Reilly una multitud dispuesta a ambos lados de la vía detuvo mi fútil carrera. El paso estaba cortado, y pronto pude averiguar el motivo. Una suerte de procesión se aproximaba solemne desde la plaza de Armas, avanzando en el más absoluto silencio y con el mismísimo Espinar, nuevo capitán general de Cuba, a la cabeza. Cuando la comitiva cruzó frente a mí, su naturaleza se me reveló sin ambigüedades. Por docenas, las más ilustres personalidades de la ciudad caminaban con la cabeza gacha y los ropajes negros, algunos portando velas,

y sobre un carro adornado de flores y tirado por caballos zaínos de la mejor raza, un lustroso ataúd recibía las acaloradas despedidas del gentío. Me preguntaba quién podría haber fallecido para merecer un cortejo fúnebre de semejante alcurnia.

—Es don Luis Carrasco, al que llamaban Luigi. Dios lo tenga en su gloria, porque era un buen hombre —me aclaró el espectador que se apostaba a mi derecha con marcado acento catalán, sin apartar la vista del espectáculo hasta las últimas sílabas—. Por los clavos de Cristo, ¿qué te ha pasado?

Mi aspecto después de toda una noche en vela y al pie del cañón debía de ser horrible, aunque bien poco me

importaba. Aquella súbita noticia, justo en aquel momento, me había dejado conmocionado. Me dije que tal vez al fin se lo hubiese llevado su enfermedad, aquella que lo deshacía en toses al menor esfuerzo de la garganta, aunque todo resultase demasiado casual.

—No, no —me corrigió el parroquiano—. Se trata de un vil asesinato. Esta misma noche lo han encontrado en su cama, con signos de haber sido torturado a conciencia antes de muerto. Alguien se coló en su casa y lo sorprendió mientras dormía. Como le digo, una tragedia.

Asesinado. Torturado. Aquello empezaba a tomar un inconfundible aroma a... Pero eso no tenía ningún

sentido. Sin embargo, ¿quién sino podría tener motivos y redaños para hacer algo así? Tras un tiempo de recelo y vacilación, mi vecino de fila acabó por hacerme un gesto para que me acercara, y colocando los labios a escasos centímetros de mi oreja, empezó a susurrar como si estuviera revelando el mayor de los secretos:

—Hay rumores... Dicen que un peligroso laborante independentista, al que el mismo Leónidas Clavel custodiaba personalmente en las mazmorras de su casa, ha escapado esta noche. Dicen que se mueve como una sombra, que tiene sed de sangre y, en fin, que él habría sido el asesino... Por otro lado, no sé si es cierto, pero esta

mañana, el mozo de los periódicos me ha dicho que, al parecer, también esta noche habrían asaltado La Cabaña y liberado a unos sublevados. Yo no soy quién para meterme en esas cosas, pero... Blanco y en botella. Espero que lo atrapen pronto y le den su merecido.

Tal vez sí era posible. Tal vez Montano hubiese reconsiderado su postura y estuviese detrás de todo aquello. Tal vez se hubiese repuesto de su desazón y hubiese reunido las fuerzas necesarias. De ser así, sus próximos movimientos no tardarían en llegar, y con un poco de suerte aún se prestaría a ayudarme en mi búsqueda. En ello pensaba, esperanzado, cuando el mundo me estalló en una sola imagen y todo lo

demás dejó de existir.

A bordo de un coche Victoria de cuatro ruedas y colosales dimensiones, forrado en terciopelo granate, María Galván y Leónidas Clavel, los rostros adustos y compungidos según imponía la oficialidad del momento, saludaban a la multitud cogidos del brazo. Ella lucía los ojos vidriosos y las mejillas saladas de llanto por el difunto, el pelo recogido en aquel maldito moño; él apretaba los dientes de rabia contenida; y muchos de los que los veían pasar los aclamaban con vítores. De vez en cuando, él acariciaba la nuca de su acompañante o le abrazaba la cintura para consolarla, y ella no se quejaba ni rehuía el cariño, arrancando de entre el público un

murmullo de emoción o de envidia, según el caso.

—¿Es que acaso vive en un agujero? —me preguntó extrañado el catalán—. Esa es la nueva esposa de don Leónidas, hace ya al menos dos días que se casaron. El propio Luigi ejerció de padrino. De lo cual, si le soy sincero, me alegro mucho, pues parece dama respetable y de buena familia, y un hombre así, en su posición, no debería estar soltero...

Ni una sola palabra más pudo alcanzarme en mi desesperada huida. No podía permitir que ella me viera; eso hubiese sido ridículo, humillante... Aunque, en realidad, nada importaba ya. Había tocado fondo, me habían

derrotado, y sólo deseaba que no fuera demasiado tarde y que los abakuá aún no hubiesen avanzado mucho para que pudieran llevarme con ellos a Oriente, lejos de aquella maldita ciudad y de sus personajes, a un lugar solitario en el que desaparecer y olvidar. Una opresión ardiente se había instalado en mi pecho, los oídos me silbaban como la sirena de un barco y mi visión comenzaba a derretirse tras una cortina de cera. Pensaba que iba a evaporarme de dolor cuando una férrea mano me detuvo en seco. No me importaba quién fuera, no quería que nadie me apartara de mi aciago destino. Pero entonces sentí cómo dos dedos anchos y fuertes se clavaban en mi hombro hasta el hueso y

me hacían levantar la cabeza.

—Por fin te encuentro —dijo Ignacio Montano con una media sonrisa de triunfo—. Anoche no nos despedimos como es debido. ¿Qué te ha pasado? Si acabases de ver a la muerte no tendrías mejor cara.

Quise obviarlo, pero no fui capaz. Había algo en el aura de aquel hombre que desde el primer día me había resultado imponente, difícil de desobedecer cara a cara. Una especie de energía que siempre empujaba hacia adelante. Además, un último arrebató de curiosidad me impulsaba todavía a desear las respuestas que, estaba seguro, se disponía a brindarme en aquel momento.

—Vamos, cuéntame qué fantasma te persigue. Seguro que le encontramos remedio.

Montano escuchó mi desdicha con serenidad, sin torcer el gesto. Lo cierto es que había logrado reponerse de forma sorprendente. Se notaba que se había lavado a conciencia, de su piel se desprendía el olor de distintos ungüentos para sanar las heridas y se había procurado una levita nueva. Ya no había tiempo para preámbulos ni paliativos, pensé. Sólo para el horror del desenlace y los apremiantes planes de futuro lejos de allí.

—Imaginaba que sería eso — concluyó el agente de Dulce tras el trágico broche de mi informe—. Es una

suerte entonces haberte alcanzado a tiempo, antes de que cometas la mayor estupidez de tu vida. Dime, ¿en serio crees que ella lo ha hecho por propia voluntad?, ¿que llora por la muerte de ese malnacido?

Daba igual por qué lo hubiese hecho, pensé. Si era por amor, era una necia, y si había cedido a los chantajes, después de todo lo sucedido, entonces era una vil traidora. Nada, ninguna causa ni justificación podría salvarla ya ante mis ojos.

—Resistió a las presiones durante mucho tiempo, mucho más de lo que hubiésemos aguantado tú o yo, te lo aseguro. Es una mujer muy fuerte. Soportó el tormento, el encierro, e

incluso, antes de renunciar a la dignidad, estuvo dispuesta a aceptar su propia muerte. Pero no la tuya.

Aquellas palabras resbalaron sobre mi mente como aceite sobre agua helada, sin calar ni llegar a ser comprendidas. A nuestro alrededor, la calle de San Juan de Dios se escondía formando una cruceta con Habana. En aquel momento, los feligreses abandonaban por docenas la iglesia de Santa Catalina tras la finalización de la misa de la mañana, las señoras con las cabezas cubiertas por oscuras mantillas y los caballeros sosteniendo sus sombreros de copa contra el pecho.

—Has oído bien —recalcó con cierta recriminación Montano—. El único

modo que Leónidas encontró para persuadir a María de que fuese su esposa fiel, fue amenazarla con matarte. Me equivocaba. Me hubiese jugado la mano buena a que una mujer como esa nunca se fijaría en ti, pero me equivocaba. En el fondo eres un tipo afortunado.

Aquello no era posible. La última ocasión en la que María me había dirigido la palabra había sido para dejarme claro que yo no era nadie para ella, que el único lugar en el que me quería era fuera de su vida. Bajo ninguna lógica aquel desprecio podría haberse convertido en escasos días en la consideración necesaria como para someterse a semejante humillación. Y en

cualquier caso, de ser cierto, no entendía cómo era factible que Montano lo supiese.

—Antes de venir a por ti he estado ocupado con un trabajillo... —me aclaró con cierta socarronería—. Y un amigo nuestro, uno particularmente bueno, ha demostrado en el último momento de su miserable vida una secreta habilidad para cantar como un *castrato*, más o menos, literalmente.

Había sido él. Ahora estaba claro. Había sido Montano quien había acabado con la vida de Luigi, atormentándolo antes para sonsacarle cuanta información pudiera, al margen de la pertinente venganza. Aquello empezaba a dotar de verosimilitud a su

improbable tesis. Pero, con todo, lo que todavía no alcanzaba a comprender era por qué Leónidas podía tener a última hora tanto interés por casarse con María, y mucho menos cómo había llegado a la extravagante conclusión de que mi vida sería la llave para lograrlo.

—Fue Luigi quien en el último momento aconsejó a Leónidas que se casara con ella. Al parecer, muy pronto comenzarán los embargos masivos de los bienes de todo aquel mínimamente sospechoso de haber simpatizado con el movimiento laborantista durante el anterior Gobierno, incluidos en el saco, por supuesto, todos los exiliados. En el reparto de ese pastel se decidirá realmente quiénes se sentarán en

primera fila del nuevo orden con bastón de mando y monóculo de oro. En esa coyuntura, el matrimonio con María coloca a Leónidas a tiro de piedra de hacerse con el imperio de Saturnino Galván, sin duda uno de los más suculentos y codiciados del tablero. Por otra parte, en su nueva posición, tener una esposa es algo de lo más recomendable de cara a la galería, especialmente si esta es joven y bella. Y en cualquier caso, su nuevo poder le permitirá hacer que la versión oficial sobre el casamiento sea la que él decida.

»En cuanto a ti, según tuvo la cortesía de explicarme Luigi, unos días después de haberla enviado a prisión, Leónidas

decidió registrar las dependencias de María con el afán de encontrar algún documento que recogiese la totalidad de los bienes y propiedades de Saturnino. De aquello no halló ni rastro, pero, para su sorpresa, dio con algo nimio en apariencia pero a la larga mucho más valioso. En el cajón de la mesita de la mujer, Leónidas se topó con un fajo de cuartillas arrugadas, la caligrafía esmerada pero llena de tachones y el papel perfumado con agua de violetas. Se trataba de sucesivas versiones del borrador de una carta; de una misiva de amor y perdón, temores y esperanzas de futuro.

»Su sorpresa fue mayúscula al descubrir el destinatario. Eras tú. María

Galván te quería, llevaba queriéndote desde hacía mucho, y lo tenía todo planeado para que os fugaseis juntos a los Estados Unidos con sus padres. Lo único que Luigi no sabía, pues tampoco Leónidas se lo había sabido decir, y créeme que me cercioré de eso, es si llegó a existir una versión definitiva de la carta y si esta te llegó a ser enviada. Sin embargo, viéndote ahora la cara, no hace falta ser un iluminado para saber que aquel sobre llegó a tus manos y que fuiste lo suficientemente cobarde como para no abrirlo. ¿Me equivoco?

De todo aquel relato, dos eran las conclusiones principales que había podido extraer al vuelo. La primera, que María Galván me quería, y eso era

maravilloso. La segunda, que, como casi siempre, Montano estaba en lo cierto, y sólo mi estupidez y falta de valor me habían hecho perderla por enésima vez y la habían condenado a ella. Aquello era todavía más doloroso y más mortificante que su ficticia traición, hacía que me maldijese por ello, pero un inesperado rayo de lucidez me hizo consciente en aquel momento de que no era tiempo de lamentaciones, de que la acción estaba próxima y debía mantenerme entero para cuando llegase la hora de la verdad. Además, todavía faltaba por resolverse una de las cuestiones que más me intrigaban de todo aquel sorprendente giro. ¿Qué motivo podría haber hecho a Montano cambiar en su actitud tan

radicalmente de la noche a la mañana?

—Cuando me liberaste —me dijo con cierta pesadumbre —no tardé ni veinte minutos en llegar al burdel más cercano que recordaba. A la media hora ya estaba borracho y me había desahogado con la mujer más deliciosa que jamás haya catado varón. Por hacer un paréntesis, calculo que no te irán estas cosas, pero si algún día te ves en la coyuntura, ve allí y pregunta por Melisa. Consejo de buen amigo.

»El caso es que, pasado el primer arrebató, me encontré tirado sobre un fardo de paja, ebrio y deprimido, dándole vueltas sin parar a cómo Leónidas le había arrancado de cuajo el sentido a mi vida por segunda vez. Pero

entonces, cuando más cerca me veía ya del arroyo, vino a mi mente la absurda idea de que todavía quedaba algo por lo que luchar. Tal vez comprendí, aunque fuese tarde, que no se trata de un lado u otro del océano, sino de hipócritas desalmados peleándose por pedazos de poder y de gente buena sufriendo por su culpa.

»Cuando llegué a esta isla soólo buscaba venganza, pero antes de que todo se descontrolase había llegado a desear justicia. Y pensando en la historia que me habías contado, en lo horribles que tienen que haber sido para ti todos estos años y estos últimos meses, en todo el mal que yo mismo he causado cegado por la ira, y en el hecho

de que me liberaras sin lograr nada a cambio... De repente sentí el deseo de hacer justicia juntos. Fui a buscarte a la antigua pensión, pero no te encontré y supuse que te encontrarías en plena acción. No quise hacer nada con Leónidas sin esperarte, eso hubiese estado feo, pero decidí ir adelantando trabajo con Luigi. Espero que no te importe.

Como el ave fénix, resurgí de mis cenizas, con más ánimos y más bríos de los que jamás recordaba haber disfrutado. La prueba de amor de María Galván, el retorno a mi lado de Ignacio Montano, la ira hacia Leónidas Clavel... hicieron que se instalase en mi pecho un deseo irreprimible de acabar con el

hacendado y rescatar de su calvario a su reciente esposa.

—Tranquilízate —me sorprendió diciendo Montano—. He vuelto para ayudarte, pero no para arrojarnos a los dos a una muerte segura e inútil.

¿Qué demonios estaba diciendo? Las cartas estaban sobre la mesa y no había tiempo para vacilar. Lo único que restaba era lanzarse a tumba abierta, perseguir a la comitiva hasta alcanzar nuestro objetivo y poner fin a la tragedia de una vez por todas.

—Lo peor que podríamos hacer ahora es precipitarnos —insistió mi compañero—. Puede que Leónidas esté ya sobre aviso. Las calles están llenas de gente, mucha de ella fiel al nuevo

director penitenciario, que no se separa de la muchacha ni para ir a orinar. Si queremos tener éxito, y no hace falta que te recuerde lo mucho que va en ello, necesitamos cautela, sangre fría y un plan inteligente. Y para eso primero necesito saber el estado exacto de las cosas. Cuéntame, ¿cómo ha ido en La Cabaña? He escuchado rumores.

Su templanza me exasperaba, pero, como ya me sucediera en otras ocasiones, aquella fascinante seguridad en sí mismo me infundió la esperanza de que, haciéndolo a su manera, todo saldría bien, de modo que accedí a regañadientes. Montano asentía concentrado a cada nuevo detalle, mirando al cielo de cuando en cuando

como si estuviera tramando algo sobre la marcha. Cuando llegó la parte del encuentro con Néstor Serrano, que hasta aquel mismo momento había olvidado, asintió complacido, y al escuchar el nombre de Balbina una sonrisa sincera iluminó su rostro de satisfacción.

—No sabes cuánto me alegro — afirmó con dulzura—. Aunque no lo creas, nunca quise ningún mal para esa buena mujer. La cosa se fue de las manos cuando Dulce se vio obligado a girar hacia la severidad; sé que lo que hice no estuvo bien, pero te prometo que intenté liberarla hasta el último momento. Estarán bien con Kenfack. Por lo que he podido averiguar es un hombre duro pero justo. Sabrá mantenerlos a

salvo.

»En cuanto a lo de Néstor Serrano, es el sino de los tiempos. Ahora que el partido peninsular ha llegado al poder y controla al Ejército regular, ya no necesita la brutalidad de los voluntarios del comercio para sus fines. Aún es más, esa pandilla de criminales y mercenarios es una molestia para los nuevos prohombres, incluso un peligro, así que rápidamente se han propuesto prescindir de ellos, disolverlos con hipócritas honores y medallas.

»Por su parte, a los más románticos de entre los voluntarios no les ha gustado nada la recuperación para la causa de algunos hombres que hasta hace unas pocas semanas eran

considerados oficialmente enemigos, aunque en realidad nunca lo fueran. Néstor Serrano, envalentonado por su flamante cargo de comandante, cometió la torpeza de quejarse ante el nombramiento de un presunto laborante en el cuerpo de altos funcionarios, insolencia a la que Leónidas respondió empleando su nuevo cargo para ponerlo entre rejas. Probablemente acabe pudriéndose allí dentro junto con gran parte de su batallón. Ya ves, nada dura para siempre.

Los feligreses de Santa Catalina ya casi se habían disuelto, cada uno enfilando el camino de regreso a su casa, dejando a su espalda poco más que un murmullo sordo y el cargante aroma

de los distintos perfumes. De repente, las campanas tocaron para anunciar un nuevo cuarto, encontrando su réplica en las torres de las muchas iglesias que poblaban los alrededores. Mientras tanto, Montano me miraba fijamente, la determinación dibujada en fuego sobre sus pupilas. Estaba claro que la hora de las palabras se había terminado.

—De acuerdo. Pues ahora, pensemos. ¿A dónde dirías que se dirige el cortejo? —preguntó de forma casi retórica—. Efectivamente. Al viejo Cementerio de Espada. Sólo los familiares cercanos y las altas personalidades podrán acompañar al féretro hasta allí, sin duda un panorama mucho más alentador para lo que nos atañe. Si nos damos prisa,

podremos adelantarlos y esperarlos emboscados en algún rincón del camposanto, donde no podamos ser vistos hasta que sea demasiado tarde. Vamos. Si todo sale bien, mañana mismo podrías embarcar con tu amada hacia la Florida. Y yo... Vamos, no hay tiempo que perder.

La carrera hasta el viejo Cementerio de Espada fue vertiginosa. Las gentes se nos quedaban mirando al pasar como si contemplaran la súbita aparición de un espíritu. Por segunda vez en el día, aquella ruta me atrapaba en su eterno recorrido. El aire caliente de nuestros jadeos se condensaba en el ambiente de la mañana, dejando una estela de vapor y esfuerzo a nuestro paso. Hasta que, al fin, las puertas del camposanto nos recibieron con los goznes chirriando al son del viento.

Se escuchaba ruido de palas y tierra al caer, lo que por un instante me hizo

temer que hubiésemos llegado tarde. Sin embargo, una vez dentro, no tardamos en divisar a un par de trabajadores de aspecto fúnebre y semblante desgano ultimando los detalles en una fosa recién dispuesta para recibir una sepultura. En aquel oscuro agujero, pensé, sería donde los gusanos harían pasto de los restos de Luigi. Montano miró a su alrededor y, tras reparar detenidamente en diversos panteones, criptas y sepulcros, decidió que dos lápidas de gran tamaño situadas a unos quince pasos detrás de la fosa abierta serían nuestro escondite ideal, perfecto para ver sin ser vistos y tener a tiro a nuestro objetivo.

Allí me condujo entre el sigilo y la premura, planeando la emboscada,

rodilla en tierra, espalda contra la pared, su hombro junto al mío. Hacía apenas unas horas desde mi última visita a aquel lugar, pero la salida del sol había cambiado por completo el panorama. El cielo ardía con el claro posterior a la tormenta, la humedad resbalaba como lágrimas sobre los rostros de piedra de las estatuas y el barro manchaba nuestras ropas en contacto con el piso. Las palabras brotaban con cuentagotas, siempre entre susurros, mientras las nubes se desplazaban a rachas sobre nuestras cabezas.

No había forma de saber cuánto tiempo había pasado, pero empezaba a parecerme una auténtica eternidad. Las

dudas me asaltaron, y pensé que tal vez no fuese allí donde se dirigiese la comitiva, y que Luigi tendría reservado un descanso en un lugar diferente, por ejemplo, en alguna de las criptas de las iglesias de la ciudad.

—Tranquilo, estas cosas siempre son lentas —me consoló Montano—. De los hijos de puta siempre hay mucha gente que quiere despedirse.

Según la espera se iba prolongando, el valor que me había embriagado al amparo de la rabia tras las últimas revelaciones se iba diluyendo poco a poco en mi sangre, si bien por las palabras de prudencia con las que trataba de prevenirme mi acompañante se deducía que el cambio no había

dejado huella a nivel externo.

—Escúchame —dijo Montano, haciéndome entrega de un revólver que había conseguido de un contrabandista durante la noche—. Cuando llegue el momento, nada de bravatas. Un tiro por la espalda y se acabó. No merece nada mejor. Además, no me fío. Leónidas es traicionero y cualquier otra tentativa podría volverse en nuestra contra. Lo liquidas, aprovechamos el desconcierto para llevarnos a la muchacha y desaparecemos de aquí.

Dicho así incluso sonaba sencillo. A nuestro alrededor, la naturaleza se desperezaba con el zumbido de los insectos, el canto de los pájaros y el crujir de los árboles. El revólver, una

pieza sobria de un negro profundo, pesaba con el frío del metal. Al fin, no mucho después, el cortejo fúnebre alcanzó la entrada del camposanto como una procesión de damas vestidas de negro, caballeros de rostros adustos, algunos religiosos con sus hábitos y, finalmente, el ataúd descansando sobre seis hombros firmes. Se trataba de una pieza de madera noble con un Cristo crucificado tallado en la tapa, cuyo valor estimé superior a la renta anual de un marino o un tendero. Por suerte, tal y como había vaticinado Montano que sucedería, muchos de los presentes se despidieron allí mismo del féretro, vertiendo sus lacrimosas palabras con un pie ya puesto sobre el camino de

retorno, atravesando sólo los más allegados la puerta principal. Entre ellos, casi en último lugar, Leónidas caminaba solemne junto a María, y tan sólo su mera imagen bastó para que mi ya maltrecho arrojó descendiera otro par de escalones.

Despacio, con la parsimonia característica de las pompas fúnebres, estos fueron aproximándose a la fosa señalada, de la que el par de operarios se había ya retirado para dedicarse a quitar de los caminos las ramas que el reciente temporal había derribado. Sin embargo, para nuestro estupor, una vez llegó a su altura, la comitiva pasó de largo girando a la derecha, prosiguiendo su cadencioso avance durante unos

cincuenta metros más hasta un lustroso panteón, al parecer, verdadero lugar previsto para el entierro.

—¡Mierda! —maldijo Montano, ahogando un grito entre los dientes al ser consciente de nuestro error.

Y es que, de repente, nuestra otrora ventajosa posición resultaba de lo más desfavorable. Entre la misma y la zona donde empezaba a agolparse la afluencia se extendía una amplia superficie de campo abierto, de modo que, si queríamos acabar con el hacendado de aquella vez, no quedaba más remedio que ir de cara a por él, confiando en que nadie nos sorprendiera en nuestro avance.

—Debemos tener muchísimo cuidado,

esto va a ser muy peligroso. Tal y como están las cosas no me cabe duda de que Leónidas irá armado, así que tendrás que ser rápido. ¿Entendido?

Para entonces mis rodillas temblaban ya sin el menor pudor, mi vista empezaba a nublarse y una parte de mí deseaba que la tierra me tragara como había hecho con la mayor parte de los habitantes de aquel recinto. Montano no tardó en darse cuenta. Rápidamente sacó una petaca nueva y resplandeciente de su levita, le dio un breve trago, la contempló durante un par de segundos y después la tiró. Acto seguido, sin pronunciar palabra alguna, arrancó de mi mano el revólver y lo tomó para sí.

—Yo ya no tengo nada que perder en

esta vida —dijo con resignación—. En cambio, tú tienes un futuro precioso por delante junto a esa muchacha. Yo lo haré por los dos, te lo prometo. Tú solo espérame aquí.

¿Pueden creerlo? En un primer momento, aquellas palabras me resultaron de lo más razonables. Después de todo, llegué a estar dispuesto a que fuese él quien se arriesgase por mí. De hecho, Montano había dado ya el primer paso para abandonar nuestro escondite, cuando aquel hombre vestido de blanco apareció allí, justo a tiempo, y me roció con su mirada de oprobio. El humo le rodeaba más denso y tenebroso que nunca, y en su rostro desfigurado se

conjugaban toda la infamia y la deshonra de su macabra y por demasiado tiempo prolongada existencia. Entonces mi codo impactó con todas sus fuerzas en el centro de la garganta del agente de Dulce, logrando que cayera como un muñeco de trapo, oculto tras la sombra de las lápidas, seguro y fuera de combate durante al menos unos minutos. Aquella era mi guerra. Mía y de nadie más.

El revólver encontró con inusitada firmeza su camino hasta mi mano, y después el trayecto hasta donde ya bajaban el ataúd entre latinajos de la congregación comenzó a consumirse a marchas forzadas. Cuando ya había desaparecido la mitad de la distancia, el

destino quiso que la mirada de María Galván se cruzara con la mía, prendiendo de inmediato la esperanza y la preocupación sobre sus lágrimas. Rápidamente, la joven comenzó a distraer a su marido señalándole una serie de coronas de flores que los distintos asistentes habían dispuesto junto al panteón, deshaciéndose en detalladas explicaciones y recordatorios sobre la procedencia o intención de cada una. La argucia parecía funcionar, y no había visos de que Leónidas fuese a volver la vista para descubrirme.

Sin embargo, cuando ya apenas unos metros me separaban de mi objetivo, el cañón de mi revólver apuntó al cielo y disparó. El estruendo de la detonación

hizo que todos los presentes se volvieran como resortes, y que al segundo siguiente echaran a correr en todas las direcciones para ponerse a salvo, abandonando los enterradores su cometido a medias, dejando caer el féretro de golpe contra la tierra removida.

Después, mi arma descendió de nuevo hasta alinearse con el rostro del hacendado, recortando paso a paso la distancia. Quería vérmelas con él a solas, frente a frente, que pudiera mirarme a los ojos. Al ser consciente de la situación, Leónidas vaciló unos instantes, petrificado, antes de tratar de escabullirse a la carrera como todos los demás. Pero entonces María se abalanzó

sobre sus piernas y le hizo tropezar. Aun así, el hacendado reaccionó rápido y, antes de que su esposa pudiera escapar de su lado, se incorporó, la aferró por la muñeca y la colocó delante de él, interponiéndola en la hipotética trayectoria de la bala. Ella peleó y trató desesperadamente de zafarse, pero él le retorció la extremidad, arrancándole de los labios un gemido de dolor, y la estrechó con un abrazo contra su torso.

—Vamos, no vayas a cometer ahora una tontería —dijo Leónidas, recomponiendo a marchas forzadas su donaire—. ¿No estás a gusto en la pensión? En una semana puedo ponerte un piso en O'Reilly, con baños y balcón de gala. O ¿es dinero lo que quieres? Si

es eso, no te preocupes, siempre he sabido ser generoso con la gente a la que aprecio.

Sin embargo, era ya muy tarde para ofertas o cumplidos. Por el contrario, dejé que el peso del arma me estirara el brazo en silencio, reafirmando su amenaza, tratando de mantenerse firme al apuntar. El objetivo ya estaba lo suficientemente cerca.

—¿Cuántas veces has disparado en tu vida? —me preguntó entonces el hacendado, como si acabara de reparar en aquel pequeño detalle.

Lo cierto, pensé, era que apenas hacía unos segundos desde la primera vez, y había sido contra las nubes. De repente, la trayectoria que tan claramente había

visualizado hacía unos instantes se torció y las formas de Leónidas y María se difuminaron en un solo borrón.

—Hay que ser un buen tirador para acertarme a mí sin atravesarla a ella. Vamos, dispara si te atreves.

El sonido del percutor al tensarse consiguió que el terror se dibujara en el rostro perfectamente rasurado de Leónidas, que sus piernas temblaran, e incluso que por su boca merodeara alguna vaga palabra de clemencia. Pero el tiempo pasó sin que el disparo se llegara a producir, y cuando el hacendado fue consciente de que ya no me atrevería a hacerlo, el miedo se evaporó de sus facciones, empujado por una impecable sonrisa de satisfacción.

—No tienes agallas. En el fondo siempre has sido un cobarde —dijo, mientras desenfundaba su propio revólver del cinto, aquel estiloso Colt Army de brillos dorados, y suavemente apoyaba la punta sobre la sien de María, incrustando el cañón entre las ondas de su pelo rubio ceniza—. Y ahora tira el arma al suelo o le vuelo la cabecita.

—No lo hagas —dijo la joven, a quien la proximidad del metal no había hecho perder un ápice de entereza—. Si dejas de apuntarle, te matará. Márchate y huye lejos.

—Nada de eso —corrigió con sorna Leónidas—. ¿Sabes? Al final ha resultado ser una esposa muy poco complaciente. Puedes quedártela.

Llévatela a donde quieras y seamos amigos. Aunque te advierto que es bastante sosa en la cama.

Había, sin embargo, en su expresión un brillo de cinismo que me hizo saber, sin el menor género de duda, lo que sucedería si seguía las instrucciones del hacendado. Durante algunos instantes más permanecí inmóvil, más paralizado por el miedo que sopesando mis verdaderas posibilidades. ¿Qué sentido tenía, me decía, salvarla para después perecer? ¿De qué servía lo correcto si uno no vivía para recoger el fruto? Ya pensaba en la mejor forma de volver atrás, perpetrando una retirada que me permitiera salir indemne, cuando la figura de aquel ángel de granito, con su

corneta metálica desteñida de herrumbre, se cruzó en mi mirada desde el final del camino. Entonces la saliva se arrastró a duras penas hasta el fondo de mi garganta y después, con decisión, dejé que el revólver me resbalara por la mano abierta hasta caer al suelo.

El hacendado hizo entonces un gesto de aprobación con la cabeza y, retirando su brazo lentamente, liberó de su presa a María. Esta se apresuró de inmediato a alejarse de su marido y captor, corriendo hacia mí tan rápido como su calzado y el terreno embarrado le permitían. De aquel modo, durante un instante, apenas una fracción de segundo, lo suficiente como para sucumbir a la esperanza, pensé que

llegaría a sentir el calor de su cuerpo, a soportar su peso entre mis brazos, acaso a inaugurar un futuro juntos. Después, Leónidas apretó el gatillo y el proyectil me atravesó el pecho.

Las rodillas se me doblaron como si fueran de gelatina y casi al instante sentí el golpe del suelo contra mi costado. El disparo había sido certero, pero no fulminante. Cuando María llegó a mi altura se abalanzó sobre mí con los ojos llenos de lágrimas, balbuceando palabras agónicas y estrechándome contra su pecho en un inútil intento de transmitirme su energía vital. En cambio yo traté de que se apartara, pues sabía que aquello aún no había terminado.

—¡No! —gritó María aferrándose a

mis hombros.

Para entonces, Leónidas ya nos había alcanzado, dispuesto a rematar la faena, y había posado sus manos sobre la cintura de su reciente esposa.

—Vamos, hazle caso. No le niegues la última voluntad a un pobre hombre —dijo, justo antes de arrastrarla y lanzarla brutalmente a un lado.

Su cabeza chocó contra el piso al caer, dejándola seminconsciente. Acto seguido, el hacendado se plantó junto a mi cuerpo caído y me apuntó al rostro con el revólver.

—Pobre imbécil. Lo tenías todo y lo has echado a perder por una mujer —me dijo con desprecio—. Llegué a cogerte cariño, aunque no lo creas. Pero a

última hora has demostrado ser un hombre pequeño. Los tipos como tú sois fáciles de enterrar. Fáciles de olvidar.

Traté entonces de encontrar la forma de recuperar mi revólver, que reposaba a escasos centímetros de mi mano, junto al charco de sangre que ya se había ido formando a mi alrededor, pero Leónidas se anticipó a mis intenciones y apartó el arma de mi alcance con una patada seca.

Todo parecía perdido, las opciones agotadas, pero en aquel momento lo recordé. Aquel pequeño frasco de cristal en forma de tubo seguía en mi bolsillo. Los dedos me sudaban, la muñeca se me había entumecido, de modo que un gesto tan sencillo como la búsqueda en el interior de la prenda se

convirtió en una auténtica odisea. Pero allí estaba. Una vez en mi mano, su superficie brilló a la luz del sol con aquella magia sólo a la altura del púrpura de Perkin. A duras penas, el tapón de corcho que lo cerraba se desprendió de su extremo. Mientras, el hacendado observaba la maniobra con curiosidad e incomprensión. Al fin, un impulso bastó para arrojar el contenido líquido del bote sobre el torso de Leónidas, quien ante aquella postrera ocurrencia no pudo sino prorrumpir en una sonora carcajada.

—Me gustaba esta camisa, pero no te guardaré rencor —dijo con socarronería, observando el mejunje que había calado su pechera—. Puedes irte

tranquilo, sabré cuidar bien de María en tu ausencia.

Leónidas colocó entonces el dedo sobre el gatillo y se agachó para situar el cañón a escasos centímetros de mi frente, presto para disparar sin posibilidad de fallo y acabar así con aquel molesto asunto. Fue entonces cuando un segundo objeto abandonó mi bolsillo. En esta ocasión se trataba de un viejo y distinguido encendedor de latón, con capucha y paravientos. Despacio, dejé que aquella reliquia fuera revelando su naturaleza frente al rostro del hacendado, procurando que este pudiera leer las letras doradas grabadas sobre su superficie.

Al contemplar aquella pieza, las

facciones de Leónidas se fueron desencajando poco a poco, palideciendo cual si acabara de ver un fantasma, adoptando tintes de un pánico supremo e inesperado. Su brazo temblaba, su respiración amenazaba con quebrarle el pecho, y su voz se apagó en apenas un susurro trémulo.

—No es posible... Tú... Tú deberías estar...

No tuvo tiempo de más. El encendedor prendió suave y a la primera, su llama meciéndose en el aire el tiempo suficiente para pensar en Nico, y después impactó contra la mancha púrpura que se derramaba por el pecho del hacendado. El fuego se extendió en un instante, impulsado por el

poder inflamable de la trementina, y pronto rodeó su cuerpo, devorando con avidez el tejido y luego la piel. Leónidas Clavel corrió despavorido, gritando de horror, saltando entre las lápidas como una antorcha humana, tratando desesperadamente de extinguir las llamas que lo consumían. Después, se desplomó contra el suelo. Muerto.

Cuando María Galván recuperó la consciencia tras el fuerte golpe, corrió de inmediato hasta donde mi cuerpo yacía tendido sobre una mancha de sangre cada vez más extensa. Nada más llegar, me palpó el torso apresuradamente hasta dar con el orificio de la bala, que me había alcanzado en la zona central del pecho, y trató de detener la hemorragia taponando la herida con las manos. Sin embargo, yo conjuré las pocas energías que me quedaban para impedirselo. Para eso, pensé, ya no había remedio.

Todavía pude disfrutar de un tiempo a

su lado, sus ojos contemplándome en silencio, sus lágrimas derramándose sobre mi rostro como lava incandescente. Al cabo de unos minutos intenté hablar, pero de mi garganta no brotaron más que gruñidos ahogados. Después, la mirada de María se deslizó siguiendo el rumbo de mi brazo hacia donde había caído el viejo encendedor con las señas de Leónidas Clavel. Parecía que había entendido el gesto, y casi se disponía a levantarse para traerlo de vuelta, cuando aquel hombre vestido de blanco se adelantó y lo tomó entre sus manos. Tal vez, pensé, fuese mejor así.

Acto seguido, se apresuró a buscar en el bolsillo interior de su gabán hasta dar

con una pitillera plateada. De esta sacó un último tabaco de la vega de Vuelta Abajo que se colocó entre los labios, prendió con el encendedor y aspiró en una profunda calada. Así, poco a poco, el humo comenzó a envolver su rostro desfigurado, cada vez más y más turbio, difuminando su grotesca silueta, borrando su imagen del panorama. Hasta que, al fin, como la culpa y la vergüenza, aquella sombra de mi espíritu, aquella visión de mí mismo que durante tantos años me había atormentado, acabó por desvanecerse para siempre.

Después, con infinita suavidad, María Galván se inclinó hasta fundir sus labios con los míos en un beso que duró,

eterno, hasta que me terminé de apagar. Justo antes de irme, sonreí como tal vez no lo había hecho nunca, mi mirada prendida de coraje y satisfacción. Aquel barco ya nunca me llevaría hasta la Florida, pero qué importaba eso cuando toda la felicidad robada de una vida podía sentirse en un solo instante. Sabía que al fin había logrado dejar mi propio eco entre la bruma.

NOTA DEL AUTOR

Quisiera comenzar esta breve nota del autor dándote las gracias a ti, lector/a, por haber dedicado tu tiempo a la lectura de esta novela y, con ello, haber dado vida a sus páginas. Espero que la hayas disfrutado y que esta historia, aunque sea un poco, forme ahora parte de ti mismo. No hay mayor satisfacción para un escritor.

Antes de proseguir, creo también necesaria una pequeña aclaración. La presente es una obra de ficción. Por ello, pese a estar ambientada en un contexto histórico concreto,

ampliamente documentado y en gran medida respetado, algunos escenarios, fechas y acontecimientos han sido levemente modificados con fines narrativos.

Dicho esto, paso a expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que me han ayudado en el desarrollo de esta novela o, más ampliamente, en mi aventura en el mundo literario. Sin ellas, nada de esto existiría.

Dicha aventura comenzó en 2015, a los 22 años, con la auto-publicación de mi primera obra, *Las sombras del Imperio*, una novela histórica ambientada en la España del Siglo de Oro (cuya sinopsis incluyo en la última

sección) que yo mismo distribuía por las librerías con una maleta cargada de ejemplares.

Y probablemente nunca hubiese pasado de ahí de no haber conocido a Reyes Guillén y David Francisco. Ellos son ahora mis editores en Pregunta Ediciones, y es seguro que, sin su entusiasmo, su buen hacer y sus sabios consejos, este libro nunca hubiese llegado tan lejos.

Mi especial gratitud también para los lectores piloto del primer manuscrito, por sus certeras críticas y detalladas opiniones que, sin duda, han contribuido notablemente a mejorar la obra: María del Carmen Gil, Ana María Gómez, Javier Lahoz, Fernando Pérez, Ricardo

Ramos, Emilia Rodríguez, María del Carmen Roldán y Santiago Zarza.

A Odalys, antigua bibliotecaria de La Habana, y a su familia, por su inestimable ayuda en labores de localización sobre el terreno.

A Irene Achón, por la impecable corrección del texto.

Y, por supuesto, a mis padres y a mi novia, por todo el apoyo que me han brindado durante los largos meses de ideación, documentación, escritura y revisión de la novela.

Además, a todos los libreros que un día, sin conocerme, se atrevieron a colocar mis libros en sus estanterías o a invitarme a firmar ejemplares en sus puestos en las ferias del libro, y que, en

muchos casos, acabaron convirtiéndose en mis amigos. Igualmente, a los bibliotecarios, unos de los mayores difusores culturales de este país.

Y por último y más importante, a todos los lectores que se acercaron a uno de mis libros, lo leyeron, y a través de la mejor «campana de marketing» que jamás haya existido —la recomendación personal, el boca-oreja — le dieron alas. Por eso, humildemente, me atrevo solo a pedirte una cosa: si te ha gustado el libro, cuéntaselo a alguien; y si lo has comprado en Amazon, me ayudaría muchísimo que escribieses un comentario. Finalmente, si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes

hacerlo a través de cualquiera de los medios que aparecen a continuación. Estaré encantado de responderte.

Un cordial saludo,
Ricardo

Página

web:

www.ricardoramosrodriguez.com

Facebook:

www.facebook.com/ricramosr

Twitter: [@ricramosr](https://twitter.com/ricramosr)

Correo

electrónico:

contacto@ricardoramosrodriguez.com

SOBRE EL AUTOR

Ricardo Ramos Rodríguez (Calatayud, 1992). Máster en Ingeniería Industrial por la Universidad de Zaragoza. En su faceta de escritor, es autor de la novela histórica *Las sombras del Imperio* (Círculo Rojo, 2015; Pregunta, 2017) y de la serie de artículos de prensa *Bilbilitanos en la historia* (Pregunta, 2016). *El eco entre la bruma* (Pregunta, 2017) es su segunda novela.

Más información en la web:
www.ricardoramosrodriguez.com



SOBRE ESTE LIBRO

«Una historia inolvidable de intriga, amor, aventura y recuerdos en una fascinante La Habana a mediados del siglo XIX».

En el año 1869, la capital de Cuba se agita en una tensa contradicción: tras el lujo y la frivolidad se ocultan conspiradores y grupos paramilitares, mansiones y palacetes se alzan junto a peligrosas barriadas marginales y, entre los rescoldos de unos tiempos dorados, crece el fantasma de la guerra.

Desde que hace diecinueve años lo

encontraran en la calle, perdido y conmovido, siendo todavía un niño, un extraño pintor ha vivido recluido en una humilde pensión, asomándose al mundo únicamente para plasmarlo sobre el lienzo. Sin embargo, no podrá esconderse para siempre, y pronto los tentáculos del conflicto en ciernes y de un turbio pasado todavía sin cicatrizar lo arrastrarán a una épica odisea entre sociedades secretas, tramas de espionaje, catacumbas olvidadas, traiciones, venganzas, hipocresía política y planes destinados a cambiar el propio curso de la historia.

En esta novela, tan íntima como trepidante, la aventura tiene lugar tanto fuera como dentro de los personajes y en

cada página se suceden las emociones, los misterios y las sorpresas. Así, poco a poco, su esencia te descubrirá cómo la impronta de algunos de nuestros actos puede pervivir más allá de nuestra propia existencia, a veces para siempre, como un eco entre la bruma esperando a ser escuchado.

Un extraño pintor con un futuro incierto y un pasado sin resolver.

Un poderoso hacendado criollo que lucha por la independencia.

Un enigmático agente secreto del Gobierno español.

Una joven mujer que brilla a la luz y conspira en la sombra.

Un capitán general, Domingo Dulce,

entre la espada y la pared.

Un tenebroso hombre vestido de blanco siempre envuelto en humo.

Y una última decisión: permanecer a salvo viviendo oculto tras el engaño o afrontar el propio destino con todas sus consecuencias...

El eco entre la bruma

© Ricardo Ramos Rodríguez

Ilustración de portada: Fotolia.es

Retrato del autor: Foto Estudio Ibérica

Corrección del texto: Irene Achón
Lezaun

Este libro se terminó de editar el 23 de marzo de 2017, ciento cuarenta y ocho años después de la toma del vapor Comanditario por Juan Bautista Osorio.

SINOPSIS *LAS SOMBRA DEL IMPERIO*

«En *Las sombras del Imperio* se mezclan en un solo libro lo mejor de la novela histórica costumbrista con la emoción y el suspense de las mayores sagas de intriga».

Real Alcázar de Madrid, 19 de enero del año 1568. El príncipe don Carlos, heredero al trono de un Imperio sobre el que nunca se ponía el sol, es detenido por su propio padre en sospechosas

circunstancias. Se le acusa de crímenes terribles, y muchos en la corte piensan que está completamente loco, pero en una situación delicada para el Reino su proceso bien podría hacer temblar los propios cimientos de España.

Por otro lado, no muy lejos de allí, un niño de tan solo siete años se verá obligado a enfrentarse a la aventura de una vida y un nombre nuevos, un carismático hidalgo llegará a Sevilla huyendo de las oscuras maquinaciones de la capital, y un célebre preso recibirá una visita que le hará volver los ojos a un pasado que creía ya olvidado para siempre.

En esta apasionante novela histórica, ambientada en la España del Siglo de

Oro, los relatos se entrelazan en el tiempo y sus tramas te arrastran a través de épicas batallas, amores imposibles, traiciones, engaños, episodios de corrupción e intrigas palaciegas.

Allí aparecerán personajes como el bastardo don Juan de Austria, el escritor Miguel de Cervantes, el rey Felipe II junto a su tercera esposa, la reina Isabel de Valois, la siempre polémica princesa de Éboli o el misterioso caballero del Trébol.

De la mano de todos ellos, y sorpresa tras sorpresa, descubrirás como nunca antes lo que se esconde entre *Las sombras del Imperio*.

ÍNDICE

[Comienzo](#)

[Primera parte: El silencio](#)

[Segunda parte: La voz](#)

[Tercera parte: El eco](#)

[Nota del autor](#)

[Sobre el autor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sinopsis *Las sombras del Imperio*](#)